

EL FORZANTE NACIONALISTA EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

GERMÁN E. FRECHERO

2014

Índice

CAPÍTULO UNO EL NACIONALISMO.....	1
CAPÍTULO DOS ESTRUCTURAS Y COYUNTURAS.....	17
CAPÍTULO TRES LOCURA EN AGOSTO.....	45
CAPÍTULO CUATRO LIDERAZGO Y RESILIENCIA.....	66
CAPÍTULO CINCO CORAZONES Y MENTES.....	88
CAPÍTULO SEIS CONCLUSIONES.....	106
BIBLIOGRAFÍA.....	119

a Sandra, Franco y Ornella

INTRODUCCIÓN

LA DESILUSIÓN ORIGINARIA

El presente trabajo aborda la problemática atinente al rol de las ideologías como fuerzas conductoras de la dinámica de los conflictos, en términos generales y teóricos, a través de la investigación del papel desempeñado por la ideología nacionalista en la Primera guerra Mundial, en forma particular y concreta. El impacto de las ideologías sobre el curso de los conflictos, y especialmente de las ideologías de masas, como el nacionalismo, ha sido objeto de relativo desinterés en círculos académicos, especialmente a partir de principios de la década de 1990. En aquel momento, en que el mundo asistía a la caída de la unión Soviética, al fin del orden bipolar, y un reordenamiento geopolítico de orden sísmico, académicos y comentaristas promovieron con cierta lógica inductiva elaboradas nociones acerca del supuesto fin de las ideologías. Justamente asociado a esta caída en desgracia de los ideales que habían alimentado el gran conflicto global de la última mitad del siglo XX se producía el arribo de una suerte de nuevo orden mundial, en que la paz y la seguridad internacional ya no estarían amenazadas al menos de forma endémica por el flagelo de la guerra. Según esta lógica, el sistema internacional sería en lo sucesivo garante de este orden; la estabilidad y el crecimiento estarían provistos por el auge del libre comercio, la agilidad comunicacional y la libertad política; y una suerte de aumentada racionalidad en los propios sistemas políticos conferiría a las relaciones entre los Estados un nivel de madurez que alejaría las perspectivas de un conflicto armado –de hecho, es en este período cuando vernáculo del concepto “hipótesis de conflicto” como herramienta de planeamiento comienza a caer en desgracia.

En más de un sentido, la Guerra del Golfo de 1991 había constituido el epítome de la aplicación de la fuerza según principios técnica y operacionalmente renovadores y en buena medida humanitarios: un régimen dictatorial había sido frenado en sus intentos expansionistas y expulsado del territorio que había transitoriamente ocupado; para ello, se habían empleado tecnologías que habilitaban un nivel de precisión sin precedentes. Apodada -un poco eufemísticamente- como “quirúrgica”, tal precisión tenía como beneficio particular el evitar mayores sufrimientos a las poblaciones civiles –e incluso a los propios combatientes. El liberalismo, el virtuosismo cívico, el desarrollo, la tecnología y el mercado, para emplear los términos con que el historiador Victor Davis Hanson describiría este evento, habían triunfado. La guerra entre naciones era cosa de un pasado reciente, pero pasado al fin. La civilización occidental, en la cúspide de su auto-realización, dominaba la escena política y económica mundial bajo preceptos morales, que no disimulaban intereses, pero que al fin y al cabo ensalzaban los ideales de justicia y libertad como categorías universales. En retrospectiva, era dable apreciar que Occidente había recorrido un camino completo en esta búsqueda de auto-realización, tras haber atravesado el infierno de las dos guerras mundiales y haberse reinventado de forma tan

forzosa como exitosa. Mucho más en el pasado parecían ahora estos conflictos, cuando después del largo recorrido de horrores que nos había legado un siglo de enfrentamientos fratricidas, los seres humanos nos congratulábamos por haber aprendido la lección. Posiblemente también por indulgente conveniencia, la interpretación de la naturaleza y el sentido de ambas guerras evidencia aquí un marcado sesgo. La Segunda Guerra Mundial, la más grande catástrofe producida por el hombre, es en general apreciada como el resultado de una inevitable colisión entre ideologías en franca confrontación acerca de los valores centrales de los seres humanos. En cambio, la Primera Guerra Mundial es concebida como el final esperable para un mundo decadente, basado en sistemas político-económicos que no podían resistir la fuerza de la modernidad.

A esta altura del partido resulta una verdad de perogrullo señalar que algo salió mal, claro está. En nuestros días, acostumbrados a vivir entre las noticias de una guerra global contra el terrorismo, de bombardeos suicidas en lugares recónditos de Medio Oriente y Asia Central, de proyectos políticos que destilan autoritarismo y de una prolongada crisis económica que ha puesto contra las cuerdas el crecimiento mundial por primera vez en décadas, se encuentra decididamente instalada la idea de que todas las suposiciones optimistas desarrolladas en aquellos años de fe en el progreso chocaron contra el fanatismo oscuracionista y enfermizo de quienes llevaron adelante los atentados del 11 de Septiembre de 2001; fanatismo al que se opuso la obstinación belicosa de un gobierno norteamericano incapaz de hallar moderación alguna en la combinación de su rol de potencia hegemónica mundial y su disponibilidad de medios. Pero ésta es una impresión equivocada.

Mucho antes que ocurriesen los masivos atentados terroristas en Washington y Nueva York, el orden del mundo había empezado a descomponerse, dando muestras de la precariedad propia del concepto. La desintegración del bloque soviético había dado paso a una serie de conflictos en escala regional, con epicentro en la ex-Yugoslavia y en el Cáucaso, que sorprendieron por el nivel de violencia en ellos experimentado, no sólo entre fuerzas armadas regulares, sino entre ciudadanos automovilizados que expresaban sus sentimientos de rechazo por sus oponentes de una manera ciertamente perturbadora para las sensibilidades contemporáneas. Agréguese a estos conflictos los estragos provocados por la violencia intercomunitaria en algunas zonas del continente africano, y lo que encontramos es un cuadro difícil de explicar sin interponer la noción del resurgimiento de una ideología que había estado oprimida, en estado de latencia, durante décadas. Esta ideología es el nacionalismo. Algo de investigación superficial nos revela que ha sido la fuerza política más poderosa del siglo XX; así lo explica William Pfaff en el capítulo introductorio a su obra de 1993 “La Ira de las Naciones”, en el cual arriesga además la idea de que será también la fuerza más poderosa del siglo XXI¹.

Si este renacer de la ideología nacionalista echó pronto por la borda las esperanzas de estar arribando a un estado de paz perpetua kantiana, el fracaso del sistema internacional por atender en tiempo y forma las explosiones de violencia

¹ PFAFF, WILLIAM, “*La Ira de las Naciones: La civilización y las Furias del Nacionalismo*”, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1994, p. 11.

consecuentemente suscitadas acabó asimismo con las expectativas de una paz policial hobbesiana. Los Estados-naciones continuarían siendo los actores preponderantes en el sistema internacional, y siempre actuarán conforme a sus propios intereses a favor de mejorar sus condiciones de seguridad, buscando influenciar para ello a su entorno, aclara con fervoroso realismo Colin Gray en su trabajo anticipatorio “Another Bloody Century”². Pfaff y Gray difícilmente lleguen a un gran acuerdo en cuanto a la generalidad de sus ideas, pero su coincidencia central puede resumirse en este punto: si los Estados-naciones tiene un largo porvenir en el como actores estratégicos, la identificación del ciudadano común con su nación continuará ocupando el rol central de sus referencias para la vida en sociedad. Es decir, el valor del nacionalismo como ideología no ha disminuido sustancialmente, a pesar, como dice Pacho O’Donell, de que se trata de “(...) una convicción y un sentimiento a contrapelo de la tendencia a subrogar el amor a la patria por el espejismo de ser "ciudadanos del mundo", sobornados por la transmisión en tiempo real de la informática y la TV”³. Pero, por lo pronto, no existen indicios suficientes para afirmar que la supuesta afiliación o pertenencia a una comunidad global de intereses convergentes –manifestada de manera prominente y en su versión más activa en el ciberespacio- pueda perjudicar las nociones de pertenencia básicas en las que nuestras sociedades se han nutrido y educado.

Aún así, no siempre se reconoce el carácter ideológico del nacionalismo. En nuestro país la propia palabra posee incluso connotaciones negativas, por estar incorrectamente vinculada a los eventos ocurridos durante los gobiernos militares, evocando un período en el que la promoción oficial de la memoria ha suprimido la rigurosidad del enfoque histórico, resultando en heridas aún expuestas. Es una falsa asociación, que identifica el patriotismo con los excesos circunstanciales –aunque prolongados- del militarismo y que ha tenido como uno de sus efectos el abandono progresivo del término patria. Otra desviación habitual es asociarlo con el nacionalsocialismo. El error que se comete aquí es aún más burdo, por cuanto, según argumenta provocativamente Pfaff, el nacionalsocialismo es un esquema ideológico basado tanto en razonamientos de orden político como biológicos, y por lo tanto tiene un carácter tan internacionalista como el socialismo.

Pero el nacionalismo es por definición una ideología; tanto más cuando, como conjunto de ideas e interpretaciones acerca de la realidad basadas en la primacía de la propia nación, ha orientado -y orienta- la acción de las masas y de las élites políticas y ha servido como justificativo de las mismas. Esta justificación no debe entenderse en el peyorativo sentido de la excusa. Por el contrario, este conjunto de ideas ha demostrado a través del tiempo su resiliente capacidad de congregar y brindar cohesión a los grupos humanos, de una forma sólo comparable a la fe religiosa. Es, del mismo modo que algunas expresiones religiosas, una simultánea apelación al amor fraterno y al extrañamiento de quienes no comparten sus convicciones. Como manifestación de una voluntad colectiva, posee una vasta y singular energía, capaz de brindar estabilidad a un

² GRAY, COLIN, “*Another Bloody Century: Future Warfare*”, Phoenix, Londres, 2005, pp. 63-64.

³ O’DONNELL, PACHO, “Nacionalismo: Pecado o Virtud”, artículo publicado en La Nación, Buenos Aires, 12 de febrero de 2009.

grupo social para soportar las más extremas condiciones, y de desatar una violencia formidable contra aquellos que se perciben como amenazas contra su perdurabilidad.

Curiosamente, expresiones de optimismo similares a las vertidas en la década de 1990 se expresaban en los igualmente prometedores albores del siglo XX. El humor dominante entre los europeos era en aquella época, comenta el historiador Donald Kagan, confiado y esperanzador, en un período en el que se suponía que los progresos científicos implicaban el fin de la superstición, y en el que la ciencia alumbraría definitivamente el camino hacia un mundo más sabio y materialmente más rico⁴. “La historia de la humanidad”, señala el historiador británico Michael Howard registra pocas desilusiones más crueles que las que sufrieron aquellas esperanzas durante los siglos XIX y XX”⁵. En aquella oportunidad, los sentimientos extremistas, exacerbados en la búsqueda de la identidad nacional, terminaron dominando la escena, extendiéndose hacia fines del siglo XIX por toda Europa, y dando la vuelta al globo en la segunda mitad del siglo XX. Es que, si la lealtad hacia la Corona era una cuestión poco más que contractual, la lealtad hacia la nación se tradujo en términos de pertenencia voluntaria, de lazos sanguíneos, de destino común. Si la nación era fruto de la voluntad popular, no habría entonces sacrificios que no debiesen cumplirse en nombre de este bien común. Así, en 1914, las naciones europeas abrazaron la idea de la guerra con inusitado entusiasmo, y se arrojaron unas contra otras en la más brutal carnicería que la humanidad había conocido hasta entonces.

Es rigurosamente cierto que la Primera Guerra significó el colapso de los sistemas políticos imperiales. Lo que no es necesariamente real es que haya sido el fruto de la decadencia de un sistema político-económico que en su intención de proyectar globalmente el sometimiento extractivo y mercantilista de antaño haya chocado contra sus propios límites. Tal interpretación simplifica la naturaleza de este conflicto, atribuyéndole de manera un tanto abstracta a las estructuras una capacidad no siempre verificable en los hechos. Fue en cambio la Primera Guerra Mundial el conflicto que demostró con creces la fortaleza íntima y la capacidad transformadora y destructiva que, en su carácter excluyente, poseen las ideologías nacionalistas. Nación y guerra, descubrirían los utopistas, no sólo son conceptos que no se excluyen mutuamente, sino que conviven en perfecta –aunque trágica, a la luz de las circunstancias- armonía. Que a fines del siglo XX la violencia nacionalista haya conspirado para dar rápidamente por tierra con las esperanzas de un nuevo y pacífico orden mundial no debería habernos tomado por sorpresa; ya entre 1914 y 1918 esta vertiente ideológica había tomado por asalto y contribuido significativamente a destruir el orden antiguo. La impronta del nacionalismo en el primer gran conflicto bélico a escala global de la historia es el objeto de estudio del presente trabajo.

La problemática interpretativa

⁴ KAGAN, DONALD, “*On the Origins of War and The Preservation of Peace*”, Anchor Books, New York, 1995, p. 81.

⁵ HOWARD, MICHAEL, “*Las Causas de las Guerras y Otros Ensayos*”, Ediciones Ejército, Madrid, 1987, pp. 52-53.

A lo largo de varios años de actividades académicas relacionadas mayormente con la estrategia y la historia militar en instituciones militares y civiles locales he encontrado que la Primera Guerra Mundial, aún en su carácter de catástrofe originaria de nuestro tiempo, es un evento histórico no debidamente estudiado, en el mejor de los casos, o directamente desatendido en la generalidad de ellos. Las razones de esta desatención no son evidentes; después de todo, la Gran Guerra es uno de los dos hechos históricos que mayor atención concitó por parte de los investigadores de todas las áreas, y sobre los cuales se produjeron mayor cantidad de volúmenes escritos. Presumo que este actual –y, es de esperar, circunstancial- menosprecio se deriva en parte de un prejuicio acerca de la escasa validez de los principios estratégicos y operacionales puestos en juego durante el conflicto; en parte, de la arrolladora fuerza de los sucesos de la Segunda Guerra Mundial, que probablemente hayan opacado los terribles eventos de la guerra anterior; y en parte, de una dificultad manifiesta para comprender un mundo antiguo configurado política y territorialmente de modo bastante diferente al mundo en que hoy vivimos. La complejidad de esta configuración no sólo presenta un considerable desafío al incursor ocasional, sino que además representa un sistema internacional que ya no existe, y que eventualmente luce desconectado del orden del presente.

Esta desconexión es sólo aparente. Muchas de las realidades que conforman nuestra actualidad tienen su origen en la Primera Guerra Mundial. La creación del Estado de Bienestar, la inserción de la mujer en la vida política y la adopción de un rol social de creciente relevancia, la aversión sistemática a la violencia, la alteración del balance del poder internacional, el nacimiento de los totalitarismos, la fractura de los imperios y las disputas interétnicas por derechos territoriales, los conceptos de guerra total y de nación en armas, y el inicio de la Guerra Fría en términos ideológicos, todos son elementos con los que se caracteriza a nuestro tiempo y aún predominan en diferentes aspectos del período histórico en que estamos inmersos. Todos ellos, y por supuesto muchos otros, tienen su origen en la Primera Guerra Mundial. Si la segunda gran conflagración mundial nos parece más próxima y por lo tanto más relevante, es necesario reconocer que no hay forma de entender cabalmente su naturaleza si no se buscan sus orígenes en la Primera Guerra Mundial. De hecho, algunos historiadores modernos han comenzado a hablar del período 1914-1939 como si de una única gran conflagración se tratase, y la describen como la gran guerra civil de la civilización occidental⁶. Y, más allá de cuánto se concuerde con esta visión, mal puede soslayarse que el año 1917, punto de inflexión de la Gran Guerra, merece ser considerado como el año de inicio de los tiempos modernos, por haberse producido en este año dos eventos de peculiar trascendencia: la Revolución Rusa y la entrada de Estados Unidos en la contienda –el profesor Alberto Hutschenreuter se ha referido a ellos como las “compuertas geopolíticas” del siglo XX. Éste es el conflicto al que nuestros claustros académicos tienen mayormente olvidado.

Para empeorar la situación, cuando se hace alguna referencia al mismo, se lo suele hacer en forma superficial, y al sólo efecto de extrapolar alguna interpretación en los términos que los esquemas ideológicos actuales lo permiten, o lo admiten. Al servicio

⁶ Véase al respecto FERGUSON, NIALL, “*The War of the World. Twentieth-Century Conflict and the Descent of the West*”, Penguin, New Yoork, 2006.

de estos esquemas mentales, la prédica antiimperialista y, convergentemente, anticapitalista ha producido una visión sumamente reduccionista sobre las causas y la naturaleza de este conflicto. Recuerdo una oportunidad en la que un oficial de argentino de alta jerarquía y de reconocida formación académica me comentó en una oportunidad su informada convicción de que las guerras eran provocadas por el capitalismo, y que la Primera Guerra Mundial era el mejor ejemplo de ello: los decadentes imperios europeos, motivados por la codicia capitalista, chocaron entre sí en su afán de conquista; el complejo militar-industrial hizo el resto, proveyendo a todas las partes las armas de destrucción masiva que harían tan prolífico su negocio. La suya no es una opinión aislada. La historia del imperialismo como causa principal de la guerra se repite sin mayor rigor, examen crítico ni profundidad (porque en verdad, es el propio fenómeno de la guerra el que no interesa demasiado: ¡no vaya a ser que el mero estudio conjure nuevamente al fantasma del militarismo!) en ambientes académicos que le incluyen en las currículas de las carreras de grado y posgrado de las carreras afines.

La influencia del historiador británico Eric Hobsbawm es más que evidente en la formación de este esquema de pensamiento. Su “Historia del Siglo XX” gira alrededor de la maldad del imperialismo, éste último definido como la promoción por parte de las principales potencias de la “división internacional del trabajo”, un sistema en el cual la asociación del poder capitalista con el poder imperial de los poderosos significaba que éstos crecían y se expandían a expensas de los débiles⁷. En cuanto a la Primera Guerra Mundial, atribuye sus causas y sus características de guerra total a la lógica competitiva de las economías. Obsérvese el siguiente pasaje:

“En el pasado, prácticamente ninguna de las guerras no revolucionarias y no ideológicas se había librado como una lucha a muerte o hasta el agotamiento total. En 1914, no era la ideología lo que dividía a los beligerantes, excepto en la medida en que ambos bandos necesitaban movilizar a la opinión pública, aludiendo al profundo desafío de los valores nacionales aceptados, como la barbarie rusa contra la cultura alemana, la democracia francesa y británica contra el absolutismo alemán (...) La razón es que, a diferencia de otras guerras anteriores, impulsadas por motivos limitados y concretos, la primera guerra mundial perseguía objetivos ilimitados. En la era imperialista, se había producido la fusión de la política y la economía. La rivalidad política internacional se establecía en función del crecimiento y la competitividad de la economía, pero el rasgo característico era precisamente que no tenía límites.”⁸

En forma poética, Hobsbawm continúa explicando que “las "fronteras naturales" de la Standard Oil, el Deutsche Bank o la De Beers Diamond Corporation se situaban en el confín del universo, o más bien en los límites de su capacidad de expansionarse”. Finalmente, ofrece su visión sobre lo que entiende son los principales oponentes y la principal cuestión a dirimir en la guerra:

⁷ HOBBSAWM, ERIC, “*Historia del Siglo XX*”, Crítica. Buenos Aires, 1999, p. 209.

⁸ *Ibidem*, p. 38

“De manera más concreta, para los dos beligerantes principales, Alemania y Gran Bretaña, el límite tenía que ser el cielo, pues Alemania aspiraba a alcanzar una posición política y marítima mundial como la que ostentaba Gran Bretaña, lo cual automáticamente relegaría a un plano inferior a una Gran Bretaña que ya había iniciado el declive. Era el todo o nada. En cuanto a Francia, en ese momento, y también más adelante, sus aspiraciones tenían un carácter menos general pero igualmente urgente: compensar su creciente, y al parecer inevitable, inferioridad demográfica y económica con respecto a Alemania.”⁹

Según esta concepción, la Primera Guerra Mundial habría proporcionado el campo para que las potencias imperiales mayores, Gran Bretaña y Alemania, resolvieran sus diferencias en una lucha a muerte. Este razonamiento no tiene nada de original, sino que recoge en forma casi textual la argumentación expuesta por Lenin en su trabajo de 1916 titulado “Imperialismo, Etapa Superior del Capitalismo”. Esta obra, en la cual se rescatan a su vez los argumentos del Congreso de la Internacional Socialista celebrado en Basel en 1912, fue específicamente concebida por Lenin como una reinterpretación de las teorías de la revolución marxista para resolver el problema central de que Rusia, con su enorme masa de población campesina, no proporcionaba el modelo ideal para generar una revolución de la clase trabajadora –al menos, no una revolución que tuviese perspectivas serias de éxito. Allí, aludiendo a la esencia económica del imperialismo, Lenin describe el conflicto como “(...) una guerra para decidir qué grupo de depredadores financieros –alemanes o británicos- se quedará con el botín”. Como se puede apreciar, el pensamiento de Hobsbawm es leninismo puro, con algo de refinamiento académico.

Consideraciones ideológicas aparte, la argumentación de Hobsbawm, tiene, no obstante gozar de considerable popularidad en nuestro medio, algunas serias inconsistencias metodológicas; por citar sólo algunos de ellos:

- a) desconoce la relevancia de la disputa territorial reivindicatoria entre Francia y Alemania, y la forma en que ésta alimenta los planes estratégicos en ambos bandos
- b) no alcanza a explicar por qué, si el conflicto se nutre de las pretensiones expansionistas imperiales, las potencias se empeñan sólo marginalmente en sus dominios
- c) incurre en un contrasentido al explicar cómo una guerra basada en consideraciones económicas no puede detenerse cuando el perjuicio generado en las economías es tan evidente que amenaza a los propios regímenes políticos.

⁹ Ibídem, p. 38.

- d) debido al evidente sub-dimensionamiento del factor ideológico, no logra explicar por qué la guerra evoluciona en una lucha a muerte hasta las últimas consecuencias.
- e) al presentar los eventos en forma de una gran narrativa –la era del capital, la era del imperio, la era de las catástrofes-, fuerza los hechos a ajustarse a su marco interpretativo. Por ejemplo, cuando se refiere a la sumisión de los socialismos nacionales a las treguas internas en 1914, explica este fenómeno como “la transformación del nacionalismo” hacia una cierta convivencia de ideologías¹⁰. En realidad, esta sumisión fue ampliamente interpretada como la derrota de las expectativas de la Internacional Socialista de la revolución mundial.

En síntesis, si la obra de Hobsbawm constituye nuestra principal fuente de referencia acerca del período, se corre el riesgo de obtener a partir de ella una visión sumamente parcial y reduccionista de un fenómeno tan trascendente. La popularidad de este tipo de historias fundamentalmente interpretativas a partir de marcos teóricos deterministas genera una problemática crucial en el punto de partida para comprender no sólo los hechos del pasado, sino las experiencias que estos hechos nos han legado. Nuestro conocimiento acerca de la Primera Guerra Mundial se halla en consecuencia oscurecido por la aceptación sin mayores cuestionamientos de las teorías que distorsivamente enmarcan este conflicto dentro de categorías que minimizan la relevancia de sus fuerza conductoras originarias. Mediante este trabajo se ha procurado aproximar una perspectiva novedosa a la solución de las brechas relativas al conocimiento de este acontecimiento histórico. Las mismas pueden, en términos analíticos, ser formalizadas mediante las siguientes preguntas: ¿Cuál fue el rol del nacionalismo dentro del complejo causal de la Primera Guerra Mundial? ¿Por qué fue la guerra recibida con entusiasmo por las poblaciones de los países beligerantes? ¿Cómo fue posible que los Estados contendientes, sometidas sus comunidades nacionales a los rigores de la guerra, fueran capaces de removilizarse para proseguir la lucha hasta las últimas instancias? ¿Pueden atribuirse las disparidades observadas en el proceso de removilización a la mayor efectividad de la maquinaria propagandística de unos sobre otros? ¿Qué significado adquiere todo ello para la formulación y toma de decisiones a nivel estratégico?

Como se ha explicado, con este trabajo se busca, a través de un caso testigo, avanzar en un campo del conocimiento acerca de la relación entre conflicto e ideología que se encuentra en la actualidad desatendido. Podría afirmarse que ambos objetos de estudio se encuentran en estado de disociación académica: en muchas de las instituciones especializadas en disciplinas como la sociología, la ciencia política y las relaciones internacionales, la ideología posee su espacio, pero las áreas relativas a los conflictos o la estrategia –ni qué hablar de la guerra- no suelen ser las más favorecidas; por el contrario, en las instituciones especializadas en la estrategia, como las Escuelas de Guerra y los institutos de formación de las Fuerzas Armadas, la temática de la ideología es infrecuente. Esta disociación dificulta en todos los casos la adecuada comprensión de uno

¹⁰ HOBBSAWM, ERIC, “*Nations and Nationalism Since 1870*”, Cambridge University Press, Cambridge, 1992, p. 124-127.

u otro fenómeno. Con respecto a nuestro caso específico de estudio, el estado actual del conocimiento, como ha sido descrito por Jay Winter y Antoine Prost, se presenta en tres configuraciones historiográficas y tres nociones básicas acerca de la guerra. De las configuraciones propuestas¹¹, es decir, diplomática-militar, social y cultural, este trabajo se encuentra en la transición entre las dos últimas, sin que en realidad abandonar el efecto que los aspectos militares poseen sobre los otros campos. En cuanto a las nociones¹² -naciones en guerra, sociedades en guerra y pueblos en guerra-, este trabajo busca lograr una síntesis que explique de qué manera la misma ideología que sustentó la conformación de los Estados-naciones permitió a las sociedades aceptar la guerra no sólo como una fatalidad inevitable, sino como un factor positivo de cambio, mantenerlas en situación de cohesión ante las dificultades impuestas por la contienda, o producir disrupción y caos allí donde las aspiraciones nacionalistas se veían frustradas. En ninguno de ellos el nacionalismo es considerado en calidad de fuerza conductora principal, sino, en líneas generales, como un componente del complejo causal. Asimismo, de ninguna de estas vertientes se obtienen lineamientos teóricos acerca del rol de estas fuerzas en un sistema conflictual. Consecuentemente, a partir de mediante una visión historiográfica integradora, el presente trabajo supone un esfuerzo por restituir, en contraposición con las extendidas nociones reduccionistas, a un conflicto armado tan trascendente para el mundo contemporáneo lo que he juzgado como su contenido ideológico original.

En relación a los cuestionamientos arriba formulados, se introduce aquí la necesaria consideración de un tópico de especial interés para los diseñadores y decisores estratégicos: las fuerzas profundas que dinamizan los conflictos deben ser estudiadas cuidadosamente; y su reacción ante los cambios de situación estratégica, ya sea inducidos por las propias acciones o por las del oponentes, deben ser anticipados de ser posible, y al menos comprendidos en última instancia. Estas fuerzas profundas que afectan a los grupos sociales, entre las cuales la ideología surge como una de las más movilizadoras, actúan habilitando o restringiendo en la práctica la libertad de acción de un actor estratégico. En este trabajo se presentará la idea del nacionalismo como ideología habilitante o limitadora, según el caso, de las alternativas estratégicas de los principales contendientes en la Primera Guerra Mundial. Por ser aún la ideología predominante en los Estados-naciones modernos –esta es una condición asumida, no será objeto de análisis aquí-, entiendo también que el establecimiento de proyecciones hacia escenarios más actuales y la consecuente formulación de conclusiones puede resultar de validez. Con ello, he buscado avanzar en la dirección propuesta por Jeffrey Record en un estudio de reciente publicación, en el cual, tras afirmar que la ideología y el orgullo nacional son centrales al comportamiento de muchos Estados, sugiere que “(...) la influencia de la ideología sobre la toma de decisiones en materia de política exterior por parte de las grandes potencias del siglo XX, especialmente la Alemania Imperial, la Rusia Soviética, la Alemania Nazi, el Japón Imperial, la China Comunista, y –si- los Estados Unidos, merece más investigación académica que la que ha recibido”¹³. En particular, la

¹¹ WINTER, JAY y PROST, ANTOINE, “*The Great War in History : Debates and Controversies, 1914 to the Present*”, Cambridge University Press, Cambridge, 2005, pp. 6-31.

¹² *Ibíd.*, pp. 205-210.

¹³ RECORD, JEFFREY, “*Japan’s Decision for War in 1941: some Enduring Lessons*”, US Army War College Strategic Studies Institute, Carlisle, 2009, p. 5.

verificación del rol de la ideología nacionalista en un sistema conflictual con aplicación al presente caso de estudio concreción de esta iniciativa puede conceptualizarse bajo dos ideas-fuerza, que constituyen los ejes argumentales del mismo:

- 1) Que el nacionalismo impulsó a las naciones europeas a intensificar el nivel de conflictividad presente entre ellas

y

- 2) Que el nacionalismo sostuvo o limitó el esfuerzo de guerra de las potencias involucradas, determinando con ello las características totalizadoras que finalmente tuvo la guerra.

Antecedentes

El marco teórico del presente trabajo ha sido adoptado en forma particular y diferenciada para las tres grandes disciplinas de estudio aquí abordadas: la estrategia, desde el punto de vista de la constitución de un modelo conceptual; la historia, concerniente en forma específica a la Primera Guerra Mundial; y la ciencia política, involucrada fundamentalmente en la comprensión del fenómeno del nacionalismo.

Para la conceptualización del modelo estratégico de referencia se han empleado las teorías clásicas de Karl von Clausewitz (*De la Guerra*, 1832), Julián Freund (*Sociología del Conflicto*, 1987), André Beaufre (*Estrategia de la Acción*, 1973) y Basil Lidell Hart (*El Espectro de Napoleón*, 1971), complementadas con los trabajos de Leo Hamon (*Estrategia Contra la Guerra*, 1969) y Michael Howard. El análisis del nacionalismo como fenómeno sociológico se ha realizado teniendo en cuenta los lineamientos esbozados por Coulombis, Theodore, (*Introduction to International Relations*, 1990), John Breully (*Nationalism and the State*, 1985), y Jean Baptiste Duroselle (*Europa de 1815 a Nuestros Días*, 1982). Sólo con objeto de comparación inicial se han empleado los trabajos de Eric Hobsbawm arriba mencionados. Este marco se detalla convenientemente en el Capítulo Tres.

Por su parte, para el análisis histórico de la Primera Guerra Mundial se han empleado como material básico los trabajos de Cyrill Falls (*The First World War*, 1959), Michael Howard (*The First World War*, 1992), y el más moderno estudio de John Keegan (*The First World War*, 1999). El marco teórico sobre la Primera Guerra Mundial ha ido creciendo en variedad y riqueza interpretativa, como lo atestiguan estas tres obras históricas que poseen un rigor y un nivel de detalle que podría considerarse evolutivo. El estudio de las causas de la Primera Guerra Mundial está enmarcado en la propuesta de Donald Kagan (*On the Origins of War and the Preservation of Peace*, 1995), basada a su vez en la trilogía original de Tucídides: honor, interés y miedo, y la descripción estructural de la Europa de la segunda mitad del siglo XIX sigue los argumentos de Jean Baptiste Duroselle. Finalmente, la referencia teórica correspondiente a la sección que

analiza el rol del nacionalismo en la guerra ha seguido, ha grandes rasgos, el esquema introducido por Stephan Audoin Rouzeau y Annette Becker (14-18: Understanding the Great War, 2003) El La descripción de algunos de los eventos clave aquí tratados ha sido extraída de una amplia variedad de fuentes. La interpretación de los mismos se apoya en el trabajo de los investigadores franceses mencionados en último término.

Conceptos preliminares

Para la obtención de un concepto de estrategia que resulte de amplia aplicación y que explique la utilización diversos instrumentos en función del logro del propio fin en el transcurso de una disputa, se ha empleado el esquema dualista propuesto, en diferentes momentos, por André Beaufre y Leo Hamon. El dualismo, este reconocimiento mutuo de voluntades en abierta divergencia u oposición, constituye uno de los fundamentos de esta definición. A su vez, se ha incorporado a este esquema el modelo teórico del conflicto propuesto por Julián Freund, siguiendo el aporte realizado por Hamon, quien explica que “(...) por su misma naturaleza, todo conflicto implica la existencia de antagonistas. Entre éstos existe una relación de hostilidad y un fin deseado. El desarrollo del conflicto lleva consigo una eventualidad variable de ganancia o pérdida. El coste de un conflicto, o sea la pérdida, es diferente según que se trate de una guerra moderna y arcaica, victoriosa o perdida, o de un enfrentamiento económico o psicológico (...)”¹⁴.

En particular, Julien Freund establece que “se entiende por conflicto un enfrentamiento o choque intencional entre dos seres o grupos de la misma especie que manifiestan una intención hostil los unos con respecto a los otros, por lo general a propósito de algún derecho, y que para mantener, afirmar o restablecer este derecho intentan quebrar la resistencia del otro, eventualmente recurriendo a la violencia, la cual, llegado el caso, puede tender al aniquilamiento físico del otro”¹⁵. Posteriormente, Freund describe la dinámica de este modelo, subrayando sus aspectos centrales: intencionalidad necesaria o voluntariedad hostil, percepción diferenciada acerca de lo justo y lo injusto (la dualidad básica) y potencialidad de ascenso a los extremos con recurso a la violencia.

Para identificar el modo en que la guerra se inscribe en esta conceptualización, puede realizarse este breve esquema: entre dos actores cualesquiera se establecen relaciones de todo tipo, algunas de las cuales engendrarán antagonismos; en general, el origen de los antagonismos se halla en intereses encontrados o diferentes puntos de vista acerca de la misma cuestión, o bien por simples deseos de superar al otro y obtener alguna posición relativa favorable o de privilegio frente a él. Las diferencias que surjan, tipificadas en “situaciones”, podrán ser encauzadas o no siguiendo la normativa vigente. En el caso de que esté dentro de la voluntad de los antagonistas y de que el sistema jurídico sea capaz de dirimir eficazmente la cuestión, estaremos en

¹⁴ HAMON, LEO, “*Estrategia contra la Guerra*”, Guadarrama, Madrid, 1969, p. 98.

¹⁵ FREUND, JULIEN, “*Sociología del Conflicto*”, Fundación Cerien, Buenos Aires 1987, p. 58.

presencia de situaciones “agonales”¹⁶, en donde es dable caracterizar a los antagonistas como adversarios. Al canalizarse adecuadamente por vías legales, la posibilidad de recurrir a la violencia queda por principio excluída de plano en estas situaciones. En caso de ser insuficientes los medios legales, o de no contarse con la voluntad de los participantes, el antagonismo deriva en el tipo de situación llamada “polémica”, donde uso de la violencia no es más que un peldaño dentro de la escalada, y la guerra el último de los recursos empeñados. Los conflictos nacen en el seno de las situaciones polémicas. A su vez, en virtud de circunstancias especiales que no se expondrán aquí, existen situaciones que ayudan a saltar la barrera y transforman lo agonal en polémico; son las llamadas “polemógenas”. La guerra, de este modo, es una consecuencia extrema de la actividad política que caracteriza a un conflicto, y hace su aparición en sus etapas en donde el empleo de la violencia se vuelve un instrumento preponderante.

En relación al concepto de guerra propiamente dicho, particularmente en lo atinente a su definición, descripción y vinculación con el dominio de la política, se han seguido las nociones clásicas brindadas por Carl von Clausewitz¹⁷. Dos son las razones que motivan esta selección. La primera y más inmediata de ellas es que Clausewitz es, probablemente con toda justicia, considerado el pensador militar más influyente de todos los tiempos, *incluyendo* el período que se examina en detalle. Su influencia sobresale rápidamente del estudio de la literatura militar alemana de preguerra, a través de los escritos de Moltke, paradigma de la virtud militar prusiana, de Sigismund von Schlitching, y especialmente de Colmar von der Goltz y Verdy du Vernois. Virtualmente, cada capítulo de la famosa obra de von der Goltz, *La Nación en Armas* (1883), por ejemplo, se apoya claramente en *De la Guerra* (entre ellos, el capítulo referido al comando militar sigue muy de cerca al de Clausewitz sobre el genio militar). Un ensayo

¹⁶ *Ibíd.*, p. 71.

¹⁷ Las nociones elaboradas por Carl von Clausewitz han sido analizadas y cotejadas con las críticas formuladas por Basil Liddell Hart y John Keegan. La interrelación íntima entre guerra y política ha sido tradicionalmente una divisoria de aguas entre el pensamiento clausewitziano y los críticos acérrimos de esta corriente. A la tesis que ubica a la guerra en el marco de la política, Keegan ha opuesto la idea de que la guerra es mucho más una expresión cultural de los pueblos, casi una forma de relacionarse, que un simple instrumento político. Keegan coincide a su vez con Liddell Hart al atribuirle a Clausewitz responsabilidad en los sucesos de 1914/18, aunque en forma ligeramente diferente. Frente al pensamiento “anti”, muy popular entre los autores occidentales afines a la temática en los años 60 y 70, se ha levantado una moderna escuela de neo-clausewitzianos, que tiene origen en los Estados Unidos con posterioridad a la guerra de Vietnam, y que tiene como algunos de sus principales exponentes a Christopher Bassford, Alan Beyerchen y Antulio Echeverría III. Todos ellos, en especial el primero, realizan una dura crítica a Keegan y Liddell Hart, para luego fundamentar en el revisionismo del trabajo de Clausewitz a la luz de las modernas disciplinas científicas –incluso algunas relacionadas con la teoría del caos. Al respecto, véase BASSFORD, CHRISTOPHER, y VILLACRES, EDWARD, “*Reclaiming the Clausewitzian Trinity*”, en *Parameters*, U.S. Army War College, Carlisle Barracks, 1995 (versión on-line disponible en <http://www.clausewitz.com/CWZHOME/Trinity/TRININTR.htm>); también BAYERCHEN, Alan, “*Clausewitz, Nonlinearity and the Unpredictability of War*”, en *International Security*, 17:3, Washington, 1992, pp. 59-90; y ECHEVERRÍA III, Antulio, “*Dynamic Inter-Dimensionality: a Revolution in Military Theory*”, en *Joint Forces Quarterly*, Washington, 1997, pp. 29-36. En consecuencia, la discusión inicial ha perdido algo de vigor en nuestros días, en los cuales prácticamente ya no se cuestiona el postulado de Clausewitz. Uno de los más importantes autores contemporáneos en la materia, el británico Colin Gray, lo redefine con todo énfasis afirmando que, en esencia, “la guerra es comportamiento político”. Al respecto, véase GRAY, COLIN, *op. cit.*, *passim*.

de du Vernois de 1904, “Respecto a las situaciones imprevistas”, se apropia de la expresión “niebla de incerteza” tan característica de Clausewitz¹⁸. Ciertamente, el uso apropiado de una cita o referencia de su obra, confería al autor credibilidad o legitimidad como escritor militar, y le permitía confrontar con bases firmes y comúnmente aceptadas a todos los que pretendiesen elevar opiniones en contrario. Lo propio ocurrió en otros países. “El ejército prusiano se había nutrido del evangelio de Clausewitz”, reflexiona Lidell Hart, “y por lo tanto su evangelio era el verdadero. El Mahdi de las masas fue acogido por el mundo como el verdadero profeta. Y al final, ninguna nación lo aceptó más ciegamente que los franceses; con tanta mayor facilidad cuanto que se persuadieron de que era el profeta de Napoleón”¹⁹. Gilbert primeramente, y luego Foch tomaron los fundamentos de su propia teoría filosófica de la guerra directamente de Clausewitz, sin mayor discriminación. “En adelante ninguna estrategia puede prevalecer sobre aquello que aspira a resultados tácticos: la victoria por la lucha”, decía Foch. Y concluía diciendo que “la guerra moderna no conoce más que un argumento: el hecho táctico, la batalla”. Al buscar sentido estratégico en expresiones con orientación filosófica, Foch terminaba, paradójicamente, anulando toda estrategia posible. El continuador de esta escuela francesa será el coronel Grandmaison, con su teoría de la “ofensiva a ultranza”, basamento del plan que determinó la acción francesa cuando en 1914 se abrieron las hostilidades.

La segunda razón es, a nuestros efectos, netamente instrumental. En la teoría de la guerra formulada por Clausewitz se presentan, a partir de una combinación de elementos formales, sus aspectos distintivos dispuestos en torno a un centro aglutinante, o “punto donde todas las líneas convergen”. Este punto central está basado en el equilibrio entre los tres elementos primordiales sobre los cuales, según él, se desenvuelve la dinámica de los enfrentamientos armados: el pueblo— ámbito de la pasión -, la política – ámbito donde impera el raciocinio -, y la fuerza – ámbito signado por la incerteza y en el cual se mueve el conductor militar. Esta trilogía (la “trilogía notable” o “trilogía de Clausewitz”) configura el marco conceptual, o modelo, desde el cual se aborda el estudio de la naturaleza cambiante y diversa de la guerra²⁰. La validez de este marco de referencia no sólo se ve ratificada por los procesos y eventos analizados en el presente estudio, sino que constituye el punto de partida indispensable para contextualizar adecuadamente cada uno de ellos.

Finalmente, habiendo ya prefijado el significado que la guerra adquiere en el modelo del conflicto, y a efectos de completar nuestra conceptualización general sobre la estrategia, se ha procedido a eliminar los elementos dialécticos de los esquemas de Hamon y Beaufre, en concordancia con las observaciones formuladas por Freund. Oponiéndose a la consustanciación dialéctica-conflicto, este autor expresa que “(...) desde el momento en que el conflicto se caracteriza por una lucha entre dos voluntades o dos

¹⁸ ECHAVARRIA II ANTULIO, “*Borrowing From the Master: Uses Of Clausewitz in German Military Literature Before the Great War*”, art. publ. en *War & History* n°3, Londres 1996, pp. 274-292.

¹⁹ LIDELL HART, op. cit., p.130.

²⁰ Para un análisis moderno de la teoría de la guerra de Clausewitz, véase a ANTULIO J. ECHAVARRIA II, “*Clausewitz: Towards a Theory of Applied Strategy*”, artículo publicado en *Defense Analysis*, Vol. 11, N°3, Brassey’s, Londres 1995, pp. 229-240.

potencias, que se funda en antagonismos y contradicciones considerados incompatibles, de suerte que uno intenta ponerle fin negando al otro, la tentación de identificarlo con un proceso dialéctico es grande. Este paso ha sido dado por algunos autores marxistas que, sin embargo, se refieren de preferencia a Engels, autor más dogmático, antes que a Marx, autor más crítico²¹. El conflicto, consecuentemente, no es dialéctica; ni su resolución una síntesis superadora de tesis y antítesis sino la imposición de una sobre la otra, implicando muchas veces un retroceso en la relación entre dos entidades políticas, cuando no en el propio proceso evolutivo de las civilizaciones²².

De cualquier modo, lo verdaderamente relevante es que de este modo se deja establecido con claridad qué se entiende por guerra, cómo el concepto de guerra se inserta dentro del modelo del conflicto, y cómo la estrategia constituye la operación básica de conducción para toda acción que procure el logro de un determinado objetivo, tanto en el marco de lo agonal como de lo polémico. La definición de estrategia adoptada es, en consecuencia:

Estrategia es la conducción deliberada de las acciones en el contexto del dualismo antagónico en que se basa el modelo del conflicto.

Avanzando ahora en sentido descriptivo, se ha considerado como apropiado el modelo dimensional propuesto por Michael Howard acerca de la estrategia. Al respecto, reconoce el historiador británico, la estrategia en la era contemporánea se compone en cuatro dimensiones. La primera de ellas, la más tradicional, es la más emparentada con la guerra, que como se ha observado, es sólo una parte de la acción estratégica: es la *operacional*. Las tres restantes representan son la *social*, la *logística* y la *tecnológica*. En la redescubierta dimensión social de la estrategia estaba lo verdaderamente innovador. Si la estrategia es, tal como se lo ha expresado, la ciencia y el arte de conducir deliberadamente las acciones en el contexto del conflicto, todo aquello que introduzca cambios en el medio ambiente conflictual impactará sobre las formulaciones estratégicas afines. Y en este sentido, siguiendo en este punto el razonamiento de Michael Howard, uno de los principales efectos de los procesos revolucionarios al nacionalismo, fue el de sacar a la superficie aquellas “dimensiones olvidadas”²³ de la estrategia durante los siglos anteriores.

La relevancia del modelo de Howard es evidente, por cuanto posee la virtud de permitirnos apreciar cómo, en un pie de igualdad con los aspectos operacionales, técnicos y logísticos de la estrategia, elementos tan intangibles como la psicología de masas, las emociones colectivas, la autoconvicción, la ideología y el aferramiento a una causa más allá de la apelación a lo racional pueden influir en forma decisiva en la generación y en la determinación del curso y del carácter de un conflicto.

²¹ GRAY, op. cit., pp. 286-287.

²² Es este retroceso el que parece advertir Hans Joas en su crítica al rol y el tratamiento de la violencia en tiempos modernos. Al respecto, véase JOAS, HANS, “*Guerra y Modernidad: Estudios sobre la Historia de la Violencia en el Siglo XX*”, Paidós, Barcelona, 2005, pp. 26-29.

²³ HOWARD, MICHAEL, “*Las Dimensiones Olvidadas de la Estrategia*”, compilado en “*Las causas de las guerras y otros ensayos*”, Ediciones Ejército, Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército, Madrid 1987, pp. 139-55

Como se verá, la diferencia central en las causas, en el modo y en el carácter de la Primera Guerra Mundial, aquella que implica una ruptura importante en relación a la tradición europea de los siglos anteriores, y lo que en definitiva otorga a esta contienda su carácter de guerra total, está centrada en el creciente grado de participación social en las cuestiones de estado.

Finalmente, y dado que el modelo del conflicto nos exige identificar la naturaleza de los antagonismos en pugna, y las fuerzas contrapuestas en la relación conflictual. El desarrollo de este modelo sugiere la presencia de una suerte de mecanismo impulsor que provocaría el escalamiento o desescalamiento en el camino de la violencia. Sin duda los antagonismos son los componentes esenciales de este sistema conceptual, mientras que el grado de tensión existente entre los actores evidencia el nivel de escalamiento. Al mismo tiempo, existen componentes internos y externos del sistema que actúan incrementando o reduciendo estas tensiones. Para estos componentes se ha propuesto el nombre de *forzantes*. Bajo el concepto de forzante se determina así todo factor que obra imprimiendo dinamismo a un conflicto. En consecuencia, al conjunto de antagonismos básicos y forzantes intervinientes en este proceso le denominamos causas estructurales de una guerra y éstos serán, por definición, las estructuras que conforman el sistema conflictual. Puede entenderse que las ideologías son el forzante por excelencia de los conflictos que escalan a su etapa más violenta, pero no constituyen el único; la escasez de recursos, la ambición, el deseo de gloria, el miedo y la lucha por la supervivencia son ejemplos de forzantes que han impactado históricamente en el desarrollo de los conflictos y han determinado su escalada.

La movilización de estas estructuras en algún sentido determinado, sea éste el de la escalada o el de la distensión, se produce mediante patrones bien diferenciados. Mientras el desescalamiento suele darse a través de mecanismos sociales “(...) más o menos conscientes y más o menos elaborados capaces de desintegrar y hasta pulverizar los conflictos (...)”, o bien porque “(...) ambos contendientes han entrado en el conflicto sin vigor, a veces por rutina, o porque se han dejado arrastrar a él en ausencia de una voluntad decidida a evitarlo”, típicos desenlaces del tipo amorfo según Julien Freund, el escalamiento de los conflictos se produce por medio de actos que poseen efectos catalizadores. Tales actos tienen entidad y fuerza propia, y caracterizan al momento histórico en que se presentan como “coyuntura”. Cuando por efecto de su accionar la continuidad del conflicto se da mediante la violencia armada, estos eventos se erigen como “causas coyunturales” de la guerra. Las típicas causas coyunturales de las guerras ocurren usualmente bajo la forma de crisis. Una consecuencia práctica de la existencia de forzantes es que ellos propician las crisis, y suelen restringir la libertad de acción de los decisores, predeterminando un rumbo preferencial de resolución. Pero su efecto, lejos de agotarse allí, puede potenciarse en la escalada en un ciclo de realimentación positiva. En estos casos, por su propio vigor, los forzantes siguen actuando durante el conflicto, y tienen la capacidad de influir decisivamente en su curso. Este esquema es de particular utilidad para evaluar la presencia y el rol de la ideología nacionalista en los orígenes y el desarrollo de la Primera Guerra Mundial

CAPÍTULO UNO

EL NACIONALISMO

En el presente capítulo se trata el fenómeno del nacionalismo describiendo sus características como ideología movilizadora de masas. Se abordan aspectos esenciales y nociones básicas acerca de la ideas de nación y pertenencia a un grupo humano, y se repasan las diversas formas que adquirió esta ideología en su evolución. Fundamentalmente, se explora en el desarrollo de las diferencias de origen que convierten a las distintas teorías sobre la pertenencia a la nación alemana y francesa en esquemas teóricos mutuamente excluyentes. Como se verá, la trascendencia de esta diferencia irreconciliable es difícil de sobreestimar. Finalmente, se explica el impacto del nacionalismo en la modificación de las estructuras conflictuales predominantes en la Europa del siglo XIX y sus posteriores implicancias. Esta sección tiene como finalidad presentar al nacionalismo como fenómeno de naturaleza ideológica, buscando destacar su rol como forzante dentro de un modelo general de conflicto. La concepción de forzante, tal y como se la ha descrito en la ampliación del marco teórico, implica el ejercicio por parte de un factor de influencias sustanciales sobre los antagonismos existentes en este contexto, imponiendo sobre el curso del mismo un dinamismo variable según las circunstancias, y al mismo tiempo tan verificable como efectivo.

Definición y conceptos generales

Unos de los problemas centrales que caracteriza a la propia conceptualización del nacionalismo es que resulta en principio difícil tomar la adecuada distancia del mismo. Es decir, quienquiera esté elaborando ideas acerca del nacionalismo se encuentra, en razón de su pertenencia a un determinado Estado nacional, en forma simultánea influenciado de alguna u otra manera por la propia implantación ideológica que ha formado parte intrínseca al menos de sus experiencias educativas en temprana

edad, casi invariablemente destinadas a solidificar sus vínculos con su nación de pertenencia. Sobre esta implantación se producirá luego una elaboración ulterior, en la cual experiencias y percepciones pueden combinarse para generar actitudes un tanto más complejas que el simple agitar instantáneo de banderas o la espontánea aceleración de las palpitaciones ante los acordes de un himno nacional. Progresivamente, el nacionalismo -y sus experiencias asociadas- también condiciona los enfoques que un individuo posee acerca de una diversidad problemática sumamente vasta, que se extiende desde las preferencias en una elección de miss mundo, hacia las fervorosas exteriorizaciones por el equipo nacional en ocasión de eventos deportivos, y hasta la cancelación de toda rivalidad –incluso enemistad- interna en caso de conflicto armado internacional. Tal situación es consecuencia directa del hecho de que el nacionalismo es una ideología que afecta a todas las otras ideologías, y tiende replicarse condicionando nuestras predilecciones y decisiones individuales en modos no siempre evidentes.

Independientemente de de la aproximación que se utilice para procurar una definición, es un hecho que el esfuerzo por la delimitación de lo “nacional”, como toda delimitación, puede representarse como dos caras de una misma moneda: inclusiva y exclusiva. En parte como consecuencia de ello, que intentar arribar a una definición de nacionalismo no resulta tarea sencilla. Para comenzar debemos definir que es nación, ya que nacionalismo tiene su origen en esa palabra. Nación es un concepto que denota una identidad étnica y cultural compartida por una población²⁴. Por consiguiente una definición válida sería: *población con cultura e historia común que producen una identidad*.

La necesidad psicológica que poseen los seres humanos de autodefinirse en términos de identificación con una comunidad es en principio el fundamento del sentimiento nacionalista. Asimismo, en la esencia del nacionalismo se encuentra el sentido de territorialidad, comúnmente manifestado en el amor a la patria, entendida ésta última como el territorio de los ancestros. Por consiguiente, podríamos de manera amplia definir nacionalismo como *el sentido de identificación de un individuo con una colectividad organizada políticamente con referencias territoriales*. De la conformación de este sentimiento forman parte la adopción, promoción o preservación de un determinado lenguaje escrito y oral (sea o no de uso corriente), una tradición de logros en la literatura y las artes, y una historia narrada también en base a dichos logros – normalmente en combinación con la gesta épica como referencia prototípica y como modelo de virtud. Frecuentemente, involucra también la transferencia perpetua de generación a generación del temor a un enemigo, que suele cambiar, pero que invariablemente amenaza no sólo la seguridad de la nación, sino también los valores mismos sobre los cuales la misma está constituida.

Hay una estrecha vinculación entre la ideología nacionalista y la idea de posesión, aunque no necesariamente de modo inflexible²⁵. En el sentido territorial del

²⁴ COULOMBIS, THEODORE, “*Introduction to International Relations*”, Prentice Hall, New York, 1990, p. 59.

²⁵ CANO HEVIA, LUIS, “*Introducción al Estudio Racional de la Guerra*”, Editora Nacional, Madrid, 1964, p. 59.

concepto de posesión, este vínculo puede ser remoto y complejo, como es el caso del pueblo judío con la tierra prometida. El propio pueblo judío proporciona un excelente ejemplo de enlace nacionalista que, teniendo origen religioso, ha subsistido durante milenios. De este modo, la complejidad de fenómeno nacionalista permite entrever que ni la religión, ni la lengua, ni la raza, ni la geografía permiten explicarlo por completo. Como algunos teóricos han señalado, sus causas eficientes se encuentran probablemente en la propia naturaleza humana²⁶. Por otra parte, el término nacionalismo es utilizado para referirse a los movimientos políticos que buscan poder estatal o ejercitan poder estatal y justifican dichas acciones con argumentos nacionalistas.²⁷ Según John Breuilly, un argumento nacionalista es una doctrina política edificada sobre tres afirmaciones básicas:

- 1) Que existe una nación con un carácter explícito y peculiar.
- 2) Que los intereses y valores de esa nación tienen prioridad sobre todos los demás intereses y valores.
- 3) Que la nación debe ser tan independiente como sea posible.

Como ideología de Estado, el nacionalismo ha sido prominente a partir del siglo XIX, a pesar de no ser una invención de estos siglos. Al respecto, sostiene Isaiah Berlin que “la conciencia de identidad nacional puede ser tan antigua como la conciencia en si misma. Pero el nacionalismo, al contrario que el sentimiento tribal o la xenofobia, al que esta relacionado pero no es idéntico, parecería que ha existido en los tiempos clásicos o la antigüedad”²⁸. Algún sentimiento similar al nacionalismo se originó como defensa de la localidad, la región, la nación, en contra de amenazas externas. Para algunos autores, los primeros ejemplos de este comportamiento colectivo aparecerían en los conflictos de la Edad media entre varias ciudades, naciones y el papado. Pero indudablemente surgió de manera más elaborada en los últimos doscientos años, siendo uno de sus primeros teóricos fue Johann Gottfried von Herder (1744-1803), quien promovió fuertemente la idea de una la necesidad básica del ser humano el pertenecer a un grupo y por lo menos en algún nivel, ese grupo es la nación²⁹. Para Herder, el ser humano nace en un “lago de tradición” que le ayuda a definirse como individuo, al punto tal que su propia forma de pensar es determinada por su lengua materna³⁰. Es ese lago de tradición el que crea la identidad nacional, que está compuesta por la geografía, la historia, el lenguaje y a menudo la religión. El proceso de transformarse en nación es el proceso de integrar todos estos elementos en un todo. La historia de la mayoría de los Estados modernos ilustra este proceso.

²⁶ *Ibidem*, p. 60.

²⁷ BREUILLY, JOHN, “*Nationalism and the State*”, University of Chicago Press, Chicago, 1985, p. 3.

²⁸ BERLIN, ISAIAH, “*The Best Twig: a Note on Nationalism*”, *Foreign Affairs* 51, No. 1, oct 1972, p.15.

²⁹ TOWER SARGENT, LYMAN, “*Contemporary Political Ideologies*”, Wadsworth, Londres, 1993, p. 26.

³⁰ Notablemente, y aunque se suele caracterizar a Herder como un ideólogo del nacionalismo alemán, su filosofía política es esencialmente cosmopolita y pluralista; y con ello, contraria a las pretensiones de exclusión o superioridad. Al respecto, consúltense en particular sus obras “*Acerca de la Diligencia de los Lenguajes Aprendidos*” (1762), “*Fragmentos*” (1767-8) y “*Tratado sobre el Origen del Lenguaje*” (1772).

Existe controversia entre académicos en cuanto a la mejor manera de analizar el fenómeno del nacionalismo. Para resolver esta dificultad, se han sugerido tres enfoques diferentes:³¹

- 1) El *enfoque objetivo* busca identificar al nacionalismo en términos de atributos cuantificables y observables, entre los que se encuentran la homogeneidad lingüística, racial y religiosa.
- 2) El *enfoque subjetivo* caracteriza al nacionalismo como un grupo de sentimientos patrióticos, emocionales e ideológicos que unen a un individuo y una comunidad sin tener en cuenta la estructura étnica de esa comunidad.
- 3) El *enfoque ecléctico* iguala términos como nacionalismo y patriotismo e imagina esa prolongada comunicación e intercambio en la era del crecimiento de los medios masivos de comunicación conjuntamente con prácticas como casamientos interétnicos, vecindarios mixtos y sistemas educativos integrados, que llevan con el tiempo a la adopción de una identidad colectiva.

En definitiva, el nacionalismo puede ser una fuerza útil cuando brinda al individuo el sentido de identidad y pertenencia, permitiéndole unirse a otros ciudadanos en la búsqueda del bien común. En contrapartida, el nacionalismo puede ser una fuerza destructiva cuando postula la existencia de jerarquías entre las personas y busca imponer su visión del mundo por la fuerza.

Teorías sobre la conformación del Estado nacional

El corolario fundamental a la formulación teórica del nacionalismo es que *el sentimiento nacional obliga a que la comunidad de hombres a la cual se pertenece tenga su propio gobierno*. De esta manera, se llega a la constitución del Estado-nación a partir de la organización jurídica de la comunidad nacional en un espacio territorial definido. Sin embargo, las opiniones difieren a la hora de explicar qué se entiende por comunidad nacional. Siguiendo a Jean Baptiste Duroselle, las dos escuelas principales que teorizan acerca del basamento y los límites de la comunidad nacional son la alemana y la francesa³².

Según la escuela alemana, la nacionalidad es producto de fenómenos inconscientes e involuntarios: en especial, la lengua materna y las tradiciones populares. La lengua materna es la única que se aprende “involuntariamente”. Así, si la nación se define por su lengua, todos los que hablen francés deben pertenecer a Francia, y todos los que hablen alemán a Alemania, con independencia de sus deseos personales. Esta fue la teoría elaborada por Herder. Pero mientras que Herder hablaba principalmente en términos de naciones culturales, sus sucesores abrazaron la idea de la identificación del Estado-nación basada en la lengua. En clara contraposición, la escuela francesa considera

³¹ COULOUMBIS, op. cit., p. 62.

³² DUROSELLE, JEAN BAPTISTE, “*Europa de 1815 a Nuestros Días: Vida Política y Relaciones Internacionales*”, Labor, Barcelona, 1991, p. 22-3.

que la nacionalidad se funda sobre un fenómeno consciente y voluntario: el deseo de pertenecer a tal o cual nación. Este deseo puede ser expresado a través de diversos mecanismos –todos ellos de naturaleza evidentemente democrática-, a saber: plebiscitos, elecciones, votos de representantes, etc. La Fiesta de la Federación, el 14 de julio de 1790, estableció así la existencia de una comunidad nacional francesa.

He aquí un desacuerdo básico de difícil resolución. Si se sigue la teoría alemana o romántica, Alsacia, que habla un dialecto germánico, debe ser alemana, mientras que el país valón y la Suiza francesa deben ser franceses. Si se sigue la teoría francesa o clásica, Alsacia es francesa porque ha demostrado su voluntad de pertenecer a Francia; a la inversa, la Suiza francesa, al rechazar en el plebiscito de 1814 su anexión a Francia, no es francesa sino suiza. Casi todas las corrientes de pensamiento nacionalistas se enmarcan en una u otra de las escuelas analizadas. Planteadas las divergencias entre ambas, resulta fácil comprender que estas diferentes concepciones sobre el ser nacional tienen desde su mismo origen rumbo de colisión. Desde el preciso momento en que – como resultado de la instalación generalizada del ideario nacionalista en la mentalidad colectiva- el Estado asumió el rol aglutinante de la identidad nacional, estas divergencias comenzaron a plantearse en términos extremos. Pero antes de que ello ocurra, obrará el nacionalismo con efecto transformador sobre las estructuras conflictuales en vigencia a principios del siglo XIX.

En efecto, la Europa de 1815 tenía un carácter verdaderamente antinacional, y el sistema concebido por el canciller austriaco Metternich para preservar el status quo (y con ello la paz) estaba basado en dos principios: la legitimidad y el equilibrio de fuerzas. En el denominado Concierto de Europa tenían carácter de legítimos los Estados gobernados por Monarquías absolutistas, independientemente de su composición poblacional. Dos naciones (en sentido romántico), la alemana y la italiana, estaban así divididas, la primera en 39 y la segunda en 7 Estados. Además, existían tres grandes Estados plurinacionales: el Imperio Austríaco –que incluye, además de los austríacos de habla alemana, a checos, eslovacos, polacos, eslovenos, croatas, serbios, húngaros, rumanos, ucranianos e italianos-, el Imperio Otomano –que incluye, aparte de los turcos, a griegos, serbios, albaneses, búlgaros y rumanos, y el imperio Ruso –que tiene entre sus nacionalidades súbditas a polacos, judíos, lituanos, ucranianos, armenios, y una variedad de poblaciones que si bien no han adquirido e este período una conciencia nacional definida, se ven identificadas con el credo islámico, y por lo tanto rechazan la religión oficial del Estado ruso³³.

Las diferencias entre estos imperios son importantes. Mientras que el Imperio Otomano se encuentra en franca decadencia (era común referirle como “el hombre enfermo de Europa”), el Imperio Austríaco se mantiene en condiciones de relativa fortaleza –recién en 1867 concederá la autonomía a los húngaros y será necesaria su derrota militar en la Primera Guerra Mundial para que se desintegre en varios estados sucesores. En tanto, el Imperio Ruso se mantiene en una situación de relativa estabilidad, que si bien le exige disponer permanentemente de tropas fronteras adentro para prevenir cualquier ruptura del orden por parte de las minorías no rusas, no le impide impulsar

³³ KAGAN, op. cit., pp. 94-95.

políticas expansionistas hacia los confines de su vasto territorio. Finalmente, en todo el continente europeo existían nacionalidades sometidas: Irlanda al Reino Unido, Noruega a Suecia, los alemanes de Schleswig y Holstein a Dinamarca, y algunos polacos a Prusia.

En este escenario irrumpe el sentimiento nacionalista, convertido en una incontenible fuerza política. En todas partes, las comunidades nacionales que se encuentran sometidas a los poderes imperiales comienzan a reclamar por su independencia, exaltándose los valores de la tradición y las glorias pasadas, depurándose la lengua y restaurándose su pretendida nobleza. A este movimiento intelectual se le superponen movimientos políticos reformistas o revolucionarios. Duroselle distingue dos períodos acaecidos entre 1815 y 1871 en esta lucha entre nacionalidad y legitimidad: en el primero, que va de 1815 a 1851, triunfan mayormente los elementos reaccionarios – salvo notables excepciones, como las de la autonomía lograda por Serbia y la independencia belga- y el mapa europeo permanece prácticamente inalterado; en el segundo, de 1851 a 1871, son las nacionalidades las que logran imponerse, el menos en sus aspiraciones esenciales. Las formas básicas del nacionalismo se dan en el primer período, que culmina con el fracaso de los movimientos revolucionarios. Es en el segundo período que se conforman las bases de los principales Estados-naciones europeos como tales; y en el reordenamiento político internacional resultante, tendiente a la consolidación de estos Estados-naciones, tendrá lugar la aparición de lo que denominaremos las formas desarrolladas del nacionalismo.

Formas básicas

Durante algún tiempo, la política de equilibrio y legitimidad esgrimida y garantizada por la Cuádruple Alianza funcionó, desactivando potenciales conflictos. Pero este sistema europeo construido en 1815 en contra de la hegemonía francesa, chocará frontalmente sino contra estas nuevas fuerzas que arremeten contra el principio de legitimidad, el cual las confina dentro de límites crecientemente asfixiantes³⁴. En tanto los gobiernos proseguían sus querellas, los nacionalismos surgían en la arena política e institucional, configurándose como una severa amenaza para el orden legítimo. En este enfrentamiento, las formas básicas del nacionalismo se manifestaron a través de movimientos revolucionarios con objetivos constitucionalistas, en general con estilo fuertemente combativo. Simplificando, señalaremos la existencia de tres oleadas revolucionarias en la Europa post-napoleónica:

- La primera, en 1820, se caracterizó por una fuerte agitación en Alemania, especialmente en medios universitarios, con la finalidad de obligarse a los diversos gobiernos alemanes a conceder constituciones. Insurrecciones similares y con fines casi idénticos estallaron en España (liderada por las tropas acuarteladas en Cádiz), Nápoles (la revuelta de los “Carbonarios”), Francia (impulsada por la organización “Charbonnerie”) y Rusia (en ocasión de la muerte del Zar Alejandro I). En todos estos casos, la represión dirigida por Metternich y

³⁴ DUROSELLE, op. cit., p. 24.

ejecutada por tropas austríacas y francesas ahogó estos movimientos antes de que cobraran verdadero impulso revolucionario.

- La segunda oleada se inicia en Francia en 1830, con la sublevación republicana contra el régimen de la Restauración. Esta vez la revuelta resulta exitosa, obligando al monarca Carlos X a abdicar. Pero los vencedores no estaban debidamente organizados, y sectores aristocráticos maniobraron para limitar el efecto del levantamiento, entregando el trono a Luis Felipe, duque de Orleáns. Irritados, los grupos nacionalistas volvieron a la carga, pero fueron ferozmente reprimidos y acabaron desmantelados³⁵. Posteriormente, el centro del conflicto se trasladó al Imperio Otomano, donde los intereses geoestratégicos en pugna determinaron actitudes cambiantes por parte de las potencias aliadas. La violenta represión turca ante el levantamiento nacionalista griego de 1821 motivó la intervención francobritánica a favor de los rebeldes griegos. En la batalla de Navarino, en 1827, la fuerza naval aliada destruyó a la flota turca, alterando sustancialmente el equilibrio de poder en el mediterráneo, y dejando al decadente imperio a merced de las ambiciones rusas (algo que, paradójicamente, los británicos habían intentado evitar). Desde 1830, Grecia se constituyó como Estado independiente. Junto con la autonomía obtenida en el mismo año por Serbia, fueron éstos los primeros triunfos de movimientos nacionalistas en contra del orden institucional europeo³⁶. Las iniciativas nacionalistas florecieron luego en Italia, donde fueron dominadas rápidamente por una nueva intervención austríaca, y en Alemania, donde el orden fue igualmente restablecido sin mediar derramamiento de sangre.
- En el año 1848, las diferentes fuerzas nacionales confluyeron en el estallido de lo que se ha dado en denominar el “movimiento revolucionario europeo”, y esta vez con inusitada amplitud, siendo la oportunidad provista por la crisis económica de 1846-1847. Nuevamente tuvo su epicentro en Francia, donde la guardia nacional, otrora elemento central en la represión de los levantamientos, se alineó con los republicanos para deponer a Luis Felipe. De París, la revolución se trasladó hacia Turín, Roma, Nápoles, Florencia, Berlín (por nombras sólo las urbes de mayor importancia) y finalmente Viena, provocando la caída de Metternich y desencadenando una serie de movimientos centrífugos amenazadores para el Imperio. En todas partes las asambleas populares se dictaron constituciones, y expulsaron o forzaron a sus soberanos a aceptar las nuevas reglas de juego.

Transcurrido un breve lapso, también estos movimientos fueron vencidos por las fuerzas reaccionarias. Los ejércitos austríacos derrotaron de nuevo a los piemonteses en abril de 1849; los insurgentes franceses fueron aplastados en junio, y la elección de Luis Napoleón, con mayoría monárquica en la asamblea marcó el fin de las

³⁵ En cambio, la revolución se concretó con éxito en Bélgica.

³⁶ Sobre la independencia “de facto” alcanzada por Serbia, véase FRECHERO, GERMÁN, “*Kosovo como Guerra de Cuarta Generación, un Estudio de Caso*”, Tesis presentada para la aprobación de la Maestría en Historia de la Guerra (n. p.), Escuela Superior de Guerra “Luis María Campos”, Buenos Aires, 2004, pp. 45-48.

aspiraciones republicanas; en Austria y en los Estados alemanes, los parlamentos locales también fueron liquidados no bien los monarcas lograron reasentarse sobre sus dominios. A fines de 1850, todo había terminado y la revolución había sido aniquilada en todas partes, dando paso a una nueva generación de soberanos que ejerció el poder en forma muy enérgica y discrecional.

Sin embargo, algo esencial subsistió de todo este inmenso movimiento. En primer término, en Francia se logró mantener el sufragio popular. A largo plazo, esto constituyó un verdadero hito en el rumbo de las futuras democracias, ya que por primera vez en la historia una gran potencia adoptaba un sistema electoral basado en la voluntad popular³⁷. En segundo lugar, fueron abolidos los regímenes señoriales, excepto en Rusia, donde la servidumbre no sería abolida hasta 1861. Y, para finalizar, la mayor parte de los Estados mantuvieron las constituciones ya otorgadas y adoptadas por sufragio popular. Dos de estos Estados, Prusia -de irradiación intelectual y moral especialmente intensa- y Piamonte -el “campeón” de las libertades italianas- se convertirían pronto en polos de atracción para las identidades nacionales, aglutinando las fuerzas dispersas de los sufridos movimientos nacionalistas locales, erigiéndose como piedras fundamentales de sus Estados-naciones unificados, y sirviendo de ejemplo para el resto del mundo.

El fracaso de las revoluciones, ayudado por la prosperidad económica, apaciguó los movimientos populares durante algún tiempo. Pero las oleadas revolucionarias habían abierto caminos de cuyo tránsito no había retorno. En estas circunstancias, fueron los nuevos jefes de Estado quienes asumieron un rol de alto protagonismo en la formación de los Estados nacionales. Algunos de ellos fueron personalidades verdaderamente excepcionales. En particular, Napoleón III y Cavour hasta 1861, y Napoleón III y Bismarck, de 1862 en adelante, llevaron adelante el gran trastorno del escenario europeo que significó la formación de la unidad italiana y la formación de la unidad alemana.

Formas desarrolladas

Los promotores del “movimiento de las nacionalidades” del siglo XIX proponían dar al Estado una base nacional donde existiera el respeto mutuo entre distintos grupos. Sin embargo, en la realidad, desde que el Estado nacional adquirió fuerza, rara vez respetó los derechos de otros países. Las características principales de esta exaltación del sentimiento nacional, ya sea modelado al estilo clásico o romántico, implicaban el deseo de afirmar los intereses de una nación frente a los de los extranjeros; la convicción de que la misma tenía una “misión” para cumplir en el mundo; la voluntad de incrementar su poderío y prosperidad; y cierto sentimiento de superioridad material y moral, el cual se trataba de imponer. El nacionalismo desarrolló así tendencias expansionistas, en dos formas principales: en las relaciones entre los continentes y dentro de un mismo continente.

³⁷ DUROSELLE, op. cit., pp. 16-18.

En el primer caso se manifestó mediante el colonialismo, que siempre se apoyó en la fuerza y en el pretexto del interés de los colonizados, pero que además se justificaba con otros argumentos a los que se les daba diferente importancia según los diversos países. Así encontramos argumentos justificadores de la expansión colonialista de orden económico (asegurar salidas comerciales y reservas de materias primas), estratégico (obtener puntos de apoyo para los conflictos bélicos), moral y religioso (extender la civilización occidental), de prestigio (no convertirse en decadente), y de status o poderío (obtener ventajas en el reparto del mundo). En el segundo caso, dentro de un mismo continente, (fue en el europeo donde se dio con mayor fuerza), las manifestaciones del nacionalismo fueron diversas en cada Estado. El nacionalismo alemán derivó de los éxitos que el país obtuvo en los campos militar, económico y cultural, lo cual fue transmitido al nivel escolar y universitario. Fue forjado en gran medida en el molde militarista prusiano: Prusia lideró el proceso de unificación alemana a través de sus campañas militares contra Dinamarca y Austria (1866), y Francia (1870-71). Se cimentó en el éxito, y se proyectó ambiciosamente. En su forma más radical encontró, a partir del año 1897, su máxima expresión en la Liga Pangermanista (*Alldeutscher Verein*), que consideraba que la nación era el conjunto de hombres que hablaran la misma lengua y estuvieran conscientes de su mutua solidaridad, afirmando que el Estado tenía la misión de llevar al país a representar un gran papel en el mundo a través de la expansión económica y territorial³⁸. Si el nacionalismo había sido antes una fuerza progresista que veía como su misión principal el reemplazo del antiguo régimen a favor de un sistema político más representativo, se volvió a partir de estos desarrollos un movimiento marcadamente conservador, manifiestamente inclinado a sostener el status quo en una Prusia militarizada. La nación se identificó con el Estado, y cualquier voz disidente al respecto fue acusada de anti-patriótica. Los partidos políticos que demandaron alguna reforma fueron en consecuencia rotulados como enemigos del Reich. En particular, los socialdemócratas fueron denunciados como “apátridas”, y una democracia parlamentaria fue vista como opuesta a la esencia del germanismo³⁹.

En Rusia, en la segunda mitad del siglo XIX aparece el movimiento paneslavista, que fue un movimiento sólo de intelectuales y que a diferencia de la Liga Pangermánica no trabajó metódicamente sobre la opinión pública. Se veía a Rusia como la heredera de la civilización griega y la destinada a orientar a todos los pueblos eslavos e incluso a heredar la civilización occidental. Estas ideas, excepto con algunas excepciones, ejercieron escasa influencia sobre el gobierno zarista. Durante el siglo XX nace un nuevo eslavismo, que invita a colaboraciones culturales y económicas que excluían la expansión territorial.

³⁸ Aunque disuelta, las ideas de la Liga volvieron a tener influencia unos pocos años más tarde. De hecho, el surgimiento de la figura de Hitler en el campo político implica un retorno a los temas fundamentales del pangermanismo como la noción de espacio vital, el aseguramiento de la raza alemana incluso a expensas de otros pueblos más débiles. Este nuevo pangermanismo constituye así la corporización política de las teorías geopolíticas esbozadas primeramente por Ranke, y elaboradas sofisticadamente por Haushoffer y Mackinder. Hitler en realidad, sobrepasa estas ideas cuando considera la lucha contra Rusia el objetivo final de la política alemana.

³⁹ KITCHEN, MARTIN, “History of Modern Germany”, Blackwell Publishing, Oxford, 2006, p. 128.

El nacionalismo italiano tuvo a Mazzini en el siglo XIX, entre sus primeros promotores. Posteriormente, estas ideas, sin una amplia base en la población y con marcada nostalgia por la Roma antigua, fueron apoyadas por muchos intelectuales, especialmente tras la fundación del Reino de Italia, que a su vez fue producto la intención de unir las entidades políticas peninsulares a las comunidades de población italiana que aún estaban sometidos al dominio de Austria-Hungría. Así, el movimiento parecía asemejarse al pangermanismo y al paneslavismo pero estos últimos con el argumento de la igualdad lingüística querían anexar pueblos sin tener en cuenta las preferencias reales de los mismos, en cambio en Italia, las poblaciones que el programa nacionalista quería “liberar” deseaban en realidad sustraerse a la dominación austro-húngara. Otra diferencia fundamental del movimiento italiano con la de los otros dos países recién mencionados, es que el nacionalismo italiano de ese siglo no consideró un programa que fuera más allá de sus fronteras, o sea sus objetivos eran más limitados y precisos.

El nacionalismo francés, en el período 1871-1914 se situó en un plano diferente; no fue decididamente ofensivo, aún cuando quería obtener una revisión de las fronteras, ya que la cuestión de Alsacia-Lorena era una importante preocupación, en donde los franceses deseaban su pronta restitución. En ningún momento se invocó en su provecho el argumento lingüístico; la concepción francesa de la Nación tomaba como bases las tendencias de la psicología colectiva y la manifestación de los sentimientos. En resumidas cuentas, podría decirse que se trataba de un nacionalismo conservador, que nunca lanzó un llamado revolucionario como los programas pangermánico o paneslávico.

Los rasgos de ese movimiento de ideas sufrieron entre 1890 y 1895 una transformación, que se daba por el paso de un nacionalismo ampliamente abierto hacia la izquierda, a un nacionalismo de derecha, preocupado por establecer una doctrina. Luego de la derrota de 1871, este grupo de intelectuales más radicalizados quisieron ofrecer a Francia un nuevo ideal, cultivar el sentimiento patriótico, establecer el servicio militar obligatorio, inculcar en la juventud el sentimiento de fraternidad nacional, queriendo asociar las convicciones republicanas y democráticas al sentimiento nacional. Así, la literatura popular exaltaba las virtudes militares, pudiéndose ver en sus manifestaciones una reacción intuitiva de un pueblo que fue humillado. No creía esta forma de nacionalismo en la necesidad de apoyarse en un sistema de ideas en el cual encontraría definida una concepción de las relaciones internacionales y del papel de Francia en el mundo. En el momento en que la izquierda se volvió pacifista, la derecha tomó a su cargo los temas nacionalistas. El nacionalismo se dio una doctrina que a partir de 1894 elaboraron Maurice Barrés y Charles Maurrás, según la cual ser nacionalista sería tener plena conciencia de la estrecha solidaridad que unía al individuo con sus “ascendencias” y procurar la continuidad de la misma, haciendo valer esa herencia contra las influencias extranjeras que amenazaban con desnaturalizarla. Afirmar la tradición nacional significaba a su vez protegerse del pangermanismo. Lo que ambos querían darle era una disciplina, un método de rectificación para luchar contra la decadencia de Francia, algo que el régimen democrático y parlamentario era incapaz de generar. Este nacionalismo era pesimista, ansioso, y conservador.

El nacionalismo inglés no tenía propósitos de expansión en el continente, pero sí tenía grandes ambiciones imperiales, que se manifiestan luego del período 1860-1870, para afirmarse sobretodo entre 1882 y 1902. Las nuevas corrientes de pensamiento que se impusieron con la presencia de Benjamín Disraeli a la cabeza del gobierno, estuvieron relacionadas con la idea de imperio y con la misión que tendrían los ingleses para propagar la civilización europea, que no se limitaba a invocar necesidades económicas. La expansión imperial eran para Gran Bretaña una ley del desarrollo histórico, y en las doctrinas de los grandes inspiradores del tema se puede ver cierta analogía con los designios del pangermanismo y paneslavismo. El pueblo inglés consideraba que tendría un papel determinante en el porvenir del mundo y se consideraba una “raza gobernante”, siempre apelando a un “gran ideal Nacional”. En sus orígenes y hasta 1794, se trataba de un imperialismo defensivo; pero luego de 1815 se volvió agresivo, ya que no sólo le preocupaba mantener y organizar el imperio sino que pretendía asegurarse el crecimiento del mismo. Estos ideales encontraron eco en la opinión pública hasta la dura experiencia con Sudáfrica: muestra de ello fue la llegada al poder de Sir Colin Campbell, que había conducido la oposición contra la corriente nacionalista en 1899, siendo ésto un indicio en el cambio el estado de ánimo de la población.

Móviles del nacionalismo

Podemos apreciar que bajo la palabra nacionalismos se unen movimientos cuya amplitud, duración y vitalidad fueron desiguales. En particular, en todos los casos en los que el nacionalismo se orientó a la vez hacia la expansión continental y colonial se logro alcanzar una armonía entre ambas tendencias. Así fue en la Alemania de Guillermo II e incluso en la Italia de preguerra. En Rusia los nacionalistas paneslavistas casi no manifestaron interés en la expansión Rusa en Turquestán o en el Lejano Oriente. En Francia el nacionalismo gambettista no era hostil a la expansión colonial, pero el barreciano fue más reservado, al considerar que dicha expansión no era más que una manera de apartar la vista de los problemas europeos más urgentes.

Al mismo tiempo es apreciable que los nacionalismos tuvieron caracteres muy diferentes. Antes de 1914 en Alemania, Japón, Rusia y los Estados Unidos, los objetivos fueron ofensivos: la necesidad de expansión como una ley natural, el deber de cumplir una misión de regeneración, el presunto derecho que otorga a una nación o a un Estado cierto sentimiento de superioridad sobre los pueblos vecinos. En Italia, estas motivaciones -que habían sido la bandera del nacionalismo mazziniano- fueron aplazadas en virtud de las presiones ejercidas por el movimiento irredentista, que sólo adhirió al argumento de nacionalidad. Como hemos visto, en la misma época el nacionalismo de Francia fue principalmente conservador y defensivo, con la notable excepción del pensamiento geoestratégico nacionalista imperante en ámbitos militares.

Finalmente, debe señalarse que el desarrollo del nacionalismo en el seno de una misma nación o de un mismo estado no siempre fue un proceso continuo. La continuidad es probablemente más fácil en visualizar en Alemania, donde el nazismo

retomó la mayor parte de los temas del pangermanismo; o en Italia, donde el fascismo fue el heredero de estas doctrinas; o en Japón, donde las asociaciones patrióticas persiguieron el mismo esfuerzo durante más de medio siglo. Pero en Francia el nacionalismo cuya preocupación dominante había sido luchar contra el peligro alemán, había perdido hacia 1933 su principal razón de ser; y finalmente en Inglaterra el movimiento de orgullo nacional, que había alcanzado su cúspide entre 1895 y 1899, se atenuó en 1902. Por todo lo expresado, es razonable sostener la idea de que estudiar los nacionalismos como corrientes autónomas de pensamiento sin ubicarlos en las condiciones de la época, es reducirse a lo arbitrario.

Evaluación

Ya sea por simple difusión ideológica, o por el odio inspirado por los conquistadores, o por combinación de ambas, los ecos de la Revolución Francesa expandieron las ideas liberales nacionalistas por toda Europa -y de allí al resto del mundo- en un proceso gradual con breves erupciones violentas que transitó desde Francia a Alemania, Italia, luego a la Europa Central y Balcánica, para extenderse hacia fines del siglo XIX por el sudeste asiático y el Medio Oriente. Desde entonces, el nacionalismo ha jugado un papel clave en la generación y el mantenimiento de los conflictos internacionales contemporáneos. Desde este punto de vista es fácil ubicar su naturaleza de forzante conflictual: desde el momento de su aparición en escena, normalmente signada por un período de profundas crisis, ha desatado fuerzas que actúan de modo casi permanente, imprimiendo a las estructuras conflictuales su peculiar dinámica.

Cuando tratamos previamente al nacionalismo hablábamos de su función como transformador de los antagonismos presentes en los conflictos de principios del siglo XIX. Hay en verdad una clara distinción entre los conflictos de la era prenacionalista y los de la era nacionalista. Anteriormente, en ocasión de producirse una disputa territorial, se admitía que la voluntad popular no contaba en absoluto. Tal era así, que los pensadores liberales de los siglos XVII y XVIII, e inclusive algunos del XIX, pensaban que, una vez que el control del aparato estatal fuese arrebatado a las monarquías y a las clases gobernantes, las cuales tenían supuestamente intereses creados en la guerra, y se hubiesen afianzado universalmente las prácticas y los valores de los sistemas republicanos, las guerras dejarían de existir. ¿Qué pueblo, en completo dominio de su destino, aceptaría medios tan poco civilizados para dirimir sus cuestiones de política exterior?

Las esperanzadas especulaciones de los teóricos contenían en su interior una amarga paradoja. Aquello que difícilmente podría ser comprendido entre encendidos debates filosóficos y euforias ideológicas, es la simple razón de que ir a la guerra en defensa de un monarca implica poco más que el cumplimiento una mera relación contractual. En cambio ¿qué tipo de relación existiría entre el ciudadano nacional, a quien se confían las armas y la nación a la que siente pertenecer y debe defender? Y, por otra parte ¿dentro de qué límites podrían contenerse las demandas o las exigencias que el nuevo Estado-nación podría imponer a sus miembros, si ellos *son* la nación? Sin duda, los términos de este nuevo contrato aluden a lazos estrechos, familiares, sanguíneos.

Planteados estos interrogantes, su respuesta parece estremecedora. Los teóricos optimistas predecían el fin de las guerras. Pero si algo fallaba en estas teorías, la alternativa era un tipo de guerra sin términos medios. Y lo que finalmente ocurrió fue que, desde el momento en que las reivindicaciones territoriales tomaron el cariz de reivindicaciones nacionales, los intereses comprometidos por los Estados demandantes adquirieron categoría de vitales. Al involucrarse y apasionarse las masas por los conflictos, éstos recibieron sustento propio, y fueron evolucionando hacia estadios en donde la potencialidad y los alcances de la violencia se vieron sensiblemente incrementados.

Un caso ejemplar, y ciertamente de valor anticipatorio, es el que compara la Guerra de Crimea de 1854 con la Guerra Franco-Prusiana de 1870. En la primera de ellas, Inglaterra y Francia no comprometían en forma directa ninguna reivindicación de carácter nacional; los rencores resultantes fueron tan escasos que ya desde 1856 se esbozaba un acercamiento franco-ruso, que empezó a concretarse a partir de 1879. Del mismo modo, británicos y rusos se entendieron en 1907. En la segunda, en cambio, se hallaban en juego la unidad alemana y el orgullo nacional francés; consecuentemente, los rencores desatados por el desenlace de la guerra sostuvieron al conflicto, haciendo imposible cualquier intento de entendimiento posterior entre alemanes y franceses (por supuesto, siempre hablando del período que nos interesa). La función de la ideología nacionalista ha ido, entonces, más allá de la transformación de las estructuras antagónicas, para convertirse en un verdadero forzante del complejo conflictual, guiándole además por el camino del escalamiento.

Una de las características sobresalientes y casi invariables del nacionalismo es el militarismo, concebido éste como la identificación y exaltación de los valores de las instituciones militares como máximos exponentes de la nacionalidad. En la búsqueda de su afirmación política, en su necesidad de auto justificación, la identificación nacional conlleva el extrañamiento de otras comunidades. En los albores del nuevo orden surgido de las revoluciones nacionales, esto se logró a partir de la celosa conservación en la memoria colectiva de las gestas militares gloriosas del pasado. Howard explica que “Francia *fue* Marengo, Austerlitz y Jena: el triunfo militar puso el sello de la conciencia nacional recién descubierta. Gran Bretaña *fue* Trafalgar, aunque desde aquellas primeras batallas de Crecy y Agincourt llevaba viviendo cuatrocientos años como nación. Rusia *fue* el triunfo de 1812. Alemania *fue* Gravelotte y Sedán. Italia *fue* Garibaldi y los Mil (...) ¿Acaso podía una Nación en el más riguroso sentido de la palabra nacer sin guerra?”.⁴⁰

Tal era el sentir de aquella época. La concepción de la negación del otro, su percepción como contrario y la afirmación del Estado nacional por medio de esta mutua negación de los contrarios son elementos ciertamente dialécticos. Los pensadores nacionalistas del siglo XIX, como Mazzini en Italia, y Fichte, Hegel y Treitschke en Alemania asociaban explícitamente a la guerra como un valor positivo, como parte de un proceso natural de lucha por el cual la humanidad evolucionaba hacia niveles de

⁴⁰ HOWARD, op. cit., p. 53.

perfección creciente en cuanto a las formas de organización social. Como observaba Fichte en sus Discursos a la Nación Alemana: “El amor a la madre patria debe gobernar al Estado poniéndole por delante un propósito más elevado que el ordinario de mantener la paz interna, el derecho de propiedad, la libertad personal, la vida y el bienestar de todos. Solamente para este elevado propósito, y con ningún otro objetivo, el Estado dispone de sus fuerzas armadas”⁴¹. Este propósito, por supuesto, es hacer la guerra contra los enemigos de la patria. En este principio dialéctico se inspiró Marx para, sustituyendo la lucha entre naciones por la lucha de clases, componer sus teorías.

Semejantes concepciones tuvieron su reflejo en los sistemas educativos, tal como los propios pensadores nacionalistas lo habían propuesto. Ya pensadores como Fichte habían fomentado un programa de educación nacional que forjaría una cultura común y un espíritu de patriotismo entre todos los connacionales⁴². Pero en este momento álgido de las causas nacionales y del militarismo como vanguardia de las iniciativas políticas, las naciones europeas fueron aún más allá. Existen estudios que demuestran que en 1870 la mayoría de los países europeos aplicaba criterios educativos destinados a producir generaciones física y socialmente aptas para la guerra. Ésta se convirtió en la forma casi excluyente de explicar a los jóvenes la esencia de las relaciones internacionales. Las naciones extranjeras eran aliadas o enemigas, a quienes se había derrotado en el campo de batalla o a quienes se derrotaría en la próxima oportunidad. El ciudadano sólo se realizaría como individuo a través del sacrificio supremo para con su nación: defenderla por las armas. La generalización del servicio militar obligatorio daba forma definida al nuevo contrato social.

Hacia fines de siglo, esta doctrina político-filosófica se vio reforzada por los trabajos de Malthus, que trasladaban las ideas de Darwin sobre la evolución de las especies y la supervivencia del más apto al ámbito de las sociedades humanas. Gradualmente, en un curioso caso de interacción entre ciencia social y natural, el concepto puramente histórico de nación se fue fundiendo con el biológico de la raza, y cuando en 1914 millones de jóvenes fueron a la muerte invocando a Dios, a la Patria y al Rey. En ese momento histórico, la nación acabó por fundirse totalmente con el Estado. Más allá de los antagonismos preexistentes, provocándolos y alimentándolos, el nacionalismo merece ser considerado como la fuerza originaria más importante de la Primera Guerra Mundial.

⁴¹ MOORE, GREGORY (Ed.), “*Fichte: Address to the German Nation*”, Cambridge University Press, New York, 2008, p. 106.

⁴² LEVINGER, MATTHEW, “*Enlightened Nationalism: The Transformation of Prussian Political Culture, 1806–1848*”, Oxford University Press, Oxford, 2000, p. 63.

CAPÍTULO DOS

ESTRUCTURAS Y COYUNTURAS

En el presente capítulo se estudian los aspectos estructurales y coyunturales que dan origen a la Primera Guerra Mundial. En línea con los razonamientos expuestos mediante los modelos teóricos empleados, se repasa la situación estratégica europea en la segunda mitad del siglo XIX y se analiza el delicado estado de equilibrio logrado mediante las diferentes articulaciones de los sistemas de alianzas diseñados por Bismarck. Las desavenencias básicas se exponen como modo de identificar las tensiones impuestas por los nacionalismos en la relación entre las partes. Como elementos coyunturales, se analizan las sucesivas crisis que estallan, elevando con ello el nivel de intensidad del conflicto, y se busca verificar, al igual que en las coyunturas, el impacto de las ideas nacionalistas en estos desarrollos. Finalmente, se exponen brevemente los planes de guerra de los contendientes iniciales, destacando en ellos la presencia de condicionamientos tanto militares como ideológicos. Esta sección del trabajo tiene como finalidad verificar el rol del forzante ideológico nacionalista en el sostenimiento de los antagonismos básicos entre las partes enfrentadas según el esquema dualista propuesto en el modelo de conflicto que enmarca desde la teoría. La sucesiva escalada en el nivel de intensidad del conflicto se puede visualizar aquí como resultado directo de la acción de estas fuerzas, cuya influencia se pone de manifiesto en el aumento de las situaciones de desacuerdo, en el diseño de esquemas estratégicos de contingencia, y en la ocurrencia de sucesivas crisis, que terminan por elevar el tono de los antagonismos hasta alcanzar eventualmente el nivel de la violencia armada

La ascendencia de Prusia y la Europa de Bismarck

Es evidente que en la proyección política de los antagonismos basados en la conciencia colectiva sobre el ser nacional se encuentran los principios rectores para la elaboración de doctrinas estratégicas afines, las que en más de un aspecto afectarán intereses extraños y diversos. La defensa de la nueva nación, una vez extendida hacia sus reclamados confines, no descansará solamente en la confianza que confiere la derrota impuesta al enemigo. La guerra es sólo un detalle de oportunidad, de correcta elección del momento para concretar las aspiraciones nacionales. Pero la verdadera seguridad estará dada por el aislamiento del enemigo. Para ello, es necesario construir sistemas de contención, en forma de alianzas, que en la medida de lo posible involucren a varios estados, para ejercer el efecto disuasorio adecuado.

Mientras tanto, habrá de afinarse la preparación del instrumento militar para la próxima contienda. Porque si en sus intenciones expansionistas un estado ha afectado intereses nacionales de otro, y encima le ha impuesto una derrota militar, el resentimiento perdurará, y la guerra de redención que lave además el orgullo ante los reveses pasados, sin duda tendrá lugar. Tal es la principal vertiente del más alto nivel de los conceptos estratégicos europeos a partir de 1870. Estrategia, en la Europa configurada a partir de la ascendencia prusiana, implica diseño geopolítico. Significa la contención del rival mediante sucesivas alianzas políticas y militares, forzando el curso de los acontecimientos y maniobrando estrechamente entre la conciliación y la amenaza de la guerra, aunque sólo se la declarase “preventiva”. Nadie mejor para interpretar y llevar esta e diseño a su concreción que la figura del canciller prusiano Otto von Bismarck.

Es la declinación del poderío francés tras una fallida intervención en México en 1862, lo que da la oportunidad al canciller prusiano Otto von Bismarck para proceder a la ansiada unificación de Alemania. El primer paso hacia este objetivo era la derrota de Austria, de manera de constituir a Prusia en la base de un estado políticamente cohesionado, que excluyese a los sectores germanoparlantes del imperio Habsburgo. En 1864 lleva a la Confederación Germana a la Guerra con Dinamarca por la cuestión de Schleswig-Holstein. La Convención de Gastein deja estos territorios en dominio pruso-austríaco en 1865. Las fricciones entre Prusia y Austria que sobrevendría eran fácilmente previsibles, y con seguridad habían sido ya calculadas por Bismarck. En 1866 se lanzó a la guerra contra Austria. La batalla de Königgratz (o Sadowa) decidió la lucha a favor suyo, y la antigua Confederación Germana se diluyó, formándose la Confederación Germana del Norte bajo el liderazgo de Prusia. La debilitada Austria fue dividida según la forma de una “monarquía dual”, que separaba las administraciones de Austria y Hungría. Con esto, se añadía inestabilidad política a un escenario ya socialmente inestable.

En 1870, un incidente diplomático hábilmente manejado por el Canciller de Hierro provocó la declaración de guerra contra Francia por parte de Prusia. Para su desgracia, una de las más destacadas personalidades militares del siglo, el mariscal Helmut von Moltke, estaba al mando de los ejércitos alemanes. Tras sucesivas derrotas francesas, la última y más importante de ellas en Sedán, se firmó un armisticio en

Versalles en 1871, que significó para Francia la humillante pérdida de los territorios de Alsacia y Lorena. Unos días antes Napoleón III huía a Gran Bretaña y un levantamiento popular proclamaba la República. Alemania, confirmada su unidad bajo Prusia, sustituyó a su vencido adversario como la primera potencia militar del continente europeo. El resultado de la Guerra Franco-prusiana sembró de este modo las semillas de futuras desavenencias, la cuestión de Alsacia y Lorena, y el surgimiento de una sociedad alemana crecientemente militarizada.

Para contener a la herida Francia, Bismarck procedió a conformar sucesivos sistemas de alianzas, a saber⁴³:

- El primer sistema data de 1872/1873 y se trata de una verdadera alianza militar entre Prusia y Rusia, con la promesa de neutralidad de Austria en caso de una guerra que involucrara a cualquiera de las dos potencias. De vida efímera, dadas las numerosas controversias entre Rusia y Austria por la cuestión balcánica, esta “Entente de los Tres Emperadores” acabó por disolverse en 1878 luego de sucesivas crisis que terminaron con un enfrentamiento armado entre Rusia y el Imperio Otomano, y que tuvo como consecuencia la creación de la “Gran Bulgaria”. Creando un estado prácticamente vasallo en los Balcanes, Rusia introducía así en el concierto europeo su propia doctrina estratégica nacional: la Paneslavia.

La amenaza de una guerra que Rusia, habida cuenta de su precaria situación económica, no estaba en condiciones de afrontar, cambió la situación. Se disolvió la Gran Bulgaria y se reconoció el derecho del Imperio Austrohúngaro de ocupar Bosnia-Herzegovina y Novi Pazar, región que separa a Serbia de Montenegro.

- Bismarck, que preocupado por la perspectiva de tener un estado satélite ruso en las mismas puertas de su imperio, había actuado a favor de Austria, obtuvo en 1879 la firma de la “Dúplice”, alianza secreta dirigida contra Rusia; luego, en virtud de una intensa presión sobre Austria-Hungría, logró convencerle de restaurar la Entente de los Tres Emperadores, si bien de forma “atenuada”: Rusia se comprometía a la neutralidad en caso de una guerra franco-prusiana, y Prusia haría lo propio en caso de un enfrentamiento anglo-ruso.

Para completar este segundo cordón, Bismarck impulsó la firma de la Triple Alianza entre Alemania, Austria-Hungría e Italia, alarmada esta última y ultrajada por la conquista de Túnez por parte de Francia. El segundo sistema se componía entonces de dos sólidas alianzas: la Dúplice y la Triple Alianza. La primera duraría hasta 1918. La segunda se hundiría definitivamente en 1914.

- No bastaba con constituir alianzas disuasorias y recurrir a la amenaza de la guerra. Para completar el aislamiento, debería buscarse la enemistad de

⁴³ DUROSELLE, op. cit., p. 37. Esto es lo que hoy se conoce como “triple sistema bismarckiano”.

Francia con sus potenciales futuros aliados. El camino escogido por el Canciller de Hierro fue el de empujar a Francia hacia la expansión colonial, principalmente en África, manteniendo al mismo tiempo el status quo en el Mediterráneo. Para lograr esto último, favoreció la concreción de una serie de tratados en 1887. Mediante estos tratados, Inglaterra se comprometía a brindar a Italia apoyo especial – no necesariamente militar – en caso de una expansión francesa hacia Libia o Marruecos.

De esta manera, confiaba Bismarck en que las aventuras coloniales distraerían a Francia de la cuestión de Alsacia-Lorena, al tiempo que la enemistarían con Inglaterra. El cerco quedaba cerrado, pero la estabilidad de un sistema fuertemente reactivo dependería en lo sucesivo de la habilidad de un solo hombre. La caída en desgracia del Canciller de Hierro en 1890 vino a perturbar estas condiciones de estabilidad, iniciando el ascenso de la escalada conflictiva que desembocaría en la Primera Guerra Mundial.

Intereses en disputa

La compleja elaboración de la política de alianzas expuesta hasta aquí tenía por objeto mantener el status quo evitando la guerra, aunque amenazando con recurrir a la misma toda vez que las circunstancias lo exigiesen. Hemos señalado que tal elaboración constituyó el núcleo de la acción estratégica impulsada por los estadistas europeos de fines del siglo XIX.

La alta inestabilidad del sistema quedó patente cuando en 1890 se produjo la caída de Bismarck, obligado a dimitir por el emperador Guillermo II, quien se negó a ratificar el último acuerdo firmado con la Rusia zarista. Como era previsible, el acercamiento posterior entre Rusia y Francia, y la rápida reconciliación de esta última con Inglaterra sobre sus diferencias coloniales – dando origen a la “Entente Cordiale” – destruyeron el andamiaje levantado por Bismarck. Y, como resultado adicional, la extensión de estos acuerdos como verdaderas alianzas militares alentó los deseos revanchistas, apenas contenidos por el herido orgullo nacional francés. Europa comenzó entonces a transitar por un camino de incertidumbre. La guerra, aún improbable, apareció como una realidad posible en el futuro, y los estados iniciaron sus preparativos teniendo en cuenta esta eventualidad.

Existe por cierto una multitud de causas que se pueden citar para intentar explicar por qué las naciones teóricamente más civilizadas del mundo, en un momento en que florecían el progreso, el bienestar, el comercio internacional, la cultura y la tecnología, escogieron la vía de la destrucción masiva para resolver sus desacuerdos. Para realizar una aproximación inicial a la comprensión de este interrogante, examinaremos, a grandes rasgos, los diferentes intereses que en 1914 mantenían las partes en conflicto:

- 1) Para Inglaterra, los motivos que dirigían sus acciones eran esencialmente de índole económica. Necesitaba mantenerse en la cima del poderío económico internacional, y, tras la repentina irrupción de Alemania en el mercado

mundial, restablecer el equilibrio de poder en Europa conforme a sus intereses. En este sentido, debía vencer a Alemania como rival comercial, luego militar, buscando afianzar los lazos con Francia y Rusia y comprometiendo, de ser necesario, la intervención de Estados Unidos en la disputa.

- 2) Francia se enfrentaría a Alemania por la cuestión nacional, simbolizada territorialmente por Alsacia-Lorena. Contenida por el sistema de alianzas bismarckiano, aumentados sus recelos por la impotencia y temerosa de la anticipación de una guerra para la que no estaba preparada, sus intenciones de reparación recobraron vigor tras la concreción de la alianza militar con Rusia en 1892.
- 3) La principal ambición de Rusia era de tipo geopolítico: la obtención de una salida al Mediterráneo libre y sin controles. Debía para ello apoderarse de los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos, aprovechándose de la decadente situación en que se encontraba el otrora poderoso Imperio Otomano, desmembrado por los reveses de su política exterior y por sus numerosos conflictos intestinos. Este antiguo anhelo estratégico ruso recibió fuerte impulso bajo el mandato del zar Nicolás I y fue, como hemos visto, el principal catalizador para que una serie de disputas menores regionales desembocara en 1854 en la sangrienta Guerra de Crimea. Con el mismo propósito alentó Rusia las aspiraciones independentistas de los eslavos de los Balcanes, amenazando tanto a Turquía como a Austria-Hungría. La doctrina Paneslavista responde así tanto a intereses estratégico-económicos como a una suerte de “nacionalismo solidario”.
- 4) Austria-Hungría pretendía afirmar su posición hegemónica en los Balcanes, y con ello evitar el derrumbe del imperio más antiguo por entonces permanecía en pie sobre el suelo europeo. Para lograrlo debería imponer su mano férrea a efectos de aquietar los movimientos independentistas en su propio territorio, y tal vez fomentar las insurrecciones en territorio turco. De especial preocupación para la Doble Corona era el efecto de polo atractor que ejercía el nacionalismo serbio sobre los eslavos de los Balcanes, socavando la pretendida legitimidad de la autoridad imperial sobre ellos.
- 5) Los intereses y aspiraciones de Alemania son un tanto más oscuros de dilucidar, y normalmente requieren de un análisis más profundo, ya que en definitiva fue Alemania quien inició las acciones armadas. En primer lugar, debe señalarse que Guillermo II deseaba positivamente proyectar el poderío alemán más allá de Europa. En la práctica, esto significaba transformar la *Weltpolitik* de Bismarck en la *Weltmacht*; era este anhelo el que le impedía formalizar la también soñada alianza con Gran Bretaña (a cuya corona le unían lazos de sangre, al igual que con la casa reinante en Rusia). Frustrados sus deseos de intervenir decisivamente en el conflicto Anglo-Bóer (1897 y 1899), el Kaiser se lanzó decididamente hacia el desarrollo

naval: rivalizaría con Inglaterra por el dominio de los mares. Las influencias de los conceptos de Mahan son fáciles de advertir en este punto.

Pero, desde otro punto de vista y paradójicamente, la estrategia de contención diseñada por Bismarck portaba en sí misma el germen de su futura ruina. Los celos y hostilidades por ella generadas no hicieron más que asegurar que, en caso de que el cerco se rompiera y eventualmente se abrieran las hostilidades, Alemania enfrentara simultáneas amenazas en sus fronteras occidentales y orientales.

En efecto, a pesar de las dubitaciones de sus círculos diplomáticos, la hostilidad francesa crecía lenta pero incontenible. Retirada de la Liga de los Tres Emperadores desde 1887, Rusia miraba con creciente desagrado la consolidación de la Dúplice entre Alemania y Austria. En 1892, con la efectivización de la Alianza Franco-Rusa, el cerco se volvió contra Alemania. Ya desde 1890, El Estado Mayor del Ejército alemán comenzaba a pensar en la viabilidad de un golpe preventivo.

- 6) El caso de los Estados Unidos también merece atención especial, por cuanto sus intereses para involucrarse en el conflicto eran casi nulos en 1914. Estados Unidos disfrutaba de su aislamiento fuera del complejo tablero de juego europeo. Gracias a la disponibilidad de sus enormes recursos naturales y a su gran desarrollo económico e industrial, desplegaba un “imperio informal” a escala mundial (por lo cual la expresión “aislamiento” debe ser comprendida en términos de política europea). Los baluartes de este desarrollo eran la racionalización del trabajo y la producción mediante las novísimas técnicas de administración científica, la gran capacidad para la producción en serie masiva y la amplia libertad para las inversiones de capitales e iniciativas privadas. Un prematuro desarrollo naval, a instancias del almirante Alfred Mahan, le permitió competir en forma ventajosa con las exportaciones mundiales, exigiendo el libre comercio e imponiendo cláusulas que le eran especialmente favorables en su zona de influencia.

La doctrina del Destino Manifiesto, que expresaba el derecho y el deber de los Estados Unidos de expandir su territorio y su influencia a través de toda América del Norte, reflejaba el espíritu de optimismo y confianza con que se emprendió la Conquista del Oeste en un período de marcado crecimiento demográfico. En nombre de esta doctrina fueron los americanos a la guerra contra España por la Independencia de Cuba en 1898. La guerra acabó por disolver lo que quedaba del Imperio Español. Cuba se independizó, pero bajo la tutela norteamericana. Puerto Rico y Guam fueron cedidos a los Estados Unidos, y las Filipinas entregadas por veinte millones de dólares.

Los Estados Unidos emergieron de la guerra como la nueva potencia internacional. ¿Debería la doctrina del Destino Manifiesto ampliarse al resto del mundo? En un terreno más especulativo, puede intuirse que la

consolidación de un estado dominante en Europa sería contraria a los intereses expansionistas norteamericanos. Y, por razones fundadas en lazos históricos, no sería Inglaterra sino Alemania el rival a batir. De todos modos, no parece probable que hubiera entrado en guerra si Alemania no le hubiese empujado con su indiscriminada campaña submarina, campaña que más adelante tendremos ocasión de discutir.

Las alianzas definitivas

Habiendo analizado las motivaciones previas de los principales actores estratégicos, observaremos de qué forma el sistema de alianzas de contención se desfigura hasta la conformación de las alianzas ofensivas o defensivas que perdurarían hasta el inicio de las acciones armadas en 1914⁴⁴.

- a) Como hemos visto, en 1887 se retira Rusia de la Liga de los Tres Emperadores, iniciando una política de acercamiento a Francia. Durante cinco años se trabajaron los términos de un acuerdo, demorado por la reacia actitud de Francia a dejar las manos libres al zar en Turquía. Finalmente en 1892, se arribó a una convención militar franco-rusa dirigida contra Alemania, aunque de carácter puramente defensivo. El acuerdo marcó el final del aislamiento francés. Para la autocrática Rusia, el estrechamiento de manos con la Francia Republicana fue un triunfo de la *realpolitik* sobre las motivaciones ideológicas. El temor ante el creciente poderío germano se había elevado sobre los viejos principios de “solidaridad monárquica”, rectores de la política exterior rusa desde tiempos de la Revolución Francesa.

Pero, en general, los historiadores coinciden en afirmar que Alejandro III, quien de ninguna manera quería enfrentar a Alemania en un conflicto abierto, no advirtió que Francia trataría de utilizar esta alianza, que fue mantenida en secreto hasta 1897, para recuperar sus reivindicaciones territoriales.

- b) Gran Bretaña y Francia resolvieron todas sus disputas coloniales en 1904 mediante la “Entente Cordiale”. Además, la derrota rusa a manos japonesas en 1905 alivió la “rusofobia” británica, y permitió focalizar a Alemania como el rival principal. Británicos y franceses iniciaron el planeamiento militar conjunto en 1906, elevando de este modo el grado de la Entente en una alianza militar informal. En 1907, se celebró la Entente Anglo-Rusa, creándose así la “Triple Entente”, de la cual formaban parte Gran Bretaña, Rusia y Francia. La Triple Alianza —que ligaba a Alemania, Austria-Hungría e Italia— tenía ahora una contraparte de verdadera y preocupante envergadura.

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 48-50.

- c) Alemania y Austria-Hungría decidieron por su parte sacar el mayor provecho posible de la debilidad rusa, ejerciendo presiones para obtener ciertas concesiones durante las crisis de Marruecos (1905 y 1906) y Bosnia (1908 y 1909). Si bien estos eventos serán tratados por separado, debemos puntualizar aquí que el resultado de este accionar conjunto, como respuesta al creciente sentimiento de estrechamiento del cerco sobre las poblaciones germanas, tuvo como efecto el fortalecimiento del vínculo establecido no tanto por la Triple Alianza, sino por la Dúplice. Mientras Rusia se recobraba de sus heridas, las potencias de la Entente se mostraron cada vez más reticentes a detenerse ante las amenazas alemanas. Éstos, en tanto, se sintieron deseosos de “patear el tablero” en momentos en que el balance de poder militar se les volvía en contra.

En resumidas cuentas, Francia iría a la guerra al lado de Rusia, y viceversa, si cualquiera de ellas se viese atacada por Alemania; Gran Bretaña prestaría asistencia militar a Francia si los intereses vitales –léase rutas comerciales o territorio- de alguno de los dos se juzgasen amenazados; Alemania, Austria-Hungría e Italia entrarían en guerra si alguna de ellas fuese atacada por otros dos estados. Ésta es la red de tratados de entendimiento y asistencia a la cual se atribuye el haber desatado el mecanismo generador del conflicto armado que en 1914 enfrentó a los “Aliados de la Entente” – Francia, Rusia y Gran Bretaña- contra los Imperios Centrales -Alemania, Austria-Hungría e Italia (aunque esta última terminó abandonando la Triple Alianza y entrando en guerra contra Austria)-. Si bien en esencia ésto no puede ser negado, sí puede argumentarse que no fue estrictamente la obligación impuesta por los tratados, sino los años de recelos y temores mutuamente acumulados los responsables de desencadenar la gran tragedia, de ningún modo inevitable. Más aún, como opina John Keegan: “Mucho más fuerte (que las obligaciones impuestas), particularmente entre las clases políticas de cada potencia, era el temor a fracasar al enfrentar los desafíos de la guerra en sí misma”⁴⁵.

El cuadro de situación y las grandes estructuras componentes del sistema conflictual quedan de este modo establecidas en oportunidad de considerar los intereses de las partes en conflicto, y la conformación de las distintas alianzas políticas y militares en el período que va desde 1870 a 1914. Es evidente que, a esta altura de los acontecimientos, un mecanismo tan poderoso como difícil de controlar había sido puesto en marcha. Pero el destino al que se arribaría no era del todo extraño a los estadistas de la época. Por eso, aunque la responsabilidad consciente de desatar una guerra general no perteneciera claramente a ningún bando, hubo sí, como dice Duroselle, responsabilidades parciales.

Al respecto, dice este autor que “(...) está fuera de duda que Austria-Hungría quería destruir o someter a Serbia, que amenazaba su existencia por la sola atracción que ejercía sobre los yugoslavos de la doble monarquía; para el viejo estado histórico, era una necesidad vital. También es cierto que Alemania, que en 1913, durante las guerras balcánicas, frenó a su aliada, en 1914 estaba decidida a apoyarla a fondo. Otra cuestión

⁴⁵ KEEGAN, JOHN, “*The First World War*”, Vintage, New York 1998, p. 45.

vital. Alemania se sentía aislada y amenazada si perdía el apoyo austrohúngaro. Pero al proponer ‘localizar’ el conflicto, los dos países corrían gran riesgo. Rusia consideró vital, en efecto, -cosa discutible- impedir que Serbia fuese destruida, y Francia, asimismo, estimó necesario apoyar a su aliado ruso. (...) los Imperios Centrales ofrecieron deliberadamente –o impusieron- la guerra, pero la Entente la aceptó con una prontitud que sorprendió al propio adversario”⁴⁶.

Carrera naval

Aunque cauteloso de no chocar frontalmente contra los intereses británicos, Bismarck había iniciado la expansión colonial alemana en 1884. Después su caída, cualquier reserva en este sentido desapareció bajo el ímpetu del joven Kaiser. El Kaiser y varios otros líderes alemanes estaban significativamente influenciados por las enseñanzas del almirante norteamericano Alfred Tahyer Mahan, el gran promotor del poder naval como motor del desarrollo nacional. Esta tendencia al “navalismo” brindó en Alemania –también en Japón- la justificación para el lanzamiento de ambiciosos programas de transformación de sus modestas armadas, hasta entonces entendidas para actuar sólo en forma local y limitada, en verdaderas flotas de primera clase y alcance global. También sirvió como justificativo para la obtención de nuevas colonias (algunas de ellas, de dudoso valor económico).

Después de siglos, la supremacía británica se veía amenazada por la creciente presencia de alemana a través de las arterias del comercio mundial, frente a la cual se levantaron rígidas barreras tarifarias. Pronto, la lucha por la posesión de dominios en ultramar y por la influencia político-económica se intensificó entre las potencias navales⁴⁷, al tiempo que la ansiedad y la frustración producían una suerte de psicosis de amenaza y contra-amenaza. Bastante antes de 1914 el Primer Lord del Mar británico decía que Gran Bretaña no recuperaría su seguridad a menos que la flota alemana fuera destruida⁴⁸. Los alemanes, por su parte, sentían que, en palabras del Kaiser, se hallaban “rodeados de bayonetas”, y reaccionaron con lo que ha sido descrito como una ola de exacerbado chauvinismo⁴⁹.

De este modo, a los antagonismos que se alzaban en pugna se sumaban elementos de importancia, como la carrera armamentista naval, en sus versiones anglo-alemana y austro-italiana. Estos factores merecen ser considerados más como síntoma y

⁴⁶ DUROSELLE, op. cit., pp. 192-3.

⁴⁷ De hecho, se expandió tanto como para generar preocupaciones a la dirigencia política norteamericana. De este período datan los esfuerzos alemanes para adquirir bases en la isla Hispaniola y en las Islas Vírgenes danesas, esfuerzos acompañados por lo que se ha descrito como frecuentes expresiones de desdén por la Doctrina Monroe. En respuesta se observó un renovado interés estadounidense por asegurar su zona de influencia exclusiva en el Caribe y Centroamérica, resultando en unas aproximadamente 50 intervenciones militares de variada intensidad en la zona entre 1900 y 1909. Véase GUDMUNSSON, BRUCE, “*The First of the Banana Wars*”, publ. en MARSTON, DANIEL y MALKASIAN, CARTER, “*Counterinsurgency in Modern Warfare*”, Osprey Publishing, Oxford, 2008, pp. 55-60.

⁴⁸ BALDWIN, HANSON, “*World War I, an Outline History*”, Harper and Row, New Cork, 1962, p. 4.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 5.

efecto del conflicto que subyace que causa *per se* del agravamiento de la situación. Si debemos buscar por este lado las influencias de Mahan, no es exactamente en la carrera por desarrollar medios navales cada vez más poderosos que las encontraremos, sino en la intención política que estos desarrollos ponen en evidencia. El espíritu de Mahan está mucho más en la manifiesta actitud de fundar el futuro del engrandecimiento nacional en el dominio de los mares, y en el intento de adaptar el instrumento a la consecución de este objetivo, que en la necesidad de brindar una inmediata respuesta al crecimiento del rival, que en última instancia no es más que el esfuerzo por mantener las relaciones de poder dentro de un estado de equilibrio estable, o de volverlo favorable. La diferencia es sutil, pero sustancial.

Más aún, en contraposición con el determinismo de la tesis imperialista acerca del origen de la guerra que presenta el antagonismo británico-alemán como causa profunda de la misma, y que ofrece como prueba irrefutable de ello esta carrera naval, debe señalarse que las carreras armamentistas no llevan inevitablemente a la guerra – como, de hecho, la experiencia histórica de la Guerra Fría atestigua este hecho de manera contundente. Si aún así la situación de equilibrio del terror nuclear luce demasiado diferente al contexto estratégico del siglo XIX, considérese que después de 1884, Gran Bretaña, Francia y Rusia se empeñaron en una carrera de armamento naval sin que ella derivara o se resolviera en una guerra; en su lugar, fueron los acuerdos franco-británico de 1904 y anglo-ruso de 1907 los que pusieron fin a esta rivalidad. Tampoco fueron las guerras de fines del siglo XIX impulsadas por carreras armamentistas. Las guerras Ruso-Turca de 1877, Chino-Japonesa de 1894, Hispano-Americana de 1898, y Anglo-Boer de 1881 y 1899-1902 fueron causadas por la combinación de ambiciones territoriales, enemistad ideológica o desacuerdos políticos, y no por el temor de que el circunstancial oponente se estaba ampliando su poder militar. Del mismo modo, sería un equívoco sugerir que la carrera armamentista entre Gran Bretaña y Alemania no tuvo incidencia en el incremento de la tensión internacional en la década anterior a 1914. Su principal contribución es posiblemente explicable en el sentido de haber aportado a la percepción general de la inevitabilidad de la guerra. Desarrollos similares en otros eventuales frentes nos permiten confirmar esta idea y ampliar la perspectiva. En 1912, los rusos, recuperándose de sus derrotas en Manchuria a manos de los japoneses, comenzaron a revitalizar su ejército, amenazando con dejar a Alemania en situación seriamente desfavorable; ello provocó a los alemanes a incrementar los gastos en sus propias fuerzas terrestres, para mantener el equilibrio; e indirectamente, a que Francia introdujera la Ley de Servicio Militar de Tres Años, para prevenir la creciente amenaza alemana.⁵⁰

Crisis

Siguiendo nuestro modelo teórico, las causas coyunturales de la Primera Guerra Mundial se pueden apreciar en forma de crisis. Encontramos estas crisis distribuidas en el período que va desde 1905 a 1914, con un patrón bastante interesante:

⁵⁰ BOURNE, JOHN, “*Total War I: the Great War*”, en TOWNSHEND, CHARLES (Ed.), “*The Oxford History Of Modern War*”, Oxford University Press, New York, 2000, pp. 90-91.

el tiempo que transcurre entre las crisis sucesivas es cada vez menor. No parece éste un dato casual.

Los historiadores suelen dividir a las crisis que se produjeron en este período en dos tipos: franco-alemanas, de origen colonial, y austro-rusas, de origen balcánico⁵¹. Agregaremos aquí una más, germano-rusa de origen otomano.

- 1) La llamada “Primera Crisis Marroquí” fue desencadenada por un discurso que pronunció el emperador Guillermo II en Tánger en marzo de 1905, donde anunciaba sus intenciones de proteger a Marruecos. Francia, que desde 1900 deseaba establecer un protectorado allí, protestó airadamente a través de su ministro Delcassé. Pero los franceses no estaban dispuestos a dar mucho más por Marruecos. Con su actitud agresiva, Alemania logró la renuncia de Delcassé y obtuvo la aceptación por parte de Francia de una conferencia internacional que resolviese la cuestión de la vigilancia de los puertos marroquíes. Las esperanzas francesas de establecer su protectorado se desvanecían, al tiempo que aumentaba el prestigio de Alemania.

El Kaiser dio entonces un paso más. En una última tentativa por quebrar el sistema de alianzas que protegía a Francia, invitó al zar Nicolás II a una conferencia en la localidad noruega de Björko, donde firmaron un pacto que se contradecía por completo con el acuerdo franco-ruso. Asesorado convenientemente, el zar invitó a Francia a que se adhiriese. Cuando ésta se negó, renunció a la alianza de Björko. El nacionalismo galo imponía mantener el estado de tensión, rechazando todo acercamiento con Alemania, y arrastraba consigo al vacilante coloso ruso.

Finalmente, en la Conferencia de Algeciras, Francia obtuvo la vigilancia de los puertos marroquíes en forma compartida con España. La crisis concluía de este modo sin satisfacer plenamente a nadie, pero aumentando los celos existentes entre los protagonistas.

- 2) La segunda crisis tiene lugar en los Balcanes, en oportunidad de una disputa comercial entre Serbia y Austria-Hungría, conocida como la “Guerra de los Cerdos”⁵². Ante el fracaso de las intenciones austríacas de hundir a Serbia,

⁵¹ Duroselle, op. cit., pp. 52-7.

⁵² Austria-Hungría sometía a Serbia a la dependencia económica absoluta; ésta mantenía desde principios de siglo cerca del 90 por ciento de su comercio exterior con el Imperio Habsburgo. Una gran proporción de las exportaciones serbias la constituía el ganado porcino. Si bien esta situación garantizaba sus beneficios, muchos serbios comenzaron a criticarla por restrictiva de su potencial desarrollo industrial. En 1906, ante la intensa propaganda Serbia que agitaba a los nacionalistas de Bosnia-Herzegovina, los austríacos decidieron congelar las exportaciones de ganado procedente de Serbia. Era de esperar que esta medida arruinara la economía Serbia pero, muy por el contrario, la rápida reacción de Belgrado permitió la apertura de nuevos mercados con Egipto, Grecia, Turquía y la misma Alemania, a quien poco parecían interesarle los problemas domésticos de su aliada. Al término del primer año del embargo, Serbia exportaba más cerdos que nunca antes. Su economía experimentaba un marcado crecimiento, ante la incredulidad general en Viena. La disputa atrajo a la opinión pública internacional en contra de Austria-Hungría, y provocó especial malestar en la parte magiar del imperio, en presunción de que la política austríaca conllevaba una afrenta

la atención se centró sobre Bosnia-Herzegovina, región administrada por la Doble Corona desde 1878, pero cuyo territorio era nominalmente turco. El ministro Aerenthal confiaba en dar un golpe definitivo a las pretensiones de los nacionalistas eslavos alentados por los serbios. Tomando como pretexto la Revolución de los Jóvenes Turcos, que en julio de 1908 daba el poder en Constantinopla a un grupo de reformadores liberales, decretó la anexión de Bosnia-Herzegovina el 5 de octubre del mismo año.

Indignados, los serbios acudieron a Rusia. Pero, debilitados por la reciente derrota ante Japón, aún sin un ejército fuerte y sin el apoyo de una Francia poco deseosa de involucrarse en un conflicto que no afectaba a sus intereses, los rusos desistieron de cualquier alternativa que pudiese pesar sobre la postura austríaca. Aislada, Serbia debió ceder en marzo de 1909. No obstante, este rotundo éxito de la política de Viena pecaba de fragilidad, y sus consecuencias le iban a ser perjudiciales en el mediano plazo.

En efecto, el nacionalismo proserbio no había sido aniquilado; en cambio, se exasperaron los deseos rusos de revancha, lo que en definitiva sirvió por fortalecer los lazos de la Triple Entente. Por otro lado, incidió también en el debilitamiento de la Triple Alianza, ya que Italia, que observaba con consternación que la situación balcánica se modificaba sin obtener rédito alguno, decidió prometer a Rusia su neutralidad, del mismo modo que lo había hecho con Francia en 1902. La cuestión principal, la de la supervivencia de Austria-Hungría, seguía pendiente.

- 3) La tercera crisis es nuevamente de origen franco-alemán, y el escenario es nuevamente Marruecos. Es conocida como la “Crisis de Agadir” o “Segunda Crisis Marroquí”.

El desorden reinante en Marruecos hacia 1911 amenazaba el orden institucional y la vida de los residentes europeos en la región. En abril, los franceses enviaron tropas a la ciudad de Fez con el objetivo de aliviar al sultán Muley Hafid del sitio a que le sometían los rebeldes. Al hacerlo, Francia violaba las cláusulas del Tratado de Algeciras, que le reservaba la vigilancia de los puertos pero le impedía intervenir en el interior. La ocasión fue aprovechada por el secretario de estado para los Asuntos Extranjeros de Alemania, Kinderler-Wächter, que estimó la situación favorable para aumentar el dominio colonial alemán. Confiaba en que un golpe de fuerza intimidase a Francia y le llevase a aceptar la cesión de sus territorios en el Congo, a cambio de asegurar su hegemonía en Marruecos.

El 1 de julio de 1911 el cañonero alemán Panther entró en el puerto de Agadir ¿Iría Francia a la guerra por cuestiones coloniales? Rusia devolvía las atenciones de 1909 y rehusaba involucrarse. En el seno del gabinete

abierta a la raza eslava, personalizada en Serbia. La “Guerra de los Cerdos” terminó dividiendo espiritualmente a la Doble Corona.

francés las posiciones estaban enfrentadas entre belicosos y moderados. El 21, Gran Bretaña intervino decisivamente. Ante los progresos navales alemanes, el gobierno de Su Majestad consideró la necesidad de evitar la humillación francesa. Ese día, el canciller Lloyd George pronunció una frase que haría historia: “La paz a cualquier precio es una fórmula inaceptable para un gran país”.

Finalmente, triunfaron los elementos moderados. El 4 de noviembre de 1911, un acuerdo colonial franco-alemán resolvía prácticamente todas las disputas existentes. Francia cedía buena parte del Congo Francés, pero a cambio de una porción del Camerún Alemán. Alemania se comprometía a no interferir el protectorado francés sobre Marruecos, que fue establecido al fin en 1912. Para completar, Francia acordaba no hacer uso de la opción que de disponía sobre la parte del Congo que pertenecía a Bélgica, sin consulta previa con Alemania. La crisis, aunque manejada y resuelta razonablemente, dejó sin embargo una Francia alarmada ante la actitud intrépida y amenazadora de Alemania.

- 4) En la cuarta crisis, el epicentro se traslada nuevamente a los Balcanes. Los nacionalismos son aquí, como de costumbre, los principales protagonistas, aunque esta vez adoptando una modalidad religiosa.

El Imperio Otomano, en franca decadencia e incesante reducción territorial desde 1821, era un hervidero de tendencias nacionales centrífugas, enemistadas entre sí. En 1908, los Jóvenes Turcos, representantes del nacionalismo otomano, impusieron sus reformas liberales; pero lo hicieron incrementando al mismo tiempo el grado de centralización, en nombre de una nación turca que integrara a los distintos pueblos y credos que convivían bajo el mandato del sultán. Los reformistas acudían, en verdad, al rescate del imperio, o de lo que de él quedaba en pie.

Especialmente molestos por esa política de “turquificación” y alentados por sus estados nacionales, los cristianos serbios, griegos y búlgaros que habitaban los territorios turcos de Albania, Macedonia y Tracia y las costas del Adriático (Constantinopla y Andrinópolis) comenzaron a unirse para resistir al poder central. A su vez, la diplomacia rusa estimuló una alianza ofensiva-defensiva entre Serbia y Bulgaria, que vio la luz en 1912 sobre las bases del reparto de Macedonia y el arbitraje del zar sobre las restantes zonas en litigio. A la alianza se adhirieron luego Grecia y Montenegro.

El 13 de octubre de 1912, previo ultimátum, los aliados balcánicos entraron en guerra. En un mes, los turcos eran derrotados y pedían un armisticio. Pero el regreso de los intransigentes al poder, con Enver Pachá como líder, significó la reanudación de la guerra. Austria-Hungría, retenida por el “partido de la paz” del archiduque Francisco Fernando, heredero de la corona imperial, no intervenía, aunque contemplaba con preocupación cómo

los triunfos militares serbios le erigían en campeón de la causa eslava y ortodoxa.

Pronto se reunió en Londres una conferencia de paz. Como era de esperar, el reparto del botín territorial generaba agudos desacuerdos. Bulgaria, cuyo esfuerzo de guerra había sido especialmente significativo, se disponía a sacar el máximo provecho de la situación. Griegos, serbios, rumanos y turcos se les oponían. El zar ofreció sus buenos oficios, pero en momentos en que los ministros partían a una reunión conciliadora en San Petersburgo, el comandante de las fuerzas búlgaras en el teatro abrió fuego sobre las posiciones serbias. En la breve campaña que sucedió, Serbia derrotó a Bulgaria sin mayores contratiempos. En apenas dos semanas, las aspiraciones búlgaras se habían reducido a la mínima expresión.

Determinada a eliminar la amenaza serbia, Austria-Hungría se convencía de a poco de que la guerra era la única solución para acallar a su ruidoso vecino. Alemania la hizo desistir en primera instancia, y estas dos guerras balcánicas concluyeron con la Paz de Bucarest el 10 de agosto de 1913. En este acuerdo se estipulaba que los dominios turcos se reducirían a Constantinopla y la Tracia Oriental, incluyendo Andrinópolis. Pero una disputa fronteriza menor entre Serbia y Albania le dio al Imperio Habsburgo el pretexto para lanzar en octubre del mismo año un ultimátum contra Serbia. Esta vez fue el zar quien nuevamente intervino, y los serbios se retiraron de los villorrios en litigio.

Pero en nada disminuyó esta acción final de retirada el prestigio de Belgrado. Las crisis Balcánicas le constituían cada vez más en la Meca de los movimientos nacionalistas eslavos, hecho que los propios serbios alentaban con entusiasmo mediante maniobras de agitación y subversión.

- 5) La quinta crisis tuvo como escenario los estrechos del Bósforo y los Dardanelos, controlados por Turquía e históricamente codiciados por Rusia. La derrota turca frente a la coalición cristiano-eslava le había dejado en tal estado de debilidad, que Alemania no resistiría la tentación de establecer su presencia militar en la zona de los estrechos, a través de los cuales fluía el cincuenta por ciento de las exportaciones rusas.

El general Lyman von Sanders fue asignado para ayudar a reorganizar el ejército turco. En noviembre de 1913 se hizo cargo de las fuerzas turcas en los estrechos. Los rusos se enfurecieron, y estalló una intensa crisis diplomática, que se resolvió en enero de 1914 cuando se le dio a von Sanders el empleo de Mariscal del Ejército Turco, y se le liberó de las responsabilidades de comando en la zona “caliente”. Hasta ese momento, Rusia había participado de la Triple Entente evitando compromisos excesivos. De aquí en adelante se convertiría en socio mayoritario, con capacidad real para arrastrar detrás de la causa de la Entente a sus aliados

balcánicos. Por otra parte, en Alemania comenzó a tomar cuerpo la idea de que el gran enfrentamiento armado entre las naciones germánicas y eslavas no sólo era inevitable, sino inminente.

- 6) Si alguna esperanza de paz permanecía en las mentes de quienes dirigían los destinos de los pueblos europeos, ésta se derrumbó súbitamente cuando el 28 de junio de 1914 fue asesinado en Sarajevo, capital de Bosnia-Herzegovina, el archiduque Francisco Fernando, por entonces futuro heredero del trono Habsburgo.

El archiduque visitaba Sarajevo en ocasión de realizarse unos ejercicios militares, y aprovechaba la oportunidad para celebrar su decimocuarto aniversario de boda, ya que el emperador Francisco José le había prohibido aparecer en público en Viena con su esposa. Francisco Fernando probablemente desconocía que aquel 28 de junio se celebraba también un nuevo aniversario de la batalla de Kosovo-Polje (1389), y era por lo tanto el día del orgullo nacional serbio⁵³.

El asesino, Gavrilo Princip, era un joven estudiante serbio-bosnio que lideraba un grupo de siete conspiradores que actuaban supuestamente por iniciativa propia. Recién después de la guerra se supo que Princip era miembro de la “Mano Negra”, organización que propulsaba el proyecto expansionista serbio en la que militaban muchos hombres de las fuerzas armadas serbias. Esta sociedad secreta había facilitado armas y medios al grupo conspirador. Las autoridades austrohúngaras, de cualquier modo, sospecharon inmediatamente que el complot se había beneficiado de complicidades oficiales serbias.

La reacción en Viena no se hizo esperar. La hora de aniquilar a Serbia había llegado. El atentado era el pretexto perfecto para tomar las medidas que fuesen necesarias para mantener la unidad política y restaurar el prestigio del imperio.

Con el visto bueno alemán, el ministro de relaciones exteriores Berchtold preparó una nota que fue entregada al gobierno serbio el 23 de julio. Entre sus diez puntos demandaba que se permitiese a agentes austrohúngaros

⁵³ En la batalla de Kosovo-Polje (el “Campo de los Mirlos”), librada en junio de 1389, el príncipe serbio Lázaró, al frente de un ejército coaligado que incluía a serbios, albaneses, búlgaros, bosnios y valacos, fue vencido en una planicie ubicada al oeste de la moderna Pristina por el ejército otomano de Murad I. Este hecho de armas marcó un hito fundamental en la historia de los pueblos balcánicos, pues puso fin a los días gloriosos del imperio serbio, y dio comienzo a siglos de interminables luchas entre los pueblos que hasta aquel momento, habían coexistido pacíficamente en la región. Para los serbios, particularmente, ninguna fecha de su historia es más significativa, y ningún lugar es máspreciado que aquel campo de batalla en el que su imperio llegó a su fin. Véase FRECHERO, op. cit., pp. 44-45. Para un estudio conciso pero abarcativo sobre la batalla, véase MALCOLM, NOEL, “*Kosovo, a Short History*”, Papermac, Londres, 1998, pp. 58-80. Para un conciso repaso sobre la batalla e información general sobre su desarrollo, véase EGGENBERGER, DAVID, “*An Encyclopedia of Battles*”, Dover, New York, 1985, p. 222.

suprimir todas las publicaciones anti-Habsburgo en Serbia, pretensión que sería obviamente rechazada por las autoridades de Belgrado.

Efectivamente, a pesar del tono conciliatorio de la respuesta serbia, ninguna concesión se hacía sobre este punto. Austria-Hungría rompió relaciones diplomáticas no bien tomó conocimiento de la contestación. Serbia, por su parte, había ordenado la movilización general ya antes de confeccionarla.

La crisis de julio de 1914 nos proporciona un buen ejemplo acerca de la imposibilidad de realizar una efectiva maniobra de crisis cuando una de las partes apuesta todas sus cartas a la solución violenta de la cuestión. Austria-Hungría no quería repetir la crisis balcánica del año previo. Esta vez, deseaba asegurarse de que las exigencias sobre Serbia serían lo suficientemente duras como para obligarla a rechazarlas. Jugados por completo en el interés vital del mantenimiento de su status quo imperial, los austríacos querían una guerra de escarmiento. La ecuación costo-beneficio parecía cerrar correctamente para ellos.

Pero Austria quería la guerra *sólo contra Serbia*. En este enrarecido ambiente, en un escenario montado sobre tensiones generadas por conflictos subyacentes, y configurado estratégicamente por los sistemas de alianzas que determinaban la presencia de dos grandes bloques antagónicos, la pregunta que flotaba era: ¿conducirá la guerra contra uno –la guerra *deseada*- a la guerra contra el otro –la guerra *temida*? ¿Cómo evaluar correctamente en esta situación la ecuación costo beneficio? los resultados revelan la inconsistencia de la evaluación que realizaron los responsables en Viena. Tal error de apreciación no está sin embargo fundado en el desconocimiento sobre las consecuencias que podría tener cualquier acción que impactase sobre el sensible entretejido estratégico; más bien se trata de una equívoca percepción acerca del modo en que la guerra misma se desarrollaría: pocos pensaban que se extendería más allá de unas pocas semanas, y los cuidadosos cálculos elaborados en las academias militares así lo pronosticaban.

De hecho, Serbia era aliada de Rusia y Austria-Hungría sabía que enfrentaría presiones rusas para frenar sus operaciones en los Balcanes. Con tal motivo, buscó asegurarse la asistencia alemana antes de lanzar un ultimátum. Ya a fines de junio, Berchtold enviaba a Berlín una nota que expresaba el convencimiento de su gobierno de que Serbia debía “ser eliminada como factor de poder en los Balcanes”. El 5 de julio, el Kaiser respondió garantizando su apoyo, en documento comúnmente conocido como el “cheque en blanco”.

En las siguientes semanas, el gobierno alemán impulsó a los Habsburgo a actuar rápidamente, antes de que la repercusión del magnicidio sobre la opinión pública comenzara a declinar. Serbia, como hemos visto, se movilizó antes de recibir el ultimátum. No bien las autoridades de Belgrado se notificaron de éste, Rusia inició los pasos preliminares hacia la movilización general. Esta decisión fue mantenida en secreto, pero los serbios recibieron pronto reportes de movimientos de tropas rusas, y esto fortaleció su voluntad de resistencia.

Conocida la decisión rusa, Alemania ratificó a Austria-Hungría su incondicional apoyo, tanto político como militar. No necesariamente significaba esto la guerra total. Todavía hubo tiempo para que la comunicación directa entre los emperadores Guillermo y Nicolás contribuyera a disminuir a “parcial” el grado de movilización rusa. Una última oportunidad para la paz –o al menos para evitar el desborde del estado de guerra- se presentó el 1 de agosto, cuando el embajador alemán en Londres, Lichnowski, reportó a Berlín una conversación que había mantenido dos horas antes con Sir Edward Grey, ministro de relaciones exteriores británico. Grey le había asegurado que, en caso de una guerra contra Rusia, Gran Bretaña permanecería neutral y garantizaría la neutralidad de Francia. El Kaiser dijo entonces: “Marchemos, pues, con todas nuestras fuerzas, pero sólo hacia el Este.” Tiempo después, Grey declaró que se le había malinterpretado.

¿Cómo actuaría Francia, obligada por un tratado secreto a acudir en defensa de Rusia si ésta era agredida por Alemania? Obrando por su cuenta, ya el embajador francés en San Petersburgo había influido sobre los mandos rusos, incitándoles a la movilización preventiva contra Alemania como forma de probar su confiabilidad como aliado. Sin embargo, y a pesar de los siempre presentes deseos de revancha, en París nadie estaba convencido de los beneficios que una guerra podría aportar.

En realidad, Francia no necesitó plantearse mucho la cuestión. La intención de Guillermo de empeñarse solamente en el Este fue rechazada por Helmut von Moltke, sobrino del vencedor de Sedán. El argumento de su Jefe de Estado mayor General fue que “... el despliegue de un ejército de un millón de hombres no es cuestión de improvisación. Es el producto de largos años de trabajo”. Trabajo que consistía principalmente en la precisa coordinación de los cronogramas de los ferrocarriles. En esta línea de pensamiento, la velocidad de la movilización era una ventaja que de ningún modo podía ser sacrificada.

Habría que recurrir entonces a los planes esmeradamente elaborados años atrás. Persuadidos por Moltke, los líderes alemanes tomaron por literal la expresión “movilización significa guerra”. El estricto cumplimiento –en tiempo y forma- de la programación prevista en los planes sería la clave de la victoria. Atada al pesado carro de su aliada, embarcada en la tarea de sostener el prestigio de su propio imperio, sumergida en el dilema profundo de confiar en su altamente eficiente y tecnificada maquinaria de guerra pero reconociendo sus limitaciones para afrontar una guerra en dos frentes simultáneos, y finalmente, animada por su ferviente pasión nacionalista, Alemania se decidió por dar un golpe preventivo. Golpe para el cual se preparaba desde hacía mucho tiempo.

Planes

Uno de los aspectos destacados que surgen a la hora de estudiar la Primera Guerra Mundial es que se trata del primer conflicto cuyas opciones militares habían sido previstas con gran antelación, y para las cuales se había elaborado una fina y detallada

planificación. Es decir, es verdaderamente el primer conflicto armado que ofrece al historiador o al estratega la interesante opción de analizar en forma separada el marco teórico dentro del cual se realizarán las acciones estratégicas y operacionales iniciales por parte de cada uno de los bandos, en escala continental, respecto del desarrollo real de estas acciones una vez puestos en ejecución estos planes. Tal análisis ha reportado - y es de esperar que continúe haciéndolo- numerosas y valiosas enseñanzas acerca de las posibilidades, los alcances, la proyección e incluso la metodología del planeamiento militar, y de su inserción dentro del planeamiento general de nivel nacional. Desde el punto de vista histórico la existencia de estos planes de guerra arroja indicios certeros acerca de las condiciones que propiciaron la extensión espacial y la multiplicación de actores en el conflicto. Del análisis del éxito o fracaso de los planes surgirán elementos preponderantes que sirven para explicar la extensión temporal que finalmente tuvo la contienda.

La nueva era del planeamiento militar había nacido hacia 1870, rumbo a la Guerra Franco-Prusiana, y está en íntima relación, como hemos visto, con los albores de la “revolución administrativa de la guerra”. John Keegan puntualiza dos elementos claves que impulsaron esta modalidad de realización de planes militares “en abstracto”, listos para ser instrumentados cuando lo eventual se volviese realidad⁵⁴.

El primero de ellos fue la construcción a partir de 1830 de una red ferroviaria a través de gran parte del territorio europeo. Al mismo tiempo que los militares avizoraban que el ferrocarril revolucionaría el arte de la guerra, multiplicando hasta en diez veces la velocidad del desplazamiento de tropas y suministros, comprendían que, para ser de provecho, este movimiento debía ser objeto de meticulosos cálculos. Hasta aquel momento, la logística de los ejércitos que emprendían largas campañas se había basado bien en el abastecimiento marítimo, lo cual imponía a las fuerzas en operaciones la necesidad de no apartarse demasiado de las zonas costeras, o bien en la técnica popularizada por los ejércitos napoleónicos que consistía en “vivir del terreno”. Este último método aventajaba al primero al permitir mayor flexibilidad táctica, ya que los componentes del tren de bagajes podían ser apartados del camino cuando estorbaban o no eran necesarios, y siempre se podía recurrir al comercio o al pillaje para suplir la carencia de animales o los efectos consumidos. La flexibilidad no era -ni es- una de las características que distinguen al transporte ferroviario de los restantes medios; asemejándose al abastecimiento marítimo en lo que a servidumbres respecta.

El desplazamiento de grandes contingentes por la red de ferrocarriles requería ser perfectamente cronometrado; la movilización exigía que un sistema diseñado básicamente para transportar miles de pasajeros en forma mensual hiciera lo propio con millones de combatientes en apenas algunos días. La confección de programas de movimiento ferroviario se convirtió así en una tarea vital para la planificación militar en tiempos de paz.

⁵⁴ KEEGAN, op. cit., pp. 24-47.

El segundo elemento clave es complementario del anterior. Nos estamos refiriendo al establecimiento de las escuelas de estado mayor, modernizadas hasta el grado de verdaderas escuelas de guerra a partir de la espectacular victoria de las armas prusianas en 1866 y 1870. Los éxitos obtenidos por Moltke y sus discípulos estimularon a la mayoría de los ejércitos europeos a imitar la metodología germana. En particular, se hicieron populares los juegos de guerra y las simulaciones de situaciones conflictivas cuya resolución implicase la intervención del instrumento militar. Se tradujeron textos alemanes y se analizó exhaustivamente la historia militar, sobre todo la de las campañas recientes. Aquellos oficiales egresados con las mejores calificaciones eran destinados inmediatamente a los Estados Mayores Generales, donde desempeñaban tareas concernientes a la coordinación de planes de movilización, ajuste de cronogramas ferroviarios y diseño de soluciones ante situaciones de amenaza exterior. Estas soluciones pronto adquirieron la forma de planes integrales de guerra, normalmente dotados de un espíritu altamente ofensivo.

El plan Schlieffen

El plan de guerra alemán fue desarrollado por el conde Alfred von Schlieffen, Jefe de Estado Mayor General del Ejército Imperial entre 1891 y 1905, y tomó para la posteridad el nombre de su progenitor. Ya desde tiempos anteriores a Schlieffen el planeamiento militar alemán se veía condicionado por la situación geopolítica y el sistema de alianzas continentales europeas, que le imponían la necesidad de considerar la perspectiva de una guerra que se libraría en dos frentes, en la que Alemania enfrentaría a Francia en el oeste y a Rusia en el este.

Schlieffen determinó que, ante el eventual estallido de una guerra con estas características, Alemania tendría como primera prioridad la eliminación de su enemigo occidental, para luego volverse sobre el este, con las manos libres para entenderse con los rusos y la retaguardia asegurada. Esta concepción de maniobra recreaba, en versión moderna, la tradicional estrategia de las “líneas interiores”, utilizada por Marlborough en su marcha hacia el Danubio a principios del siglo XVIII, luego extensivamente por Federico el Grande en la segunda mitad del mismo siglo, y aplicada –aunque en niveles más tácticos- posteriormente por Napoleón. La estrategia de las líneas interiores se basa en la explotación de un elemento geográfico –o, quizá más correctamente hablando, geopolítico- del que sólo puede disponer uno de los contendientes: la posición central. Desde esta posición es posible lanzar ataques sobre la periferia a través de distancias relativamente cortas, evitando la elongación excesiva de las líneas de abastecimientos, asegurándose la pronta asistencia de refuerzos, y buscando obtener concentraciones de fuerzas decisivas contra uno de los oponentes (o de los bordes del dispositivo) antes de que éste pueda ser socorrido por sus aliados (o por las fuerzas dispuestas en el borde opuesto). Cuanto más lejos y separados se encuentren los ejércitos enemigos, mayores son las posibilidades de que la maniobra se concrete exitosamente. Pero, según bien ha observado Lidell Hart, como la consolidación de una posición defensiva brinda cohesión moral a las partes, y todo efecto dilatorio en el sector comprometido de la periferia contribuye a la mejor preparación de la acción contraofensiva en el sector

momentáneamente descuidado, dos elementos se constituyen en esenciales para garantizar el éxito de la maniobra: velocidad y sorpresa. Puesto simplemente, es menester que el primer golpe tome desprevenidos a los defensores, y que logre la decisión en el menor tiempo posible⁵⁵.

Siendo el plan de Schlieffen el primer acto de esta estrategia por líneas interiores, velocidad y sorpresa eran los factores que bajo ningún concepto podrían sacrificarse. La manera de conseguir velocidad era iniciando oportunamente la movilización para, haciendo uso de las redes ferroviarias, poner rápidamente la mayor cantidad de hombres en condiciones de combatir en el punto juzgado como decisivo. La sorpresa estaría dada principalmente por la dirección de donde provendría el ataque principal, que era esperado por los franceses en la región de Alsacia y Lorena. Los puntos claves del plan original eran los siguientes:

- Alemania lanzaría una audaz ofensiva inicial en el oeste, sobre Francia.
- Utilizaría para esta ofensiva a sus unidades de reserva, junto con las unidades regulares.
- El ejército alemán se dispondría en dos alas: una, la derecha, poderosamente reforzada con las unidades de reserva, que barrería el oeste europeo, violando la neutralidad de Bélgica y Holanda, para hacer su entrada en Francia atravesando su frontera norte; la otra, la izquierda, más débil, se empeñaría en una acción de aferramiento frontal sobre el borde oriental de Lorena.
- La acción de aferramiento posibilitaría el envolvimiento del flanco izquierdo francés, empujando a las fuerzas defensoras durante su avance, hasta formar una gran “bolsa” sobre la frontera oriental de Francia.
- En el envolvimiento quedaría expuesta la ciudad de París, que sería capturada conforme el ala derecha progresara en su avance hacia el sur y el oeste.

Schlieffen calculaba que, de tener éxito este movimiento, la victoria sobre Francia se alcanzaría en seis semanas. Este número no era antojadizo. Asegurada su retaguardia, Alemania se volvería hacia el este para enfrentar a su enemigo ruso. Seis semanas era el tiempo que, según se había estudiado, necesitaba Rusia para movilizarse completamente. Seis semanas era todo el tiempo de que se disponía para neutralizar la amenaza francesa.

El plan Schlieffen ha recibido tantas críticas como elogios por parte de los analistas. Lidell Hart le considera una aproximación indirecta en toda la regla, especialmente en lo referente a la distribución del poder combativo y a la idea de concentrarlas sobre el ala derecha, dirigiendo el esfuerzo principal desde un ángulo inesperado para los franceses⁵⁶. Desde este punto de vista, la audacia del plan ofrecía una clara perspectiva de decisión en el frente occidental, decisión que, dicho sea de paso, hubiese evitado la agonía del estancamiento en las trincheras que fue la nota distintiva del teatro occidental durante el resto de la guerra. En cambio, ha sido duramente cuestionado

⁵⁵ LIDDELL HART, “*Estrategia, La Aproximación Indirecta*”, Biblioteca del Oficial N° 719, Círculo Militar, Buenos Aires 1984, p. 169-70.

⁵⁶ *Ibidem*, pp. 266-7.

por su presunta inmoralidad, al violar abiertamente la neutralidad de dos estados ajenos a la contienda, y por su falta de realismo al considerar con indiferencia la intervención británica⁵⁷. En la práctica, una acción de este tipo significaba la virtual desaparición de cualquier perspectiva de contener la guerra, y daba paso a la generalización del conflicto. Desde el primer momento, Alemania deba un paso irrevocable violando territorios neutrales, y, en rigor de verdad, asegurándose que Gran Bretaña entraría en guerra en su contra. Así, el historiador germano Gerhard Ritter afirmaba en 1960 que “Alemania de esta manera obligada por necesidades puramente técnicas (léase ‘de la estrategia operacional’) a adoptar, ante el mundo entero, el rol de agresor brutal, una pesada carga moral... de la que aún no nos hemos deshecho”⁵⁸. Por otra parte, la ejecución del plan no sólo arrojó a Alemania dentro de un grueso error político, sino que hizo las veces de catalizador dentro de la crisis balcánica y dio por tierra con toda esperanza razonable de paz.

Las razones aludidas por Schlieffen para el diseño de su plan original también refieren un estado de necesidad, pero en términos estrictamente militares. Ya desde 1892, cuando Francia y Rusia habían celebrado su alianza militar, estaba claro que cuatro de los cinco signatarios del tratado firmado en 1839 que garantizaba la seguridad belga – Francia, Gran Bretaña, Rusia, Prusia y Austria-, se enfrentaría dos contra dos en la guerra que Schlieffen estaba planificando. Bajo los términos de la alianza austro-alemana, Alemania estaba obligada a apoyar a Austria en caso de una guerra con Rusia. Bajo los términos del acuerdo franco-ruso, ambas partes estaban obligadas a entrar en guerra con Alemania si alguna de ellas era atacada. Estas disposiciones implicaban que, en cualquier caso de guerra que implicara a Alemania, el país estaría obligado a librar una guerra en dos frentes. La actitud que adoptaría Gran Bretaña era incierta, pero estaba bastante claro que la violación de la neutralidad belga la obligaría a intervenir. De todos modos, Schlieffen decidió, en caso de guerra, atacar Francia a través de Bélgica, y explica de este modo la necesidad militar: en una guerra de dos frentes, Alemania debería lanzarse por completo “(...) contra un enemigo, el más fuerte, el más poderoso, y ese sólo puede ser Francia”. Confiaba el estratega alemán que seis semanas y siete octavos del ejército teutón serían suficientes para vencer a Francia, mientras que un octavo de su ejército quedaba reservado para enfrentar al segundo enemigo. Había elegido a Francia primero porque Rusia era capaz de negar una rápida victoria simplemente retirándose hacia lo profundo de su territorio, y arrastrando a Alemania a una campaña prolongada al estilo de la que había doblegado a Napoleón. Francia estaba, simplemente, más cerca.

¿Falló el plan Schlieffen? Esto es difícil de determinar. En cualquier caso, nunca fue ejecutado del modo en que había sido concebido. Pero la discusión es, a nuestros efectos, irrelevante. Helmut von Moltke, quien se encargaría de la ejecución del plan, sobrino del vencedor de 1870, sucedió a Schlieffen como Jefe de Estado mayor General cuando éste se retiró en 1905. Schlieffen murió en 1913. Antes de morir, redactó un ultimátum haciendo referencia al rol británico en una guerra europea, y enfatizando la

⁵⁷ De hecho, Gran Bretaña y Alemania figuraban entre los signatarios del acuerdo de 1839, que garantizaba la neutralidad belga en caso de un conflicto continental.

⁵⁸ GERHARD RITTER, cit. por Lidell Hart, “*The significance of the Schlieffen Plan*”, art. publ. en *The War Plans of the Great Powers, 1880-1914*, Allen & Unwin, New York 1979, pp.199-221

necesidad de contar con esa poderosa ala derecha que barrera al oeste y luego hacia el sur. Finalmente, declaró: “Alemania debe arrojar sobre un enemigo –el más fuerte, poderoso y peligroso enemigo: y éste sólo puede ser el anglofrancés”⁵⁹.

Para ese momento, nacionalismo y militarismo se subsumían fuertemente en Alemania, y lo hacían con especial vigor en la figura de uno de sus teóricos militares de vanguardia, el general von Bernhardi. No se trataba de un militarismo simbólico o ritualista, sino sumamente material y agresivo, a la búsqueda de una aplicación práctica de la teoría, filosofía y ciencia de la guerra a la pretendida “Misión Histórica Alemana”, consistente siempre en hacer llegar los beneficios de una cultura que presume de superioridad moral al resto de los pueblos. Bernhardi, a quien sin duda la experiencia de ser a los veintiún años el primer oficial de caballería alemán que atravesó el Arco de Triunfo en los días victoriosos de 1870 habrá marcado a fuego, escribió en 1910 un libro denominado “Alemania y la Próxima Guerra”, cuyos postulados quedan fuertemente explicitados en el título de tres de sus capítulos: “El Derecho a Hacer la Guerra”, “El Deber de Hacer la Guerra”, y “Poderío Mundial o Decadencia”⁶⁰. En su influyente tesis, elaborada sobre la base de un meticuloso estudio de Clausewitz, Treitschke y Darwin, Bernhardi sostenía que la guerra era una especie de necesidad biológica; que no significaba más que trasladar a la especie humana la ley natural suprema, es decir, la de la lucha por la existencia. Las naciones, decía, debían progresar o extinguirse, sin lugar para puntos intermedios, y éstos serían los caminos por los que debería optar Alemania. Pero como entre las naciones Alemania, estando a la cabeza indiscutible en su desarrollo cultural, se veía constreñida dentro de límites no naturales, era su deber movilizarse poderosamente para vencer tan adversas circunstancias. Para ello, la obligación central del estado era incrementar su poder, lo cual comprendía el poder político, una vasta esfera de influencia exclusiva, y el territorio. De este modo, los grandes fines morales alemanes llevaban a conferir estado de necesidad a estas iniciativas. Bernhardi proclamaba que “debemos luchar por aquello que queremos obtener”, para terminar sentenciando que “la conquista se ha convertido en una ley de la necesidad”⁶¹. Esta palabra, necesidad, se transformaría en los sucesivos en el justificativo primordial de los pensadores militares alemanes.

Lo más sugestivo del caso es que, considerando haber probado esta necesidad, procede luego Bernhardi a detallar el método. Naturalmente, este extremismo ideológico no concibe otro curso de acción diferente al del enfrentamiento bélico, pero su corolario fundamental es, casi como una obligación secundaria, que la guerra empeñada debe ser eficaz. Para ello, un Estado debe iniciar las hostilidades eligiendo las circunstancias más favorables, y asegurándose la iniciativa como privilegio. De allí surge que la guerra ofensiva es también una necesidad, y consecuentemente, la mayor necesidad es la de dar el primer golpe. A diferencia del Kaiser, Bernhardi se preocupaba poco por el rechazo colectivo hacia la figura del agresor. Tampoco dudaba en señalar a quién debería dirigirse este primer golpe: Francia, cuyos problemas con Alemania carecían de solución negociable, debería ser aplastada por completo, “(...) para así evitar que se vuelva a

⁵⁹ *Ibidem*, p. 60.

⁶⁰ TUCHMAN, BARBARA, “*The Guns of August*”, The Macmillian Company, New York, 1966, p. 10.

⁶¹ *Ibidem*, p. 11.

cruzar en nuestro camino”; debe “ser aniquilada de una vez y para siempre como gran potencia”⁶². Más allá de todo detalle y apreciación contemporánea, es casi imposible no encontrar el espíritu del pensamiento de Bernhardt en la formulación estratégica con la cual Alemania dio inicio a la Primera Guerra Mundial. El plan alemán estaba indudablemente basado tanto en las necesidades militares como en consideraciones de tipo ideológicos.

La ofensiva alemana, en definitiva, fracasó. Keegan sostiene que el diseño estaba condenado al fracaso desde un principio. Si la clave de la maniobra era la velocidad, la capacidad del transporte ferroviario en este sentido era también bastante limitada. En el mejor de los casos, los atacantes no serían transportados por este medio más allá de las fronteras alemanas con Francia y Bélgica. A partir de aquí, la red caminera conduciría el resto del avance y la velocidad se reduciría a cuanto pudiesen entregar los pies de la sufrida infantería, estimada en un máximo de doce millas diarias⁶³. Efectivamente, para comienzos de septiembre de 1914, un mes después de abiertas las hostilidades, el ejército alemán se hallaba a 48 kilómetros de París. Pero el ala derecha, exhausta en la marcha, no tenía ya la potencia necesaria como para lanzar su ataque. En lugar de ello, el general von Klück, comandante del Primer Ejército alemán, decidió pasar de largo y continuar el movimiento hacia el este, estacionándose sobre el río Marne. Esta nueva modificación, hecha sobre la marcha, daría el tiro de gracia al plan Schlieffen. París no fue capturada –con todo lo que ésto significaba para la moral de Francia- y la detención de la maniobra dio a los franceses la oportunidad de contraatacar. El resultado fue la Batalla del Marne, librada entre el 6 y el 9 de septiembre de 1914, en la que los presuntamente invencibles ejércitos imperiales fueron derrotados. Moltke ordenó la retirada hacia el río Aisne, donde las fuerzas alemanas cavaron una línea de posiciones defensivas que permanecerían casi invariables durante el resto de la guerra. La Batalla del Marne significó el fin de la guerra de maniobras en el oeste y dio paso al contexto de estancamiento estratégico y táctico en el que se librarían todas las futuras acciones sobre la larga línea de trincheras extendida a través de Francia, desde Suiza hasta en Canal Inglés.

El plan francés

Una de las ironías que caracterizaron al plan alemán es que fracasó aún habiendo acertado con mucha sapiencia en su predicción acerca de cuál sería la estrategia adoptada por Francia en 1914. El plan de guerra francés, denominado Plan XVII, fue presentado al Consejo de Guerra por el general Joffre, Comandante en Jefe del Ejército, en 1913. Siempre atentos a las aspiraciones reivindicatorias, este plan estaba diseñado para que la obtención de la victoria militar significase la inmediata recuperación de los territorios perdidos de Alsacia y Lorena. A partir de la derrota ante Prusia, el pensamiento militar francés había transitado una etapa inicial de prioridades defensivas, teniendo en cuenta la escasa disponibilidad de personal y material para cualquier otro intento, y los reales efectos disuasorios que tuvieron los sistemas de contención bismarckianos

⁶² *Ibíd.*, p. 12..

⁶³ KEEGAN, *op. cit.*, pp. 35-36.

mientras permanecieron en pie. Aún en 1898, el Plan XIV reflejaba todavía estos conceptos doctrinarios.

Este pensamiento fue evolucionando hacia modalidades bastante más agresivas a medida que se revertían las condiciones expresadas en el párrafo anterior. Así se fueron confeccionando los planes XV y XVI, modificando la esencia de su predecesor. El Plan XVII estaba definitivamente imbuido del espíritu de “ofensiva a ultranza”, pregonado por el coronel Louzeau de Grandmaison, director del Departamento de Operaciones Militares del Estado Mayor General, y prominente miembro de la “escuela del ataque”. A grandes rasgos, disponía:

- Una acción ofensiva completa sobre Lorena, esto es, sobre la frontera franco-alemana en el noreste del territorio francés.
- El despliegue, a tales efectos, de tres ejércitos en este teatro (Primero, Segundo y Tercero).
- La cobertura de la frontera franco-belga a cargo de un solo ejército (el Quinto). Un ejército adicional (el Cuarto), consistente en tres cuerpos de infantería y una división de caballería se mantendría en el centro del dispositivo, brindando apoyo allí donde se le necesitase, ya fuera en el centro de gravedad –ala derecha- o en el ala izquierda, más al norte.

Joffre esperaba que la Fuerza Expedicionaria Británica (el BEF) fuera velozmente enviada a Francia en apoyo al Quinto Ejército. De cualquier modo, nada especificaba el Plan XVII acerca de la coordinación de esfuerzos entre británicos y franceses.

En Gran Bretaña, la participación en una guerra continental era considerada desde 1905. Su Estado Mayor General, ocupado previamente en los problemas derivados del sostenimiento del vasto imperio británico de ultramar, comenzó entonces a planificar el rol del Ejército Británico en una eventual contienda europea. Se formuló una estrategia para el envío de una fuerza expedicionaria a Bélgica y al norte de Francia. Un estudio de Estado Mayor recomendó que, en caso de que Alemania violase la neutralidad belga, dos cuerpos de ejército serían desembarcados en Antwerp dentro de las tres semanas subsiguientes. Desde 1906 hubo entendimientos no oficiales entre autoridades militares británicas y francesas para estudiar los movimientos conjuntos en caso de una guerra contra Alemania. En cambio, el plan francés se enmarcaba plenamente en el acuerdo militar franco-ruso de 1911, que especificaba que Rusia se movilizaría sin demora ante una situación de guerra, y lanzaría una ofensiva sobre el este que obligaría a los alemanes a sustraer parte de las fuerzas empañadas en el frente occidental para organizar la defensiva.

Cuando se iniciaron las hostilidades, el Plan XVII fue inmediatamente puesto en marcha. Pero al veloz movimiento hacia el este prosiguieron una serie de derrotas en pequeños combates, que frenaron el ímpetu inicial de las armas francesas. No obstante, el Primer y Segundo Ejército escaparon al colapso y lograron reagruparse. Allí, en lugar de recibir el “golpe por la espalda” que propiciaba el plan alemán original, se vieron

enfrentados al contraataque frontal dispuesto por los mandos alemanes, que terminó arrojándoles dentro de la seguridad de sus propias fronteras.

El Plan XVII puede ser criticado en numerosos puntos. La misma idea de la ofensiva a ultranza no deja de ser poco realista, habida cuenta de que nunca contó Francia con la cantidad de efectivos que le hubiese permitido forzar la decisión en el teatro occidental. Por otra parte, la frontalidad de la maniobra la hizo previsible y eliminó el vital elemento de la sorpresa. Además, el plan ignoraba las dificultades que el terreno escogido para la acción presentaría a los propios atacantes: las elevaciones de las Ardenas, boscosas, surcadas por valles y por lo general escarpadas del lado francés; ignoraba el plan a su vez las limitaciones de su artillería de artillería para desempeñarse efectivamente en zonas montañosas⁶⁴.

De todos modos, estas críticas deben ser cotejadas a la luz de los condicionamientos técnicos e ideológicos que, del mismo modo que en el caso alemán, se imponían sobre los planificadores militares franceses. Si Francia iba a la guerra, sería por la redención de los territorios perdidos. La rápida ocupación militar de Alsacia y Lorena no sólo permitiría concretar el ideal nacional, sino que una acción victoriosa serviría para reivindicar el orgullo perdido y fortalecería el espíritu de cohesión nacional para resistir en caso de que la guerra se prolongase. Pero, por sobre todas las cosas, una victoria en Alsacia y Lorena también abriría probablemente las puertas de una negociación pacífica con Alemania. Una vez curadas las heridas de 1870, nada sería más agradable para los franceses que ver desangrarse a su odiado enemigo contra Rusia. Un periódico de Normandía capturaba de éste modo la esencia del pensamiento político y estratégico francés:

“Es nuestra firme convicción que Alemania será derrotada en el campo de batalla y que nuestros muchachos, que valientemente partieron, volverán trayendo no la victoria de Berlín, lo cual es de un horror pretencioso, sino la porción de territorio que le fue arrancada a Francia hace cuarenta y cinco años, de donde las cicatrices no se han curado.”⁶⁵

Con el fracaso francés en Lorena, y la victoria alemana sobre la fuerza anglofrancesa en Charleroi y Mons, el Plan XVII cayó en desgracia. Joffre había fallado por sobre todas las cosas en distinguir la dirección principal del ataque alemán. Si los ejércitos franceses escaparon a su aniquilación, no fue en verdad gracias a lo acertado de su plan de batalla, sino en parte por las modificaciones que Moltke hizo a su plan, en parte por la propia inconsistencia del plan alemán. Joffre tuvo la oportunidad de redimirse en septiembre, cuando las fuerzas francesas, reagrupadas y actuando en conjunción con el BEF, retomaron la iniciativa en el Marne. Para entonces, el Plan XVII yacía definitivamente en el olvido. De allí en más, la obsesión francesa por la victoria comenzaría a tener un significado muy diferente al expresado mediante el fallido plan, que implicaría la puesta en su servicio de la totalidad de las energías de la nación, la

⁶⁴ SMITH, LEONARD; AUDOIN-ROUZEAU, STEPHANE y BECKER, ANNETTE, *France and the Great War, 1914-1918*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003, p. 32-33.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 30.

muerte de millones de hombres por ella, y al mismo tiempo la idealización de esta muerte como expresión suprema de un compromiso nacional de carácter permanente, que la lírica nacionalista contribuyó fuertemente a propagar. Si en el siglo XIX, una batalla no resuelta podía marcar el camino de una posible negociación, el resultado del primer de lucha en la Gran Guerra abrió el camino, en cambio, a la totalización de la contienda⁶⁶.

El Plan Austrohúngaro

Uno de los problemas que aquejaron a los aliados de la Dúplice ya desde las fases preparatorias de la guerra, era el diferente orden de prioridades en cuanto a los objetivos que tenían sus líderes militares. Tras modificar el Plan Schlieffen, Moltke pretendía que Austria-Hungría cargara con las principales responsabilidades de la guerra en el este, mientras Alemania lanzaba su ofensiva contra Francia. En tal sentido el Jefe de Estado Mayor General alemán requería de su aliado que montase una operación de diversión para atraer al grueso de las tropas rusas, atacando el sur de Polonia. Pero a su equivalente austríaco, el mariscal Conrad von Hoetzendorf, le preocupaba mucho más la movilización contra Serbia, que en definitiva era la causa por la que su país entraría en guerra. Serbia no era un enemigo despreciable, ya que disponía en 1914 de un ejército bien entrenado, disciplinado, y altamente motivado para defender a su nación del enemigo imperial.

Austria-Hungría tenía preparados dos planes de guerra: el primero de ellos previendo exclusivamente una ofensiva en los Balcanes; el segundo dirigido simultáneamente contra Rusia y los Balcanes. La primera hipótesis fue considerada la más adecuada a la situación y a los objetivos planteados por la política y estrategia austrohúngaras. Consistía en la concentración de tres ejércitos que invadirían Serbia y Montenegro, manteniendo otros tres posiciones defensivas que resguardaran la región de Galitzia contra una posible respuesta rusa. El 30 de julio este plan le fue confiado a Moltke, quien se alarmó de inmediato. Sintéticamente, la propuesta austríaca dejaba la frontera oriental alemana expuesta inaceptablemente, al menos en su opinión, al ataque por parte de Rusia. Con este motivo, Moltke redobló sus esfuerzos para persuadir al Kaiser de iniciar inmediatamente la movilización, mientras negociaba con von Hoetzendorf la modificación del plan de guerra austrohúngaro.

Finalmente, el 1 de agosto se puso en ejecución una variante primer plan, conocida como “Variante R”, y que en realidad le aproximaba en esencia al segundo, pero restándole audacia. Cuatro ejércitos tendrían asignada la tarea de contener el eventual avance ruso, y sólo dos se empeñarían contra los serbios. Con este cambio en la relación de fuerzas, se desviaba el centro de gravedad del dispositivo y se quitaba masa a la fracción encargada de obtener la victoria en los Balcanes. Era de suponer que esta estrategia conservadora tuviese dificultades para lograr sus objetivos militares. Pero lo que en realidad ocurrió fue que resultó desastrosa para Austria-Hungría. No sólo borró

⁶⁶ *Ibíd.*, p. 41. Los autores mencionan como ejemplo de la obra del influyente autor nacionalista Maurice Barrés en el período.

toda posibilidad de victoria frente a Serbia, sino que además impidió la intervención oportuna como para influir sobre el frente ruso.

El 23 de agosto fue lanzada la ofensiva austrohúngara sobre el sur de Polonia. Concluyó con la derrota a manos rusas en la Batalla de Lemberg. El fracaso puso al Imperio en la difícil situación de tener que defender las fronteras orientales alemanas (el llamado “patio trasero”), sin poder disponer del potencial necesario para enfrentar a sus propios enemigos, Rusia y Serbia. Debido en gran parte a una deficiente planificación, a una descoordinada ejecución y, en general, a una inadecuada preparación y conducción del instrumento militar, la maniobra estratégica inicial austrohúngara se realizó en medio del desorden y la confusión, y su contribución final fue casi nula en concepto de logros estratégicos para los Imperios Centrales.

Tras haber comprobado la poca confiabilidad del respaldo que le brindarían sus aliados, los mandos alemanes decidieron encargar a los generales von Hindenburg y Ludendorff la difícil misión de revertir la situación en que se hallaba el frente oriental. La planificación estratégica conjunta había sido incapaz de resolver los problemas planteados por una guerra en dos frentes, aún previéndolos acertadamente.

La preparación de guerra rusa

Durante los años previos a la contienda existía los altos mandos franceses cierta preocupación por las capacidades militares de su aliado ruso; por lo general, en círculos militares se expresaba cierto pesimismo a la hora de juzgar las probabilidades de que Rusia condujera una campaña exitosa contra Alemania. Ante esta perspectiva, Francia comenzó a financiar el desarrollo de una red ferroviaria en áreas estratégicamente importantes hacia el oeste del territorio ruso. De todos modos, no fue sino hasta la gran advertencia que significó la Crisis Balcánica de 1912 que el potencial bélico ruso comenzó a ser expandido seriamente, con la intención de ponerlo a tono como para hacer frente a una guerra a escala continental.

El acuerdo militar de 1911 estipulaba que Rusia invadiría Prusia Oriental en el caso de que Alemania entrara en acción contra Francia. En este contexto se realizaron esfuerzos para lograr una planificación que, si bien no revestiría estricto carácter de “conjunta”, al menos pudiera calificarse de “coordinada”⁶⁷. La Convención Militar Franco-Rusa de 1913 reafirmó la importancia de una ofensiva rusa sobre Alemania en fases tempranas de la guerra, Asumiendo que Alemania se movilizaría en primer término contra Francia. Lo convenido dio lugar, en medio de la crisis de julio de 1914, a las presiones que ejercieron Joffre y el Ministerio de Guerra francés sobre los mandos rusos para que ordenasen la movilización general y concretasen la invasión lo antes posible.

Como hemos referido anteriormente, el Consejo Imperial Ruso aprobó los planes para el “Período Preparatorio a la Guerra” el 25 de julio de 1914, una vez conocida la decisión adoptada por Austria-Hungría de aplastar militarmente a Serbia.

⁶⁷ KEEGAN, op. cit. p. 36,

Cuando el 29 esta decisión se transformó en declaración de guerra, Rusia declaró la “movilización parcial” contra Austria. Los límites a que aludía esta condición de parcial no han sido claramente definidos, y de hecho tampoco hubo tiempo para apreciarlos, ya que un día después el zar ordenó la movilización general. La decisión de llamar a movilización es considerada una de las más importantes tomadas por un gobernante del imperio, por el efecto que tuvo sobre la delicada situación política europea, por compartir responsabilidades en empujar la maniobra de crisis hacia el abismo y al mundo hacia la guerra, y por las consecuencias que en última instancia, en virtud de la magra actuación rusa en la contienda, acarrearía para el propio régimen: su desaparición.

En general los historiadores coinciden al afirmar que la generalización del conflicto armado se hizo inevitable a partir la impartición de esta orden de movilización general del 30 de julio de 1914. De cualquier manera, para completar el análisis del cuadro de situación, es menester que esta decisión sea ubicada dentro del contexto de los planes de guerra alemanes y franceses, ambos preexistentes, de los compromisos previamente asumidos por el Imperio Ruso, y de los intereses geopolíticos que justificaban el ingreso de Rusia en la guerra.

Evaluación

Por cierto, desde el punto de vista estructural, el desafío lanzado por Alemania a la supremacía mundial británica como potencia marítima y comercial, y la reacción de Gran Bretaña y otras potencias a esta amenaza económica, militar y hasta psicológica⁶⁸, cuentan como causas importantes de la Primera Guerra Mundial. Pero estos factores no pueden explicarse sin recurrir a las causas profundas que ya operaban en el subconsciente colectivo de los pueblos europeos. Acompañando a la decadencia de la Europa dinástica e imperial, se hallaba el nacionalismo, como hemos visto, en dos de sus formas: generando tensiones y sustentando el estado conflictual por la disputa de los territorios “irredentos”, como es el caso entre Francia y Alemania; y socavando a los antiguos regímenes mediante el reclamo por la auto-determinación de los pueblos. En Rusia, el gobierno autocrático del Zar había sido desafiado en intentos revolucionarios, algunos promovidos por minorías étnicas. El imperio Austro-Húngaro, una amalgama de nacionalidades, apenas se mantenía unido mediante soluciones de compromiso y concesiones, a las cuales daba cierto vigor el respeto generalizado por la figura del anciano emperador Francisco José⁶⁹. Pero los dominios reales se hallaban en permanente agitación por la acción de las minorías étnicas, en especial los serbios. Con el apoyo de Rusia, y motivados por las victorias obtenidas en las Guerras Balcánicas de 1912 (contra Turquía) y 1913 (contra Bulgaria) los grupos nacionalistas serbios proclamaban la causa del Pan-eslavismo y aspiraban a la conformación de la Gran Serbia. En contraste, Viena

⁶⁸ *Ibidem*, p. 4.

⁶⁹ Del venerado emperador, de costumbres “espartanas”, se refiere que a los ochenta años dormía en un camastro de hierro, se bañaba en agua helada, se levantaba a trabajar a las 4:30, galopaba a campo abierto al frente de sus ejércitos en maniobra, y hablaba todos los lenguajes de su imperio. Era un maestro del esfuerzo y el trabajo, aunque a tanto vigor no lo acompañaban ni la visión estratégica ni la sensibilidad política. REINERS, LUDWIG, “*The Lamps Went Out in Europe*”, Pantheon Books, New York, 1955, p. 71. Referido por BALDWIN, *op. cit.*, P. 8.

buscaba la expansión del imperio a expensas de Serbia. De este modo, los Balcanes, afectados por desavenencias insalvables, escenarios de diseños geopolíticos incompatibles, y castigados por sucesivos conflictos armados, se convertían en 1914 en el “polvorín de Europa”. Con ello, los temores expresados por Bismarck décadas atrás de que “alguna estupidez en los Balcanes” arruinaría sus elaborados esquemas de equilibrio de poder parecían estar a punto de confirmarse.

Lo que Bismarck no lograba visualizar, empero, era que esta “estupidez” no era –no podría ser- un hecho aislado, marginal a sus elucubraciones políticas y diplomáticas. El magnicidio en Sarajevo no sería más que una coyuntura fatal en un conflicto cuya causa estructural principal el mismo Canciller de Hierro había ayudado a fomentar. En este sentido, es menester observar, como resultados indirecto verificable del dinámico ascenso de Alemania como actor principal europeo:

- a) el auge del sentimiento nacionalista, estimulado por Bismarck en su apelación al orgullo y al sentido de pertenencia de todos los pueblos germano-parlantes y fortalecido por las victorias militares;
- b) el resentimiento francés ante lo que era claramente percibido como un despojo, y la frustración resultante ante la imposibilidad de quebrar situación frente al diseño estratégico de alianzas imperante;
- c) y la extrema debilidad de Austria-Hungría después de la derrota de 1866, que la dejaba a merced de las tendencias nacionalistas centrífugas eslavas impulsadas por Rusia.

Finalmente, las tensiones nacionalistas impusieron sobre el planeamiento militar tantos condicionamientos ideológicos equiparables a los condicionamientos técnicos enfrentados por los planificadores. Alemania diseñó su esquema inicial contra Francia no por mera conveniencia militar, sino porque la exacerbación de los antagonismos existentes indicaba a Francia –y no a Gran Bretaña- como su principal enemigo; y contra Rusia, porque la ruptura del sistema bismarckiano y la configuración de las alianzas definitivas así lo imponían; ya habría tiempo para tratar con Gran Bretaña, con quien podría, después de todo, negociarse algún tipo de acuerdo de mutua conveniencia. Ello nunca sería posible mientras Francia se interpusiese. Acompañando esta perspectiva, la guerra fue intelectualizada entonces no sólo como el único camino, sino como una alternativa viable y saludable para el progreso nacional.

En resumidas cuentas, es posible ver aquí la acción del nacionalismo exacerbado en todas sus formas, atentando en contra del equilibrio construido, alimentando los conflictos preexistentes y generando, a partir de sucesivas crisis, las condiciones políticas y los sentimientos propicios para su escalada; obrando, en definitiva, como forzante en pos de la desestabilización del sistema. En sentido amplio, se verifica de esta manera el rol de la ideología nacionalista como forzante estructural de la Primera Guerra Mundial. En particular, muestra clara relevancia en el sostenimiento de las tensiones generadas, algo apreciable a través del análisis del impacto de esta fuerza

ideológica sobre la política exterior de las partes en conflicto. Es especialmente notable en el caso de Francia, que aprovecha la oportunidad ofrecida por la caída en desgracia del Canciller de Hierro para empezar a forjar los vínculos estratégicos que le permitirían aspirar a acceder a sus reivindicaciones territoriales. Nunca este objetivo fue abandonado por las élites políticas e intelectuales francesas, del mismo modo que los nacionalismos independentistas conspiraron en forma incesante contra la estabilidad general del sistema.

Como también hemos observado, estos mismos ideales tuvieron su representación intelectual en el militarismo, y en el pensamiento filosófico elaborado acerca de la guerra como un factor positivo de afianzamiento y evolución de los proyectos culturales nacionales. En el plano operacional, este mismo pensamiento tuvo su manifestación a través de las ideas de “ofensiva a ultranza”. Una exageradamente optimista lectura sobre las lecciones ofrecidas por la historia militar del período reciente animó a los líderes políticos y militares a considerar que además la guerra podría hacer realidad estas aspiraciones de manera rápida y decisiva, y que por lo tanto era una alternativa válida como consecución de la política.

En relación a las crisis sucesivas ocurridas en el período de preguerra y su función como catalizadoras de la intensidad del conflicto, el análisis de las posiciones crecientemente intransigentes adoptadas por las partes se encuentra en relación directa con un también evidenciable y creciente sensación de humillación, que alimenta aspiraciones de venganza por parte de quienes se veían sometidos a derrotas militares. Todo ello se ve acompañado por una no menos creciente audacia proveniente de Estados que, como Serbia, cosechaban los réditos de una política nacionalista agresiva. La guerra surgió así como consecuencia de la elevación de las tensiones ocasionadas por estas crisis, que redujeron notablemente el margen de maniobra de los gobiernos afectados —y que, de todos modos, no dejaban de ver a la guerra como una salida razonable a una situación que se había vuelto insostenible.

Finalmente, es dable señalar que la ideología nacionalista tuvo un rol absolutamente preponderante y directo, como se ha visto, en las crisis continentales desatadas por las dos guerras balcánicas y por el asesinato del heredero del trono austrohúngaro en Sarajevo; además, ha resultado pertinente considerar que los recelos antes mencionados se vieron exacerbados por las poco satisfactorias, en términos de las aspiraciones de prestigio y orgullo nacional, resoluciones de las crisis coloniales. De todos modos, nótese que este tipo de crisis, en las que los intereses imperialistas eran los que confrontaban, fueron objetivamente solucionadas por los canales diplomáticos vigentes. En contraste, ello no sería posible con la crisis en las que las motivaciones nacionalistas incidían directamente en su propia gestación.

CAPÍTULO TRES

LOCURA EN AGOSTO

La declaración de guerra entre las potencias europeas estuvo acompañada por una auténtica explosión social, que ha sido definida como una “histórica celebración de las noticias del inicio de la guerra”⁷⁰ en las capitales europeas, caracterizada por multitudes autoconvocadas manifestando en las plazas y en las calles, ondeando banderas y entonando canciones patrióticas, mientras decenas de miles de jóvenes se apresuraban a presentarse en los centros de reclutamiento deseosos de tomar parte en la contienda. En este capítulo nos introducimos en el intrigante campo de la psicología de masas, examinando las alternativas de uno de los eventos del Siglo XX más extraños a nuestras sensibilidades –al menos, a lo que podría denominarse la sensibilidad social occidental actual: la llamada “Locura de Agosto” de 1914. En esta sección analizaremos los puntos más destacados de estos eventos e intentaremos presentar la variedad de reacciones producidas, qué tan extendido fue este espíritu de celebración, y quiénes tomaron parte preferencial en él. Uno de los aspectos más sobresalientes de esta genuina expresión de apoyo popular por la causa bélica fue la concertación de las denominadas “treguas internas” en los distintos países beligerantes. Incluiremos el análisis sobre la promulgación de estas treguas internas, decretadas por los gobernantes o acordadas por las mayorías políticas con la intención de convocar a la unidad nacional. Estos acuerdos, al igual que la posterior mitologización de la experiencia de agosto de 1914, tendrían un rol sumamente relevante en el sostenimiento del esfuerzo de guerra de las partes involucradas, y con ello le otorgarían a la guerra sus características distintivas de intensidad, duración y brutalidad. Buscaremos finalmente vincular estos hechos con otras reacciones psicológicas masivas tales como los brotes de paranoia contra presuntos espías

⁷⁰ LIULEVICIUS, VEJAS GABRIEL, “*The First World War*”, The Teaching Comnay Courses Series, Course Outline, 2006, p. 18.

y conspiradores, y la bastante más obvia ansiedad ante la muy anticipada tragedia que estaba por acaecer –anticipada, claro está, con expectativas desmesuradamente optimistas en relación a lo finalmente ocurrido.

Conmoción

En las últimas décadas, los historiadores han comenzado a preguntarse qué tan amplio fue realmente la explosión de júbilo social que celebró el estallido de la guerra en agosto de 1914 y cuál es su verdadero significado. Los historiadores suelen hablar acerca del “mito” de la Locura de Agosto, y sería útil en este punto detenernos a considerar el alcance de esta calificación de la palabra *mito*. En efecto, es posible extraer en principio dos lecturas diferenciadas sobre este concepto: una de ellas consiste en describir como mito la lisa y llana falsificación de la verdad en pos de dotar a un evento particular de contenidos o significados más allá de sus características originales; la otra interpretación, posiblemente más profunda y más útil a la hora de entender la naturaleza del fenómeno de “mitologización”, consiste en describirlo como un conjunto de concepciones poderosamente compartidas por un grupo social, que determinan sus creencias y pueden motivar a las personas a adoptar determinadas conductas. De manera tal que aquí comentaremos acerca de eventos que, más allá de las particularidades de su ocurrencia, fueron de inmediato apropiados por la retórica nacionalista imperante, para ser luego presentados, aludidos y repetidamente evocados a lo largo de la guerra, como punto de referencia ineludible para justificar la revitalización del esfuerzo bélico por parte de los contendientes.

Las escenas registradas en aquellos días fueron de por sí elocuentes –y en el sentir de los contemporáneos, conmovedoras. Hacia fines de julio de 1914, mientras proseguían las maniobras diplomáticas tendientes a resolver la crisis disparada por el asesinato del Archiduque Francisco Fernando y su esposa en Sarajevo el 28 de junio, crecientes multitudes se congregaban frente a las oficinas de los periódicos locales, de correo y telegráficas tratando de seguir el curso de los acontecimientos, intentando “(...) compartir el sentido de aquellos eventos históricos de escala mundial, al ritmo que éstos se producían”⁷¹. En agosto de 1914, a medida que empezaban a cruzarse las declaraciones de guerra, esta ansiedad colectiva abrió paso a una explosión de fervor popular que pronto ganó las calles de las principales ciudades europeas.

Lo hizo de una manera que ha sido calificada como “conmovedora” aunque ciertamente extraña a nuestras sensibilidades del siglo XXI. Mientras que en nuestros días la mayoría de las sociedades tienden a considerar la guerra como una calamidad, una desgracia resultante del fracaso de las alternativas políticas y diplomáticas a la resolución de conflictos, y en consecuencia un evento lamentable aún como perspectiva, en agosto de 1914 esta consideración no podía ser más diferente. La guerra fue entonces acogida con una explosión de júbilo que recorrió las capitales europeas. En los boulevards de París, una multitud se congregó para festejar, del mismo modo que en las plazas londinenses, en Viena y en San Petersburgo. En Berlín, particularmente a lo

⁷¹ LUILEVICIUS, op. cit, p. 18.

largo del famoso boulevard *Unter der Linden* que atraviesa en centro de la ciudad, la muchedumbre marchaba entonando cánticos entre el palacio real y el parlamento, exteriorizando de este modo su celebración patriótica.

En todas estas capitales la población festejaba, ondeaba sus banderas nacionales, entonaba canciones patrióticas e himnos nacionales. Los contemporáneos que participaron en estos acontecimientos estaban, como explicarían con posterioridad, celebrando un sentimiento de “unidad social”; una sensación de que, fueran cuales fueren las divisiones internas en la sociedad y las diferencias que les había mantenidos separados hasta ese momento, todas ellas quedaban barridas en ese preciso instante, y por la fuerza de circunstancias tan importantes; y con ello, la idea predominante de formar parte de una causa superior e inclusiva y finalmente trascendente.

Paz en el castillo

En las décadas anteriores a 1914, los sociólogos alemanes habían elaborado conceptos que eventualmente surgieron como posibles explicativos para este fenómeno. En términos sociológicos, la sociedad, lo que los alemanes llamaban *Gesellschaft*, era una construcción artificial, basada en una suerte de contrato y en la utilidad⁷². En esta línea de pensamiento, el fervor de agosto venía a demostrar que la sociedad había evolucionado, alcanzando un mayor nivel de perfección, y transformándose así en una “comunidad verdadera”, o *Gemeinschaft*, basada no en la conveniencia mutua, sino en genuinos sentimientos de solidaridad y unidad. De este modo, las aspiraciones nacionalistas de lograr una unidad más profunda y más sólida, antes frustrada por divisiones sociales, políticas o religiosas, se vieron depositadas en las emociones despertadas a partir de los hechos de agosto de 1914 como forma de robustecer la cohesión nacional.

Los relatos de testigos coinciden además en puntualizar que este sentimiento no sólo se expresaba en los términos positivos de unión y solidaridad, sino que constituía también una especie de alivio colectivo, una suerte de liberación de las energías contenidas después de meses, y posiblemente años, de tensiones acumuladas que agitaban el fantasma de la guerra. La guerra en sí misma, tal como lo expresara Bernhardt, formaba parte insustituible del destino irrevocable de una nación alemana destinada bien al liderazgo mundial, o en su defecto a la decadencia. No existen motivos para suponer que, al afirmar semejante perspectiva, la de Bernhardt constituía una voz aislada; por el contrario, como se ha visto, su pensamiento era representativo del sentir de las élites políticas e intelectuales germanas. La comprensión de los hechos de agosto de 1914 se ve de hecho facilitada desde este punto de referencia.

⁷² Sociólogos como Ferdinand Tönnies afirmaban que la sociedad moderna alienaba a los hombres, y que la cohesión grupal en este mundo era producto no de genuinos lazos de hermandad, sino de convenciones artificiales. De este modo, la sociedad moderna –o *Gesellschaft*– generaba individuos atomizados, incapaces de conformar la comunidad verdadera –o *Gemeinschaft*. Véase VERHEY, JEFFREY, “*The Spirit of 1914: Militarism, Myth and Mobilization in Germany*”, Cambridge University Press, Cambridge, 2004, p. 127.

El impacto de la ideología nacionalista en esta retórica belicosa y su alcance masivo se puede evidenciar mediante el análisis del rol de la prensa escrita en las semanas anteriores a la guerra. En un extenso estudio sobre los editoriales de opinión alemanes producidos en julio y agosto de 1914, Theo Goebel muestra que, en principio, sólo los periódicos de extracción conservadora y “burguesa” –en sus términos- exhibían claras tendencias a favor de la guerra, mientras que los de tradición socialista se oponían a ella y criticaban ferozmente al gobierno; pero que aún las más severas críticas comenzaron a acallarse y mutar en favor de la opción armada cuando la intervención rusa en perjuicio de Austria-Hungría se hizo inminente. Goebel explica que, aún comprendido y aceptado el hecho de que el ultimátum dado por Austria a Serbia el 23 de julio significaba la guerra, todos los principales periódicos, sin distinción de credo político y con las notables excepciones del *Rheinisch-Westphalische Zeitung* y el *Post*, aprobaron la acción austríaca⁷³. Esta conversión adopta formas más concretas cuando a la semana siguiente, los periódicos comenzaron a emplear la terminología de tinte patriótico que dominaría sus páginas en lo inmediatamente sucesivo. El 26 de julio, un periodista del izquierdista *Weser-Zeitung* escribía que, aunque la guerra era terrible, la paz no valía la pena si ello significaba la humillación de Austria, finalizando su artículo con una cita de Schiller:

“No podemos permitir que Austria sea derrotada. Porque entonces, estaríamos nosotros en peligro de formar parte del coloso ruso, con su barbarismo. Debemos luchar ahora para ganarnos nuestra libertad y paz. La tormenta desde el este y el oeste será enorme, pero la habilidad, el sacrificio y el coraje de nuestro ejército prevalecerán. Todo alemán sentirá el glorioso deber de ser merecedor de nuestros ancestros de Leipzig y Sedan. Un único pulso correrá por cada vena alemana:

Sólo aquel que posee voluntad para perder la vida
puede ganarla”⁷⁴.

Las imágenes descriptas por los historiadores también nos permiten una representación vívida de los acontecimientos. El 1 de agosto, a las cinco de la tarde, se firmaba en Alemania la orden de movilización general y a las siete la nación germana declaraba la guerra a Rusia. Apenas conocida la noticia, la reacción popular en Berlín fue de intensa agitación. Los jóvenes marchaban en improvisados desfiles cargados de entusiasmo. En los repletos cafés, los hombres pronunciaban discursos y las mujeres escuchaban. Todos entonaban las canciones patrióticas. Entre 40.000 y 50.000 personas –

⁷³ *Ibíd.*, pp. 16-17. Verhey cita como fuente el trabajo de Goebel titulado “*Deutsche Pressestimmen in der Julikrise 1914*” (“*La Opinión Publicada Alemana en la Crisis de Julio de 1914*”, Stuttgart, 1939), y agrega que a pesar de su echa de publicación no debe ser considerado un trabajo propio de la historiografía Nacionalsocialista; lo califica como el mejor estudio sobre opinión en la prensa escrita alemana en aquellos días, habiendo sido sólo suplementado en 1986 por Thomas Reithel, con su obra titulada “*Das Wunder der inneren Einheit. Studien zur deutschen und französischen Öffentlichkeit bei Beginn des Ersten Weltkrieges*” (“*El Milagro de la Unidad Interior. Estudios Sobre la Información Publica Alemana y Francesa a Comienzos de la Primera Guerra Mundial*”, Bonn, 1986).

⁷⁴ *Ibíd.*, p. 17.

hombres, mujeres y niños-, en su mayoría de clases medias y altas, se congregaron en torno al palacio real, bajo la generalizada sensación de estar asistiendo a un inigualable momento histórico. Finalmente, el Kaiser y su esposa salieron al balcón, y el monarca alemán pronunció las palabras que se harían famosas:

“Desde lo profundo de mi corazón les agradezco las expresiones de su amor y devoción. En la batalla que nos aguarda, ya no distingo partidos en mi pueblo. Entre nosotros, sólo hay alemanes, y si algunos partidos políticos, en el transcurso de pasadas diferencias, se pronunciaron contra mi, los perdono a todos. Todo lo que importa ahora es que nos unamos como hermanos, y entonces Dios llevará a las armas alemanas a la victoria.”⁷⁵

En todo el país hubo similares expresiones de entusiasmo. En Stuttgart, una multitud marchó hacia el palacio al son de marchas patrióticas. En Munich, unas 20.000 personas se concentraron en la Odeonsplatz frente al palacio a ovacionar a su monarca; entre ellos, un muy joven y entusiasta Adolf Hitler, quien luego confesaría no sentirse avergonzado por reconocer que se había dejado llevar por el entusiasmo de entonces, y que, según sus propias palabras, no podía menos que arrodillarse para agradecer al Cielo que se le concediera la dicha de vivir tan grandioso momento⁷⁶. En Frankfurt am Main, los manifestantes visitaron la casa del Subcomandante General Regional, y luego marcharon hacia la estatua de Bismarck. Incluso en las ciudades industrializadas del Ruhr, con mayor proporción de trabajadores pertenecientes a los sectores sociales menos agraciados, y probablemente mucho menos motivados ideológicamente con la perspectiva bélica, ésta suscitó un considerable entusiasmo. Casi todos los alcaldes de esta última zona enviaron reportes a Berlín sobre el estado de ánimo de la población, indicando la buena acogida de las noticias de la movilización⁷⁷. Durante las noches subsiguientes, las calles de todos estos centros urbanos se veían repletas de gente que cantaba la canción prusiana, el *Deutschland über Alles* y aclamaba la guerra. Los diarios sacaban hora a hora nuevas ediciones que se distribuían gratuitamente. Incluso los alemanes de origen judío participaron de forma activa de estas celebraciones, a pesar de que continuaban –y continuarían- siendo objeto de fuerte discriminación social⁷⁸. Pero los alemanes consideraban, en general, que su larga preparación y su

⁷⁵ *Ibidem*, pp. 65-66.

⁷⁶ KEEGAN, op. cit., p. 71.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 66.

⁷⁸ El caso judío no es excepcional en relación a las reacciones experimentadas por ciertas minorías sociales, que tendieron a identificarse con las causas nacionales en su aspiración de ser incorporados efectivamente al seno de estas sociedades. Independientemente de ello, es paradigmático en función de la sofisticación que las prácticas discriminatorias en perjuicio de este grupo social habían adquirido en Alemania y Austria-Hungría entre los años 1890 y 1914, al punto que el influyente historiador israelí Jacob Katz reconoce en ellas el origen de la *Shoah*. Es particularmente en este período que surge la narrativa acerca de la esencia del pueblo judío, en la cual se conceptualiza a los judíos no como una comunidad unida por lazos religiosos y lingüísticos, sino a partir de una historia étnica compartida, con ciertas connotaciones biológicas distintivas –“narices judías”, “pies judíos”, lenguaje judío y obsesiones sexuales judías. Como resultado de esta corriente intelectual se generaron estereotipos raciales anti-semíticos fácilmente asociables a los estereotipos empleados por la criminología. Consecuentemente, se hablaba en aquellos años de una propensión judía a la criminalidad, especialmente de naturaleza sexual, con la amenaza que ello implicaba para la pureza de la nación alemana. Al respecto, véase VYLETA, DANIEL, “*Jewish Crimes and*

excelencia militar estaban a punto de rendir sus frutos y que Alemania iba a conquistar el mundo e imponer su *Kultur* a todos los pueblos⁷⁹.

La formalización política de la tregua política declarada por Guillermo II se vio concretada en la sesión parlamentaria del 4 de agosto, día en el cual nació la “*Burgfrieden*” –literalmente, “castillo de paz”, una denominación que alude a la paz que debía reinar en un castillo cuando los enemigos estaban a sus puertas. En esta sesión, en la cual se debían aprobar los créditos para el financiamiento del emprendimiento bélico, se dio por consagrada esta paz interior, por la cual el Partido Socialdemócrata Alemán (*Sozialdemokratische Partei Deutschland*, o SPD), tradicionalmente un firme opositor al régimen oficial, acordó apoyar el esfuerzo de guerra nacional. La explicación ofrecida para esta decisión fue que, frente a la clara amenaza de una agresión por parte del despotismo ruso, no había otra opción que participar en la defensa de la nación. Hugo Haase, uno de los líderes del partido en el Parlamento junto con Friedrich Ebert, observó entonces que “sólo estamos haciendo lo que siempre hemos enfatizado: que en el momento de peligro no defraudaremos a nuestra patria”. Cerrando luego la sesión, el canciller Bethmann Hollweg sentenciará que “cualquiera sea lo que el destino tiene preparado para nosotros, el cuatro de agosto de 1914 quedará en la eternidad como uno de los más grandes días de la historia alemana”⁸⁰.

Unión Sagrada

La reacción francesa ante la inminencia de la guerra no es menos ilustrativa. Ello es lo que se aprecia en el relato de un periodista francés testigo de los hechos del día 29 de julio:

“Puedo decir que es éste uno de los momentos más emocionantes de mi vida. (...) Nunca palpité con tanta intensidad el corazón de París. Un poco antes del mediodía salía yo del diario *Les Temps* y al llegar a la calle Lafayette anunciaron el paso del Jefe del Estado. Instantáneamente, como un reguero de pólvora, le abrieron todas las ventanas. La calle se llenó de gente. Aclamaciones graves, pero ardientes, acogieron a Poincaré. Nada de excitación ni de ruido, sólo la emoción contenida y vibrante de todo un pueblo que se estrechaba alrededor de sus jefes. Todas esas miradas, todos aquellos rostros parecían decir: “Confiamos en usted; trate de evitarnos la guerra; pero si realmente nos la impusieran, no tema, allí a donde nos conduzca le seguiremos”. Puede decirse que allí nació la ‘*Union Sacrée*’ [Sagrada Unión] (...)”

Misdemeanours: in Search of Jewish Criminality (Germany and Austria, 1890-1914)”, *European History Quarterly* Vol. 35(2), Sage Pubs., Londres, 2005, pp. 299-325.

⁷⁹ THOUMIN, RICHARD, “*La Gran Guerra: Primera Época, 1914*”, Compañía General Fabril Editora, Buenos Aires, 1964, p. 33.

⁸⁰ VERHEY, op. cit., p. 159. El autor agrega que por primera vez desde que estaban en el parlamento, los legisladores del SPD aplaudieron un discurso dado por un funcionario del gobierno. Incluso en 1915, el destacado teórico marxista del SPD Klaus Kautsky lideró una corriente parlamentaria determinada a apoyar la continuidad alemana en la guerra mediante argumentos marxistas, proclamando, en lugar de la lucha de clases, la lucha de los pueblos.

El periodista concluye que durante toda esta jornada, París estuvo “(...) sublime. Quienes lo vieron vibrar así, puede decirse que han experimentado las impresiones más fuertes que le sean dadas a un ser humano”⁸¹.

Un oficial británico, a su vez, observa que “(los dirigentes políticos franceses) Llegaron a París el 29 de julio: en la estación fueron acogidos por una muchedumbre que los aclamó hasta quedarse sin voz desde el momento en que hicieron su aparición. Esta recepción era realmente inusitada, ya que las gentes en Francia no acostumbraban a exteriorizar de este modo sus sentimientos; con frecuencia hay varias corrientes de opinión; le preocupan demasiado a los franceses el pro y el contra de las cosas para poder concentrarse en un único fin y manifestar su entusiasmo con formidables y unánimes ‘hurra’s’. Pero aquel día, los parisienses tomaban las cosas en serio; con todas sus energías acumuladas y un corazón unánime gritaban sus aclamaciones de bienvenida. Después, en un arranque espontáneo, las cabezas se descubrieron y empezaron a cantar la Marsellesa. Los hombres de Estado que regresaban a París debieron de sentirse profundamente emocionados y alentados ante esta acogida, ante esta prueba implícita de confianza que sus conciudadanos les entregaban. A lo largo de toda la ruta hacia el Elíseo, una gran parte de la población (...) repite las mismas aclamaciones que la multitud había manifestado en la estación.”⁸²

La reacción de los socialistas ante la inminencia de la guerra refleja claramente la preeminencia del espíritu nacional en perjuicio del partidario, aún cuando las treguas internas no estuviesen formalmente establecidas. A la hora de las armas, el espíritu nacional, finalmente, era más fuerte que los preconceptos ideológicos internacionalistas y utopistas, que en teoría enlazaban a un obrero alemán y uno francés con mucha más fuerza que a un proletario y a un propietario su pertenencia a una misma nación. Un diputado francés contemporáneo comenta al respecto que, habiéndose conocido de fuentes fidedignas la información de que los socialistas alemanes de la Internacional obrera habían decidido obedecer, sin reserva alguna, la orden de movilización general, intrigaba en Francia cuál sería la reacción de las masas socialistas dirigidas por Jean Jaurés.

Y, si alguna duda había albergado el veterano político francés acerca del curso que debería adoptar en nombre de su movimiento, la euforia del momento probablemente habrá contribuido a disiparla, pues “(...) se hallaba decidido a redactar esa noche, para que apareciese a la mañana siguiente en *L’Humanité*, un artículo titulado “Adelante!”. Estimaba que, en vista del fracaso definitivo, de sus esfuerzos y los de su partido para mantener la paz, era absolutamente preciso evitar la sensación de una Francia desunida ante los ojos del enemigo”. Y continúa diciendo que “todos los colegas cumplieron a Jaurés por tan importante iniciativa”, tras lo cual su observación fue que de allí en más se expondría “(...) a que cualquiera de esos doctrinarios del pacifismo, algunos de los cuales están siempre dispuestos a todas las violencias y rebeldías, se crea en la obligación de asesinar me (...),” y sentencia que “(...) esas gentes nunca me

⁸¹ *Ibidem*, p. 30.

⁸² RECOULY, RAYMOND, “*Les Heures Tragiques d’avant-guerre*” *La Renaissance du Livre*, París, 1930, p. 95. Cit. por THOUMIN, op. cit., p. 30-1.

perdonarán que de ahora en adelante sólo piense y actúe en beneficio exclusivo de la defensa nacional”⁸³. Jaurés, un ferviente antimilitarista que se había opuesto a la ley impulsada en 1913 por Emile Driant para extender el período de conscripción a tres años, y que había intentado convocar a la huelga general en Francia y Alemania como modo de forzar a ambos gobiernos a negociar ante la inminencia del conflicto, se rendía ante el ímpetu trascendente de la causa nacional en la hora sublime⁸⁴. Su observación final terminó por ser profética, aunque en un sentido irónico: fue asesinado esa misma tarde, pero no por un seguidor decepcionado, sino por un militante nacionalista quien, obviamente, no estaba al tanto de la conversión. En su funeral, el líder socialista León Jouhaux pronunció un discurso que habla por sí mismo de ánimo colectivo francés en aquel momento:

"Esta guerra no la hemos querido nosotros (...) Conducidos a la lucha, nos movilizamos para rechazar al invasor, para salvar el patrimonio de la civilización y la ideología liberal que nos ha legado la historia. No queremos que se pierdan las pocas libertades arrancadas a las fuerzas del mal con tantos sufrimientos. Contestamos "presente" a la orden de movilización.

Nunca haremos una guerra de conquistas (...) Emperadores de Alemania y de Austria-Hungría (...) que habéis querido la guerra, nos comprometemos a doblar las campanas, tocar a muerto, de vuestro reino."⁸⁵

Muerto Jaurés, entendían los nacionalistas, la barrera final hacia la *Union Sacré* declarada por el presidente Raymond Poincaré quedaba derribada. Pero en París, donde “el exuberante entusiasmo popular” ni siquiera permitía escuchar las campanas que llamaban a Francia a las armas⁸⁶, esa barrera ya no existía. El torrente nacionalista liberado en agosto de 1914 por el inicio de una guerra largamente esperada arrasaba con todo.

Voluntarios en masa

Aún cuando Gran Bretaña no tenía participación directa en los eventos europeos continentales desatados con el asesinato del Archiduque Francisco Fernando, la

⁸³ THOUMIN, op. cit., p. 34-5.

⁸⁴ Contra lo que pudiera suponerse, los argumentos esgrimidos por Jean Jaurés no eran del todo principistas. En los debates de 1913 y en su libro “*L’Armée Nouvelle*”, el líder socialista sostenía que la guerra del futuro se libraría con ejércitos masivos que emplearan a todos los ciudadanos, y que esto es lo que preparaban los alemanes; por lo tanto, los reservistas de 25 a 33 años, estando en el punto más alto de su aptitud física eran para ello mucho más adecuados que los hombres más jóvenes e inexpertos. Jaurés agregaba que, a menos que Francia dispusiera de todas sus reservas en la línea del frente, sería finalmente sometida y subyugada. Al respecto, véase TUCHMAN, BARBARA, “*The Guns of August*”, The Macmillian Company, New York, 1966, p. 42.

⁸⁵ HENRÍQUEZ ORREGO, ANA, “*Documentos de Historia Contemporánea*”, material de la cátedra “Balance y Perspectiva del Siglo XX”, Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso (Chile), Valparaíso, 2007, p. 49.

⁸⁶ THOUMIN, op. cit., p. 49.

reacción popular ante la declaración de guerra alemana fue inmediata. Los deseos de vencer el atropello del prusianismo, caracterizado como una ideología ciertamente demoníaca, se expresaron de manera similar a la experimentada en Francia. Los relatos acerca de la expectativa entre la gente común por saber qué ocurriría, y el sentimiento de júbilo y celebración expresado en las calles tras conocerse la declaración de guerra, confirman este estado de ánimo general en favor de la participación en el conflicto. De este modo, aún en los días previos a la declaración oficial de apertura de hostilidades, los testigos refieren la existencia de una suerte de “histeria masiva”⁸⁷. Las imágenes son similares a las ya detalladas en los casos anteriores. El 3 de agosto, en Londres, una extensa procesión tuvo lugar en las calles, en la que las multitudes ondeaban banderas y entonaban canciones patrióticas. Al día siguiente, todo Londres esperaba la respuesta alemana al ultimátum británico, en medio de intensa excitación, y mientras gran cantidad de hombres se congregaba en las oficinas de reclutamiento de Scotland Yard. Una fiebre de guerra se apoderaba de la imaginación popular, y la gente “se preparaba para disfrutar del gran espectáculo y de la gloria, mientras algunos jóvenes y muchachitos se preocupaban porque si, como se esperaba, todo habría terminado para la Navidad, se perderían toda la diversión”⁸⁸. En su tirada del 9 de agosto, el periódico *The Times* incluía el siguiente reporte:

“En una investigación sobre el cadáver de Arthur Sydney Evelyn Annesley, de 49 años de edad, antiguamente capitán de la Brigada de Fusileros, quien cometió suicidio arrojándose bajo un pesado camión en Pimlico, el forense declaró que la angustia causada por el sentimiento de que no iba a ser aceptado para el servicio lo llevó a quitarse la vida”⁸⁹

En este contexto, las proclamas de reclutamiento y los elementos patrióticos en la prensa apelaban a la masculinidad de los hombres de todas las clases y extracciones para sostener el flujo de reclutas en el ejército. Ciertamente, dada la conformación completamente voluntaria de los efectivos de sus fuerzas armadas, era el reclutamiento una cuestión vital a resolver por Gran Bretaña para su participación efectiva en la guerra. Y podría entenderse que una extensa campaña propagandística hubiera sido necesaria para lograr la afluencia necesaria. Pero en agosto de 1914, ello prácticamente no fue necesario. Como se comenta en estos reportes, los hombres concurrían masivamente a las oficinas de reclutamiento, mucho antes de que los sugestivos avisos publicitarios generaran alguna influencia apreciable. John Keegan explica que, tradicionalmente, era la pobreza la causa principal que impulsaba a los hombres de todas las edades a alistarse en el ejército, una profesión que no era tenida precisamente por respetable. Cualquier otra profesión era preferible, porque la vida del soldado significaba el exilio, las malas compañías, el alcohol, y el abandono de toda posibilidad de matrimonio⁹⁰.

⁸⁷ BIBBINGS, LOIS, “*Images of Manliness: The Portrayal of Soldiers and Conscientious Objectors in the Great War*”, *Social Legal Studies* Vol. 12, SAGE Pubs., Londres, 2003; p. 338

⁸⁸ *Ibidem*, p. 339.

⁸⁹ *Ibidem*, p. 339-340.

⁹⁰ “Prefiero enterrarte antes que verte en un uniforme rojo”, eran las palabras que su madre escribió a William Richardson, un soldado de la Inglaterra victoriana que llegaría al grado de Mariscal de Campo; tal

Es precisamente contra este antecedente que debe medirse la extraordinaria respuesta popular que tuvo lugar en las primeras etapas de la guerra, que llevó a unos dos millones de hombres a alistarse en poco menos de seis meses, y que desbordó la capacidad del ejército británico de proveerles entrenamiento y equipamiento. Estos nuevos reclutas ya no eran los desempleados de antaño. En el furor de la causa bélica, muchos habían abandonado empleos estables y bien remunerados. Lord Kitchener, quien había sido designado como titular de la Secretaría de Estado para la Guerra, había inicialmente solicitado un incremento de cien mil hombres para el ejército regular; pero en la primavera de 1915 disponía de seis de estos “cien miles”, con los cuales formó cinco “Nuevos Ejércitos”, cada uno compuesto por seis divisiones. Estas unidades fueron conformadas reflejando en gran medida la composición regional del país, de manera tal que aquellas personas pertenecientes a una misma región se encontraran en la misma unidad de combate. Este patrón se reproducía hasta en pequeña escala, en donde los ahora camaradas en armas compartían la pertenencia a sus localidades y distritos de origen. Estos hombres elegían el nombre de su unidad, en algunos casos a sus propios oficiales, y a los propios miembros de la unidad. Estos son los hombres que formaron los “Batallones de Amigos”⁹¹.

“Tal vez ninguna historia en la Primera Guerra Mundial es tan conmovedora como la de los Amigos”, nos dice Keegan. “Es la historia de un movimiento de masas espontáneo y genuinamente popular que no tiene contraparte en el mundo moderno angloparlante, y que quizás podría haberla tenido fuera de su lugar y de su tiempo: un tiempo de patriotismo intenso, casi místico, y del elitismo inorgánico de la clase trabajadora de una potencia imperial. (...) En capacidad física, en subordinación, en motivación, en disposición al auto-sacrificio, los soldados del ejército de Kitchener, ‘ciudadanos soldados’, como les llamaba la propaganda del período captando al fin correctamente su categoría, eran insuperables, y fueron sólo equiparados en calidad por los magníficos contingentes provistos por los Dominios blancos, y por los Ersatz Corps de estudiantes secundarios y universitarios alemanes que pagaron el precio de ir sin el adecuado entrenamiento a la guerra en el *Kindermord*⁹², en Ypres, en octubre y noviembre de 1914”⁹³.

Para Gran Bretaña, la locura de agosto no sólo significó la concurrencia masiva de sus hombres a las oficinas de reclutamiento. También significó una tregua interna entre los políticos conservadores y aquellos líderes y movimientos que reclamaban por los derechos de la clase trabajadora. Quienes a pesar de todo ostentaban posturas contrarias a la guerra se vieron fuertemente presionados por el torrente belicista

era la estima que una respetable familia de trabajadores de fines del siglo XIX tenía por el ejército. Véase KEEGAN, JOHN, “*The Face of Battle*”, Penguin Books, New York, 1978, p. 220.

⁹¹ “Pals Battalions”, como son conocidos en inglés.

⁹² *Kindermord* (alemán): la Masacre de los Inocentes. El autor hace alusión al episodio en el que un grupo de entusiastas voluntarios alemanes incorporado al ejército imperial fue aniquilado al ser lanzado en un ataque frontal contra las líneas británicas, con un saldo de 41.000 bajas alemanas. El evento fue luego mitologizado bajo el equívoco nombre de Batalla de Langemarck, pero quienes rechazaban este mito prefirieron adoptar el más realista término de *Kindermord*.

⁹³ KEEGAN, “*The Face...*”, p. 223.

de sus votantes. La más notable víctima de esta corriente fue Ramsay MacDonald, un acérrimo opositor a la guerra que debió renunciar a la jefatura del Partido Laborista en el Parlamento cuando quedó claro que los miembros de su partido no apoyarían su posición belicista. Otros líderes, en cambio, se las arreglaron para preservar su posición simplemente repudiando su postura anti-bélica inicial⁹⁴.

En cuanto a los líderes del movimiento obrero, en el lapso de tres semanas habían decidido cancelar cualquier futura acción de huelga concertada. Como resultado de esta iniciativa, la cantidad de huelgas se redujo considerablemente en 1914 con respecto al año anterior, y la mayoría de aquellas registradas se produjeron en los meses anteriores al estallido de la guerra. Esta dramática reducción continuó como tendencia hasta bien entrado el año 1915. La clase trabajadora británica había marcado así fuertemente su posición ante la apertura de las hostilidades: no sólo contribuiría mediante el alistamiento masivo, sino que su probación se vería también en una drástica reducción de su activismo partidario⁹⁵.

Reacciones mixtas

En Rusia, donde resultaba bastante más difícil explicar la naturaleza de las causas “nacionales” que impulsaban a la guerra, las reacciones se encuentran más diferenciadas. El domingo 2 de agosto, tras la declaración rusa de fidelidad a su aliada Francia, las palabras del zar jurando que no concertaría la paz mientras quede un solo soldado enemigo en el suelo de la patria son recibidas con gran entusiasmo entre la oficialidad congregada en el Palacio de Invierno de San Petersburgo. En la plaza del palacio, comenta el embajador francés Paleologue, “la multitud portadora de banderas, estandartes y retratos del zar, se apretuja”. “Entonces”, prosigue el relato, “aparece en el balcón el emperador. Todo el mundo se arrodilla y entona el himno ruso. En ese momento, para esas miles de personas que están ahí prosternados, el zar es realmente el autócrata señalado por Dios, el jefe militar, político y religioso de su pueblo, el soberano absoluto de cuerpos y almas.” La inminencia de la guerra todo lo hacía posible, permitiendo incluso dejar de lado el doloroso pasado reciente. Con impactante agudeza observa el diplomático francés que “mientras regreso a la embajada, llenos los ojos de esa grandiosa visión, no puedo menos que recordar la siniestra jornada del 22 de enero de 1905, cuando la población obrera de San Petersburgo, conducida por el patriarca Gapone, precedida también por las santas imágenes se amontonó como hoy delante del Palacio de invierno para implorar a ‘su padre el zar’ y fue ametrallada sin piedad”⁹⁶.

De hecho, el pueblo ruso participa de formas variadas de estas expresiones. Una primera derivación son los hechos vandálicos, que se suceden a la declaración de guerra. Yuri Danilov, maestro general del Ejército ruso señala la ocurrencia de una llamativa sucesión de desórdenes entre la tropa reservista, siendo

⁹⁴ SILBEY, DAVID, “*The British Working Class and Enthusiasm for War, 1914–1916*”, Frank Cass, New York, 2005, p. 21.

⁹⁵ *Ibidem*, p. 21.

⁹⁶ THOUMIN, *op. cit.*, p. 58.

necesario el empleo de las armas para controlar los desbordes en algunos lugares. El pretendido justificativo de la ebriedad resulta ilógico al oficial ruso, quien refiere la total prohibición de venta de alcohol impuesta por el régimen en tiempos de movilización. Concluye Danilov que “(...) detrás del tropel de reservistas había una voluntad maléfica que los incitaba al desorden y al pillaje.”⁹⁷

Asimismo, estas manifestaciones son acompañadas por otros síntomas de inquietud. Danilov entiende que estos estallidos de entusiasmo patriótico no son más que una fachada, detrás de la cual se esconde una realidad bastante menos atractiva para las perspectivas bélicas rusas. Considerando que “el pueblo ruso no estaba psicológicamente preparado para la guerra”, su sensación era que la masa campesina “(...) no se daba exacta cuenta de por qué razones debían ir a la guerra, y por qué se hacía la guerra. El campesino acudía al llamado porque estaba desde siempre habituado a ejecutar lo que las autoridades ordenaban; por eso se mostraba pasivo y paciente, arrastrando su cruz hasta el momento de las grandes pruebas”⁹⁸. Aparece también aquí un contraste evidente, similar al experimentado en otras partes de Europa, entre los sectores urbanos y educados del pueblo ruso, que celebran la guerra como el momento supremo de la historia de la nación⁹⁹, y el escepticismo experimentado en los sectores rurales o marginales del imperio. Ciertamente, menos atractiva aún que para el campesinado, sería la idea de la guerra para sus grupos nacionales súbditos orgullosos de su pasado, y recelosos del dominio imperial -polacos, lituanos, armenios y ucranianos mostraban un especial resentimiento instigado por su propio nacionalismo; particularmente desagradable resultaba todavía para la minoría étnica judía, sometida como lo había estado durante los últimos sesenta años a los frecuentes pogroms en su contra, tolerados y muchas veces alentados por el régimen zarista.

Esta combinación de actitudes también puede observarse en el caso de Austria-Hungría, donde, como era de esperar después de la afrenta serbia, también la declaración de guerra provocó enorme júbilo entre la población urbana vienesa, que no ahorró en loas a su venerado emperador Francisco José I, emblema supremo de la unidad nacional. El imperio austrohúngaro compartía con su archienemigo ruso la característica de ser una entidad política multinacional, sometido como consecuencia de la expansión de ideales nacionalistas a las tensiones de enormes fuerzas centrífugas. Sus problemas étnicos eran en rigor más graves que los de Rusia, por no haber ningún grupo en clara situación de mayoría demográfica, y por encontrarse las sociedades balcánicas visiblemente impregnadas de ansias separatistas. En cuanto a la población de origen germano, una de las dos nacionalidades políticamente predominantes, ésta conformaba una minoría dentro de la población germana europea, cuya mayor parte había sido

⁹⁷ *Ibidem*, p. 58-59.

⁹⁸ *Ibidem*, p. 59. Es interesante notar que algunos han visto en esta actitud sumisa presuntamente característica del pueblo ruso una proclividad a la larga tolerancia a los regímenes dictatoriales, ya sea la autocracia zarista o el totalitarismo comunista que le sucedió. Para una interesante discusión al respecto, véase SORMAN, GUY, “*Salir del Socialismo*”, Atlántida, Buenos Aires, 1991, pp. 73-85.

⁹⁹ ROSHWALD, AVIEL, “*Ethnic Nationalism and the Fall of Empires. Central Europe, Russia and the Middle East, 1914-1923*”, Rutledge, Londres, 2001, pp. 90.

absorbida en la unificación de Alemania como Estado-nación luego de las victorias militares de 1871¹⁰⁰.

La perspectiva bélica fue por lo tanto acogida con un amplio rango de sentimientos, que van desde el entusiasmo inicial de las élites educadas vienesas ante la perspectiva de un inmediato y seguro castigo contra Serbia, inculpada como la responsable principal de los males del Imperio, pasando por la cautela de los húngaros, a la simple resignación entre las restantes minorías nacionales que componían el imperio Habsburgo, cuyo disenso no había encontrado otra respuesta oficial que la propaganda y la represión. El poeta checo Jaroslav Hasek ilustró los contrastes existentes en su inconclusa novela satírica titulada “El Buen Soldado Schweik”¹⁰¹. Publicada en forma póstuma en 1923, la obra narra las desventuras de un joven checo de dudosas cualidades mentales cuyo entusiasmo por servir al emperador y ser movilizado es tan notable, que sus pares se preguntan si lo hace por mera idiotez o en una deliberada maniobra por arruinar el esfuerzo de guerra austríaco. En sus desventuras, Schweik consigue trabajosamente ser enviado al frente, en donde, como un exaltado autómatas, cumple sus órdenes tal y como le son formuladas, sin el más mínimo cuestionamiento. Con ello, todas las iniciativas de sus superiores se ven frustradas por su aparente falta de juicio.

Más allá de su evidente efecto humorístico, las aventuras de Schweik están elaboradas para mostrar en forma irónica el sentimiento de escepticismo imperante en estas minorías nacionales ante la proximidad de la guerra, desatando incluso la posibilidad de alguna resistencia, al menos pasiva, contra su participación en ella. Un crítico moderno ha dicho que “Schweik, por otra parte, conoce perfectamente bien que fuerza tan destructiva es su obediencia, y la emplea como un escarpelo (...) Sabe perfectamente bien que uno destruye a su enemigo cooperando”¹⁰². Mientras existiera una percepción de divorcio entre la causa imperial y la causa nacional, estas diferencias no serían reconciliables. Gran parte del fracaso del ejército austrohúngaro en la guerra, en cuya devoción a la monarquía de los Habsburgo se sostenía fundamentalmente la estabilidad de su organización político¹⁰³, puede explicarse a partir de ellas. También se explica de este modo que este fracaso haya derivado no sólo en la derrota de Austria-Hungría, sino además en la consecuente extinción del régimen imperial.

Paranoia

No es poco habitual que las sociedades de los países sometidos a las exigencias de la guerra muestren signos de paranoia en tiempos de extrema tensión,

¹⁰⁰ *Ibidem*, pp. 7-33. Roswald provee un exhaustivo y esclarecedor estudio sobre este aspecto.

¹⁰¹ Así se la conoce popularmente, aunque el título completo es “El Buen Soldado Schweik y sus Aventuras en la Guerra Mundial”. La popularidad del relato motivó al dramaturgo alemán Bertolt Brecht a continuar la saga en la Segunda Guerra Mundial.

¹⁰² LIENHARD, JOHN, “*The Engines of Our Ingenuity*”, Ep. 1339, Houston, 1988-1998, versión on-line disponible en www.uh.edu/engines/epi1339.htm

¹⁰³ Para un análisis en detalle de la organización y equipamiento del ejército austrohúngaro, incluyendo las operaciones desarrolladas en el período, véase JUNG, PETER, “*Austro-Hungarian Forces in World War I*”, Men at Arms Series Vol. 392, Osprey Military Publishing, Oxford, 2003.

temiendo la aparición de fuerzas destructivas en su interior. Pocas veces se ha evidenciado ello en forma tan generalizada como en las potencias europeas en agosto de 1914. Este sentimiento se vio manifestado principalmente a través de una fervorosa y arrebatada introspección colectiva, buscando identificar en el seno de las propias sociedades a los elementos potencialmente disruptivos que pudieran minar el propio esfuerzo de guerra, ya sea desde la resistencia activa a colaborar –he allí el sentido fuertemente irónico de la sátira de Hasek-, mediante la propagación de ideas consideradas subversivas, o, en casos extremos, desde una presunta colaboración con el enemigo.

Los blancos predilectos de esta inquisición fueron por supuesto las minorías étnicas presentes en cada país, y la actitud dispensada hacia ellas en aquel momento fue sólo un presagio de lo que en los años siguientes sobrevendría, cuando algunas de ellas serían directamente acusadas de conspirar para impedir el éxito de los ejércitos en el campo de batalla, y culpabilizadas por la derrota.

En estos primeros momentos de la guerra, una obsesiva cacería de espías tuvo lugar por parte de las potencias en conflicto, acompañada por una maniática ola de denuncias contra supuestos agentes enemigos y conspiradores. En Alemania se llegó incluso a acuñar un término para esta obsesión: *Spionitis*, es decir fobia o manía patológica –de proporciones endémicas- por los espías. Allí, la fiebre había comenzado el 3 de agosto, siguiendo publicaciones periodísticas que afirmaban, según una fuente oficial, que Alemania estaba infestada de espías rusos. En los días siguientes, la prensa contó historias de espías bombardeando puentes, infectando las aguas con gérmenes y venenos, cortando líneas telefónicas, o disfrazándose como oficiales y enfermeras. Casi todas estas versiones eran falsas, pero tenían sentido en aquel contexto, y por lo tanto fueron rápidamente creídas, contribuyendo a generar una psicosis masiva¹⁰⁴.

Lo propio ocurre en los demás países. En la propia capital del imperio ruso, por ejemplo, el entusiasmo ha dado paso a los hechos de violencia, pero en este caso dirigidos contra el repentinamente odioso enemigo. Así, la noche del 4 de agosto es saqueada e incendiada la embajada alemana ante la actitud contemplativa y negligente de las fuerzas policiales, cuyos efectivos, participen o no espiritualmente de ese frenesí, no desean ser tildados de antipatriotas por sus conciudadanos. También se dan casos de asesinatos contra conocidos residentes alemanes, bajo acusaciones de supuesto espionaje¹⁰⁵.

Hubo también demandas chauvinistas en pos de la extirpación de los símbolos y costumbres con connotaciones foráneas, que en el espíritu popular representaban una perniciosa intoxicación de la cultura local por parte de las potencias enemigas. En Gran Bretaña, una viñeta humorística publicada por el Northampton Mercury refleja esta fobia, mostrando la destrucción o el rechazo de una serie de otrora

¹⁰⁴ VERHEY, op. cit., p. 75-6.

¹⁰⁵ THOUMIN, op. cit., p. 59.

entrañables muñecas alemanas, asociándolas como excusa a prácticas de espionaje¹⁰⁶. La atribución de esta destrucción a sus propios usuarios, los niños, sirve para ilustrar la forma en que la guerra dominaba todos los aspectos de la vida social e incluso familiar, introduciendo hasta en inocentes juegos infantiles el desprecio por el enemigo. También el humor fue, en este aspecto, un “lenguaje de movilización”¹⁰⁷.

Otra muestra del repudio por la cultura oponente fueron las típicas iniciativas para lograr la “limpieza lingüística”. En Alemania se procuró de este modo eliminar del idioma las expresiones francesas para reemplazarlas por sus ciertamente toscos equivalentes germánicos; en Rusia, el nombre de la capital imperial, San Petersburgo, fue reemplazado por “Petrogrado” (*Petrograd* en ruso, o “Ciudad de Pedro”) buscando con ello deshacerse de la fonética germana de la denominación original; ya avanzada la guerra, en Gran Bretaña, la familia real optaría por cambiar su propio nombre para abandonar el también muy germano “Casa de Saxe-Coburg-Gotha”, adoptando así la mucho más británica denominación real de “Casa de Windsor”¹⁰⁸. En tanto, en las calles, los carteles publicitarios y locales comerciales con nombres o reminiscencias extranjeras fueron objeto del vandalismo por parte de los sectores más exaltados y violentos de las multitudes en todas partes movilizadas.

Fervor

El análisis del comportamiento de las instituciones religiosas revela asimismo aspectos elocuentes sobre el tenor de estas expresiones sociales. Para comprender su respuesta, es menester señalar que la exaltación del sentimiento patriótico fue vigorosamente acompañada en todas partes por el fervor religioso. En los países beligerantes se verificó un marcado incremento en la asistencia a los oficios, siendo ello atribuible tanto a la devoción por la causa nacional, como a la necesidad de consuelo espiritual en momentos en que la vida propia o de los seres queridos se encontraba en inmediato peligro.

¹⁰⁶ PURSEGLIE, PIERRE, “*Mirroring Societies at War: Pictorial humour in the British and French Press During the First World War*”, *Journal of European Studies* Vol. 31, SAGE Pubs., Londres, 2001, p. 291-292.

¹⁰⁷ *Ibíd.*, p. 291.

¹⁰⁸ La reina Victoria se había casado con el Príncipe Alberto de Saxe-Coburg y Gotha, hijo del duque Ernst I, del pequeño ducado del mismo nombre. Sus descendientes eran en consecuencia miembros de esta familia ducal, que a su vez constituía una rama de la muy tradicional Casa de Wettin. Aunque Victoria deseaba que su hijo gobernara en nombre de la casa de Wettin para eliminar las referencias a una herencia sajona común entre Alemania y Gran Bretaña, el nombre de Wettin no llegó a tener gran aceptación. Consecuentemente, su hijo Eduardo VII y su nieto Jorge V reinaron como miembros de la casa de Saxe-Coburg-Gotha. Pero ello cambió en marzo de 1917, cuando el bombardero alemán Gotha G IV cruzó el Canal de la Mancha para lanzar sus bombas directamente sobre Londres. Esta desafortunada coincidencia de nombres motivó a Jorge V –quien de hecho era primo de Guillermo II- a adoptar por Proclama Real la nueva denominación. Véase BLACK, JEREMY, “*The Age of Total War, 1860-1945*”, Praeger Security International, Londres, 2001, pp. 82-84. Sobre el bombardeo estratégico en la Primera Guerra Mundial, véase BUCKLEY, JOHN, “*Airpower in the Age of Total War*”, UCL Press, Londres, 2001, pp. 42-73.

Recíprocamente, la guerra fue reinterpretada en términos religiosos por el clero y los teólogos, quienes proclamaron que Dios respaldaba a la propia y virtuosa nación por encima de sus oponentes en una guerra defensiva -y por lo tanto, justa¹⁰⁹. La consustanciación con los objetivos de la nación no era, por cierto, un elemento problemático para las iglesias protestantes, carentes de estructura jerárquica transnacional y, en líneas generales, considerablemente identificadas con su país de origen o anfitrión. De este modo, los pastores alemanes expresaban su satisfacción por el logro de la unidad nacional, e incluso la atribuían a un milagro del Cielo, que no podía sino augurar un prometedor futuro en la batalla, y para las generaciones venideras¹¹⁰; lo propio hacían los clérigos británicos –especialmente en Inglaterra, donde la Iglesia Anglicana era parte integral del Estado. En septiembre de 1914, la posición del clero protestante alemán se oficializó mediante un comunicado en el cual eminentes teólogos y ministros se expresaban su fervoroso apoyo a la causa nacional, el cual fue prontamente respondido por sus pares ingleses. La teología alemana había sido objeto de reverencia en Inglaterra; en adelante ya no lo sería, al atravesar los obispos anglicanos por la amarga experiencia de descubrir a estos nombres tan admirados pronunciando un juicio tan parcial acerca de la guerra¹¹¹.

La afiliación nacional arrasó así con el ecumenismo de las iglesias evangélicas, motivando en Alemania un odio especial contra Inglaterra, en parte derivado de una intensa sensación de traición, en momento en que las afinidades raciales o de credo eran cruciales. La Inglaterra Protestante, según este entender, se había aliado con una Francia atea y una Rusia ortodoxa, esta última una tierra de asesinos y pogroms indigna de la civilización europea –y estos dos países iban a la guerra en defensa de los serbios, ladrones y regicidas¹¹².

No resulta difícil apreciar, por su parte, las dificultades que la Iglesia Católica enfrentaba, debiendo como institución velar por la vida de sus fieles franceses, alemanes, austríacos y polacos sin distinciones mientras ellos se enfrentarían a muerte entre sí. Pero para el catolicismo, su dogmático mensaje universal de paz y neutralidad confrontaba claramente con el fervor nacionalista imperante, algo que en principio impedía apoyar desde la fe el emprendimiento nacional. Esta paralizante tensión determinó que la Iglesia Católica jugara un rol que podría calificarse de ambivalente: oficialmente, acorde a su función, el Vaticano condenaba la guerra; fronteras adentro, las jerarquías eclesiásticas apoyaron la causa de la nación en armas. Así, mientras en Alemania también los sacerdotes interpretaban de la guerra en términos religiosos¹¹³; en Francia, la *union sacrée* barrió con las diferencias existentes entre un clero habitualmente receloso de las prácticas seculares de la Tercera República y las clases gobernantes¹¹⁴,

¹⁰⁹ BURLEIGH, MICHAEL, “*Earthly Powers: The Clash of Religion and Politics in Europe from the French Revolution to the Great War*”, Harper Collins e-book, 2007, p. 439.

¹¹⁰ *Ibídem*, p. 439. Los iniciales triunfos alemanes, especialmente en el Frente Oriental, tuvieron efectos sustentadores de estas creencias.

¹¹¹ *Ibídem*, p. 441.

¹¹² *Ibídem*, p. 441.

¹¹³ VERHEY, op. cit., p. 115.

¹¹⁴ Estos recelos que se remontaban a la época de la revolución se habían visto renovados en buena medida por la Ley de Separación entre Iglesia y Estado de 1905.

resultando incluso en la incorporación voluntaria masiva de sacerdotes a los ejércitos no sólo en sus funciones de ministros, sino en calidad de combatientes¹¹⁵. El novelista francés Henri Barbusse capturó la esencia de este cristianismo nacionalista en su novela de 1916 “Bajo Fuego”; en uno de sus pasajes, presenta a un aviador que, tras volar muy ajo sobre las trincheras del Frente Occidental, recuerda haber escuchado los gritos de “Gott mit uns” y “God is with us”¹¹⁶ proviniendo al mismo tiempo de los soldados alemanes y británicos allí enfrentados.

Por mera lógica, la demonización del enemigo era un aspecto indisolublemente ligado con esta prédica. Las atrocidades frecuentemente cometidas por las potencias coloniales en sus dominios eran permanentemente resaltadas por sus oponentes como muestra de ello –una práctica especialmente cínica si se tiene en cuenta que el derecho de la raza blanca a ejercer la violencia con propósitos altruistas sobre las razas consideradas inferiores, raramente había sido cuestionado por anterioridad. Los alemanes enfatizaban en particular el tratamiento británico a los prisioneros bóers en los campos de concentración. Y, avanzando en el nivel de sofisticación intelectual, autores franceses y británicos se esmeraban por presentar al general Friderich von Bernhardt, al historiador Heinrich von Treitshke y al filósofo Friedrich Nietzsche como la “Profana Trinidad”, de la cual emanaba la amoralidad de la *Matchpolitik* germana. Cuando a Picadilly llegó la nueva edición en lengua inglesa de una selección de obras de Nietzsche, la misma fue ofrecida bajo el aviso: “La Guerra Euro-Nietzscheana. Lea al demonio para combatirlo mejor”¹¹⁷. En el mismo sentido se pronunciaba el obispo de Londres en un sermón ofrecido a las tropas en septiembre, en el cual, tras asegurar a los soldados que los espíritus de quienes habían luchado en Crecy, Agincourt, Waterloo, Inkermann y Alma estaban respaldándoles, y que en esta Guerra Santa, “(...) nosotros estamos de parte de la Cristiandad, contra el Anticristo”¹¹⁸.

Que estas palabras tuvieran un impacto profundo y duradero sobre la moral de los combatientes es materia de debate. Pero, sin duda alguna, reflejan el espíritu predominante en la época, intelectualizado mediante parámetros confesionales. En resumen, puede afirmarse que las iglesias nacionales realizaron un aporte significativo a la causa bélica al instaurar desde aquellas primeras semanas una visión de la guerra en términos de “cruzada” frente a la barbarie de un oponente ferozmente demonizado, contribuyendo con ello a consolidar en la población, en concordancia con el pensamiento predominante en las élites políticas, el concepto de guerra “defensiva”. Las consecuencias de esta idealización de la guerra bajo el evocativo y religioso sentido de cruzada fueron altamente relevantes para el curso de una contienda entendida así, desde un principio, mediante un esquema ideológico casi estrictamente binario, y frente a la cual no quedaría otra opción que su prosecución hasta la victoria definitiva.

¹¹⁵ Sobre la actitud de la iglesia católica francesa ante la guerra, véase BYRNES, JOSEPH, “*Catholics and French Forever: Religious and National Identity in Modern France*”, The Pennsylvania State University, University Park, 2005, pp. 155-178. Aproximadamente unos 33.000 sacerdotes se alistaron en el ejército francés. Al respecto, véase BURLEIGH, op. cit., pp. 454-455.

¹¹⁶ “Dios está con nosotros”, en ambos casos.

¹¹⁷ BURLEIGH, op. cit., pp. 443-444.

¹¹⁸ *Ibíd.*, pp. 449-450.

La derrota del socialismo

Si el fracaso de la causa universal de la paz, encarnada –objeciones aparte– por la Iglesia Católica, constituye una nota estridente, no menos estrepitoso resulta el derrumbe en agosto de 1914 de los ideales promulgados por movimiento internacional socialista, que había hecho de su oposición al nacionalismo una prédica mayor. Este fracaso ha sido caracterizado como sorprendente, habida cuenta no sólo la retórica ideológica del movimiento sino el particular compromiso previamente asumido en las décadas anteriores por los líderes socialistas europeos, de impedir una eventual guerra –denunciada como “capitalista”– a toda costa, haciendo uso intensivo y coordinado del instrumento de la huelga. Más aún, la Internacional Socialista proponía en su manifiesto de Basel de 1912 transformar la guerra que se avecinaba –considerada un instrumento para satisfacer el lucro de los capitalistas, las ambiciones de las dinastías, y la gloria de militares y diplomáticos– en una guerra civil a escala mundial para provocar la declinación definitiva de la clase dominante capitalista, cuyo triunfo por parte de la clase trabajadora estaba asegurado por las circunstancias históricas, que le convertían en “el estandarte del futuro de la humanidad”¹¹⁹. Absolutamente nada de esto ocurrió, como la “conversión” de Jean Jaurés en Francia, y la defección del Partido Socialdemócrata Alemán lo atestiguan. Éstos son los casos más relevantes e ilustrativos de la tendencia general en este respecto, cuya consecuencia en términos prácticos fue la incapacidad de los movimientos socialistas de actuar en forma efectiva.

Hacer justicia con esta generalización implica reconocer algunas excepciones, siendo la más notable de ellas el caso del revolucionario ruso Vladimir Ilich Ulianov –o, simplemente, Lenin–, quien se vio enormemente disgustado por la actitud de los socialistas, que habían fallado a la hora de hacer honor a los compromisos solemnemente asumidos. Pero nuestro conocimiento acerca del posterior triunfo de su epopeya revolucionaria en Rusia no debe impedirnos apreciar que, en 1914, la voz de Lenin no era más que un grito en el desierto. Las calamidades de la guerra debieron instalarse primero, y la teoría marxista distorsionada luego, para que este ideal recuperara su atractivo.

Nada de esto podía preverse en aquellos días de entusiasmo unificador. Michael Howard observa correctamente que “cuando Marx dijo que el trabajador no pertenecía a ningún país, pudo haber dicho la verdad con respecto a los obreros de la primitiva revolución industrial, desarraigada de un orden social estable en el campo, viviendo amontonados en pésimas condiciones en ciudades que hasta entonces no se habían creado un sentido de identidad, verdaderamente alejados de una sociedad que los explotaba”. Pero cincuenta años después, continúa Howard, la educación pública, el reconocimiento de los sindicatos y el rol de la prensa corriente habían modificado esta situación de manera sustantiva: “al iniciarse el siglo XX las clases trabajadoras estaban reaccionando por lo menos tan fácilmente ante los estímulos del nacionalismo como ante

¹¹⁹ Al respecto, véase el “Manifiesto del Congreso internacional Socialista de Basel”, 24 de noviembre de 1912; versión disponible en www.marxists.org/history/international/social-democracy/1912/basel-manifesto.htm

los del socialismo, y los líderes políticos que más éxitos lograban eran los que podían hacer una mezcla de ambos. Los llamamientos a favor de la unidad de las clases a través de las fronteras internacionales se esparcieron por los vientos cuando los clarines empezaron a oírse en 1914”¹²⁰. Pocas frases resultaban menos carentes de contenido en esta hora que “proletarios del mundo, uníos”, cuando la trascendencia de los acontecimientos demandaba un compromiso basado en la identificación con valores realmente profundos, algo que el socialismo no estaba en condiciones de proveer.

Evaluación

Los desarrollos a nivel social producidos en las semanas inmediatamente posteriores a las declaraciones de guerra cruzadas entre las potencias europeas en 1914 desafían claramente la burda concepción mecanicista clásica, según la cual las élites políticas, en pos de sus objetivos sectoriales direccionan a las masas mediante la propaganda ¹²¹. Con justicia puede afirmarse que la magnitud, espontaneidad y entusiasmo de las manifestaciones colectivas tomaron por sorpresa a la mayoría de los dirigentes políticos del período, quienes en lo sucesivo se verían compelidos a dar sentido a aquella manifestación, intentando sumarla constructivamente al esfuerzo de guerra. Los frutos de esta iniciativa, caracterizada en parte por un importante nivel de mitologización de estos eventos se verían más adelante¹²². Pero por lo pronto, el espíritu de 1914 bien puede considerarse como un genuino caso de auto-propaganda, en los términos en que lo explican Stephane Adouin-Rouzeau y Annette Becker. La Gran Guerra fue ya en su época efectivamente considerada como un choque de civilizaciones, y una lucha de valores y virtudes nacionales en pugna, que las élites políticas, el clero y las clases urbanas educadas ayudaron a crear. Pero esta instauración, según se ha expuesto hasta aquí, no implicaba en modo alguno la imposición de ideas en sentido manipulativo, o “vertical descendente”. Por el contrario, recogía un núcleo de ideas vastamente aceptadas por la intelectualidad de la época, y fuertemente arraigadas en la conciencia colectiva de sectores altamente representativos de las sociedades europeas. Se ampliará sobre este punto más adelante.

Un ejemplo resulta particularmente útil para ilustrar este punto. Se estima que durante el mes de agosto, solamente en Alemania, más de un millón de poemas alusivos a la guerra fueron publicados por los periódicos, una enorme mayoría de ellos provenientes de la pluma de ciudadanos ordinarios –unos pocos notables, y muchos de

¹²⁰ HOWARD, MICHAEL, “La Guerra en la Historia Europea”, Fondo de Cultura Económica, México, 1976, p. 196.

¹²¹ *Ibíd.*, p. 196-197

¹²² Jeffrey Verhey, en particular, explora la construcción de un mito por parte de la propaganda bélica oficial alemana a partir de las imágenes de agosto de 1914, el cual tuvo un rol importante en el sostenimiento del esfuerzo de guerra en los últimos meses de la contienda. Según esta mitologización, las “experiencias de agosto”, como se denominaron, determinaban no sólo la consagración a la defensa de la madre patria, sino toda una transformación ética, un compromiso con Dios, y un movimiento hacia una cultura más elevada y pura. Aunque impulsada desde la conducción del Estado, participaban también, y como engranaje necesario de esta construcción los partidos políticos. Véase VERHEY, *op. cit.*, pp. 134-155.

ellos, por supuesto, de indisimulable mala calidad¹²³. Esta súbita explosión del género poético bélico es un claro testimonio del espíritu de la época, y probablemente constituya su expresión más cabal.

En este sentido, resulta evidente que las bases ideológicas subyacentes y necesarias para dar sustento a este estado de ánimo colectivo están en la ideología del nacionalismo. No es casual que este fenómeno apareciera en forma predominante entre las clases medias y altas urbanas, educadas durante décadas en el determinismo de la concreción última de las aspiraciones nacionales, de ser necesario mediante el sacrificio supremo de la guerra. No es casual que tantos jóvenes, muchos estudiante universitarios entre ellos, vieran en este sacrificio la forma más honorable de realización personal. Por otra parte, no es acertado asignar a las motivaciones nacionalistas y al entusiasmo bélico un alcance universal, por cuanto no puede sorprender el hecho de que, contrastando con el alto grado de aceptación que el conflicto alcanzaba en los centros urbanos, la perspectiva de la guerra fuera bastante menos popular en las zonas rurales, mayormente habitadas por pobladores con menor nivel de instrucción que en los centros urbanos y por lo tanto, menos ideologizados; y entre las minorías étnicas, difícilmente consustanciadas con una idea de lo “nacional” que no les representaba. Naturalmente, la guerra tampoco era recibida con entusiasmo en las zonas fronterizas, que serían las primeras en sufrir en forma directa su embate. De todos modos, la fortaleza de la expresión sentimental colectiva de agosto de 1914 es indudable, algo que sus posteriores derivaciones míticas, lejos de contribuir a relativizar, concurren a confirmar.

La preeminencia de la ideología nacionalista se verifica asimismo -de manera indirecta, podría decirse- a través del rotundo fracaso de sus contrapartes y competidoras ideológicas para prevenir y luego detener la escalada bélica. En la convulsionada Europa de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, condicionada al conflicto por el forzante nacionalista e impulsada consecuentemente a la guerra por sus variantes más extremas, la oposición principal a estas corrientes de pensamiento estaba dada por los internacionalismos. Como tales, consustanciadas en su prédica moralista y universalista, las ideas internacionalistas y sus derivados políticos parecían constituir un bastión de esperanza contra la guerra que muchos consideraban inevitable. El examen de la actitud adoptada en agosto de 1914 por las dos instituciones internacionalistas más influyentes en este período, es decir, la Iglesia Católica y los movimientos socialistas, nos revela su fracaso en esta puja.

En agosto de 1914, mientras 20 millones de hombres se movilizaban en toda Europa con la convicción de regresar a casa antes de Navidad, y cuando para muchos jóvenes la principal preocupación era no llegar a tiempo para vivenciar el drama de la guerra, el nacionalismo sumaba a sus esquemas intelectuales las justificaciones confesionales para el conflicto armado, burlando con ello el pacifismo universalista católico. Estas interpretaciones conferían a la contienda un carácter sacro. Simultáneamente, como ideología y como factor de aglutinamiento de masas, había demostrado ser inmensamente más vigoroso que el socialismo. Ello tendría un impacto

¹²³ LIULEVICIUS, op. cit., p. 19. Verhey cita la cifra de 1.500.000 poemas, aunque aclarando que esta última probablemente constituya una exageración; en op. cit., p. 116.

decisivo en la intensidad, magnitud y duración de un conflicto armado que estaba apenas comenzando.

CAPÍTULO CUATRO

LIDERAZGO Y RESILIENCIA

A medida que la euforia inicial fue dando paso a las realidades de la guerra total, sus crecientes perjuicios ocasionados se impusieron con severidad sobre las sociedades de los países beligerantes. Mientras la guerra se prolongaba, sus efectos desintegradores comenzaron a afectar la estabilidad de la paz interior lograda en el entusiasmo de agosto de 1914. Las persecuciones políticas, los intentos por suprimir el disenso y las huelgas de trabajadores comenzaron a incrementarse a partir de 1916, significando una ruptura de las treguas domésticas. Este quiebre estaba en estrecha vinculación con la falta de progresos apreciables en el terreno militar, en fuerte contraste con las expectativas inicialmente difundidas. Incapaces de generar cualquier tipo de resultado decisivo en el campo de batalla tras dos años de estériles pero extremadamente costosos enfrentamientos –tanto en términos humanos como materiales-, pero atrapadas a su vez en la lógica de una guerra que se entendía como cruzada nacional, las potencias debieron afrontar la necesidad de recapitalizar sus fuerzas para llevar la lucha a sus últimas consecuencias. En Gran Bretaña, un nuevo y enérgico gobierno asumió esta tarea bajo el mando de David Lloyd George; en Francia, Georges Clemenceau fue el encargado de restablecer el equilibrio del poder civil por sobre el poder militar. En Alemania, el poder le fue conferido a la “dictadura silenciosa” de los hasta entonces victoriosos generales Hindenburg y Ludendorff, quienes buscaron revigorizar la causa nacional mediante una ambiciosa campaña de propaganda política y objetivos de guerra expansivos. Los perjuicios de la contienda serían, finalmente, devastadores para la estabilidad política de Rusia y Austria-Hungría. En este capítulo se exploran los modos en que la ideología nacionalista influyó el esfuerzo de removilización, facilitándolo o dificultándolo según fuera el caso.

Contrastes y urgencias

Por vigoroso que fuere el efecto de las expresiones populares con las que se dio la bienvenida a la guerra, esta garantía de apoyo masivo al emprendimiento bélico debe entenderse siempre condicionada al éxito en el emprendimiento. Enormes expectativas se habían generado en torno a una rápida y decisiva victoria militar al estilo de la obtenida por las armas prusianas en las guerras de unificación del siglo anterior. Estas expectativas, que se expresaban bajo la premisa de dar rápidamente la batalla final y “estar nuevamente en casa para Navidad”, estaban tan arraigadas entre la juventud movilizadora, que en los momentos iniciales de la contienda generaban incluso angustia entre aquellos que temían no llegar a tiempo –por su cronograma de movilización- para tomar parte en la contienda. Todos estos pronósticos, particularmente aquellos basados en los cálculos técnicos militares contenidos en los planes, resultaron infundados. En pocos meses, el regocijo tornó en frustración.

Como consecuencia de este estado de situación, las treguas internas y el sentido de unidad patriótica habían comenzado a resquebrajarse, conforme la guerra se prolongaba y proyectaba sus efectos desintegradores. Las concertaciones domésticas se hallaban en todas partes bajo incesante amenaza de ruptura; la multiplicación de las voces en disenso y la creciente frecuencia de las huelgas eran síntomas innegables de estas circunstancias. Pero la lógica y el sentido de la guerra, en esencia, no habían cambiado. Esta lógica, que había sido edificada por décadas de pensamiento nacionalista, se había robustecido dramáticamente por los desarrollos de agosto de 1914. La conceptualización del conflicto en términos de cruzada y la aplicación de esquemas binarios para su tratamiento eran hechos no sólo permanecían inalterables, sino que se habían visto incrementados por los rigores del campo de batalla. Si las expectativas de una victoria rápida se habían desvanecido prontamente, la certeza religiosa de la victoria final se empeñaba en subsistir. Para lograr ese objetivo se evidenciaba ahora, muy claramente, la necesidad de reconfigurar el esfuerzo de guerra, para disponer de él en forma más sistemática y eficiente. Los historiadores han dado en llamar a este fenómeno la “Removilización para luchar hasta el fin”.

En este contexto, y probablemente sea esto una de las claves para entender algunas de las dinámicas que jugaron un rol vital en el transcurso de la guerra, los países democráticos como Francia y Gran Bretaña –aunque no perfectamente democráticos en cuanto a las formalidades de sus sistemas de participación política de la época (recuérdese por ejemplo que las mujeres no tenían aún derecho al voto)- parecieron demostrar ciertas ventajas inherentes a la hora de removilizarse para continuar la lucha. De alguna manera, en virtud de las tradiciones democráticas preexistentes a la guerra, estos países poseían la ventaja de disponer de mecanismos preparados y aptos para reconstruir y administrar algún tipo de consenso cohesivo que prevaleciera sobre estas fricciones.

En contraste, aunque presumiblemente menos facciosos, menos afectados por el debate interno, aparentemente más monolíticos en su visión y sus prácticas

políticas, y presuntamente más poderosos a la hora de congregar fuerzas por las expeditivas vías de la autocracia, fueron los imperios quienes se vieron en franca desventaja a la hora de la removilización. Rusia y Austria-Hungría, particularmente, con su limitada experiencia en la suerte de vigoroso debate democrático que resultó de extrema utilidad para Francia y Gran Bretaña, se encontraron decididamente en posición desfavorable; y, fundamentalmente, su propia naturaleza como imperios multiétnicos les impidió emplear la poderosa ideología nacionalista como factor motivacional para la diversidad de sus súbditos. La mitologización de los eventos de agosto de 1914 fue en ambos casos dificultosa y, en última instancia, ineficiente. La propia Alemania, en la cual los elementos autoritarios y las presiones en favor de una mayor democratización coexistían en una muy peculiar combinación, tomó un rumbo marcadamente autocrático con el establecimiento institucional de Hindenburg y Luddendorf como dictadores militares. Inadvertidamente, contrajo con ello las desventajas inherentes a este sistema.

De cualquier modo, los esfuerzos por lograr la removilización fueron especialmente prioritarios para las potencias aliadas. Una ligera apreciación del cuadro de situación en este período es en sí elocuente: Francia permanecía ocupada en una significativa proporción de su territorio; las ofensivas aliadas –Gallípoli (1915), Champagne-Loos (1915) el Somme (1916), Arras (1917), las ofensivas “Nivelle” (1917), entre otras- habían fracasado en lograr una ruptura del frente, incurriendo en enormes pérdidas; los ejércitos italianos habían sido arrollados en el desastre de Caporetto, y la lealtad de Italia a la causa aliada se juzgaba ahora dudosa; y un socio geopolítico clave, Rusia, abandonaba la guerra para dar vida a su nueva agenda revolucionaria. Al mismo tiempo, una serie de indicadores parecían mostrar que las potencias centrales estaban ganando la guerra, o por lo menos la mitad de ella tras su victoria en el Frente Oriental. Las necesidades y limitaciones aliadas, consecuentemente, deben entenderse en el marco de la enorme problemática que significaba continuar la guerra en estas circunstancias. La decisión de luchar hasta las últimas instancias era extremadamente difícil de sostener sin quebrar con ello la base de apoyo popular que tan vigorosamente había respaldado la guerra en 1914, pero que mostraba claros signos de agotamiento hacia 1917. Y aún así, ello fue posible.

Liderazgo

La removilización en Gran Bretaña fue conducida por la notable personalidad de David Lloyd George. Político de estirpe, reconocido por una energía sólo comparable a su ambición, Lloyd George personificó lo que, honrando su origen, se ha dado en llamar la “revolución unipersonal galesa”. Fue reconocido como un talentoso y encendido orador cuyos discursos resultaban altamente efectivos, a la vez que un agudo observador y practicante de la política en sus entretelones, que desde la función pública, ejercitaba plenamente su carisma para impulsar su propia visión sobre los problemas y sus soluciones. Su desempeño como Primer Ministro significó una verdadera transformación en la política británica.

Con anterioridad al estallido de la guerra, Lloyd George había sido instrumental en la adopción de las normas legislativas que iniciaron los fundamentos del “Estado de Bienestar”, es decir, una forma de gobierno que asume como propias una serie de obligaciones concernientes al bienestar de su ciudadanía, siendo los diferentes elementos que conforman este bienestar considerados como derechos de carácter universal. Estas obligaciones determinan un amplio espectro de responsabilidades, implicando con ello la adopción de un rol sumamente activo e intervencionista en los asuntos considerados de interés público – y en tiempos de guerra, prácticamente todos los aspectos de la vida social podían ser categorizados de este modo. Considerando la expansión de poderes experimentada por el Estado británico para hacer frente a los desafíos del conflicto armado, el ascenso de Lloyd George a la más alta magistratura no constituyó sino un acto de coherencia en relación a sus antecedentes políticos.

No obstante, el hecho de que Lloyd George haya cooperado, aún con su pensamiento radical liberal, junto a los sectores más conservadores de la política británica para derribar el gobierno de Herbert Asquith fomentó en un comienzo gran desconfianza hacia su persona. Sus críticos lo presentaron como un hombre sin convicciones reales y sin límites, cuyas ambiciones lo impulsarían a comprometer su accionar en políticas inconsistentes cuyo principal objetivo sería el de promover su propia agenda. Esta crítica mostró, empero, ser desacertada, por cuanto la principal objeción formulada por Lloyd George no se expresaba en términos ideológicos, sino pragmáticos. Para él, Asquith representaba la debilidad y falta de resolución en la conducción de los asuntos de Estado que impedían a Gran Bretaña romper el estancamiento estratégico y encaminarse con decisión hacia la victoria. En sus memorias, Lloyd George denomina al gabinete de Asquith “el Gabinete de la Indecisión”¹²⁴.

Su razonamiento estaba apoyado por la dureza de la realidad. Si bien en gran Bretaña las manifestaciones de fervor popular por el estallido de la guerra fueron menos intensas que en Alemania y Francia, no por ello la perspectiva bélica había sido acogida con menor entusiasmo. De este modo los planes de expansión del “Ejército Territorial” de Lord Kitchener, a quien se había confiado la organización del esfuerzo de guerra en sus primeras etapas, habían sido respondidos inmediatamente: más de un millón de hombres, en su mayoría muy jóvenes, habían concurrido voluntariamente a los centros de reclutamiento hacia fines de 1914 –ciertamente un número superior al que las autoridades británicas estaban en condiciones de equipar. Pero esta cantidad era menos de un cuarto de la que finalmente se necesitaría, y hacia mediados de 1915 la voluntad de alistamiento había comenzado a declinar. Tras ensayarse varias medidas poco satisfactorias, se dispuso en mayo de 1916 el servicio militar obligatorio, anatema del gobierno liberal, afectando a todos los hombres entre 18 y 41 años. Su lugar en los centros de producción sería ocupado por las mujeres, implicando con ello un reordenamiento forzado de la vida familiar¹²⁵.

¹²⁴ SUTTIE, ANDREW, “*Rewriting the First World War: Lloyd George, Politics and Strategy, 1914-1918*”, Palgrave Macmillan, New York, 2005, p. 86.

¹²⁵ HOWARD, MICHAEL, “*The First World War*”, Oxford University Press, New York, 2002, p. 70

Las frustraciones militares acompañaban estas profundas alteraciones en la sociedad. Hacia fines de 1916, todos los principales esquemas ensayados por la estrategia británica habían fracasado. En Europa continental, los aliados apenas lograban sostenerse en el frente occidental. La necesidad de obtener alguna ventaja militar en el teatro occidental había llevado al pronto abandono de las incursiones en oriente. Pero, desde la perspectiva británica, el primer fruto de este forzado consenso había sido la primera Batalla del Somme, una de las más brutales de la guerra por su nivel de atrición –más de millón de muertos totalizando aliados y alemanes en poco menos de cinco meses de combates¹²⁶. Concebida como un pleno esfuerzo combinado entre británicos y franceses para empujar a los alemanes a la mesa de negociaciones, el fracaso de esta ofensiva daba sólo pie para el pesimismo. A propósito, el historiador canadiense Brock Millman señala que “(...) era difícil distinguir cómo alguna política alternativa podría producir mejores resultados, particularmente dado el hecho de que otras alternativas habían definitivamente fallado. Al menos un funcionario británico de primera línea, Lord Lansdowne¹²⁷, conmovido por el horror de lo que estaba sucediendo, declaró que la guerra debía ser terminada lo antes posible, cualesquiera fueran los términos que pudieran ser negociados. Lo que sugería, en efecto, era que ningún objetivo de guerra que pudiera lograrse recompensaría a Gran Bretaña por el costo de la victoria”¹²⁸. El propio Asquith manifestaba estar de acuerdo con esta idea¹²⁹.

El sombrío panorama se complementaba con los efectos directos de la guerra submarina irrestricta lanzada por los alemanes desde mediados de 1916, cuyo creciente ritmo golpeaba particularmente a la sociedad civil en Gran Bretaña, por su marcada dependencia de las importaciones para abastecer su mercado interno. La escasez de alimentos tenía repercusiones políticas directas, poniendo en riesgo el consenso interno alcanzado en 1914, y siendo de hecho el fantasma del desabastecimiento una amenaza más importante para el esfuerzo de guerra británico que cualquiera proveniente del campo operacional. El temor predominante entre los políticos y estrategas era que la derrota sobrevendría a causa del dislocamiento social que generaría la interrupción de las actividades comerciales, mucho antes que por causas estrictamente militares¹³⁰.

Frente a tales circunstancias, y mientras las voces de disenso -inicialmente confinadas a una élite intelectual que criticaba la conducción militar de la guerra- sumaban aceptación, debe entenderse que el sostenimiento de la cohesión social era esencial. El ascenso de Lloyd George desde su cargo de Ministro de Guerra al de Primer

¹²⁶ Sobre la Batalla del Somme, con especial énfasis en su planeamiento y la atrición sobre las fuerzas británicas, véase KEEGAN, JOHN, “*The Face of Battle*”, Penguin Books, 1978, pp. 207-285.

¹²⁷ Henry K. C. Petty-Fitzmaurice, 5to. Marqués de Lonsdowne (1845-1927), político británico conservador que ostentaba, merced a su extensa trayectoria en la función pública, un cargo ministerial sin cartera específica en el gabinete de coalición del Primer Ministro Herbert Asquith. En 1917 publicó una carta en el Daily Telegraph proponiendo una paz negociada con Alemania como la única solución para evitar la destrucción de la civilización, causando con ello un gran impacto en la opinión pública. El cargo no le fue renovado por Lloyd George. En DUTTON, DAVID (Ed.), “*Paris 1918; The War Diary of the British Ambassador, the 17th Earl of Derby*”, Liverpool University Press, Liverpool, 2001, p. 332.

¹²⁸ MILLMAN, BROCK, “*A Counsel of Despair: British Strategies and War Aims, 1917-18*”, Journal of Contemporary History Vol 36., SAGE Pubs., Londres, p. 245-246.

¹²⁹ *Ibidem*, p. 246.

¹³⁰ *Ibidem*, p. 251.

Ministro en diciembre de 1916 revela, en principio, la existencia de un consenso básico entre las élites políticas para evitar la derrota. John Keegan explica que “(...) reconociendo la capacidad superior de Lloyd George en momentos de crisis nacional, sus colegas, tanto liberales como conservadores, hicieron a un lado el desagrado que les provocaba su personalidad egocéntrica y retorcida, y acordaron servir en un nuevo gobierno de coalición al cual el Gabinete de Guerra comandaría con autoridad prácticamente ilimitada”¹³¹.

El Gabinete de Guerra, aún provocando ciertos recelos entre algunos sectores de la clase política, -especialmente los miembros del parlamento, que serían en lo sucesivo infrecuentemente consultados- proveería un eficiente medio para entrelazar la formulación de objetivos políticos y militares¹³². Pero estas posibilidades de coordinación significaron, merced a la aproximación personalista a la conducción de la guerra de Lloyd George, el involucramiento directo del Primer Ministro en los asuntos militares, dando muchas veces recomendaciones de tipo operacional a la oficialidad al mando. Un ejemplo de ello es su particularmente insistencia en la implementación del sistema de convoyes para proteger el transporte de cargamentos aliados a través del Atlántico como modo de contrarrestar la amenaza de los submarinos alemanes. Su intuición, que iba en este caso en contra de la teoría y la práctica militar de la época, fue impuesta al Almirantazgo mediante “acciones perentorias”, según sus propias palabras¹³³. Finalmente, esta postura fue reivindicada por el éxito del sistema del convoy, gracias al cual los aliados lograron reducir las pérdidas en alta mar al uno por ciento de las cargas¹³⁴.

En líneas generales, su reevaluación de la situación estratégica derivó en la reorientación de los esfuerzo hacia el Teatro Oriental, generando así una maniobra distractiva que mantendría a los alemanes ocupados, mientras las fuerzas en el Teatro Occidental consolidaban sus posiciones, se reagrupaban y reforzaban –contando para ello con la llegada de tropas norteamericanas- hasta el momento de dar la batalla final, algo que no ocurriría según los cálculos aliados antes de mediados de 1919¹³⁵. Lógicamente, este diseño le llevó a confrontar, entre otros, con el General Douglas Haig, máximo exponente de los líderes militares empeñados en lograr una ruptura en el Frente Occidental; esta controversia, que Lloyd George nunca logró volcar del todo en su favor, según él mismo reconoció, originó una feroz disputa entre ambos que se prolongó más allá de la guerra a través de publicaciones cruzadas¹³⁶.

¹³¹ KEEGAN, “*The First...*”, p. 320.

¹³² STRACHAN, HEW, “*European Armies and the Conduct of War*”, Rutledge, Londres, 2005, p. 145.

¹³³ SUTTIE, op. cit., p. 7.

¹³⁴ KEEGAN, “*The First...*”, p. 353-354. Existe algo de controversia en cuanto al rol desempeñado por Lloyd George en la adopción del sistema, el cual es expuesto como relevante en sus propias memorias. Keegan reconoce que el Almirantazgo se resistía a incorporarlo, aunque de alguna manera esta posición se revirtió a comienzos de 1917; en coincidencia con Suttie, desconfía de que ello sea producto de la presión del Primer Ministro, aunque ninguno de ellos ofrece mayores detalles al respecto.

¹³⁵ MILLMAN, op. cit., pp. 253-259.

¹³⁶ Comentando sobre la discusión sostenida a propósito del planeamiento de la ofensiva sobre Paschendaele, en un momento, dice Lloyd George, “me sentí incapaz de imponer mi visión estratégica sobre mis asesores militares, y me vi obligado en consecuencia a aceptar las suyas”. Véase KEEGAN, “*The First...*”, p. 358. Sobre la controversia, su posterior extensión y la participación de Liddell Hart como asesor de Lloyd George en la redacción de sus Memorias en la posguerra, véase SUTTIE, op. cit., pp. 5-6.

Sin embargo, no era ésta la innovación más significativa introducida por el gobierno de Lloyd George con respecto al de su predecesor -más nítidamente demarcado por líneas de pensamiento partisanas eventualmente convergentes-, sino su propia naturaleza. Como explica Millman, los miembros de diferentes partidos del gobierno de Asquith “(...) nunca olvidaron su partido de origen, ni el gobierno olvidó que se trataba esencialmente de una construcción Liberal. La cooperación interpartidaria era una anomalía producida por la guerra, que nadie esperaba sobreviviera a la misma. Por ese motivo, se creía que el esfuerzo del gobierno no debía ir más allá de dirigir el país y organizar el esfuerzo de guerra. El gobierno de Lloyd George era diferente. (...) Lo que un gobierno ‘nacional’ significaba para Lloyd George y quienes lo apoyaban era que este gobierno debía estar conformado por personas que pensarán de forma similar independientemente de sus partidos, y que un nuevo partido debía crearse con estos elementos. Este gobierno instituiría una política de reconciliación de clases, organización corporativa, movilización nacional y eficiencia”¹³⁷.

De esta manera, la unidad política se mantendría, a pesar de que el numeroso gabinete de coalición que representara la tregua interna de 1914 se disolviese para dar paso a un sistema encabezado por el gabinete de Guerra, en el cual el poder se concentraría en unas pocas manos –precisamente aquellas que el nuevo Primer Ministro consideraba más aptas para la concreción del compromiso de la victoria, asumida de aquí en adelante como prioritaria¹³⁸. Este consenso a nivel de la alta conducción del Estado emanaba de la legitimidad que confería a los dirigentes británicos su propio sistema político, por cuanto ellos eran quienes encauzaban el sentimiento de la ciudadanía dentro de los canales institucionales. El mantenimiento de estos canales sin alteración sustancial era extremadamente importante para la supervivencia de dicho sistema. Es de destacar que aún los intentos oficiales de suprimir las voces de disenso que se juzgaban perjudiciales mediante la censura y represión se realizaron, en líneas generales, por los mecanismos legales establecidos para tiempos de paz¹³⁹. Incluso hacia fines de 1917, cuando la intervención formal del gobierno en estas actividades se intensificó

Lloyd George ya se había manifestado en contra de los métodos operacionales del general Haig desde su cargo como Ministro de Municiones, argumentando su falta de capacidad para optimizar el empleo de la artillería y economizar sus recursos humanos. Véase HARRIS, PAUL y MARBLE, SANDERS, “*The ‘Step-by-Step’ Approach: British Military Thought and Operational Method on the Western Front 1915-1917*”, *War in History* Vol. 15, Londres, 2008, p. 32.

¹³⁷ MILLMAN, BROCK, ““*HMG and the War Against Dissent*”, *Journal of Contemporary History* Vol. 40, SAGE Pubs., Londres, 2005, pp. 438-439.

¹³⁸ En el gobierno de Asquith, el Gabinete constaba de veinte miembros, y los comités especializados –el Consejo de Guerra, el Comité de los Dardanelos y el Comité de Guerra- estaban subordinados al gabinete. Con este sistema, el Gabinete podía frustrar las decisiones del Comité de Guerra. Esto no ocurriría en el nuevo régimen, en el cual “las formas y la sustancia de poder”, según palabras de Lloyd George, estarían juntas. El Gabinete de Guerra formado por Lloyd George tenía sólo cinco miembros –Bonar Law, George Curzon, Marcus Milner, Arthur Henderson y el propio Lloyd George-, de los cuales sólo Bonar Law como Canciller del Tesoro tenía responsabilidades específicas. De esta manera, el Gabinete estaba libre para dirigir todo su esfuerzo a la conducción de la guerra. Véase SUTTIE, op. cit., p. 96.

¹³⁹ MILLMAN, “*HMG and War...*”, p. 424.

marcadamente, un razonable nivel de tolerancia hacia el disenso y la protesta continuó existiendo¹⁴⁰.

Prácticamente en simultáneo con estos desarrollos en Gran Bretaña se puede apreciar el fuerte rol que desempeña el liderazgo en la conducción del esfuerzo de removilización francés. Afectada gravemente Francia por la ocupación de una quinta parte de su territorio, reducida su capacidad económica por la consecuente reducción de su capacidad productiva, sufriendo una enorme cantidad de bajas en las sucesivas e infructuosas ofensivas por romper el estancamiento y habiéndose desangrando sus armas en la defensa de Verdún, la situación en 1917 no podía ser más desalentadora. Las fuertes líneas divisorias que habían caracterizado la vida política y social de la Tercera República en tiempos de preguerra reaparecían amenazando con quebrar la Unión Sagrada. Empeorando las cosas, una reñida controversia se había suscitado acerca de si eran las autoridades civiles o los jefes militares quienes debían tener preponderancia en la conducción estratégica de la guerra. Después de la 1914, esta conducción había sido puesta en manos del general Joffre, aclamado como el héroe de la Batalla del Marne; en estas primeras etapas, los militares habían impuesto sus puntos de vista, y de este modo sus expansivas demandas habían sido objeto de concesiones por parte de los líderes políticos. Pero dos años después, sin otro éxito que resonara en su haber y sin soluciones favorables a la vista, la aptitud de Joffre y su estado mayor para continuar al frente estaba fuertemente cuestionada¹⁴¹. Este cuestionamiento se extendía por lógica a la aptitud gubernamental en conjunto.

La oposición a la guerra, ganó súbita fuerza durante el mes de mayo de 1917, cuando el fracaso de la ofensiva “Nivelle”, un marcado incremento de precios y los primeros indicios de amotinamiento entre las tropas de primera línea dispararon una serie de huelgas en toda Francia. Los soldados amotinados no tenían organización alguna, ni programa político definido. Aunque la escala de esta protesta levantó la alarma entre la población, casi no se registraron hechos de violencia, siendo la actitud más común entre los amotinados la renuencia a regresar sus puestos en la línea del frente, junto a la demanda de que se pusiera fin a las ofensivas suicidas que se venían llevando a cabo. Cientos de miles de trabajadores franceses se sumaron a los motines, mientras los censores reportaban sentimientos de rebeldía en el estado de ánimo de la población general, citando quejas sobre el terrible modo de vida y los elevados costos de la comida, opinando algunos sobre la necesidad de poner fin a la guerra. La gente lanzaba acusaciones de corrupción contra el gobierno, y la prensa buscaba escándalos que involucraran a los ministros. A pesar de ello, los trabajadores en huelga habían mayormente ignorado las proclamas pacifistas, y dirigían sus reclamos hacia el mejoramiento de las condiciones económicas y laborales específicas.

La primera mitad del año 1917 puso así en la encrucijada a la moral bélica francesa. Dos importantes decisiones se tomaron entonces que permitieron al país, más allá del impacto positivo de la entrada en guerra de Estados Unidos, seguir adelante con el esfuerzo de guerra: la designación como comandante militar del mariscal Pétain,

¹⁴⁰ *Ibidem*, p. 431.

¹⁴¹ HOWARD, MICHAEL, “*The First World War*”, Oxford University Press, New York, 2002, p. 72.

popular entre las tropas, que ayudó a poner fin a los motines; y el arribo de Georges Clemenceau al cargo Primer Ministro del gobierno francés, que ayudó a galvanizar la moral pública para concentrar las energías en el esfuerzo final. En efecto, las dudas sobre la fortaleza de espíritu gubernamental y el descontento por la preeminencia del estamento militar llegaron a su fin cuando el presidente Raymond Poincaré, a la cabeza del gobierno francés entre 1913 y 1920, resolvió designar a Clemenceau como Primer Ministro en noviembre de 1917. En su decisión de hacerlo, debió anteponer el interés nacional a los sentimientos de antipatía personal y la rivalidad existente entre ambos, en reconocimiento de la capacidad de Clemenceau para revigorizar la conducción de la guerra. En alusión a su enérgica personalidad y estilo de debate agresivo, Clemenceau había recibido en sus años de parlamentario el sugestivo apodo de “el Tigre”, un apelativo que representa con fidelidad su perspectiva acerca del espíritu con el que Francia debía continuar afrontando la contienda. Periodista y médico de profesión, era uno de los políticos de mayor trayectoria y presencia en la vida política francesa, que de hecho ya había ocupado en cargo de *premier* entre 1907 y 1910. La consolidación de los lazos con Gran Bretaña en la *Entente Cordiale* y el desempeño por parte de Francia de un rol protagónico en una Europa jaqueada por sucesivas crisis habían sido logros trascendentes de esta primera gestión.

Clemenceau procedió sin demora a restablecer el control de las autoridades civiles sobre la conducción de la guerra, empleando para ello su famoso argumento de que “la guerra es un asunto demasiado serio como para ser confiado a los militares”. Su perspectiva en extremo personalista para el manejo del poder le acarreó por momentos la acusación de dictador –un irónico comentario para un político de profunda raigambre democrática. Lejos de negar estas acusaciones Clemenceau defendía su accionar de visos autocráticos esgrimiendo la justificación de la excepcionalidad de las circunstancias, acuñando para ello el concepto de “guerra integral”¹⁴².

Probablemente sea un error considerar los dichos de Clemenceau como expresiones de un sentimiento anti-militarista. En rigor de verdad, el argumento de la extrema seriedad está íntimamente relacionado con su concepción de que la guerra, más aún en su carácter de “total”, posee aspectos políticos esenciales que deben ser tenidos en cuenta en todo momento para su conducción eficaz. En este punto, en su compromiso por proseguir la lucha hasta el fin y en el énfasis puesto sobre la victoria como prioridad coincidía plenamente con Lloyd George¹⁴³. De este vigoroso compromiso hacía gala públicamente, desarrollando un gusto y un talento especial para pronunciar frases que irrumpieran en las primeras planas de los periódicos, buscando tocar la fibra íntima de sus conciudadanos y dando elocuente testimonio de todo lo que los franceses debían esperar de él. Entrevistado en inquisitivos términos en una ocasión acerca de cuáles eran sus políticas, replicó: “¿Cuál es mi política interna? Hago la guerra. ¿Mi política exterior? Hago la guerra. Siempre, y en todo momento, hago la guerra”¹⁴⁴.

¹⁴² BLACK, JEREMY, “*The Age of Total War*”, Praeger Security International, Londres, 2006, p. 5. Sobre el autocrático comportamiento de Clemenceau, véase DUTTON, op. cit., *passim*.

¹⁴³ LIULEVICIUS, op. cit., pp. 39-40.

¹⁴⁴ *Ibídem*, p. 40.

En este contexto, Clemenceau demostró una muy escasa tolerancia con aquellos que alzaban su voz contra la guerra y urgían por algún tipo de paz negociada. Encabezó la lucha contra el disenso, lo que derivó en arrestos masivos, condenas a prisión e inclusive ejecuciones de elementos considerados subversivos o revolucionarios –se congratulaba en particular por haber puesto preventivamente a todos los socialistas “peligrosos” en prisión, “para que nadie sepa de ellos mientras dura la huelga”, y así impedir que por vía de la huelga estos elementos le obligaran a actuar con mayor dureza¹⁴⁵. Pero incluso algunos funcionarios y ex-funcionarios fueron objeto de persecución por su supuesta falta de espíritu patriótico, expresada en su preferencia por lograr algún arreglo con las Potencias Centrales por vía diplomática que pusiera fin a la contienda.

El caso de Joseph Cailleaux, Ministro de Finanzas y Primer Ministro en tiempos de preguerra es en este sentido tan ilustrativo como paradigmático. Cailleaux fue acusado de traición por su apoyo a eventual acuerdo de paz y, tras ser sometido a juicio ante el Senado, fue condenado a la pérdida de todo derecho político por espacio de cinco años¹⁴⁶; Clemenceau comentó entonces que lo que realmente le molestaba de Cailleaux no eran sus ansias de paz, sino su falta de fe en la victoria de Francia. Pero Clemenceau no se conformaba con tener al ex premier encarcelado y silenciado, sino que extendería su acoso a los disidentes empleando formas más sutiles. El embajador británico en París relata cómo, en continuidad con el incidente, en junio de 1918 el “Tigre” visitó al prefecto del área del Sena, quien respaldaba públicamente a Cailleaux, y le solicitó su renuncia al cargo indicándole que le había designado como embajador en Japón. Tras protestar infructuosamente, el prefecto solicitó al primer Ministro que le otorgase veinticuatro horas para consultar a sus amigos y evaluar su posición. Pero tal cosa no sería posible. Rehusando por completo la solicitud, Clemenceau dijo: “No, es inútil. Todos sus amigos están en prisión por traición”. El diplomático británico concluye que “(...) Sin más que decir, el hombre aceptó inmediatamente su cargo y fue enviado a Tokio, en donde, según creo, probablemente encontrará que no ha sido designado embajador, sino en algún cargo subordinado”¹⁴⁷.

Ciertamente si algún ofrecimiento de paz aparecía con visos de viabilidad, Clemenceau no era justamente la persona correcta para considerarlo, y éste era el sentir en los medios diplomáticos del período; lo mismo daba para Clemenceau si la propuesta de paz provenía del parlamento alemán o del presidente norteamericano Woodrow Wilson. Cuando la conferencia de Versalles, este último insistió en no destruir a Alemania mediante sanciones, a Clemenceau no le tembló la voz para responderle que “(...) el presidente de Estados Unidos desconoce la naturaleza de la guerra”¹⁴⁸.

¹⁴⁵ DUTTON, pp. 150-151.

¹⁴⁶ *Ibíd.*, p. 39.

¹⁴⁷ *Ibíd.*, pp. 38-39.

¹⁴⁸ HENRIQUEZ ORREGO, ANA, “*Documentos de Historia Contemporánea*”, material de la cátedra “Balance y Perspectiva del Siglo XX”, Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso (Chile), Valparaíso, 2007, pp. 55-56.

Naturalmente, su virulencia le acarreó no pocos enemigos dentro de la política francesa, al punto que, a instancias del arco opositor, su reemplazo estaba siendo evaluado en caso de que las circunstancias, llámese, una razonable propuesta de paz, lo ameritasen. Pero al mismo tiempo, sus rivales no podían dejar de reconocer que esta combinación de medidas extremas con subterfugios se hallaban respaldadas por buena parte de la ciudadanía francesa; las expectativas de que un súbito relevo encontrara un apoyo semejante, en cambio, no eran prometedoras. Para muchos, dentro y fuera de su país, el gobierno de Clemenceau no sólo era muy popular, sino, en aquellos especialmente difíciles momentos, el único posible¹⁴⁹.

Dictadura silenciosa

En relación a la función del liderazgo en la conducción del esfuerzo de removilización, el caso alemán aparece como un contraejemplo. En el sentido de la estrategia militar, la posición alemana a comienzos de 1916 era bastante diferente a la de sus oponentes. Unos 700.000 hombres habían muerto en combate, pero en retribución por su sacrificio los ejércitos germanos habían triunfado en todos los frentes. En el teatro oriental, la exitosa defensa del territorio del Reich en las batallas Tannenberg y Lagos Masurianos –ambas en 1914- había habilitado el curso para una campaña ofensiva sobre Rusia; ésta se llevó a cabo con arrollador impacto durante 1915, y la sucesión de victorias fue tal que dejó a los alemanes en control de nuevas y vastas extensiones territoriales, que incluían la actual Polonia, Letonia y Lituania. En el teatro occidental, la defensa franco-británica del Marne había frustrado el objetivo final del Plan Schlieffen, la captura de París, pero a comienzos de 1916 los alemanes se sostenían firmemente en su ocupación de Bélgica y del norte francés. Para los planificadores militares alemanes, la eliminación de Francia era el principal obstáculo que se interponía a la victoria total; en tal eventualidad, Gran Bretaña no podría hacer más que sentarse a negociar para salvar lo que de su imperio quedase en pie.

Precisamente con objeto de dar a Francia un golpe que definitivamente la dejara fuera de la contienda, el general Erich von Falkenhayn había diseñado un esquema ofensivo basado en la atrición, por el cual, mediante ofensivas sucesivas, arrastraría a los franceses a desangrarse por la defensa de Verdún, una localización de valor más simbólico que real¹⁵⁰. En la sangrienta batalla librada entre los meses de febrero y octubre de 1916 los franceses prevalecieron, sin que por ello se alterase el estancamiento; el resultado global no fue otro que masivas pérdidas –medio millón de muertos para cada bando-, constituyendo el primer revés importante para Alemania en el continente, y un durísimo golpe para la moral de su ejército y de su población. Ya en agosto, ante la

¹⁴⁹ DUTTON, op. cit., p. 22.

¹⁵⁰ La lógica de Falkenhayn era brutalmente sencilla. Los franceses, ante una ofensiva en gran escala, no podían resignarse a perder Verdún, un complejo de fortificaciones cuyos orígenes se remontaban a los tiempos del dominio romano. Forzados a luchar en un corredor geográfico sumamente estrecho, se verían así compelidos a comprometer incesantemente sus refuerzos en una batalla de atrición, en donde las circunstancias materiales favorecían tanto a los alemanes que la derrota francesa era inevitable. Si los franceses abandonaban la lucha, perderían Verdún; si insistían en defenderla, perderían su ejército. Véase KEEGAN, “*The First World War*”, pp. 278-286.

inutilidad manifiesta de este diseño, Falkenhayn había caído en desgracia, siendo relevado por el Kaiser. Los generales Hindenburg y Ludendorff, la dupla heroica del frente oriental, se hicieron cargo del alto mando del ejército imperial y su estado mayor respectivamente; desde allí, ambos oficiales se pondrían al frente del esfuerzo integral de guerra alemán. Esto incluía, consecuentemente, la preeminencia de ambos sobre los asuntos sociales, políticos y económicos inherentes a la removilización.

Mientras que el campo operacional no llegaba siquiera a aproximar la posibilidad de una victoria definitiva, los rigores de la guerra impactaban en el frente doméstico con severidad similar, o superior, que a sus oponentes. En términos económicos, Alemania no se había preparado para una guerra prolongada, y por lo tanto no se habían acumulado reservas de abastecimiento. Esta situación la posicionaba en desventaja con respecto a los aliados de la Entente. En consecuencia, el arma aliada que atentaba con mayor eficacia contra el esfuerzo de guerra alemán era el implacable bloqueo naval impuesto por Gran Bretaña. La marcada dependencia alimentaria alemana del comercio exterior determinó que el bloqueo condenara a gran parte la población alemana a la hambruna. Los alemanes podían realizar alguna evasión marginal a través de sus vecinos neutrales –Dinamarca, Holanda o los países escandinavos-, e incluso los científicos alemanes podían diseñar sustitutos locales para algunas necesidades básicas, pero nada de ello aliviaba la letalidad de la medida. Para 1916, la mortalidad infantil había aumentado un 50 por ciento y las enfermedades relacionadas con la desnutrición se extendían en forma endémica¹⁵¹. En contraste, Francia sostenía eficientemente su alimentación con bases agrícolas, y Gran Bretaña lograba aliviar los efectos de la guerra submarina irrestricta en el Atlántico, como se ha visto, a través del sistema de convoyes, asegurando de este modo el libre acceso a los recursos vitales provenientes del Oeste.

Para adaptar las estructuras político-económicas alemanas a los requerimientos de la contienda, Hindenburg y Ludendorff asumieron el control sistemático sobre ellas, un proceso por el cual la figura del emperador fue perdiendo relevancia, y que implicó en la práctica la instalación de una dictadura militar informal en Alemania, denominada por sus contemporáneos la “dictadura silenciosa”¹⁵². La centralización del esfuerzo de guerra se intensificó sensiblemente a partir del Plan Hindenburg, lanzado en 1916. El cerebro detrás del plan era el Coronel Max Bauer, quien había cuestionado las anteriores políticas del Ministerio de Guerra argumentando que Alemania sólo podría ganar la guerra si lograba reemplazar máquinas por hombres, y había promovido el lanzamiento de un extenso programa de armamentos y municiones. Como parte esencial de esta iniciativa se sancionó la Ley del Servicio Auxiliar, que establecía el reclutamiento de todos los hombres entre las edades de 17 y 60 años para trabajar en las actividades económicas que sostendrían el esfuerzo de guerra¹⁵³. En

¹⁵¹ Durante toda la guerra, unas 730.000 personas habrían muerto en Alemania por causa del bloqueo naval británico, aunque en estas cifras probablemente se escondan las víctimas de la distorsión económica provocada por las demandas militares. Véase HOWARD, *“The First World War”*, pp. 87-88.

¹⁵² Se ha comentado que tan dependiente se volvió el Kaiser de estos dos hombres, que, en las frecuentes discusiones que mantenía con ellos, la mera amenaza de renuncia por parte de cualquiera de los dos era suficiente para el punto de vista de los jefes militares se impusiese. Véase LIULEVICIUS, *“The First World War”*, p. 25.

¹⁵³ El texto de la ley es accesible en www.germanhistorydocs.ghi-dc.org/docpage.cfm?docpage_id=1757

retribución se instalaba un sistema corporativo, en el cual comités sindicales, con reconocimiento oficial y con derecho a acordar condiciones laborales salariales, se establecerían en cada planta industrial con más de cincuenta empleados. Bajo este régimen, que en la práctica sometía a todos los trabajadores a una disciplina militarista, la huelga se equiparaba a la deserción. Irónicamente, este plan recibiría más tarde el nombre de “Socialismo de Guerra”¹⁵⁴.

En su intención de concentrar la producción de guerra, los resultados del programa fueron sólo parcialmente exitosos, y las metas inicialmente planteadas debieron ser continuamente reducidas durante 1917. El costo social, en cambio, fue considerable. El sector de bienes destinados a consumo se redujo, según estimaciones, a la mitad en relación a sus niveles de preguerra. Las políticas alimenticias, que favorecieron a los productores en detrimento de los consumidores, elevaron las tensiones entre diferentes sectores de la población. Y en última instancia, no obstante haberse convertido en una espectacular fuente de ganancias para la industria armamentística germana, el plan fracasó en su objetivo de producir armas y municiones en cantidad suficiente como para alterar el curso de la guerra en favor de Alemania.

Pero, más allá de las expectativas oficiales, las enormes y crecientes demandas de los ejércitos movilizados, la disrupción de la economía doméstica, la incapacidad de la fuerza naval alemana para hacer frente al bloqueo, y la ausencia de apoyo internacional implicaron que la presión de la escasez sobre la población alemana era de una intensidad sin paliativos. Hacia 1917, muchas eran las voces que en Alemania reclamaban la paz; entre ellas, un renacido radicalismo por parte del ala más extremista del SPD lideraba la oposición en el Reichstag –o Parlamento del Reich-, y junto con elementos anarquistas fomentaba las huelgas industriales¹⁵⁵. La Revolución de Febrero en Rusia y la formación del Partido Socialdemócrata Independiente en abril animaron los sentimientos de descontentos y disidentes hacia una mayor radicalización, iniciándose así una nueva ola de protestas, varias de ellas de nítido corte revolucionario¹⁵⁶.

A su vez, un Parlamento cada vez más inquieto e influyente había iniciado durante la guerra sus demandas por un rol más activo en los asuntos públicos, por una más democrática inserción de sus propios poderes, y por reformas significativas en el sistema político imperial. Estas demandas fueron en gran medida promovidas a partir de la instauración de la *Burgfrieden*, la tregua doméstica de 1914. Si un mayor sentido de unidad comprometía ahora a la sociedad alemana, y si el Kaiser no veía otra cosa que alemanes sin distinción de credos o banderías políticas ¿no podía ello interpretarse como el reconocimiento del derecho del pueblo, como soberano, a un rol más protagónico en la conducción política del Estado? Tales eran las aspiraciones que los representantes de la ciudadanía alemana expresaban ante sus autoridades.

¹⁵⁴ Al respecto, véase KITCHEN, MARTIN, “*The Silent Dictatorship: The Politics of the German High Command Under Hindenburg and Ludendorff, 1916–1918*”, Croom Helm, Londres, 1976.

¹⁵⁵ LIULEVICIUS, VEJAS GABRIEL, “*War Land on the Eastern Front*”, Cambridge University Press, Cambridge, 2004, pp. 195-196

¹⁵⁶ KITCHEN, op. cit., pp. 207-208.

Pero las respuestas a esta demanda tenían a menudo un carácter mucho más simbólico que real. Un ejemplo visual del comportamiento “concesivo” del estamento político superior del Reich fue la contratación de una compañía de origen judío para esculpir en la fachada principal del edificio del parlamento la inscripción “*Dem Deusthen Volke*” (“Al Pueblo Alemán”). En la visión de las autoridades germanas, este símbolo comunicaba la reiteración del compromiso asumido con el pueblo de ampliar su protagonismo político una vez que la guerra llegase a su fin. El mismo fenómeno de promesas diferidas fue hecho en abril de 1917 cuando el Kaiser Guillermo II, con afán de revigorar el esfuerzo de guerra alemán, pronunció su Mensaje de Pascuas, prometiendo una mayor apertura del sistema político a la participación popular, incluyendo una reforma en el sistema electoral prusiano –no precisamente conocido por equitativo. Todas estas proposiciones estaban no obstante supeditadas al triunfo en la contienda bélica, y hasta tanto quedaban pospuestas.

Esto no era suficiente para muchos políticos. Mathias Erzberger, representante a la minoría católica en Alemania y antes apasionado defensor de la causa bélica, comenzó a reclamar una “paz de la reconciliación”. En un discurso pronunciado el 6 de abril desde sus atribuciones parlamentarias, denunció las ambiciones territoriales del Reich y urgió un acuerdo de paz sin que hubiera vencedores o vencidos. Este hecho fue la antesala de un dramático evento político: la “Resolución de Paz” del Reichstag. Sancionada el 19 de julio de 1917 por 212 votos contra 126, esta resolución demandaba una “paz de entendimiento y reconciliación permanente de los pueblos sin adquisiciones de territorio por la fuerza, y sin mecanismos de coerción políticos, económicos o financieros”¹⁵⁷. Los contenidos de esta verdadera declaración eran imprecisos pero expresaban la adopción de una posición política basada en principios, y por lo tanto novedosa en tiempos de guerra total, siendo la renuncia a la conquista territorial, a las sanciones económicas indemnizatorias, y la exclusión de los conceptos de victoria y de derrota sus aspectos más sobresalientes.

Como era esperable, la resolución fue completamente rechazada por las autoridades; en forma inmediato, por el canciller Bethmann-Hollweg, luego por Hindenburg y Ludendorff. La razón para esta desaprobación era que los dictadores militares habían decidido hacer de la anexión de los territorios ocupados, en donde Ludendorff había implementado una enorme maquinaria administrativa bajo monopolístico control militar, un objetivo permanente de la guerra. Según su lógica, si Alemania no había obtenido una victoria contundente y rápida, era porque su situación geopolítica era vulnerable; por lo tanto, Alemania necesitaba disponer de más territorio, tanto al este como al oeste, para asegurarse, mediante los recursos industriales, agrícolas y humanos extraídos de estas tierras –posiblemente a través de gobiernos títeres-, un sensible mejoramiento de su posición estratégica. La justificación para este proceder explica a las claras el tipo de pensamiento geopolítico que había comenzado a emerger en los líderes militares alemanes durante la contienda. La visión de Hindenburg y Ludendorff estaba ya focalizada en la próxima¹⁵⁸.

¹⁵⁷ HOWARD, “The First World War”, p. 118.

¹⁵⁸ LIULEVICIUS, “*War Land on the Eastern Front*”, p. 211.

El resultado final de la Resolución de Paz fue en verdad motivo de vergüenza para Alemania en particular, y para los Imperios Centrales en general. A instancias de los dictadores militares, Bethmann-Hollweg fue depuesto de su cargo, porque estaba claro que había perdido su capacidad de controlar al Parlamento –uno de los pocos poderes que todavía retenía el Canciller después de las reformas políticas de Guillermo II. Su expulsión ejemplifica la decadencia de los poderes civiles frente a la creciente autocracia militar. En su reemplazo se designó a Georg Michaelis, quien “(...) robó a la Resolución todo su sentido, al insistir que su interpretación personal sería definitiva, conociendo que sus formulaciones podrían ser revertidas”¹⁵⁹. Poco dispuesto a la eventualidad de un enfrentamiento con el Comando Supremo, el Parlamento cedió; unos días después, los partidos mayoritarios daban su aprobación al nuevo presupuesto de guerra.

En la decisión del parlamento de abandonar por el momento las iniciativas de paz unilaterales y resignarse a continuar aprobando el financiamiento del emprendimiento bélico, deben sopesarse la popularidad y el prestigio de que Hindenburg y Ludendorff gozaban. Esta popularidad emanaba en forma particular de sus éxitos en el campo de combate, y en líneas más generales de la fuerte identificación del sentimiento patriótico alemán de este período con el heroísmo militar nacional. Este sentimiento, expresado con vehemencia en las calles en las etapas iniciales de la guerra, no se había apagado a pesar de todos sus rigores. Por el contrario, la radicalización y expansión de la protesta social derivó en una furiosa respuesta por parte de los sectores nacionalistas, quienes calificaron cualquier expresión en favor de una salida del conflicto por vía de un arreglo pacífico de mero derrotismo instigado por la propaganda extranjera. Capitalizando estas energías, y para contrarrestar la supuesta intoxicación propagandística enemiga, el gobierno había lanzado a mediados de 1917 su campaña de “Instrucción Patriótica”, consistente en la organización de eventos y la distribución de material didáctico en donde se instaba a los alemanes a un último sacrificio, porque la victoria se aproximaba¹⁶⁰.

De todos modos, el vehículo institucional más activo de esta reacción nacionalista fue el Partido de la Patria, fundado en Königsberg en septiembre de 1917 por el político prusiano Wolfgang Kapp. En poco tiempo, el partido atrajo a un importante número de personas, llegando a proclamar que sus miembros superaban el millón. Algunas prominentes personalidades se sumaron a sus filas, entre ellas al almirante Tirpitz, quien había abandonado su cargo como secretario de Estado para la Armada en 1916 ante lo que consideraba una conducción débil e irresponsable de la guerra submarina. De este modo, uno de los hombres que tanto había contribuido a incrementar las tensiones en tiempos de preguerra, se ponía al servicio de este reagrupamiento de fuerzas nacionalistas.

El Partido de la Patria detestaba la democracia parlamentaria, a la cual veía como hipócrita y acusaba de “inglesa”, y contrastaba su derrotista iniciativa de paz con lo que denominada “paz de Hindenburg”. Mediante su plataforma política realizaba

¹⁵⁹ *Ibíd.*, p. 198.

¹⁶⁰ *Ibíd.*, p. 125.

un llamamiento a los alemanes a la unidad para lograr la victoria, según los propios lineamientos y metas más extremistas -particularmente, la consolidación de las ganancias territoriales. El efecto de esta intransigencia militante fue un grado mayor de polarización en el espectro político y social. Un par de meses después de su fundación, un grupo de políticos moderados que incluían a Max Weber, Hans Delbrück y Friedrich Meinecke organizaron la “Asociación Popular por la Libertad y la Patria”, para contrapesar su estridente propaganda extremista. Este grupo demandó una reforma política fundamental y la búsqueda de la paz, sobre la base, a grandes rasgos, de la fallida resolución del 19 de julio. Nunca logró tener el apoyo popular de que dispuso el Partido de la Patria, pero merced a sus contactos con sindicatos y grupos de izquierda, fue instrumental en acercar las posiciones tradicionalmente antagónicas de la burguesía y la clase trabajadora. Con ello, el frente doméstico quedaba ahora claramente demarcado, entre quienes proponían una paz victoriosa y una paz denunciatoria; es decir, entre una “paz de Hindenburg”, y una “paz de Scheidmann”, según el nombre de su promotor socialdemócrata¹⁶¹. En esta profunda fractura sociopolítica, la *Burgfrieden* encontraría su fin.

Disolución

A la hora de evaluar el éxito relativo alcanzado por los gobiernos y las sociedades para sostener desde el frente doméstico su participación en el conflicto, los casos de Rusia y Austria-Hungría nos proporcionan los perfectos ejemplos del fracaso. Este fracaso fue de tal magnitud que no sólo se caracteriza por los escasos frutos brindados por el esfuerzo de removilización, sino por el hecho de que los propios intentos por concretar este esfuerzo pusieron a ambas potencias en el irrevocable camino de su colapso. De este modo, dos otrora grandes imperios se comprometieron en una suerte de carrera mortal, en donde la duda esencial no era “si” finalmente caerían, sino quién se derrumbaría primero bajo las exigencias impuestas por la guerra total.

Austria-Hungría, muy a pesar de los fervorosos deseos de sus líderes Habsburgo por lograr una salida hacia la paz que permitiera la supervivencia del frágil régimen, se había visto crecientemente sometida a la dependencia de su socio mayor, Alemania –algo que perturbaba a algunos gobernantes alemanes, que se veían arrastrados a sostener militarmente a su aliado, ante su manifiesta ineptitud.

De hecho, la asistencia alemana era el único consuelo para doble corona; se ha especulado que sin ella, el régimen hubiera tardado mucho menos en caer. La solidaridad nacional –o, más propiamente, multinacional- con que las multitudes habían celebrado la declaración de guerra tuvo una vida efímera. Hacia mediados de 1915, tras una desastrosa campaña de invierno, las fuerzas austro-húngaras habían perdido unos dos millones de hombres. El ejército había constituido un instrumento vital para el apuntalamiento de una estructura imperial, cuya legitimidad reposaba más que ninguna otra en este período en los principios dinásticos. Las ideas cohesivas se imponían principalmente a instancias del cuerpo de oficiales, que había hecho de la tolerancia étnica una práctica de fundamental importancia para una institución en la que se hablaban

¹⁶¹ KITCHEN, op. cit., p. 209-210.

no menos de doce lenguas nativas¹⁶². Independientemente de su origen, los oficiales habían comenzado paulatinamente a considerarse como súbditos de la dinastía Habsburgo en primer término, y por lo tanto pertenecientes a una especie de gran nación. Es precisamente en este contexto que las devastadoras pérdidas de las etapas iniciales de la guerra –en los fracasos contra Serbia y la derrota frente a Rusia en Galitzia- adquieren mayor relevancia, por cuanto el núcleo de militares profesionales que daba cohesión al ejército, y en gran medida con ello al sistema imperial, había sido diezmado. Sus noveles reemplazantes no necesariamente estaban imbuidos del mismo *ethos*; por el contrario, podían traer consigo aspectos de las agendas nacionalistas de sus comunidades de origen. Las unidades eslavas, concretamente, comenzaban a desertar en masa. La posibilidad de negociar una paz por separado con Rusia, aunque más no fuera para concentrarse exclusivamente en el frente italiano, estaba bajo consideración del alto mando desde fines de 1914. El buen desempeño del ejército austro-húngaro frente a las fuerzas italianas en fases posteriores de la guerra, más allá de su carácter sorpresivo, no fue suficiente para cambiar el curso de un proceso, básicamente, disolvente.

En los asuntos domésticos, las divisiones políticas internas no podían sino agravar la situación. Hungría se desempeñaba mejor que Austria; siendo autosuficientes en materia de abastecimientos alimenticios, los húngaros no sufrieron demasiado la prolongación de la guerra. Austria no tenía esa ventaja, y se volvió dependiente de una Hungría crecientemente reticente para su subsistencia. Su economía, observa Michael Howard, “(...) sufrió tanto como la alemana los efectos del bloqueo aliado, pero su generalmente incompetente burocracia, temerosa de imponer cualquier penuria sobre la dudosa lealtad de su población, apenas si intentó planificar una economía de sitio o administrar un sistema de racionamiento. Viena comenzó a hambrearse antes que Petrogrado”¹⁶³. Si antes de la guerra el imperio evidenciaba signos de agotamiento en virtud de las tensiones nacionalistas, estas debilidades constituían casi una invitación a la secesión.

Como resultado de estos procesos, en los cuales la fragilidad del frente doméstico estimulaba la pérdida de cohesión en el frente operacional, las fuerzas nacionalistas que antes habían desafiado al sistema imperial cuestionando su legitimidad, comenzaban literalmente a derribar esta estructura, al punto que el emperador que sucedió a Francisco José tras su fallecimiento, Carlos I, ni siquiera se atrevió a preparar la revitalización del esfuerzo de guerra. Sabía que ello sería posible solamente mediante el ofrecimiento de concesiones o haciendo promesas a algunos grupos étnicos, y pensaba que estas ofertas estimularían a su vez las presiones por mayor autonomía.

Ciertamente, la paz era el único rumbo razonable. En este sentido el nuevo emperador realizó repetidas propuestas unilaterales a los aliados a lo largo del año 1917, si bien observando el máximo secreto para no ofuscar a Alemania; todas fueron rechazadas, y para gran vergüenza en Viena, estas iniciativas fueron cínicamente dadas a

¹⁶² HOWARD, “*The First World War*”, p. 74

¹⁶³ *Ibidem*, pp. 74-75.

luz por Clemenceau en abril de 1918¹⁶⁴. La suerte de Austria-Hungría, para este momento, ya estaba sellada. Su ejército, “hambriento, desgarrado, y desintegrándose progresivamente entre sus diversos elementos étnicos”, como lo describe Howard, fue arrojado a una estéril ofensiva final sobre el frente italiano el 15 de junio, con el lamentable saldo de 143.000 bajas propias. Después de ello, las tropas comenzaron a desertar en masa. Aquellos que optaron por permanecer estaban tan enfermos y desnutridos como las poblaciones de Viena y otras ciudades del imperio. El 16 de septiembre, el emperador solicitó públicamente al presidente Wilson términos de paz, y, buscando impedir la disolución del Imperio, declaró la constitución de un Estado federal. Cuando en septiembre los italianos, poderosamente reforzados con unidades británicas y francesas, retomaron la ofensiva, las fuerzas imperiales se desmoronaron en 48 horas, precipitando con ello el armisticio¹⁶⁵. El emperador Carlos abdicaría el 18 de noviembre, expresando en su proclama sus “(...) más cálidos deseos de que una paz interior sea capaz de curar las heridas de la guerra”¹⁶⁶.

El caso de Rusia se fue desarrollando con una especie de “trágica grandeza”¹⁶⁷. Entre 1914 y 1916, Rusia había sufrido terribles pérdidas en combate, y este desgaste continuaría obrando en perjuicio de su esfuerzo de guerra. En el transcurso de estos primeros dos años, unos dos millones de hombres habían muerto, entre cuatro y seis millones habían sido heridos o capturados. La ruptura alemana del frente en Gorlice-Tarnow en mayo de 1915 había dado inicio a la “Gran Retirada” rusa, que llevaría a sus ejércitos a abandonar unos 300 kilómetros del propio territorio aplicando a su paso una estrategia de tierra arrasada. En el camino, habiendo perdido el valioso núcleo de militares profesionales capaces de liderar sus fuerzas, los ejércitos rusos se debatían en un proceso de desintegración similar al experimentado por su oponente austrohúngaro. La decisión del zar Nicolás II de asumir personalmente el comando de sus fuerzas en septiembre de 1915, lejos de ayudar a componer la situación, sólo logró agravar las cosas; en lo sucesivo, el monarca sería visto como el principal responsable por los reveses militares que sobrevendrían.

En efecto, los esfuerzos por revertir estas sucesivas derrotas no tuvieron mejor suerte. En 1916, la inicialmente exitosa ofensiva Brusilov tornó en una desastrosa retirada, al tiempo que las fuerzas alemanas presionaban intensamente contra un ejército ruso cuya infraestructura logística y su moral comenzaban a quebrarse. Paralelamente, esta retirada demostró que Rusia no estaba preparada para afrontar los rigores de la

¹⁶⁴ Las motivaciones de Clemenceau para adoptar esta actitud han objeto de controversia. Probablemente el *premier* francés, percatado de la creciente fragmentación del imperio Habsburgo, estaba convencido de la necesidad de una aplastante victoria militar sobre Austria como forma de dañar, aunque fuera más en forma psicológica que material, la capacidad alemana para continuar la guerra. La manifiesta debilidad austróhúngara daba factibilidad a esta concepción. A corto plazo, confiaba también en el derrumbe austríaco a partir de la posibilidad de una revolución por parte de la etnia eslava –o “yugo-eslava”, como la define-, facilitada por la inteligencia británica. No obstante, Clemenceau opinaba en privado que, dado el nivel de influencia que Alemania ejercía sobre Austria-Hungría, las propuestas de paz no tenían mayor significado. Sobre el particular, véase DUTTON, op. cit., p. 22-23.

¹⁶⁵ HOWARD, “*The First World War*”, pp. 129-130.

¹⁶⁶ “*Emperor Karl I’s Abdication Proclamation of November 18th, 1918*”, First World War Primary Documents, disponible en www.firstworldwar.com

¹⁶⁷ LIULEVICIUS, “*The First...*”, op. cit., p. 40.

guerra total, haciendo realidad los temores que los más avezados testigos del entusiasmo de agosto de 1914 se habían atrevido a sugerir. Esta oleada de fervor y optimismo en el zar, el pueblo y la patria rusa muy pronto se fragmentó en una miríada de disputas internas, que los esfuerzos propagandísticos oficiales no lograron disuadir. El apego popular por los símbolos dinásticos como elemento de identidad patriótica perdió rápidamente su valor, conforme los fracasos militares se iban asociando a una inepta conducción de las operaciones por parte del máximo exponente del poder imperial, y según expresa Roshwald, “(...) prácticamente desaparecieron en el lapso de meses de los medios periodísticas y expresiones culturales, persistiendo sólo en las insípidas publicaciones aprobadas por los órganos oficiales de propaganda”¹⁶⁸. Desde 1916, ni siquiera las clases educadas rusas se expresaban ya en favor del régimen. Las protestas sociales por las deficiencias alimentarias y las huelgas se volvieron moneda corriente.

Al mismo tiempo, y de un modo similar a lo ocurrido con el imperio austrohúngaro, la guerra agravó la crisis de nacionalidades existente en Rusia. Los perjuicios de la contienda alentaron entre las minorías étnicas -escépticas o descontentas desde un comienzo- primeramente la idea de una clara culpabilidad recayendo en la etnia dominante, y en ulterior instancia, la necesidad de diferenciarse de todo lo que estuviera relacionado con la cultura oficial. Roshwald explica que “(...) los más afectados por estos sentimientos fueron los grupos estigmatizados por las autoridades militares y administrativas rusas como poseedores de una doble lealtad. Los alemanes étnicos fueron blanco obvio de dicho tratamiento. Los ucranianos adherentes a la Iglesia *Uniat* (ortodoxa devenida en católica) fueron sospechados de mantener cuestionables vínculos con sus pares en la Galitzia austríaca, donde, a su turno, la breve ocupación rusa entre 1914 y 1915 había estado asociada con la supresión de las publicaciones en idioma ucraniano y la persecución de sus clérigos, generando así antagonismo entre la población ucraniana local y las tropas de origen étnico ucraniano que formaban parte de las fuerzas de ocupación rusas. Se asumía que los turcos de Asia Central simpatizaban con la causa otomana lenguaje y provocó la consolidación de las identidades. Los judíos fueron objeto de salvajes acusaciones de traición y connivencia con el enemigo; las autoridades militares planearon su completa deportación de las regiones fronterizas occidentales, donde el gobierno prohibió la publicación de material en alfabeto hebreo”¹⁶⁹.

Los efectos de estas políticas discriminatorias justificadas mediante manipulaciones de tenor reduccionista fueron contraproducentes para las aspiraciones rusas, y muy particularmente para su esfuerzo bélico. Alienados por las autoridades del Estado y rotulados como amenaza para la seguridad y el bienestar rusos, las comunidades étnicas comenzaron, de manera natural, a alimentar sus deseos de liberarse de sus opresores. No contribuía tampoco a mejorar la imagen del régimen imperial el comportamiento racista y xenófobo de las tropas rusas, no sólo en los territorios transitoriamente ocupados, sino en las propias regiones del imperio en las que se hallaban desplegados. Así, la imposición de la conscripción en Asia Central fue recibida por una rebelión popular. Como era de esperar, el nivel de desertión entre las tropas con filiación nacional no rusa era mucho mayor que entre las de origen ruso. Por el contrario, la

¹⁶⁸ ROSHWALD, op. cit., p. 90.

¹⁶⁹ *Ibidem*, pp. 90-91.

voluntad de lucha era mucho mayor entre las unidades étnicamente homogéneas empeñadas en regiones donde la perspectiva de dominación extranjera se veía especialmente fatídica. Tal es el caso de los voluntarios armenios que resistieron con ferocidad las ofensivas otomanas en el Cáucaso, inducidos por el odio ancestral hacia una potencia habituada a masacrar a sus súbditos armenios; o de los voluntarios letones que confrontaron con los invasores alemanes, ante el temor que una victoria prusiana diese todavía más prerrogativas a la hegemónica élite germana local¹⁷⁰.

La etnicidad y la ideología nacionalista tuvieron de esta forma un rol decisivo tanto en la incapacidad rusa para sostener su frente doméstico, como en el lamentable desempeño de sus tropas. En consecuencia, los tibios intentos del régimen zarista por la removilización se vieron frustrados por el brutal peso de estos factores sobre su esfuerzo de guerra. En rigor de verdad, la verdadera removilización en Rusia no ocurrió como consecuencia del liderazgo nacional alentado por una base de cohesión social –nada más lejos de eso; en cambio, tuvo lugar como parte de un proceso revolucionario en cuya gestación los perjuicios de la guerra influyeron decisivamente. En 1917, el régimen zarista fue, con asombrosa velocidad, expulsado del gobierno como resultado de un repentino y espontáneo levantamiento popular, que tomó por sorpresa tanto a los oficiales imperiales como a los líderes revolucionarios¹⁷¹. En su lugar, se instaló un nuevo gobierno fundado en principios democráticos y con políticos liberales a la cabeza. Este nuevo gobierno intentó renovar su compromiso con la causa aliada y se comprometió en el proceso de removilización que esperaba le permitiera llevar la lucha hasta la victoria. Pero estas intenciones lo llevaron directamente al desastre que finalmente desembocó en la revolución bolchevique. Con el triunfo de la causa revolucionaria de Lenin, Rusia quedaba fuera de la guerra. En su Decreto de Paz del 26 de octubre de 1917, declara con solemnidad que su gobierno entiende que “(...) cualquier incorporación de una nacionalidad pequeña o débil por un Estado grande y poderoso sin una clara, definida y voluntaria expresión de acuerdo y deseo por parte de la comunidad más débil”¹⁷² constituía un acto de anexión por la fuerza, y que continuar la guerra simplemente para decidir cómo repartir las naciones débiles entre los poderosos de la tierra significaba un crimen contra la humanidad; retrospectivamente hablando, una irónica apreciación, considerando la posterior voracidad territorial y desprecio por la vida del régimen soviético que estaba inaugurando.

Evaluación

La relevancia del liderazgo ejercido por Lloyd George y Georges Clemenceau sobre el esfuerzo de removilización en Gran Bretaña y Francia respectivamente es indudable. Como proceso, existen formas diferentes de comprenderlo. Teniendo en cuenta los padecimientos a que estaba sometida la sociedad civil, Millman afirma que del análisis de la prensa contemporánea se desprende que buena parte de la población británica parecía estar en el año 1916 de acuerdo con la idea de una paz a toda

¹⁷⁰ *Ibíd.*, p. 91.

¹⁷¹ LIULEVICIUS, “*The First...*”, p. 117.

¹⁷² *Ibíd.*, p. 118.

costa, en concordancia con el derrotismo expresado por segmentos representativos de la dirigencia política¹⁷³. Del mismo modo en Francia, los socialistas habían resurgido con fuerza suficiente como para hacer tambalear la *Union Sacrée* y sectores influyentes de la política consideraban la paz ahora como un objetivo en sí mismo. Siguiendo este primer razonamiento, la llegada de Lloyd George y luego de Clemenceau al poder en sus respectivos países puede ser visualizado como el último esfuerzo por parte de una élite política mayormente divorciada del sentir popular por imponer su agenda bélica a toda costa. Luego, la eficacia de la maquinaria propagandística y la represión habrían permitido disciplinar a la sociedad para que, no obstante las penurias por las que debía atravesar, continuara sosteniendo el esfuerzo de guerra. La removilización se habría logrado así de manera forzosa.

Es prematuro a esta altura del estudio extraer observaciones concluyentes acerca de la propaganda, un tópico cuya relevancia amerita el tratamiento en capítulo separado. Pero en principio, la apreciación acerca del carácter forzoso de la removilización no parece del todo correcta, a juzgar por las circunstancias. Tanto en el caso británico como el francés, la consensuada decisión de conformar un nuevo gabinete al mando de personajes ciertamente resistidos pero de indudable capacidad, habla de una reafirmación de la voluntad política por mantener, sino el curso estratégico de la guerra, el objetivo de la victoria. Esta voluntad, que podría intuitivamente calificarse como altruista y desinteresada, mal puede comprenderse si se la desconecta del respaldo popular siempre necesario para brindar legitimidad y estabilidad a un régimen democrático. Es sorprendente que más de centenares de miles de muertos en el lapso de meses atribuidos a una conducción militar acusada de incompetencia y una incesante reducción de la calidad de vida del ciudadano común no hayan siquiera acercado la posibilidad de un movimiento revolucionario masivo en contra de la guerra o de las políticas gubernamentales, por más que este tipo de temores existieran –y, en su forma teórica, preexistieran a la guerra–, como el mismo Millman se ocupa en aclarar¹⁷⁴. En este orden de razonamientos, la efectividad de la propaganda debe relacionarse a la preexistencia de los valores sociales que se busca enfatizar, y la represión se vuelve tolerable y es incluso justificada -incluso alentada- por sectores sociales cuyo compromiso con causa nacional de la victoria permanece inalterado. El caso de los motines franceses proporciona un buen ejemplo de la persistencia de estos valores: la disciplina se quebró, pero los ideales patrióticos no parecen haber con ello sido afectados. La tropa rebelde focalizaba sus demandas en su necesidades inmediatas, como insuficiente tiempo de licencias, malas comidas, comportamiento abusivo de sus superiores, y una conducción operacional que mostraba cierto desprecio por la vida de los subordinados. Sus reclamos por el cese de hostilidades tomaban por garantizado el regreso de Alsacia y Lorena a Francia como parte del acuerdo de paz. La rectitud de la causa nacional francesa no parece haber sido seriamente cuestionada, y prácticamente no se registraron desertiones al enemigo.

Es menester destacar además que a pesar de las múltiples penurias acarreadas por el conflicto armado, en Francia y Gran Bretaña, las opiniones pacifistas no

¹⁷³ MILLMAN, “*A Counsel...*”, p. 246.

¹⁷⁴ *Ibíd.*,

fueron atractivas para el público en general; de este modo el compromiso con la victoria no puso en riesgo la continuidad del sistema político¹⁷⁵. Esto puede requerir una explicación adicional. En principio, puede entenderse que, muy a pesar de las expectativas revolucionarias oportunamente generadas, la estabilidad del sistema político no estaba amenazada en estos países porque las clases dirigentes y la población compartían en gran medida las bases ideológicas del nacionalismo, y porque el consenso -instrumentado institucionalmente- reveló ser un elemento de fuertes efectos cohesivos sobre el tejido social. En consecuencia, no puede dejar de señalarse el sostenimiento de la cohesión social como un logro de las gestiones de Lloyd George y de Clemenceau; pero sólo considerando que concurrieron a su asistencia un conjunto de valores, creencias y prácticas políticas sólidamente arraigadas en la tradición de estos Estados, es que se obtiene en correcto dimensionamiento de este logro. El liderazgo ejercido por estas personalidades constituyó así el medio por el cual la notable perdurabilidad de la voluntad popular se vio encauzada.

En cuanto al carácter resistente de este compromiso, es razonable sostener que la naturaleza del sistema democrático está detrás de ello. En un provocador estudio de reciente publicación, los investigadores Dan Reiter y Alan Stam muestran cómo las democracias son más propensas a ganar las guerras que emprenden que regímenes de tipo más cerrado. Su argumento central es que “(...) las democracias ganan las guerras debido a las derivaciones del consenso público y al hecho de que sus líderes deben dar cuenta de sus acciones ante sus votantes. (...) en el núcleo de la democracia se encuentra la noción de que aquellos que gobiernan son responsables de alguna manera ante el consentimiento de su pueblo la responsabilidad de los líderes ante sus votantes. En las democracias, los líderes que actúan sin este consentimiento lo hacen asumiendo el considerable riesgo político de ser expulsados de sus cargos. Este compromiso con el consenso, en contra de las declaraciones negativas de observadores como Tocqueville, George Kennan y Walter Lippmann, ofrece a las democracias un conjunto de ventajas peculiares que les permite prevalecer en la guerra”¹⁷⁶. En un prolongado conflicto de atrición, estas ventajas adquieren una importancia crítica, al permitir una removilización cuyo nivel de efectividad es superior al de los regímenes más autoritarios.

El caso de Alemania, probablemente el país donde el ideal de la nación gozaba en 1914 del mayor apego popular, ilustra suficientemente bien este punto. Si el resultado inmediato del programa de Hindenburg fue al menos insuficiente en términos estratégicos, el mismo tuvo un costo social finalmente inaceptable. Fracasó en su intención de dotar a Alemania con las armas que se juzgaban necesarias para lograr la victoria antes de que la capacidad productiva norteamericana fuese puesta en juego, circunstancia que inicialmente nos permitiría calificar como errada la visión estratégica

¹⁷⁵ Si bien Gran Bretaña experimentó una sublevación nacionalista en Irlanda en 1916, la misma tampoco llegó, dada su pequeña escala, a afectar su esfuerzo de guerra. Al respecto, véase TOWNSHEND, CHARLES, “*In Aid of Civil Power: Britain, Ireland and Palestine, 1916-48*”, en MARSTON y MALKASIAN (eds.), op. cit., pp. 19-36.

¹⁷⁶ REITER, DAN y STAM, ALLAN, “*Democracies at War*”, Princeton University Press, New Jersey, 2003, pp. 4-5.

del Alto Mando, pero, por sobre todas las cosas, no hizo más que reavivar y agudizar los antagonismos preexistentes en la sociedad alemana.

Importantes sectores políticos, automovilizados y alineados incondicionalmente con la causa de la victoria nacional pusieron su empeño en sostener estos ideales, y con ello al régimen imperante como única alternativa posible. Pero la cohesión inicial y el sentimiento de fraternidad basado en la ideología nacionalista se volvieron elementos crecientemente precarios ante el autoritarismo expresado por las prácticas de gobierno de quienes, no obstante estar dotados de la popularidad de los héroes, se vieron identificados cada vez más con un sistema político con el cual vastos sectores de la sociedad no se veían identificados desde tiempos anteriores a la guerra. Su fracaso fundamental, es decir, su incapacidad para aliviar al pueblo alemán de los rigores y las privaciones de la guerra, permitió que estos sectores señalaran a Prusia y al militarismo prusiano, es decir, al régimen, como el responsable principal por todo ello. Esta insuperable disputa determinó la caída de la monarquía en noviembre de 1918. Curiosamente, esta asignación de culpabilidad permitió que algunos de los elementos políticos que se habían alineado fervorosamente con la causa nacional en 1914 “lavarán” su memoria y negaran luego su participación espontánea en aquella experiencia.

Por su parte, ni el imperio austrohúngaro ni el imperio ruso lograron removilizarse efectivamente para proseguir la contienda. En forma particular, ello se encuentra en estrecha vinculación con la extrema debilidad que aquejaba a su sistema político. Carentes sus súbditos de sentido identidad común y afectada su voluntad de pertenencia a una entidad multicultural por la preeminencia de las ideas nacionalistas, el imperio de los Habsburgo se debatía en la cruel paradoja del final: no podía realizar los esfuerzos necesarios para sobrevivir, sin con ello acelerar su propia desintegración. Una similar situación aquejaba a Rusia, inmovilizada en su capacidad de adaptación por las tensiones existentes entre sus distintos actores sociales y entre las diversas comunidades nacionales sometidas a su dominio a veces bajo formas brutales de opresión o discriminación. Los aspectos comunes entre estas dos experiencias de guerra imperiales y antagónicas demuestran de qué manera la guerra resultó ser el evento decisivo para reforzar el rol de la nacionalidad en la determinación de las lealtades, la definición de identidades y la creación del contexto necesario y conveniente para la acción colectiva. Estos patrones, algunos de los cuales evolucionarían luego a estadios de mayor violencia, incluso de guerra civil, se vieron profundamente pronunciados cuando por efecto de las fuerzas por ellos liberadas los sistemas imperiales de los Habsburgo y los Romanov finalmente se desmoronaron.

CAPÍTULO CINCO

CORAZONES Y MENTES

La propaganda, entendida ésta como la intención políticamente instrumentada de formar actitudes e ideas, creció hasta alcanzar una gran importancia en tiempos de la guerra total, cuando los corazones y las mentes se convierten en un activo estratégico clave, y de hecho no menos importante que las armas propiamente dichas. En este capítulo se examinarán los varios estilos de propaganda empleados por las partes contendientes y su creciente sofisticación, evolucionando desde las estrictas medidas de censura hasta la difusión de ideas en campañas propagandísticas de alcance masivo. Los gobiernos de las partes beligerantes fueron sólo adaptándose en forma lenta a los desafíos que la guerra presentaba en relación al manejo de información y la movilización de las emociones populares a favor del sostenimiento del esfuerzo de guerra; particularmente, fueron lentos en comprender el valor potencial de la propaganda espontánea proveniente de la propia población, un fenómeno que será discutido con algo de detalle. Como parte de lo que se ha dado en denominar “cultura de guerra”, esta verdadera propaganda voluntaria tomó la forma de rumores, mitos y estereotipos del enemigo, todos ellos elementos que llegaban a tener profundo significado desde el punto de vista psicológico. Ellos serán el objeto de estudio en el presente capítulo.

Concepciones básicas

Los orígenes de las modernas nociones sobre la propaganda se remontan al año 1622. Aquel mes, el Papa Gregorio XVI decidió que la fuerza armada no era la manera propicia de poner fin a la situación de violencia que imperaba en Bohemia, Alsacia y el Palatinado. Convencido de que el combate efectivo contra el movimiento reformista protestante requería métodos más sutiles, el Pontífice anunció la creación de una organización permanente para la propagación sistemática de la fe católica. El 22 de junio de aquel año, la *Santa Congregatio de Propaganda Fide* se convirtió en un órgano oficial de la Iglesia Católica Romana, siendo sus responsabilidades la difusión de la fe en el Nuevo Mundo, y su revitalización en el Viejo¹⁷⁷. Era ésta la primera vez que se diseñaba una organización con el propósito específico de influenciar la opinión pública.

Harold Lasswell definió la propaganda como la “guerra de ideas sobre las ideas”, y la razón por la cual la conquista de los corazones y las mentes se hizo tan

¹⁷⁷ FINCH, LYNETTE, “*Psychological Propaganda: The War of Ideas on Ideas During the First Half of the Twentieth Century*”, *Armed Forces and Society* Vol. 26, SAGE Pubs, Londres, 2006, p. 367.

importante a partir de la segunda mitad del siglo XIX, es que la opinión pública se volvió un factor de creciente relevancia para el resultado de una contienda bélica. Detrás de esta relevancia se encuentra el hecho de que las guerras ya no se libran exclusivamente entre ejércitos, sino que involucran a la nación en pleno como actor preponderante, e implican la puesta en juego de todos los instrumentos del poder nacional en la contienda. En efecto, junto con el desarrollo del Estado-nación como modo de organización prevaleciente, en el último siglo medio se ha experimentado la plena inserción de la ciudadanía, en todos sus niveles y sectores socioeconómicos de pertenencia, en las actividades relacionadas con la guerra, ya sea en forma directa formando parte de los ejércitos, o brindando soporte al esfuerzo bélico desde el frente doméstico. La guerra salió así de la tradicional exclusiva esfera de interés de los monarcas y los profesionales para convertirse en un elemento de interés público –y personal, claro está, para cada ciudadano. Indisolublemente ligados al propio concepto de la nación en guerra, los ideales lealtad, orgullo nacional y sacrificio por una causa trascendente toman un nuevo y poderoso significado, y la recurrencia a estos valores posee la potencialidad de despertar fuerzas realmente intensas.

El punto de vista tradicional

Una nación no puede tener éxito en la guerra moderna a menos que una sustancial mayoría de su población esté dispuesta a soportar las privaciones que la situación bélica impone, y que una importante cantidad de gente esté dispuesta a morir por ella. En la visión tradicional, son los gobernantes de una nación quienes deben, con objeto de generar esta predisposición de ánimo, quienes deben persuadir a sus dirigidos del significado de la guerra, es decir, de la trascendencia para las futuras generaciones de la causa por la que deben batirse a muerte. En este sentido, se ha descrito el objetivo de la actividad de propaganda en términos aproximadamente similares a los que cumple el entrenamiento y la disciplina militar; este último tiene como fin preparar al soldado para mantener su temperamento frente al terror que produce el combate, mientras que la primera se emplea sobre la población civil con el mismo propósito práctico. De este modo, la propaganda, especialmente aquella de contenido emotivo, se adopta como sustituto de la disciplina militar para sostener a la nación en el curso de una crisis y para moldearla como si fuese una unida individual de combate¹⁷⁸. Según este punto de vista, la propaganda consiste en una actividad esencialmente manipulativa, consistente en la intención de formar las conciencias y las conductas de las masas, para obtener de ellas el máximo apoyo al esfuerzo bélico de la nación. Esta actividad se presenta así en forma exclusiva en forma de flujo vertical descendente – o *top-down*, según se le conoce en idioma inglés.

Esta forma de entender la propaganda es, por supuesto, rápidamente verificable en la conducción de la contienda aquí bajo estudio por los diferentes países beligerantes. En sus aspectos más básicos, y no siempre asociados con claridad al propio concepto de propaganda, la primera actividad que surge como evidencia es la censura. La censura y el control de la difusión de información a través de las agencias oficiales fue,

¹⁷⁸ *Ibidem*, pp. 373-374.

en efecto, una práctica absolutamente común en todos los países durante la guerra. Esto incluye las medidas adoptadas en forma particular por los ejércitos para evitar que noticias desmoralizantes llegaran a la población, y las medidas oportunamente impuestas sobre la propia sociedad para evitar que los elementos considerados “subversivos” generaran con su prédica pacifista efectos disociantes, es decir, perjudiciales para la cohesión interna o para los objetivos de guerra sostenidos en forma particular por el régimen político.

Los censores intervenían en forma permanente para alterar o simplemente hacer desaparecer las historias que se creía serían perjudiciales para el esfuerzo de guerra. Por momentos, esto podía ser una tarea obvia y trivial, pero cierto tipo de historias eran inevitablemente blancos preferenciales de la censura oficial: por ejemplo, la Conferencia de Paz de Estocolmo, las conferencias de la Internacional Socialista de Londres y Kienthal, las expresiones de paz formuladas por Wilson y el Papa, y, lógicamente, por el expulsado Bethmann-Hollweg, los motines franceses de 1917 y, por supuesto, los detalles de las bajas. Los listados de los caídos en combate, inicialmente publicados por la prensa con afán de crear conciencia de sacrificio y de estimular el odio al enemigo, fueron rápidamente suprimidos una vez que se entendió que su efecto era precisamente el contrario. Es interesante mencionar que el gobierno francés intentó controlar la difusión de algunos de los más intimidantes relatos sobre la barbarie alemana, bajo el argumento de que podrían ser perjudiciales para la moral de su población. Naturalmente, también las críticas ejercidas contra el gobierno fueron objeto de censura, aunque sus resultados no fueron del todo efectivos¹⁷⁹.

De hecho, fue el gobierno francés uno de los más fervientemente empeñados en controlar completamente los medios periodísticos, si bien el profesionalismo de las agencias oficiales de censura no encontraba necesariamente sus equivalentes a escala local. De este modo, algunas opiniones de disenso tenían lugar. Estas opiniones tomaban varias formas, desde el simple derrotismo hasta la bastante más común crítica acerca de acciones específicas de los líderes políticos o militares. El periódico radical *Le Crapouillet*, por ejemplo, desafió públicamente la versión de que los motines acaecidos en 1917 en los ejércitos franceses fueron consecuencia de la propaganda de la prensa izquierdista, ofreciendo su interpretación –por entonces controversial, pero mucho más correcta– de que los motines en las unidades de primera línea eran el inevitable resultado del baño de sangre arrojado por una insoportable sucesión de acciones ofensivas mal concebidas. El hecho de que este artículo haya finalmente circulado sugiere que la censura, más allá del empeño oficial, no tenía alcance total e indiscriminado.

El trabajo de los censores era especialmente febril en los ejércitos, donde, además de moderar los comunicados oficiales, tenían a su cargo la poco prestigiosa tarea de leer la correspondencia que los soldados enviaban a sus hogares –y reescribirla, en caso de que se detectase información potencialmente peligrosa. Se trataba de una tarea interminable, y se estima que un porcentaje no superior al cinco por ciento de la

¹⁷⁹ CAWOOD, IAN y McKINNON-BELL, DAVID, “*The First World War, Questions and Analysis in History*”, ROUTLEDGE, Londres, 2001, p. 28.

correspondencia total fue efectivamente censurado, siendo la eficiencia de la censura, es decir, el celo del censor, muy diverso dependiendo del momento de la guerra, los distintos países y unidades desplegadas. En su actividad diaria, se topaban con el trabajo literario de los soldados escritores, representantes de un género que retrató la experiencia de guerra en medio del carrusel emocional que significaba la vida en el frente, caracterizada por prolongados períodos de inactividad y servicio regular, alternado con breves períodos de altísima tensión y violencia extrema, en los que la muerte podía llegar en cualquier momento. Sobre la autenticidad de estos relatos, la actividad de censura podía tener penosos efectos.

Curiosamente, en enero de 1916, y casi en simultáneo tanto en Francia como en Alemania, se dio a los censores instrucciones oficiales de que respetaran el espíritu de aquello que los soldados escribían. Es posible que gracias a esta disposición hayan sobrevivido casi intactos los escritos, por ejemplo, de Henri Barbusse, que revelan un claro espíritu anti-guerra. Pero probablemente uno de las mejores formas de visualizar el ejercicio de la actividad de censura en el frente, sea el propio título de la sumamente difundida obra de Erich Marie Remarque, “Sin Novedad en el Frente Occidental” (en el alemán original, *Im Westen nicht Neues*). No obstante haber sido producido una vez terminada la guerra, mediante este título se refleja un contraste nítidamente expresado en el contenido de la obra, entre la brutalidad permanente del modo de vida del combatiente común, para quien la vida ya no tiene otro sentido que la guerra, y la languidez del comunicado de prensa oficial que con toda trivialidad informa la ausencia de desarrollos significativos en el campo de batalla. El hecho de que el horror y la muerte se hayan vuelto elementos tan cotidianos conlleva la instrumentación de las formas de supresión mediática de este horror, generando así una diferencia de percepción acerca aguda acerca del significado de la guerra entre sus protagonistas directos, los soldados, y quienes participan de ella desde el frente doméstico.

Pero los gobiernos no sólo restringían la publicación de las malas noticias, sino que buscaban en especial fomentar las ideas y sentimientos que contribuirían a la causa nacional. Siempre desde la perspectiva tradicional, ello nos lleva a considerar la segunda actividad de la propaganda, denominada “propaganda positiva”, o simplemente acción persuasiva gubernamental. En este sentido, hemos visto de qué manera el primer paso para lograr que la guerra fuese masivamente aceptada estuvo vinculado con la presentación la contienda en términos exclusivamente defensivos. En síntesis, todas las partes fueron a la guerra, si no bajo el íntimo convencimiento de estar defendiendo a la nación ante sus enemigos históricos, al menos poderosamente influenciados por un mensaje que así lo así lo justificaba. Aún en Alemania, iniciadora de los movimientos ofensivos y agresora material en la guerra, ésta era conceptualizada de ésta manera. Obsérvese que, en esta línea de pensamiento, Moltke decía en 1913 que “(...) hay que habituar al pueblo alemán a pensar que una guerra ofensiva por nuestra parte es una necesidad para combatir las provocaciones del adversario”¹⁸⁰.

Si bien todas las potencias beligerantes podían presentar su causa inicial en términos aproximadamente semejantes, un desafío mucho más diferenciado se les

¹⁸⁰ “General Moltke: Memorandum del 13 de marzo de 1913”, en HENRIQUEZ ORREGO, op. cit., p. 46.

presentaba a las partes a la hora de reconfigurar las energías nacionales para lograr la removilización. Aquí, la apelación a la causa de la defensa nacional adquiría un profundo sentido en Francia, por estar sometido parte su territorio a la ocupación alemana, y por lo tanto, la causa patriótica se identificaba de inmediato con el sagrado deber de recuperar el territorio perdido, y de impedir un eventual nuevo progreso alemán. Pero la explicación que innecesaria para Francia era exigua para Gran Bretaña; como expresa Millman, “(...) hacia 1917, el regreso de Alsacia-Lorena, la destrucción de la Flota alemana, la creación de un Estado independiente polaco, y aún la restauración de Serbia o Rusia, aunque deseables, no eran en sí mismas causas suficientes para proseguir la guerra”¹⁸¹. Por lo tanto, la continuidad de la participación británica debía ser expresada en términos del interés ulterior de la nación, o mediante el popularmente insulso y oscuro concepto de equilibrio de poder. Este mensaje se instrumentó bajo la forma del objetivo principal de la guerra, el cual era infligir a Alemania, en calidad de responsable por la agresión, una derrota, y demostrarle a Alemania que dicha agresión carecía de sentido¹⁸². Como se verá, la influencia generada por este tipo de propaganda sería despreciable frente a la efectividad de la apelación a elementos de tipo emocional.

El mismo inconveniente adquiriría particular complejidad para Alemania, por cuanto, en su condición de potencia ocupante de vastos espacios territoriales a partir de las ofensivas de 1914-1915, mal podía la apelación inicial a la guerra defensiva producir mayor apego popular. La respuesta del gobierno alemán ante este desafío fue la articulación de sus objetivos de guerra con la anexión de estos territorios, en función de preparar a la nación para sus futuras necesidades defensivas, las cuales constituían una lógica derivación del resentimiento que se generalizaría en las naciones vecinas ante una victoria alemana definitiva, que se daba por cierta. Así, una mera elucubración teórica brindó sustancia al esfuerzo de propaganda positiva. Al mismo tiempo, se confiaba en el poder movilizador inherente al establecimiento de grandes objetivos. “La determinación de altas metas”, escribió el pan-germanista Manfred Kloss, “despierta a los pueblos y hace a la gente capaz de grandes logros”¹⁸³. Este diseño impactaría fuertemente en la conciencia nacionalista alemana, y este impacto tendría profundas consecuencias en las décadas posteriores a la guerra.

Finalmente, las mismas consideraciones que hemos hecho en relación a las enormes dificultades derivadas de la falta de genuina cohesión interna que enfrentaban los gobiernos de Austria-Hungría y Rusia para removilizar sus estructuras socioeconómicas son aplicables a la actividad de propaganda. La propaganda austríaca tuvo al menos éxito cuando, una vez ingresada Italia en la contienda, logró imponer sobre croatas y eslovenos la idea de la ambición dominadora italiana sobre los territorios balcánicos; en sí, la apertura del frente italiano puede considerarse el único emprendimiento austrohúngaro en la guerra que concitaba algo de entusiasmo, ya que Italia, en su condición de antigua aliada, podía ser presentada como una potencia traidora e indigna¹⁸⁴. En cuanto a Rusia, la propaganda zarista —que a pesar de emplear técnicas

¹⁸¹ MILLMAN, “*A Counsel, ...*”, p. 242-243

¹⁸² *Ibíd.*, p. 243.

¹⁸³ VERHEY, *op. cit.*, p. 152.

¹⁸⁴ ROSHWALD, *op. cit.*, p. 74.

novedosas como el cine, nunca superó la pequeña escala- sencillamente fracasó en su intención de crear un marco de patriotismo y solidaridad que se extendiese más allá de los meses iniciales de la guerra, como hemos señalado en el capítulo anterior. De este modo, la ola de patriotismo que había dado la bienvenida a la guerra fue perdiendo impulso conforme las noticias de los desastres militares superaban la censura; hacia mediados de 1915, el fervor ya había cedido por completo ante el pesimismo.

En ambos casos, la rápida declinación del atractivo de la causa oficial fue rítmicamente acompañada por la creciente seducción de las causas de las comunidades nacionales súbditas, con el consecuente efecto perjudicial sobre el esfuerzo de guerra y la estabilidad política de los sistemas imperiales. Las potencias aliadas supieron aprovechar estas tensiones internas para debilitar aún más la capacidad bélica de Austria-Hungría, fomentando la insurrección entre estas comunidades. Entre mayo y octubre de 1918, unas 60 millones de copias de 643 diferentes tipos de panfletos en ocho leguajes y 110 millones de ejemplares de 112 periódicos en cuatro idiomas fueron distribuidos por los aliados entre los súbditos del Imperio Habsburgo. Para fin de ese período, la desertión a escala masiva era un hecho; se ha reportado que cientos de miles de soldados eslavos se rendían ante las fuerzas aliadas portando panfletos propagandísticos en sus manos, a pesar del riesgo que corrían de ser condenados a muerte si eran sorprendidos por las autoridades imperiales en esta actitud. Philip Taylor observa acertadamente que “(...) cuando el Emperador Carlos concedió a las nacionalidades el derecho a conformar sus Estados por separado, retirando con ello a Austria-Hungría de la guerra como aliado efectivo, Alemania podría haberse quejado de haber sido apuñalada en la espalda –pero por su propio aliado”¹⁸⁵.

Propaganda espontánea

Independientemente del grado de éxito obtenido por los distintos gobiernos en su intento de sostener la cohesión interna de su ciudadanía mediante la propaganda, resulta claro a partir de la simple inspección de los esfuerzos realizados que todos ellos comprendían acabadamente la importancia de llevar adelante estas actividades. No obstante, esta perspectiva tradicional y constructivista, en su esencia manipulativa o “vertical-descendente”, como la hemos referido, no alcanza para explicar ni la magnitud ni los efectos del fenómeno de la propaganda en la Gran Guerra. Mucho más adecuado para este particular propósito resulta el bastante más provocador concepto de la “auto-propaganda”, es decir, el proceso por el cual un grupo humano se esfuerza en forma espontánea por sostener mediante el mensaje un conjunto de ideales y valores que le dan sentido a aquello que está realizando. En esta búsqueda permanente por justificar de distintas maneras una misma causa, la apelación a símbolos que denotan identidad como puntos de referencia colectivos se emplea de la misma manera que en la propaganda tradicional, aunque probablemente con derivaciones más triviales. Pero la conjugación de elementos emocionales con el carácter “horizontal” de las actividades de auto-propaganda confiere a su mensaje una energía difícilmente comparable a aquella

¹⁸⁵ TAYLOR, PHILIP, “Munitions of the Mind: a History of Propaganda from the Ancient World to the Present Day”, Manchester University Press, New York, 2003, p. 190.

intencionalmente contenida en la prédica oficial. Esta perspectiva no sólo nos permite apreciar de mejor modo el compromiso ideológico de las masas con la causa nacional en la primera Guerra Mundial, sino que simultáneamente nos lleva a rescatar el espíritu original del término. Después de todo, la propagación de la fe en la Edad Media no tenía como objeto convertir, es decir, crear valores donde no los hubiese, sino fortalecer las creencias previamente presentes, y con ello la cohesión religiosa, para estar en mejores condiciones de resistir el embate de elementos nocivos o disolventes.

Una primera forma de operación de esta propaganda espontánea era la auto-censura. Los gobiernos de los países beligerantes pronto se dieron cuenta de que, en realidad, no había demasiada necesidad de ejercer una estricta censura sobre la prensa. En cada nación, siguiendo el impulso de agosto de 1914, los medios periodísticos se auto-movilizaron publicando historias patrióticas, a menudo completamente elaboradas, probablemente para salvar en parte los vacíos informativos que dejaba la información oficial. En Francia se creó una comisión de prensa independiente que incorporaba a editores representativos de varias asociaciones locales, para coordinar la distribución de su material. La prensa adoptó en forma casi unánime un tono belicoso que mantuvo durante el conflicto, celebrando el heroísmo de las tropas y las victorias de los generales –aún cuando éstas eran difíciles de explicar-, y demonizando a los enemigos¹⁸⁶. Si Hindenburg y Luddendorff eran héroes nacionales en Alemania a partir de sus victorias en el Frente Oriental, era precisamente porque la prensa los había construido como tales, pericia operacional aparte.

Podría creerse que este entusiasmo fue menguando conforme se prolongaba la contienda, pero esto no es necesariamente cierto. Los medios periodísticos mostraron por momentos una férrea disciplina en su esfuerzo por mantener la moral de la población en alto, un esfuerzo que no se entiende por completo prescindiendo de las convicciones ideológicas que sin duda dominaban el pensamiento de editorialistas y redactores. Obsérvense, a modo de ejemplo, los siguientes extractos de la prensa francesa, supuestamente tomados de relatos procedentes del frente¹⁸⁷:

"Las balas alemanas no matan. Nuestros soldados se han acostumbrado a las balas alemanas (...) Y la ineficacia de los proyectiles es el objeto de todas las conversaciones."

L'Intransigent, 17 de agosto de 1914

"Excepto cinco minutos al mes, el peligro es mínimo, incluso en las situaciones críticas. No sé como me las voy a apañar sin pegarme esta vida cuando la guerra acabe."

Petit Parisien, 22 de mayo de 1915

"La verdad es que algunos (los refugios de Verdún) son relativamente confortables: calefacción central y electricidad (...) La verdad es que uno no se aburría mucho."

¹⁸⁶ CAWOOD y McKINNON-BELL, op. cit., p. 29.

¹⁸⁷ En HENRÍQUEZ ORREGO, op. cit., p. 51.

Petit Journal, 1 de marzo de 1916

"Esperábamos la hora del ataque como el que espera una fiesta."

Petit Journal, 3 de octubre de 1915

"A propósito de Verdún: Las pérdidas han sido mínimas."

Écho de Paris, 25 de febrero de 1916

Como se ha señalado, los poemas de guerra fueron durante los primeros meses de la contienda una de las formas más difundidas de expresar la solidaridad con la causa patriótica. Algunos de estos poemas tenían fuertes connotaciones emocionales, y, en la creencia de que su amplia difusión tendría efectos positivos sobre el conjunto de la población, fueron hábilmente apropiados y diseminados por la maquinaria propagandística. Un caso especialmente relevante por sus consecuencias es el del denominado "Himno del Odio", un poema escrito en 1914 por el poeta y dramaturgo judío alemán Ernst Lissauer. Ferviente nacionalista y devoto de la tradición prusiana, Lissauer quiso expresar en términos muy concretos su apego por la nación alemana. El poema, denominado en el alemán original *Hassgesang Gegen England* (Canción de Odio contra Inglaterra) contenía una funesta prédica de resentimiento contra la nación traidora. Sus versos finales decían:

“Odiaremos con odio perdurable
No nos privaremos de nuestro odio
Odio en el mar y odio en la tierra
Odio a la cabeza y odio a la mano
Odio al martillo y odio a la corona
Odio de setenta millones que se aprietan
Amamos como uno, odiamos como uno
Tenemos un enemigo, un único enemigo – Inglaterra!”

Este poema, publicado originalmente por el semanario nacionalista *Jugend*, se convirtió repentinamente en un suceso. Fue distribuido al ejército alemán, enseñado a los niños escolares, adaptado en una canción y entonado en conciertos. Lissauer, quien en su particular militancia antibritánica diseñó además el slogan “*Gott Strafe England*” (“Dios castigue a Inglaterra”) para ser empleado como emblema en el ejército, fue condecorado por el Kaiser por su obra¹⁸⁸. En su efecto final, el estímulo oficial a esta apelación al odio colectivo ha sido considerada como uno de los grandes errores de la propaganda alemana en su conjunto, ya que mientras sus resultados a nivel domésticos fueron dudosos –de hecho, generó algo de crítica entre la prensa alemana contemporánea-, su elocuencia hizo mucho por fortalecer la determinación popular británica, confirmando la percepción popular sobre la barbarie alemana.

¹⁸⁸ El texto del poema completo, con el título “*The Hasslied*” se puede encontrar en el website “The World War I Document Archive”, en www.gwpda.org/1914/hasslied.htm

La difusión del Himno del Odio ejemplifica de qué manera, en ciertas oportunidades, fueron los propios errores de la propaganda enemiga los que brindaban a los medios la ocasión de reafirmar su vocación nacionalista. La propaganda británica vio nuevamente facilitada su tarea por la celebración mediática alemana del hundimiento del Lusitania, en 1915, y por el incidente conocido como el Telegrama Zimmermann, en 1917. En el primer caso, el acto fue considerado por el público aliado como una flagrante violación al derecho humanitario, de hecho un ataque más por parte de la barbarie germana en perjuicio de civiles inocentes¹⁸⁹. Los alemanes insistían que se trataba de un acto legal de guerra, pero la combinación de este hecho con la publicación del Reporte del Comité sobre los Presuntos Excesos Alemanes en Bélgica, más conocido como “Reporte Bryce”, a pocos días de la tragedia del Lusitania sirvió para reforzar el estereotipo que los británicos se habían formado sobre su enemigo. Pero el mayor error alemán recién sobrevino al año siguiente, cuando en una neta demostración de impericia, el Kaiser decidió celebrar el aniversario del hundimiento mediante una medalla conmemorativa. Una fotografía de estas medallas fue publicada por el New York Times, desatando también en Estados Unidos una oleada de rencor contra Alemania.

En cuanto al Reporte Bryce, el mismo era el resultado de una investigación iniciada para verificar la veracidad de los rumores y reportes que describían el inhumano comportamiento alemán en las localidades belgas ocupadas, y conducida a través de entrevistas a unos 1.200 testigos. La gran circulación de rumores era, por cierto, otra forma de las formas más comunes de propaganda espontánea. Los rumores acerca del inminente arribo de refuerzos foráneos eran habituales en todas partes. En Gran Bretaña se popularizó una historia acerca de un buque repleto de tropas rusas, que llegaría con su preciada carga a las costas de Escocia para aliviar el esfuerzo de las fuerzas británicas. Estos soldados aún traían, según se decía, “la nieve bajo sus botas”. Comentarios acerca de una eventual deportación masiva a manos de los invasores animaban la voluntad de resistencia de los lituanos ante los alemanes, y de los armenios ante los turcos. Pero el lugar de honor entre los rumores lo ocupaban, precisamente, las atrocidades cometidas por el enemigo. Para los aliados, la brutalidad dispensada por los alemanes a los pobladores belgas fue la referencia obligatoria y permanente para la efectiva demonización del oponente.

En este sentido, las conclusiones expresadas en el Reporte Bryce indicaban con claridad que los alemanes habían conducido una campaña de terror contra la población belga, y que sus actos constituían un crimen contra la humanidad. Al mismo tiempo, el informe muestra que, más allá del terror impuesto en forma sistemática sobre la población civil, buena parte de los abusos reportados se habrían debido a la pérdida del control de los oficiales sobre sus subalternos¹⁹⁰. Por su parte, esta campaña de terror habría estado a su vez inducida por la circulación de rumores acerca de la resistencia

¹⁸⁹ La evidencia descubierta por arqueólogos marinos y expertos sugiere que este buque de pasajeros, hundido por un submarino alemán en mayo de 1915 llevaba en verdad un cargamento ilegal de armas. Por supuesto, nada de ello se comentó en Gran Bretaña en aquel momento.

¹⁹⁰ Al respecto, véase a ROBERTSON, LINDA, “*The Bryce Report: Comments*”, versión completa disponible en <http://net.lib.byu.edu/~rdh7/wwi/comment/bryce.html>. Se puede acceder al texto completo del Reporte Bryce en el sitio web de “The World War I Document Archive”.

belga; en particular, las versiones acerca de francotiradores generaban temor entre las fuerzas ocupantes, adoctrinadas bajo la influencia de ejemplos históricos como la Guerra del Pueblo librada por la resistencia parisina contra las tropas prusianas en 1871. Explicaciones aparte, la prensa aliada, siempre predisdispuesta a propagar las historias de atrocidades presentándolos como hechos verificados, complementaba sus relatos con imágenes del “Ogro Prusiano”, ostentando orgullosamente su *pickelhaube*, o el “Huno Bestial”, invariablemente obeso y dedicados ocupados en crucificar soldados, violar mujeres, mutilar bebés, destruir o saquear iglesias. Estas imágenes quedarían fuertemente implantadas en el imaginario popular, proveyendo el foco esencial sobre el cual se lanzaría la ofensiva moral¹⁹¹. La calificación de “huno” era igualmente efectiva, por traer consigo las reminiscencias de un pueblo invasor, proveniente del Este, y empeñado por sobre todas las cosas en la destrucción de la civilización occidental. Curiosamente, había sido el propio Kaiser quien facilitó esta ingeniosa identificación, al pronunciar en un discurso las poco felices palabras “lucharemos como hunos”¹⁹²; sin demora, Lord Kitchener trasladaría directamente este calificativo -recibido como un regalo- a los afiches de sus campañas de reclutamiento: “Luchen por sus madres, esposas y niños contra los terribles hunos!”¹⁹³.

Probablemente el rumor más extravagante difundido en el período sea el de la fábrica alemana de “reciclado de cadáveres”. El 10 de abril de 1917, cuatro días después de la entrada en guerra de los Estados Unidos, un periódico alemán desarrolló la historia de una fábrica especializada en el reciclado de cadáveres, que producía con ellos insumos de guerra. La ola de rumores llevó a que la prensa británica, siempre atento a los informes sobre atrocidades, acusara una semana después al gobierno alemán de estar hirviendo cadáveres humanos para hacer jabón. Ante el escándalo, el gobierno de Lloyd George ordenó una investigación para certificar el origen del reporte, que no arrojó resultados concluyentes. Lo único que se pudo constatar fue que un cargamento ferroviario con cadáveres de soldados alemanes procedente de Lieja había sido desviado a Holanda por error, y que un periódico belga había recogido la información de que esos cuerpos tenían por destino ser convertidos en barras de jabón. Pero ello era suficiente para la prensa y el público aliados; incluso aquellos funcionarios oficiales y académicos que admitían la posibilidad de una mala interpretación del término *kadaver* utilizado por el informe original –probablemente referido a carne de caballo-, estaban poco dispuestos a desafiar la versión popular, dada la gran publicidad de la historia. El Secretario de Asuntos Exteriores británico, Lord Balfour, llegó incluso a declarar, no obstante la escueta evidencia, que “no parece, a la vista de las muchas atrocidades de las que los alemanes son culpables, que exista ninguna razón para pensar que no es cierto”¹⁹⁴. Esta verdadera inversión de la carga de la prueba no significa que las autoridades británicas “compraran” la versión propagandística; en cambio, es más acertado suponer que la amplia aceptación de la imagen del “huno bestial” implicaba que la realidad era

¹⁹¹ Para una exhaustiva descripción del estereotipo alemán, tal y como lo describían los medios periodísticos aliados en su condición de bárbaro o “huno”, véase STORER, COLIN, “*The German of caricature, the real German, the fellow we were up against: German stereotypes in John Buchan's Greenmantle*”, *Journal of European Studies*, Vol. 39, 2009, SAGE Pubs., Londres, pp. 36-57.

¹⁹² LUILEVICIUS, “*The First...*”, p. 23.

¹⁹³ SILBEY, op. cit., p. 119.

¹⁹⁴ TAYLOR, op. cit., pp. 180-181.

frecuentemente interpretada mucho más de acuerdo con estereotipos que a la luz de evidencia cierta.

Siguiendo este flujo de propaganda espontánea, la principal respuesta alemana a estas acusaciones provino del ámbito académico. Las élites intelectuales alemanas también participaron del fervor de la auto-propaganda, aportando justificaciones para la guerra –y para los actos de guerra- que entremezclaban los órdenes del conocimiento científico y de la moral. Un ejemplo notable es el “Manifiesto de los Noventa y Tres Intelectuales Alemanes”, dirigido a “las naciones civilizadas del mundo” (por cierto, no a los irracionales enemigos de Alemania). En él, un grupo de reconocidos intelectuales y artistas, entre los que se encuentran personalidades de la talla de Max Planck, Paul Ehrlich, Wilhelm Roentgen y Max Liebermann, se describen a sí mismos como “heraldos de la verdad” que erigen su voz frente a la mentira de las derrotas alemanas, niegan toda responsabilidad de parte de Alemania por el inicio de la guerra, y rechazan toda acusación de atrocidades y hechos de vandalismo cometidos por las tropas alemanas, a quienes defienden como respetuosos de las normas internacionales. En relación a la destrucción de la biblioteca de Leuven (Louvain en el texto original) ocurrida el 25 de agosto de 1914, con la consecuente pérdida de miles de textos del período gótico y renacentista, estas celebridades autoconvocadas afirman, en un pasaje cuya lógica sólo puede interpretarse en el contexto del patriotismo militante de la época:

“No es verdad que nuestras tropas trataron a Louvain con brutalidad. Habiendo atacado unos pobladores enfurecidos a los soldados en sus cuarteles, nuestras tropas, con dolor en su corazón, se vieron obligadas a incendiar una parte de la ciudad como castigo. La mayor parte de Louvain ha sido preservada...”

El documento continúa explicando la falsedad de la noción del combate contra el militarismo prusiano, que esconde en su sentir una lucha a muerte contra la civilización alemana, que, según enfatizan, habría dejado de existir mucho tiempo atrás, de no ser por el militarismo prusiano. El compromiso se ratifica con la frase final: “Créannos que en esta lucha, iremos hasta el fin como un pueblo civilizado, como el pueblo para el cual la herencia de Goethe, Beethoven y Kant es tan sagrada como su tierra y su hogar”¹⁹⁵. Una versión abreviada del mismo fue utilizada luego por la propaganda francesa para presentar a la intelectualidad alemana como falaz y malintencionada. En un folleto titulado “Bárbaros Alemanes” se compara “lo que dicen” -la protesta ante a la mentira apelando al mundo civilizado ya los íconos de la cultura-, contra “lo que hacen”, extractos inverificables de diarios de soldados alemanes muertos o capturados, en donde se describen en detalle las atrocidades por ellos cometidas¹⁹⁶. Pero, para los intelectuales alemanes, esto sería sólo la primera contribución comunitaria en lo que sería un prolongado compromiso con su nación en guerra. Tiempo después, un nutrido grupo de académicos y escritores dedicarían sus energías en pleno a justificar la

¹⁹⁵ “The Manifesto of the Ninety Three German Intellectuals”, versión on-line disponible en el sitio web “The World War I Document Archive”.

¹⁹⁶ “German Barbarians”, versión on-line accesible a través del sitio web “The World War I Document Archive”.

anexión permanente de los territorios orientales ocupados, mediante el programa de *Kultur* promovido por las autoridades militares; lo harían estudiando y catalogando los tesoros artísticos y arqueológicos allí encontrados, y buscando simultáneamente en ellos las trazas de la cultura germana ancestral¹⁹⁷. En idéntica forma, los intelectuales franceses, británicos y americanos serían arrastrados por la corriente de esta guerra de ideas, y producirían artículos y novelas en las que apasionadamente calificarían a los alemanes de bárbaros que amenazaban a la civilización. Henry James, Joseph Conrad, Arnold Bennet, H. G. Wells, Rudyard Kipling, Arthur Conan Doyle y Ford Madox Huefer contaban entre muchos otros pensadores que “(...) creían genuinamente que lo que estaba en juego era la causa de la civilización”¹⁹⁸.

Un muy importante elemento propagandístico fue la mitologización de hechos y personajes del pasado y del presente. En este sentido los esfuerzos de la propaganda oficial fueron menos efectivos que las iniciativas surgidas genuinamente del imaginario popular. El aprovechamiento integral de los eventos de agosto de 1914 fue una iniciativa recurrente en este sentido. A fines de diciembre de 1916, cuando la crisis alimentaria arreciaba, el gobierno distribuía un panfleto en el cual se consignaban los logros oficiales en los primeros dos años de guerra. Bajo el lema “debemos triunfar”, los retratos de Hindenburg y Bismarck expresaban la convocatoria a “sostener el espíritu de 1914”, sin que ello requiriese mayor explicación. El mensaje urgía luego a la población que mantuviera la confianza en sus líderes, advirtiéndole que una derrota implicaría un retroceso de décadas para la nación alemana¹⁹⁹. Durante toda la guerra fue común el argumento de que Alemania sería exitosa debido a este espíritu. El *Norddeutsche Allgemeine Zeitung* revelaba de este modo el 6 de noviembre de 1916 el “secreto” de la superioridad del soldado alemán como “el espíritu que está en el corazón de nuestras tropas.”²⁰⁰

El poder de este tipo de mensajes, como explica Verhey, quedaba de todos modos empequeñecido frente a la talla del mito creado en torno a la figura de Hindenburg, quien junto a Ludendorff había sido elevado al estrado de los héroes nacionales por los medios periodísticos en virtud a sus victorias militares. A partir de allí, Hindenburg sería reverenciado mediante la lectura de todos sus escritos, la publicación en la prensa de ediciones especiales en su honor y la atención masiva de la audiencia radial a sus frecuentes discursos. La exhibición icónica de su figura, surgida en gran medida de la voluntad popular, se multiplicó en diversas variantes, algunas de ellas de un sorprendente grado de trivialización. La más conocida es la colosal estatua de madera erigida en su nombre en una plaza berlinesa, acompañada de las estatuas de los ancestros del emperador; el objetivo de este monumento era recolectar fondos para obras de caridad, y para ello, los patriotas alemanes deberían abonar un marco por el derecho a clavar un clavo en la efigie, que sería así “blindada” por una cota de clavos –se estimaba que más

¹⁹⁷ LIULEVICIUS, “*War Land...*”, p. 131-132.

¹⁹⁸ FINCH, op. cit., p. 378.

¹⁹⁹ VERHEY, op. cit., p. 151

²⁰⁰ *Ibíd.*, p. 193.

de un millón y medio de clavos se necesitarían para cubrirla en su totalidad²⁰¹. Otras formas incluían el empleo de su imagen en artículos de consumo y souvenirs; un estudio de la época muestra cómo las decisiones de los consumidores estaban animadas por el uso icónico de su figura en los avisos comerciales²⁰². Este mito, que el propio Hindenburg se ocupó de fomentar surgió principalmente de la adquirió una relevancia tan excepcional que sobrevivió a la guerra y perduró en la memoria colectiva alemana hasta bien entrada la década de 1930.

Es interesante destacar que incluso en Rusia se experimentó esta mitologización de origen principalmente espontáneo. El Comité Skobelev, que funcionaba como un órgano semi-oficial de propaganda, operaba con criterios comerciales, de tal modo que podemos suponer que el material que ofrecía debía satisfacer la demanda pública. Este material reflejaba el apoyo popular y la simpatía que despertaba la guerra en sus primeros momentos. Los elementos de preferencia eran de estilos y géneros muy tradicionales en un comienzo, pero gradualmente fueron evolucionando hacia métodos más avanzados. Las figuras de Alexandre Nevskii, un héroe medieval que venció a los Caballeros Teutónicos, y de Mikhail Kutuzov, héroe de las Guerras Napoleónicas, y San Jorge eran los íconos de preferencia, junto a las obligatorias imágenes del zar y los motivos imperiales. Sin embargo, el atractivo de estos símbolos no dejaba de estar limitado a las clases urbanas de origen nacional ruso, permaneciendo los vastos sectores rurales al margen de todo ello, y significando poco y nada para las restantes minorías nacionales²⁰³.

Otro aspecto de la movilización espontánea era la presión social ejercida sobre los diferentes miembros de la comunidad nacional. La cohesión y la movilización espontánea de vastos sectores sociales, por supuesto, son fenómenos cuyos efectos deben ser entendidos tanto en su función de bases de sustento para las políticas públicas y la estrategia nacional, como en su función de factores de presión hacia los gobernantes. Esta presión actúa nuevamente en sentido vertical, pero ascendente. Por otra parte, el estado de permanente autoconvocatoria determinó la existencia de factores de presión horizontales, es decir, de ciertos grupos sociales sobre otros. Esta presión se manifestó de variadas formas. La movilización del nacionalismo alemán para contrarrestar las influencias derrotistas de los sectores más liberales, y la delación de los ciudadanos comunes sobre los presuntos disidentes, como nota común en todas las potencias beligerantes, constituyen las formas más directas de ejercerla. Había otros modos más sutiles. En Gran Bretaña circulaba el rumor en 1915 de que la voluntad de los hombres para alistarse en el ejército estaba decayendo; por lo tanto, ciudadanos imbuidos de patriotismo y especialmente grupos de jóvenes mujeres recorrían las calles de los principales centros urbanos buscando hombres de todas las edades que no estuvieran vistiendo uniforme, para prenderles de su ropa una pluma blanca. La pluma daba cuenta

²⁰¹ Al respecto, véase “*Hindenburg Statue with Hohenzollern; Colossal Effigy will be Unveiled in the Siegesallee on Aug. 28*”, Special Cable to the New York Times, 10 de agosto de 1915, versión electrónica del facsímil disponible on-line en www.query.nytimes.com/mem/archive-free

²⁰² MENGE, ANA, “*The Iron Hindenburg: A popular Icon for Weimar Germany*”, German History Vol 26, Oxford, 2008, pp. 357-382.

²⁰³ CAWOOD y McKINNON-BELL, op. cit., p. 31.

así de la supuesta cobardía de su portador²⁰⁴. Cabe señalar que actitudes extremas como esta última, cuya verdadera efectividad como actividad propagandística es materia de debate²⁰⁵, generaban un considerable nivel de tensión entre la ciudadanía -considérese que entre las personas acusadas de cobardía podían hallarse soldados en permiso transitorio, o veteranos de guerra que por causa de las lesiones recibidas o enfermedad habían sido separados del servicio activo.

La propaganda espontánea es sin embargo un fenómeno mayormente confinado al frente doméstico. En las trincheras y en el campo de batalla, la exaltación del sentimiento patriótico se encuentra en líneas generales reservada a los altos mandos de los ejércitos, y a las pequeñas unidades de élite, entre las cuales se difunde incluso la idea de la glorificación de la guerra. Todas las potencias emplearon este tipo de unidades, cuyo pionero y máximo exponente fueron las Tropas de Asalto alemanas (o *Sturmtruppen*). Un joven oficial de las Tropas de Asalto, Ernst Jünger, escribió sus memorias de guerra bajo el título “Tormenta de Acero” (*In Stahlgewittern*), en la cual celebraba la estética de la violencia y retrataba un nuevo modelo de heroísmo individual, personificado en el *Sturmtruppen*. Esta devoción por la causa nacional y singular deleite por las emociones del combate difícilmente se encuentre en la experiencia del soldado común, probablemente bastante mejor representado por este fragmento de correspondencia de un soldado británico:

“(…) Bien la verdad es que (y como te dije antes, me fusilarán si alguien de importancia pilla esta misiva) todo el mundo está totalmente harto y a ninguno le queda nada de lo que se conoce como patriotismo. A nadie le importa un rábano si Alemania tiene Alsacia, Bélgica o Francia. Lo único que quiere todo el mundo es acabar con esto de una vez e irse a casa. Esta es honestamente la verdad, y cualquiera que haya estado en los últimos meses te dirá lo mismo.

De hecho, y esto no es una exageración, la mayor esperanza de la gran mayoría de los hombres es que los disturbios y las protestas en casa obliguen al gobierno a acabar como sea. Ahora ya sabes el estado real de la situación. Yo también puedo añadir que he perdido prácticamente todo el patriotismo que me quedaba, solo me queda el pensar en todos los que estáis allí, todos a los que amo y que confían en mí para que contribuya al esfuerzo necesario para vuestra seguridad y libertad. Esto es lo único que mantiene y me da fuerzas para aguantarlo. En cuanto a la religión, que Dios me perdone, no es algo que ocupe ni uno entre un millón de todos los pensamientos que ocupan las mentes de los hombres aquí.”²⁰⁶

²⁰⁴ BIBBINGS, op. cit., p. 348.

²⁰⁵ David Silbey, en particular, duda de que la identificación mediante plumas blancas haya sido una práctica muy extendida, y mucho más de que haya compelido a los hombres a alistarse. De todos modos, la introducción de la conscripción puede oscurecer parte de los razonamientos en uno u otro sentido. En verdad, las autoridades británicas dejaron de confiar en que el espíritu patriótico nacional continuaría por sí mismo aportando voluntarios al sacrificio de la causa bélica. Véase SILBEY, op. cit., pp. 104-124.

²⁰⁶ HENRÍQUEZ ORREGO, op. cit., pp. 49-50.

Pero en ningún momento se manifestaban con mayor crudeza las tensiones y las decepciones generadas por la propaganda que durante el regreso a casa de los combatientes, un tópico que también es tratado por Erich Marie Remarque en su afamada novela. Como inesperado producto de la combinación de propaganda oficial con la propaganda espontánea, había una muy notable diferencia de percepción entre los combatientes, quienes vivenciaban en forma directa y activa en las acciones bélicas – sometidos a un horror perdurable y por lo tanto mucho más propensos al descrédito- y quienes experimentaban el conflicto desde el frente doméstico. Aún teniendo que soportar los rigores de la contienda, la visión del ciudadano común podía llegar a estar divorciada de la realidad del frente. En su afamada novela, Erich Marie remarque también aborda este tópico, cuando relata las dificultades que un joven alemán que presta servicio en el Frente Occidental descubre para relacionarse con su propio entorno familiar, mientras cumplía una licencia temporal. La experiencia del frente es tan brutal que para este muchacho de veinte años equivale a la totalidad de su vida; le impide tanto conectarse con su pasado, como con un futuro extremadamente incierto. Y, muy en especial, le impide comprender a sus connacionales cuando enfervorizadamente discuten los pormenores de la guerra, sin saber de qué se trata realmente; el protagonista muestra, en consecuencia, indiferencia o resentimiento hacia quienes le alaban y le respetan por usar un uniforme.

La desilusión, finalmente, también se adueñó del frente doméstico en Alemania a medida que el fracaso se fue evidenciando. La victoria había sido prometida en 1914, en Verdún en 1916, y luego mediante la guerra submarina irrestricta en 1917. El creciente malestar interno generó la ruptura de la *Burgfrieden*, y los intentos de la propaganda oficial por recomponer la cohesión social fueron infructuosos. Por el contrario, entre aquellos grupos que habían retomado las convicciones socialistas de preguerra, esta obstinada prédica de una improbable victoria por parte de las agencias oficiales sonaba a engaño e incrementaba el resentimiento. En 1918, el desencanto por el Kaiser, por el ejército, y por el gobierno de los dictadores militares había ganado las calles. En el sur, Prusia y su militarismo fueron objeto de acusación por su culpabilidad en haber provocado la guerra; en estas zonas, comenzaron a resurgir los sentimientos localistas. Con el quiebre del consenso social, Alemania se precipitaría así en la revolución y en la derrota.

Notablemente, el desencanto con el ideario nacionalista no se confinaría a las potencias derrotadas. El desgaste y el sufrimiento producidos por aquellos años de guerra total fueron tales, que en la percepción popular –y no necesariamente en la dirigencia política- se pusieron seriamente en duda la validez y el propósito de la guerra. Finalmente no estaba claro, aún formando parte del bando victorioso, que toda aquella experiencia hubiera valido la pena. Las reacciones subsiguientes fueron, en consecuencia, la negación de la participación personal en cualquier aspecto de la contienda, el distanciamiento con respecto a un conflicto considerado inhumano e inservible, y con ello, el rechazo masivo de la ideología nacionalista en la cual las clases urbanas europeas se habían educado durante décadas, y que había sido determinante en los orígenes y la evolución de la Gran Guerra. Aunque pronunciadas en etapas tempranas de la contienda, pocas palabras simbolizan mejor este autoindulgente desencanto que las expresadas por

el poeta británico Rudyard Kipling al conocer la noticia de la muerte de su hijo, a quien él mismo había alentado a alistarse, ocurrida en 1915 en la batalla de Loos:

“Si alguien pregunta por qué morimos,
diles
que es porque nuestros padres nos han mentado.”

Evaluación

Resumiendo lo observado, puede apreciarse que los gobiernos de los países beligerantes reconocieron la necesidad de alinear los corazones y las mentes de sus conciudadanos en la prosecución de los propios objetivos nacionales, y se ocuparon con determinación de ello. De la prolongación de la guerra surgió además el requerimiento de mantener el nivel de cohesión interno que hiciese posible removilizar las estructuras de poder para sostener un desgastante esfuerzo de guerra. Una compleja maquinaria propagandística se puso al servicio de este emprendimiento, que combinó en todo momento actividades de supresión de información considerada perjudicial con actividades de fomento de la causa de la nación. Los resultados de estos esfuerzos, como hemos visto, variaron enormemente dependiendo en parte del profesionalismo y la pericia de quienes estuvieron a cargo de la producción y diseminación de la propaganda oficial, y del grado de receptividad de las poblaciones en cada caso afectadas. En forma prácticamente indistinguible de la capacidad de removilización, los resultados obtenidos a partir de este esfuerzo por los Estados nacionales consolidados parecen haber sido sustancialmente mejores que los obtenidos por las potencias multinacionales sometidas a las tensiones constantes de los nacionalismos en pugna contra el poder central. Tal es, por lo menos, el modo en que tradicionalmente hemos comprendido la actividad de propaganda y sus efectos. Según este marco de referencia teórico tradicional, podría afirmarse además que la misma energía de los eventos de agosto de 1914, sin duda espontáneos, fue apropiada y aprovechada luego por las agencias de propaganda operadas por los respectivos gobiernos, para sostener su accionar psicológico en las bases firmes de una memoria colectiva formada en el consenso sobre el significado y la intensidad de hechos recientes.

Pero, como hemos visto, el punto de vista mecánico de la imposición de ideas en sentido vertical-descendente no alcanza a explicar la totalidad del fenómeno de la propaganda, tal y como se verificó en la guerra. El problema de la receptividad diferencial de los distintos grupos humanos a los productos del aparato propagandístico nos ha llevado a considerar la necesidad de adoptar otras estructuras de pensamiento para evaluar lo sucedido. Después de todo, difícilmente puede sostenerse que la sola pertenencia a un Estado nacional consolidado, sumada quizás a la fuerza de los sentimientos desatados al comienzo de la guerra, bastara para proveer el marco de cohesión necesario ante condiciones tan extremas. Los conceptos de movilización espontánea y auto-propagandización aparecen entonces como adecuados para describir la naturaleza del comportamiento de masas en la guerra.

Los investigadores franceses Stephan Audoin Rouzeau y Annete Becker han brindado una importante contribución a este campo renombrando el fenómeno de la propaganda espontánea como “cultura de guerra”. Según explican, los esquemas manipulativos de propaganda han sido empleados en parte para salvar la absurda discrepancia entre las emociones que iniciaron y sostuvieron el conflicto en su momento, y la posterior pero mucho más persistente visión de la guerra como un conflicto inútil y fratricida. Pero en realidad, las naciones beligerantes desarrollaron un profundo impulso por exterminar al enemigo²⁰⁷. Esta visión de la guerra en términos de cruzada evolucionó a partir de sus primeras etapas, en las que la propaganda sobre las atrocidades cometidas por el enemigo, lejos de ser impuestas desde los niveles de autoridad superiores, surgieron genuinamente y se expandieron en el seno de la cultura popular. Para los participantes de ambos bandos, la guerra se convirtió en una batalla contra la barbarie o la inmoralidad enemiga, una visión que los intelectuales apoyaron y promovieron con entusiasmo. Como antes hemos señalado, el hecho de que las partes entendieran el conflicto en términos binarios impactó en la lógica de la guerra –y posteriormente, en la lógica de la paz que se le impondría a los vencidos.

En efecto, y como hemos observado, muchas de las actitudes y conductas colectivas mediante las cuales las sociedades de los países beligerantes se relacionaron con el conflicto bélico pueden ser descritas según este marco de referencia, en el cual la dinámica del proceso de elaboración y difusión del mensaje se desarrolla en forma horizontal. Por supuesto, la propaganda espontánea, en sus diferentes expresiones de autoconvencimiento se combinó con la prédica oficial para desarrollar esta cultura de guerra. Las razones coyunturales de este comportamiento de masas pueden atribuirse a la intensidad y aceptación con que fue recibida la guerra en la mayoría de estos países, especialmente de parte de sus clases urbanas educadas. Las razones estructurales, claro está, deben buscarse más allá, ya que son atribuibles al resultado de décadas de arraigo de la ideología nacionalista en la conciencia de los pueblos europeos.

Simultáneamente, la perspectiva de la cultura de guerra nos permite, en lugar de medir el impacto de las campañas de manipulación, enfatizar la trascendente relevancia que en el curso de la contienda adoptó la sociedad civil, entendida ésta como un conjunto de grupos y organizaciones que, más allá de la esfera doméstica y familiar, interactuaban con el Estado en función de sus propios intereses y principios –esto es, sin que necesariamente estos intereses y principios se encuentren predeterminados por el propio Estado. Motivados principalmente por condicionamientos ideológicos, estos grupos establecieron formas de relacionarse con la guerra que ayudaron a legitimar las acciones del Estado para librarla, generaron presiones sobre los modos políticos y estratégicos de conducir el conflicto, e impusieron restricciones sobre las capacidades puestas en juego. Para las potencias beligerantes, en cada caso particular es posible evaluar el rol del Estado en la Gran Guerra como la respuesta a una combinación local de estas tres formas de vivenciar la contienda por parte de la sociedad.

²⁰⁷ AUDOIN-ROUZEAU, STEPAHN y BECKER, ANNETTE, “14-18: Understanding the Great War”, Hill & Wang, New York, 2003, p. 93-103.

Consecuentemente, la sociedad contribuyó con el monitoreo y la censura de la opinión pública. Las asociaciones literarias, círculos académicos y las iglesias locales periódicamente alentaban y energizaban el esfuerzo de guerra nacional mediante publicaciones, celebraciones y conferencias públicas. La supresión del disenso no fue actividad privativa del Estado, sino que los funcionarios oficiales podían confiar en la colaboración generalmente desinteresada, desde el punto de vista material, de individuos en muchos casos que agudizaban sus instintos para la detección de comentarios subversivos en el dominio público. Si la idea de la sociedad civil educada y responsable fue, innegablemente, el legado institucional del liberalismo político, la Primera Guerra Mundial demostró que la sociedad civil era capaz de poner coto a estos principios en nombre de la causa de la nación.

En la Primera Guerra Mundial, el predominio de la ideología nacionalista determinó que la sociedad civil, lejos de operar *per se* como un límite a la extensión temporal y espacial del conflicto, contribuyera mediante la creación de una cultura de la guerra a la lógica totalizadora del mismo. Instituida principalmente mediante manifestaciones, asociaciones y organizaciones voluntarias, la sociedad civil no sólo expresó las demandas sociales en la esfera pública, sino que constituyó el espacio preponderante en el cual todos los aspectos de la guerra, desde la participación ciudadana hasta las condiciones de la victoria, pasando por supuesto por la relación con el enemigo, fueron comprendidos, elaborados, normados y diseminados, y donde las relaciones de poder fueron controladas y ejercitadas. Los valores que fluían en las venas de la sociedad civil fueron así absolutamente decisivos para que el conflicto armado adoptara las características de guerra total por las que sería distinguida –erróneamente- como la guerra “que pondría fin a todas las guerras”.

Con respecto a la preponderancia de la ideología nacionalista en esta cultura de guerra como factor determinante para el sostenimiento del esfuerzo bélico en las partes contendientes, su verificación surge de la combinación de las conclusiones relativas al fenómeno aquí analizado –la aparición de una cultura de guerra- con las derivadas de la evaluación del impacto diferencial de esta ideología sobre las capacidades de removilización efectiva de los países beligerantes. Es deducible de ello que la formación de una cultura de guerra sólo tiene lugar en las poblaciones cohesionadas por una fuerte base ideológica; esta cultura de guerra permite sostener el esfuerzo bélico en tanto el sistema político imperante sea capaz de representar y canalizar los sentimientos colectivos; en estas circunstancias, la existencia de concepciones ideológicas mutuamente excluyentes se erige como condición necesaria para dar lugar a la guerra total –donde la condición suficiente se alcanzará a partir de las posibilidades materiales de sostener esta idea con recursos concretos en el campo de batalla.

CAPÍTULO SEIS

CONCLUSIONES

En nuestro tratamiento del nacionalismo como fenómeno, se ha discutido la dificultad inherente a encontrar una explicación fehaciente que lo vinculara en forma unívoca a la lengua, la raza, la religión o la geografía, y que consecuentemente, siempre resulta de una especie de combinación genética particular entre estos factores. Pero a partir de allí, uno de los aspectos que inmediatamente sobresalen es que, cualquiera sea la constitución genética de base, el nacionalismo es una ideología que se expresa en términos marcadamente pasionales y masivos. En su condición de manifestación en esencia pasional, como surge de las comprobaciones realizadas en el presente trabajo, parece adecuada la apreciación de que es “(...) uno de esos motivos espirituales por los que las pasiones humanas pueden excitarse en grado sumo”²⁰⁸. Como tal, es pasible de consideración positiva, por cuanto su función como elemento aglutinante de las sociedades modernas constituye un factor de progreso –al menos, un factor habilitante del mismo, como comúnmente nos es referido-. Pero también posee, como sujeto de consideración negativa, el estigma de ser un elemento motivador de conflictos y guerras.

Por supuesto, paradójicamente se vuelve casi una necesidad adoptar una actitud desapasionada para llegar a esta última afirmación. Lejos de ello, desde el extremo de la ideología nacionalista esta ambigüedad de connotaciones ha demostrado una intrínseca capacidad de presentar, como notable efecto, la idea de la guerra misma como factor positivo en su carácter redentor de la nacionalidad, Lo que hemos observado en este trabajo es que este ascenso a los extremos de la ideología puede darse especialmente en el contexto de la propia contienda bélica, con lo cual se incurre en una

²⁰⁸ CANO HEVIA, op. cit., p. 58.

suerte de escalada pasional, una escalada de tal intensidad que, al menos en nuestro caso de estudio, ni siquiera los no menos extremos rigores que la guerra suelen imponer a la población poseen la fuerza suficiente como para motivar su abandono. En este caso, sólo el desencanto producido tanto por la derrota como por una victoria amarga producirá el cuestionamiento de las masas hacia este ideal colectivo, como lo reconoce Howard en franca oposición a la idea de Hobsbawm, y aunque este desencanto sólo sea temporal.

La experiencia histórica nos dice, además, que como elemento motivador de guerras el nacionalismo no es fácilmente eliminable. En primer lugar, esto está determinado por su propia naturaleza: por tratarse de una expresión sentimental, contra la cual la razón no resulta del todo eficaz –recuérdese en este punto que toda discusión acerca de cuestiones soberanas entre partes involucradas bien podría terminar, más allá de todo argumento legal o racional, con la frase atribuida a Stephen Decatur “*my country, right or wrong*” (algo que podríamos traducir aproximadamente como “mi país, tenga o no la razón”)²⁰⁹. Y en segundo lugar, porque su rol como elemento aglutinante de la comunidad, es decir, lo que hemos considerado como su aspecto positivo, impide –o al menos reduce- la posibilidad de tomar partido contra él, lo que incluso inadvertidamente experimentarían los movimientos socialistas europeos en 1914. Este carácter antinómico otorga al nacionalismo un dinamismo que le hace subsistir a través de la historia moderna²¹⁰.

A su vez, la disponibilidad de una consistente base nacionalista dentro de la propia población ha revelado, en el caso histórico de estudio, ser de una relevancia capital, una vez iniciada la contienda, para sostener el esfuerzo de guerra de las partes en conflicto. No obstante, el resultado final de su contribución sólo pudo considerarse exitoso cuando el liderazgo nacional constituyó la verdadera encarnación de los ideales colectivos de sus dirigidos. Recíprocamente, deberíamos pensar que la propia voluntad popular elevó a los líderes al sitio que finalmente ocuparon, y los determinó a mantener los puntos de vista que mantuvieron. Esto, nuevamente, sólo es una observación aplicable a los regímenes representativos. Un régimen autocrático como el alemán produjo, en cambio, no pudo impedir que las fuerzas que se produjeron en sus mínimos espacios de participación, conspiraran contra la resolución por la victoria. Las consecuencias de esta difícil dualidad fueron interpretadas en la Alemania de posguerra de manera completamente divergente. Mientras los liberales buscaron mediante la constitución de una república la solución a los males presentes y futuros, los nazis entendieron que sólo un gobierno central más fuerte y autocrático podía disciplinar, bajo una intensa revigorización ideológica, las inmensas fuerzas de la nación hacia el futuro de grandeza que se le había negado. Las consecuencias de este pensamiento fueron trágicas para Alemania –y para la humanidad.

Una de las implicancias prácticas del dinamismo y la potencialidad que posee la ideología nacionalista es que nos permite reevaluar algunas de las formulaciones

²⁰⁹ Al respecto, véase el Capítulo 1, “*To Conquer Upon the Sea, Barbary Wars 1908-1805, 1815*”, en BOOT, MAX, “*The Savage Wars of Peace: Small Wars and the Rise of American Power*”, Basic Books, New York, 2003, pp. 3-30.

²¹⁰ CANO HEVIA, op. cit., p. 60.

hechas por Clausewitz para describir la naturaleza de la guerra. En una primera aproximación, uno no puede menos que admitir, a la luz del caso estudiado, que la configuración trinitaria –pueblo, política, fuerzas armadas- constituyen una muy clara descripción del modelo de guerra que posee la potencialidad de proyectarse como guerra total, y que Clausewitz hubo de reconocer en estado embrionario a partir de su experiencia en las Guerras napoleónicas. En una evidente muestra de agudeza intelectual, el pensador prusiano nos está explicando varias décadas antes de la Gran Guerra, de qué manera la tendencia de la guerra a ascender a los extremos en cuanto al empleo de la violencia está comprendida dentro de esta lógica, fuertemente binaria en términos ideológicos, pero condicionada por el “trinitarismo” que subyace en la naturaleza propia de la guerra en términos abstractos –o teóricos-, y en el sistema de toma de decisiones, en términos concretos –o prácticos. Y, no obstante haber sido este esquema trinitario señalado por algunos autores modernos como el paradigma de una generación de conflictos bélicos que pertenece al pasado y cuya continuidad como forma predominante, está condenada a desaparecer, la mayoría de las actuales concepciones acerca de la defensa y la estrategia en los Estados-naciones están basadas en este armazón intelectual. No otra cosa es lo que dispone nuestra Ley de Defensa nacional cuando define que “*la defensa nacional es la integración y la acción coordinada de todas las fuerzas de la Nación para la solución de aquellos conflictos que requieran el empleo de las Fuerzas Armadas*”. La experiencia de la Primera Guerra Mundial está viva entre nosotros. El pensamiento de Clausewitz también.

Precisamente a partir del caso observado es posible, mediante una segunda aproximación, llegar a una reinterpretación del significado y el funcionamiento íntimo de esta “notable trinidad“. En efecto, más allá de la potencialidad explicativa de este esquema, una ulterior utilidad se obtiene a partir de la funcionalidad intrínseca del mismo. Desde este punto de vista, la presencia de los tres dominios mencionados adquiere una nueva relevancia; ellos no constituyen una mera abstracción sobre la naturaleza de la guerra, sino que la interacción de las fuerzas existentes entre ellos es determinante del modo en que las partes beligerantes enfrentan la resolución de sus dilemas estratégicos en el contexto del conflicto. Adicionalmente, la modalidad adoptada –por conveniencia o por fuerza mayor- por las partes ayuda a configurar la forma que en definitiva adquieren los conflictos –la forma final estará dada por la complementación de esta configuración básica con la tensión ejercida por las fuerzas externas al sistema, que en el caso de un conflicto armado pueden provenir de otros actores estatales y no estatales, o de la propia comunidad internacional. Siguiendo este razonamiento, la dinámica del esquema trinitario podría ser visualizada como un sistema de balances y contrapesos, de cuya resultante se obtiene la orientación y la habilitación de las sucesivas opciones estratégicas disponibles. Lógicamente, la interacción de las opciones estratégicas circunstancialmente adoptadas por cada una de las partes otorga al conflicto sus rasgos característicos y su modalidad distintiva.

Un ejemplo del funcionamiento de la dinámica de este esquema es el sistema de equilibrio de poderes que, en calidad de principio fundacional, sustenta la vida institucional de una república. En este sistema, un desequilibrio severo en alguno de los poderes afecta a la misma en el sentido de su desnaturalización. Análogamente, sería

razonable concebir cada una de las instancias de un conflicto armado como el producto particular de la interacción de los dominios político –en donde predomina la racionalidad, militar –ámbito donde imperan el azar y la incerteza, y del pueblo –ámbito por excelencia de lo pasional (“violencia, odio y enemistad”, en palabras de Clausewitz). Considérese de esta manera que cada una de las decisiones estratégicas oportunamente adoptadas surge como resultado del equilibrio o desequilibrio existente en este sistema de fuerzas, en el que el dominio político ejerce la conducción integral de la acción; dominio militar, en su permanente lucha por despejar la incerteza, fija los límites físicos de la acción; y el dominio social orienta o habilita la acción, según cuál sea la pasión predominante. La ideología, no obstante afectar a todos los dominios, adquiere importancia vital en este último, por estar la cohesión social supeditada a ella. El nacionalismo en conflicto, es decir, el apego por la causa nacional en momentos en que esta causa exige sacrificios, es una fuerza poderosa precisamente porque de la cohesión social que puede proveer resultan bien la apertura o el cierre de las opciones estratégicas disponibles, o bien en la ausencia de mayores opciones. Esto introduce en la ecuación de la conducción estratégica la variable del consenso social, en calidad de variable dependiente a su vez del grado de ideologización que posea dicha sociedad.

En la Primera Guerra Mundial, Francia disponía de menos opciones, si se quiere, que Gran Bretaña. Estaba comprometida por la ocupación de parte de su territorio a una guerra por su recuperación. Una paz negociada con Alemania no era factible en tales condiciones, porque el orgullo nacionalista francés demandaba la restitución no sólo de los territorios ocupados en ocasión de la apertura de las hostilidades, sino en también de aquellos que le habían sido arrebatados por Alemania en su etapa de unificación nacional. El consenso público daba al estamento político francés considerable margen para obrar en términos de estrategia militar, pero escasa libertad de acción para el diseño de la gran estrategia; en este campo, sólo la victoria era admisible. El resultado de esta interacción fue el surgimiento del liderazgo de Clemenceau. En Gran Bretaña, al mismo tiempo, este compromiso consensuado por la victoria fue expresado por el liderazgo de Lloyd George. El dominio militar daba a los británicos mayor libertad de acción en cuanto a las opciones disponibles, pero los elementos pasionales también ejercieron su influencia para que no se hiciesen concesiones al enemigo. Podríamos decir que en ambos casos la trinidad se sostuvo en forma aproximadamente equilibrada durante la guerra; como hemos visto, la naturaleza de los sistemas políticos británico y francés fue fundamental en el sustento de este equilibrio. No puede afirmarse que este equilibrio pudiera mantenerse en forma estable si la guerra se hubiese prolongado por más tiempo. Es posible especular que la mayor de las pasiones y la más férrea voluntad de lucha podrían haberse visto afectadas y relajadas ante los rigores de la contienda, y de hecho, esta voluntad sufrió sus altibajos. Lo no podemos precisar es en qué momento esta voluntad hubiera empezado a fallar al punto de poner en riesgo al sistema político.

Si el consenso obró como factor habilitante para una estrategia de victoria total en las potencias aliadas occidentales, todo lo contrario merece ser afirmado en el caso de Austria-Hungría y Rusia. Para ellas, este camino se cerró tan pronto como el fracaso de sus instrumentos militares fue evidente, algo que ocurrió muy temprano en la guerra. El desequilibrio resultante arrastró al colapso a sus respectivos sistemas políticos.

En cambio, este equilibrio sólo se quebró en Alemania después de haber mostrado una admirable resistencia. Pero aquí, puede entenderse que los perjuicios ocasionados por la guerra tuvieron un impacto tan extremo sobre la población, que la base consensual que tan decididamente había apoyado la causa bélica en sus comienzos no logró sostenerse en el tiempo. De todas maneras, la resistencia fue tan vigorosa que le permitió sostener, aunque sea parcialmente, incluso el esfuerzo de guerra de su alicaído aliado, Austria-Hungría. Pero hacia fines de 1918, la ruptura del equilibrio trinitario era tan marcada en Alemania que de cada dominio procedía una visión diferente acerca del conflicto. El estamento político pedía la paz, por entender que ya no había chances de victoria; el estamento militar se consideraba no derrotado traicionado por la clase política, a quien acusó de asestarle una “puñalada en la espalda”; y la población general dividía sus sentimientos entre unos y otros. Ninguna opción estratégica era ya posible en tales condiciones, excepto una paz a la absoluta merced de los oponentes –realmente no una opción, sino la claudicación de cualquier objetivo previamente planteado. En la inconsistencia del sistema político alemán, como también lo hemos tratado, se encuentra con toda probabilidad el germen de esta ruptura.

En síntesis, fueron la obstinación de los aliados occidentales por la victoria y la ferocidad de la resistencia alemana, consecuencia indirecta del extendido respaldo ideológico nacionalista a la causa bélica, con todo lo que ello implica en términos de binarización del conflicto y cultura de guerra, los elementos que provocaron que la guerra adoptara sus características distintivas: violencia en ascenso a los extremos, total compromiso de los recursos humanos y materiales de la nación en favor de los objetivos de guerra, y la guerra dominando como eje todos los aspectos de la vida política, social, económica y hasta familiar de los Estados contendientes. He aquí que las teorías que proponen al conflicto en general y a la guerra en particular como la prolongación natural de la desmedida ambición de las élites del poder - en verdad, los actores preponderantes del conflicto según estas últimas-, y las que entienden a la propaganda como la simple manipulación de voluntades en función de los intereses de estas élites, manifiestan su principal divorcio con la realidad. En la guerra total, las comunidades nacionales *son* las protagonistas principales, mientras que el liderazgo político y las fuerzas armadas actúan en forma efectiva sólo en la medida en que este esfuerzo es concertado por los tres dominios. Si esta concertación falla, sobreviene la derrota, y probablemente el colapso del sistema político. Las teorías leninistas –y de Hobsbawm por extensión- y conductivistas acerca de la propaganda son insuficientes para explicar el fenómeno de la guerra total, por su manifiesta incapacidad de tener en cuenta el rol que las pasiones humanas juegan en circunstancias tan extremas. Clausewitz, que sí entendía al valor de la dimensión humana en la guerra, nos ha enseñado a abordar esta problemática de manera mucho más cabal.

¿Qué significado tiene la introducción de la variable consenso-ideología desde el punto de vista de la formulación y la conducción estratégica? En primera instancia, y adoptando el enfoque dimensional propuesto por Michael Howard, lo que se obtiene es una revalorización de la dimensión social de la estrategia. Ello no implica simplemente que para la conducción estratégica se debe tener en cuenta el impacto social de los propios diseños y decisiones, o que se debe estructurar una estrategia “integral” con el

estilo de los instrumentos de poder –político, económico, militar, científico-tecnológico, psicosocial, al que estamos, al menos formalmente, acostumbrados; nada nuevo estaríamos señalando con ello. En cambio, a través de la mencionada revalorización, se puede apreciar que la dimensión social ejerce fuerzas “gravitacionales” sobre el posicionamiento y las decisiones que adopta un actor estratégico en el transcurso de un conflicto. Asentada en el núcleo de esta dimensión social, la ideología predominante está en capacidad de delimitar las opciones, reducir las perspectivas y orientar las decisiones. No puede negarse el hecho de que algún nivel de manipulación en sentido vertical-descendente es factible, aunque la magnitud de los efectos reales de estas prácticas sea difícil de mensurar en forma confiable. Pero las observaciones formuladas por Hermann Göering en los juicios de Nüremberg acerca de que “(...) son los líderes de un país quienes determinan la política, y siempre es una cuestión sencilla arrastrar al pueblo, (...) todo lo que hay que hacer es decirles que están siendo atacados y denunciar a los pacifistas por falta de patriotismo (...); funciona de la misma manera en todos los países”²¹¹, no pueden ser otra cosa que el producto de una elucubración surgida del prejuicio nazi sobre la propaganda, según el cual la Primera Guerra Mundial habría sido favorable a los aliados occidentales porque su maquinaria propagandística había sido más efectiva que la alemana. Uno de los corolarios inmediatos a la noción de una cultura de guerra, deducible unívocamente a partir de su carácter genuino, es que no pueden esperarse grandes logros de los intentos por implantar ideas motivadoras que no encuentren significado o representación en el conjunto de ideas y valores colectivos que previamente existían. Un segundo corolario es que el mensaje propagado en forma horizontal posee mayor fortaleza que aquel que se percibe como procedente de un estamento superior. Posee en verdad tal fortaleza que, para los líderes políticos y militares no siempre resulta posible, ni razonable, apartarse de la fuerza de atracción de estas fuerzas profundas.

En este sentido, y considerándola ahora desde el punto de vista de la prognosis estratégica, la ideología nacionalista puede ser entendida bajo el concepto de *tendencia pesada*, es decir, como un fenómeno cuya naturaleza le asegura la suficiente perdurabilidad como para desempeñar un papel determinante en la configuración de los escenarios proyectados en sus principales aspectos. El concepto de *tendencia pesada* puede así ser considerado como un equivalente, en la terminología empleada por los métodos de investigación de futuro, al concepto de *forzante*, que en este trabajo ha sido propuesto para el análisis de un caso histórico. Las diferencias entre ambos estriban, claro está, en la posición del observador. El efecto de un *forzante* se puede corroborar mediante la investigación e interpretación de los acontecimientos; el impacto de una *tendencia pesada* sólo se puede estimar, aunque probablemente con un grado de confiabilidad superior al de una simple *tendencia*. Las técnicas analógicas pueden, combinando ambas visiones y una vez filtrados los factores de anacronía, producir resultados que ayuden a clarificar o consolidar estas estimaciones.

Con respecto a las explosiones de fervor ideológico, éstas pueden ser categorizadas como hechos portadores de futuro, entendidos ellos como eventos o

²¹¹ D’ALESSANDRO, MICHAEL, “*War Studies Primer*”, publicado en www.warstudiesprimer.org, San Francisco, 2008, s. 84.

fenómenos susceptibles de engendrar efectos específicos en el seno de una evolución dada, sea en razón de su naturaleza, de su dimensión o del momento de su surgimiento. Su calificación retrospectiva –por ejemplo, “los eventos de agosto de 1914 constituyeron un hecho portador de futuro”- carece, en rigor de verdad, de mayor valor, puesto que el conocimiento de los hechos posteriores distorsiona toda nuestra perspectiva y condiciona nuestra evaluación. Pero la identificación del valor predictivo de estos hechos se obtiene, nuevamente, por analogía. La respuesta de las sociedades fuertemente ideologizadas ante el estímulo de la guerra y el impacto de esta respuesta sobre el desarrollo de la guerra son tópicos de estudio que, formulados como proposiciones hipotéticas, pueden conducir al establecimiento de nuevas y esclarecedoras ideas en los campos de la estrategia, la sociología y la misma guerra como disciplinas de estudio.

Por su parte, una más adecuada valorización de estos aspectos ideológicos dentro de la dimensión social de la estrategia posibilita, mediante el empleo de ciertas analogías, la reinterpretación de algunos hechos de nuestro pasado más reciente. Tómese, por ejemplo, el caso de la Guerra de Malvinas. Según el modo de acción inicialmente escogido por el gobierno argentino en el nivel estratégico militar, la Operación Rosario, es decir, la ocupación militar de las Islas Malvinas, fue concebida como un empleo parcial de fuerza destinado a producir un impacto en el escenario internacional de tal magnitud que no le quedase otra opción a Gran Bretaña que sentarse a la mesa de negociaciones a considerar seriamente las resoluciones adoptadas al respecto por la Organización de las Naciones Unidas. La racionalidad que operaba detrás de la decisión del gobierno argentino de adoptar una postura que involucraba la fuerza para la restitución de nuestros derechos soberanos sobre los territorios en disputa ha sido, es y será objeto de acalorados debates, en donde las teorías acerca de la necesidad de distraer la atención pública frente una creciente crisis económica, o sobre un presunto mesianismo en función de la supervivencia del régimen de facto se oponen a argumentos que destacan la presentación de una oportunidad para dar concreción a un genuino anhelo reivindicatorio -y probablemente esta discusión, que se nos presenta a veces en forma de posiciones irreconciliables, oculte el hecho de que probablemente una combinación de éstos y otros factores hayan incidido en la decisión final. Pero se ha alcanzado, no obstante estos debates, algo de consenso en la idea de que la concepción estratégica general y su consecuente plan esquemático, consistente en ocupar militarmente las islas y retirar el grueso de las fuerzas en el lapso de días, no carecían de razonabilidad en términos estratégicos. De hecho, la comisión investigadora dirigida por el Teniente General Benjamín Rattenbach, que no ha sido precisamente benevolente con la conducción militar de la guerra, califica la resolución adoptada como “apta”²¹².

²¹² RATTENBACH, BENJAMÍN, (Presidente de Comisión), *Informe de la Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades Políticas y Estratégico Militares en el Conflicto del Atlántico Sur*, Buenos Aires, diciembre de 1982, II Parte, Capítulo III, Párrafo 145. Versión on-line disponible en http://www.cescem.org.ar/informe_rattenbach/index.html. Otras fuentes coinciden con esta apreciación. John Keegan observa que Jean Kilpatrick, Emajadora estadounidense ante la ONU, era “(...) más pro-argentina que no, aunque más no sea por el panamericanismo de EEUU”, y que el Consejo de Seguridad “(...) tendía a ver las disputas entre antiguas potencias coloniales y colonias liberadas en términos colonialistas”, implicando una posición presuntamente favorable a la Argentina. Véase KEEGAN, JOHN, *“From Military superiority to ‘Just About Capable’*”, Sunday Daily Telegraph, Londres, 2 de abril de 2002.

De allí en más, la precipitación de los acontecimientos en el camino de la guerra es explicada fundamentalmente por una inconsistente base de planeamiento, por medio de la cual el modo de acción habría sobrevivido a los análisis de factibilidad y aceptabilidad sólo en virtud de las dos suposiciones asumidas sobre el comportamiento estratégico de los actores afectados, a saber: que Gran Bretaña sólo reaccionaría diplomáticamente ante la ocupación de las islas –y en caso de eventual empleo del poder militar, sería solamente de forma disuasiva; y Estados Unidos impediría una escalada del conflicto y obligaría a las partes a encontrar una solución negociada. En el mencionado informe se especifica que estas suposiciones no estaban expresamente determinadas en los documentos producidos por el planeamiento, pero que de todos modos fueron luego asumidas por la Junta Militar. Obviamente, estas presunciones fueron erróneas. Pero hubo algo más que impidió que el gobierno argentino mantuviera el rumbo original. Tal como se señala en este informe “(...) la emotiva reacción popular que se produjo a lo largo y ancho de todo el país, le hizo sentir al Gobierno Nacional un fuerte respaldo a sus acciones, lo cual indujo a que el Presidente de la Nación hiciera públicas manifestaciones de compromiso con el pueblo, que a la postre significaron la pérdida del margen de negociación de que se disponía inicialmente, y que era -por otra parte- el objetivo expresado de "OCUPAR, PARA NEGOCIAR"²¹³. Los argentinos tuvimos, en la movilización popular del 2 de abril de 1982 en apoyo a la recuperación de las preciadas Islas Malvinas, nuestro equivalente doméstico a la “Locura de Agosto” de 1914.

Si bien se esperaba una reacción popular, no parece aventurado afirmar que la espontaneidad y la magnitud de esta celebración tomó por sorpresa al gobierno nacional, y que la fuerza de este evento limitó las opciones disponibles. De allí en más, las analogías entre los sucesivos acontecimientos del conflicto de Malvinas y los distintos aspectos de la Primera Guerra Mundial son relativamente sencillas de trazar: la movilización espontánea de multitudes, la convicción generalizada de que librábamos una guerra en defensa de nuestros inalienables derechos, y que al oponernos a los británicos no hacíamos otra cosa que defender territorio propio, la aclamación por el liderazgo del Presidente Galtieri, la celebración de eventos mediáticos –por ejemplo, programas televisivos conducidos por figuras estelares- en adhesión a la causa, los poemas y canciones a los soldados, la tregua interna entre gobierno, sindicatos, -incluso la colaboración por parte de ex-miembros de organizaciones insurgentes con las fuerza armadas en la fallida operación “Algeciras”-, la propaganda de guerra oficial en medios periodísticos, la fobia anti-británica, la expresión de la guerra en términos religiosos –el propio nombre de la Operación “Rosario”-, la demonización del enemigo –recuérdense las historias populares sobre los Gurkhas mercenarios “coleccionistas de orejas”, y los apelativos de “piratas”-, el ocultamiento de información desfavorable, la trivialización de la violencia –por ejemplo, la prensa gráfica presentando una especie de tablero de resultados para ir tachando los aviones y buques destruidos al enemigo-, y la lista podría continuar. Se trata del desarrollo, en fin, de una cultura de guerra, si bien en versión *light*, en comparación con la magnitud de los eventos de la Gran Guerra. No daba lugar la situación geopolítica y estratégica argentina en 1982 a conceptos como el de la guerra total que justificaran una removilización para luchar hasta el fin, por más que en el sentir de algunos conductores militares, particularmente el Brigadier Ernesto Crespo,

²¹³ RATTENBACH, op. cit., Párrafo 153.

comandante de la Fuerza Aérea Sur, la supervivencia de la nación estuviese en peligro. En junio de 1982, sólo una minoría podía sostener esta visión; en su lugar, el cheque al portador que el fervor nacionalista le había extendido a la Junta Militar perdería validez, y los reclamos de preguerra por una apertura del sistema político volvieron a ocupar el centro de la escena. No debiera entonces extrañarnos que la desilusión por el desenlace de la guerra haya significado el fin de la autocracia política imperante en la Argentina, y que el entusiasmo despertado por la causa popular de la guerra haya sido negado después, no por quienes tomaron parte activa en ella, sino por muchos de quienes la apoyaron con decisión desde el frente doméstico –considérese, a manera de símbolo de esta reconocida hipocresía, el ostracismo laboral al que fue sometido el único corresponsal de guerra argentino en las islas, Nicolás Kasanew. En la versión argentina del desencanto, el recuerdo de la guerra quedó asociado al infortunio político del Proceso de Reorganización Nacional, y la Guerra de Malvinas suele ser considerada así como un capítulo más de los atropellos en los que habría incurrido este gobierno, que dedicaba parte de su tiempo, según una exégesis progresista de moda, a “inventar enemigos”. Esa *no* fue la forma en que la guerra se vivió en el otoño de 1982.

De tales analogías podría especularse que constituyen elementos comunes a todas las guerras, pero esto último no es necesariamente cierto. Lo que sí es una coincidencia apreciable es que la fibra íntima de la ideología nacional argentina se había visto fuertemente motivada por las acciones del 2 de abril, porque la soberanía argentina sobre las Islas Malvinas ha sido durante décadas un importante aspecto constitutivo de nuestra nacionalidad, en el cual se ha educado a generaciones de argentinos ya desde la edad de los mapas escolares. Nuestra experiencia de guerra no puede –ni merece– ser considerada únicamente como el producto de la propaganda oficial. Poco importaba que las posibilidades de asestar a Gran Bretaña un golpe militar decisivo en 1982 fuesen exiguas; pocos se sentían engañados por los titulares de las publicaciones gráficas cuando éstos postulaban que “Estamos ganando”. La aplastante superioridad material británica era una realidad ineludible para cualquier profesional militar argentino, y algo de lo cual todos estaban bien percatados. Pero la energía de la causa nacional demostrada en esos días de abril dejaba pocas alternativas distintas a la guerra. Tal vez, dada la justicia de la causa, la victoria fuese finalmente posible. En parte de nuestra interpretación posterior de la guerra perduran aún elementos explicativos procedentes de esta visión imparcial: que fuimos arrastrados a la guerra por el lobby político de la armada británica, que nuestros combatientes demostraron mayor valor que los británicos, que la injusticia del colonialismo es tan evidente, que nuestra causa finalmente triunfará con el amparo de la comunidad internacional.

En este error aparente de haber seguido el curso del enfrentamiento armado, habitualmente se citan como responsables la falta de una adecuada inteligencia estratégica, y de una más objetiva evaluación de la situación política internacional. Pero este punto nos obliga a formular una fuerte distinción: si bien el gobierno argentino puede haber apreciado incorrectamente, con exceso de voluntarismo, las intenciones británicas con respecto a sus dominios en el Atlántico Sur, y la reacción de actores como los Estados Unidos, fracasó en cambio en forma mucho más marcada en apreciar cómo la ocupación militar exitosa de Malvinas afectaría al pueblo argentino en su conjunto, y con

ello a las fuerzas armadas (y al propio gobierno). Las consecuencias de haberse convertido la causa Malvinas en factor aglutinante del nacionalismo autóctono, retirarse sin más de las islas, sin comprometer más esfuerzo, simplemente no sería aceptable. Siguiendo la idea de Sun Tzu acerca del conocimiento propio y del enemigo, puede con algo de buena voluntad dispensarse a la Junta Militar de haber malinterpretado las intenciones británicas; bastante más difícil resulta dispensarle de la responsabilidad de conocer y entender el impacto que semejante jugada iba a tener en la conciencia de los argentinos. Así, el desconocimiento propio paralizó el resto de la maniobra; el exitismo le dio curso al grito de guerra, y con ello al desastre. La guerra fue así, en contradicción a lo expresado por Clausewitz, no la continuidad de la política por otros medios, sino la substitución –inviabile- de toda alternativa política a la salida de la crisis.

La conducción deliberada de la acción en un contexto de conflicto, esto es, la estrategia exige, como hemos visto, un severo compromiso de parte de los líderes políticos y militares por comprender las fuerzas ideológicas que guían a este conflicto, porque ellas poseen la capacidad de influir decisivamente en su curso y sus resultados, delimitando las opciones estratégicas disponibles a cada paso. Entre estas fuerzas, el nacionalismo trasciende por su aceptación masiva, y porque en la formación y consolidación de los sistemas políticos contemporáneos se le encuentra como elemento fundacional. La ideología nacionalista, por consiguiente, está llamada a ejercer, en calidad de tendencia pesada, su poder gravitacional en todo conflicto que involucre a Estados-naciones. Difícilmente las decisiones que se adopten en el máximo nivel de la estrategia puedan permitirse ignorar estos efectos. En cualquier caso, siempre estarán la historia y las teorías del conflicto y la estrategia, junto a otras disciplinas, iluminando mediante los conocimientos, las experiencias y las herramientas metodológicas que nos brindan, ya sea el camino del pensamiento y la acción eficaces, o bien la respuesta a los interrogantes de la derrota.

BIBLIOGRAFÍA

AUDOIN-ROUZEAU, STEPAHN y BECKER, ANNETTE, “14-18: Understanding the Great War”, Hill & Wang, New York, 2003.

BALDWIN, HANSON, “World War I, an Outline History”, Harper and Row, New York, 1962.

BASSFORD, CHRISTOPHER, y VILLACRES, EDWARD, “Reclaiming the Clausewitzian Trinity”, en Parameters, publicación journal del U.S Army War College, Carlisle Barracks, 1995.

BAYERCHEN, Alan, “Clausewitz, Nonlinearity and the Unpredictability of War”, en International Security, 17:3, Washington, 1992.

BERLIN, ISAIAH, “The Best Twig: a Note on Nationalism”, Foreign Affairs 51, No. 1, oct 1972.

BIBBINGS, LOIS, “Images of Manliness: The Portrayal of Soldiers and Conscientious Objectors in the Great War”, Social Legal Studies Vol. 12, SAGE Pubs., Londres, 2003.

BLACK, JEREMY, “The Age of Total War, 1860-1945”, Praeger Security International, Londres, 2001.

BLACK, JEREMY, “The Age of Total War”, Praeger Security International, Londres, 2006.

BOOT, MAX, “The Savage Wars of Peace: Small Wars and the Rise of American Power”, Basic Books, New York, 2003.

BREUILLY, JOHN, “Nationalism and the State”, University of Chicago Press, Chicago, 1985.

BUCKLEY, JOHN, “Airpower in the Age of Total War”, UCL Press, Londres, 2001.

BURLEIGH, MICHAEL, “Earthly Powers: The Clash of Religion and Politics in Europe from the French Revolution to the Great War”, Harper Collins e-book, 2007.

BYRNES, JOSEPH, “Catholics and French Forever: Religious and National Identity in Modern France”, The Pennsylvania State University, University Park, 2005, pp. 155-178.

CANO HEVIA, LUIS, “Introducción al Estudio Racional de la Guerra”, Editora Nacional, Madrid, 1964.

CAWOOD, IAN y McKINNON-BELL, DAVID, “The First World War, Questions and Analysis in History”, ROUTLEDGE, Londres, 2001.

COULOUMBIS, THEODORE, “Introduction to International Relations”, Prentice Hall, New York, 1990.

D’ALESSANDRO, MICHAEL, “War Studies Primer”, publicado en www.warstudiesprimer.org, San Francisco, 2008, s. 84

DIETERICH, HANS, “Nueva Guía para la Investigación Científica”, Editorial 21, Buenos Aires, 1999.

DUROSELLE, JEAN BAPTISTE, “Europa de 1815 a Nuestros Días: Vida Política y Relaciones Internacionales”, Labor, Barcelona, 1991.

DUTTON, DAVID (Ed.), “Paris 1918; The War Diary of the British Ambassador, the 17th Earl of Derby”, Liverpool University Press, Liverpool, 2001.

ECHEVERRIA III, Antulio, “Dynamic Inter-Dimensionality: a Revolution in Military Theory”, en Joint Forces Quarterly, Washington, 1997.

EGGENBERGER, DAVID, “An Encyclopedia of Battles”, Dover, New York, 1985.

FINCH, LYNETTE, “Psychological Propaganda: The War of Ideas on Ideas During the First Half of the Twentieth Century”, Armed Forces and Society Vol. 26, SAGE Pubs, Londres, 2006.

FRECHERO, GERMÁN, “Kosovo como Guerra de Cuarta Generación, un Estudio de Caso”, Tesis presentada para la aprobación de la Maestría en Historia de la Guerra (n. p.), Escuela Superior de Guerra “Luis María Campos”, Buenos Aires, 2004.

FREUND, JULIEN, “Sociología del Conflicto”, Fundación Cerien, Buenos Aires 1987.

GERHARD RITTER, “The significance of the Schlieffen Plan”, en The War Plans of the Great Powers, 1880-1914, Allen & Unwin, New York 1979.

GRAY, COLIN, “Another Bloody Century: Future Warfare”, Phoenix, Londres, 2005.

HAMON, LEO, “Estrategia contra la Guerra”, Guadarrama, Madrid, 1969.

HARRIS, PAUL y MARBLE, SANDERS, “The ‘Step-by-Step’ Approach: British Military Thought and Operational Method on the Western Front 1915-1917”, War in History Vol. 15, Londres, 2008.

HENRÍQUEZ ORREGO, ANA, “Documentos de Historia Contemporánea”, material de la cátedra “Balance y Perspectiva del Siglo XX”, Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso (Chile), Valparaíso, 2007

HOBSBAWM, ERIC, “Historia del Siglo XX”, Crítica. Buenos Aires, 1999.

HOBSBAWM, ERIC, “Nations and Nationalism Since 1870”, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.

HOWARD, MICHAEL, “La Guerra en la Historia Europea”, Fondo de Cultura Económica, México, 1976.

HOWARD, MICHAEL, “Las Causas de las Guerras y Otros Ensayos”, Ediciones Ejército, Madrid, 1987.

HOWARD, MICHAEL, “Las Dimensiones Olvidadas de la Estrategia”, compilado en “Las causas de las guerras y otros ensayos”, Ediciones Ejército, Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército, Madrid 1987.

HOWARD, MICHAEL, “The First World War”, Oxford University Press, New York, 2002

JOAS, HANS, “Guerra y Modernidad: Estudios sobre la Historia de la Violencia en el siglo XX”, Paidós, Barcelona, 2005.

JUNG, PETER, “Austro-Hungarian Forces in World War I”, Men at Arms Series Vol. 392, Osprey Military Publishing, Oxford, 2003.

KAGAN, DONALD, “On the Origins of War and The Preservation of Peace”, Anchor Books, New York, 1995.

KEEGAN, JOHN, “From Military superiority to ‘Just About Capable’”, Sunday Daily Telegraph, Londres, 2 de abril de 2002.

KEEGAN, JOHN, “The Face of Battle”, Penguin Books, New York, 1978.

KEEGAN, JOHN, “The First World War”, Vintage, New York 1998.

KITCHEN, MARTIN, “A History of Modern Germany, 1800-2000”, Blackwell Publishing, Oxford, 2006.

KITCHEN, MARTIN, “The Silent Dictatorship: The Politics of the German High Command Under Hindenburg and Ludendorff, 1916–1918”, Croom Helm, Londres, 1976.

LEVINGER, MATTHEW, “Enlightened Nationalism: The Transformation of Prussian Political Culture, 1806–1848”, Oxford University Press, Oxford, 2000.

LIDELL HART, “Estrategia, La Aproximación Indirecta”, Biblioteca del Oficial n°719, Círculo Militar, Buenos Aires 1984.

LIENHARD, JOHN, “The Engines of Our Ingenuity”, Ep. 1339, Houston, 1988-1998.

LIULEVICIUS, VEJAS GABRIEL, “War Land on the Eastern Front”, Cambridge University Press, Cambridge, 2004.

MALCOLM, NOEL, “Kosovo, a Short History”, Papermac, Londres, 1998.

MARSTON, DANIEL y MALKASIAN, CARTER, “Counterinsurgency in Modern Warfare”, Osprey Publishing, Oxford, 2008.

MENGE, ANA, “The Iron Hindenburg: A popular Icon for Weimar Germany”, German History Vol 26., Oxford, 2008.

MILLMAN, BROCK, “HMG and the War Against Dissent”, Journal of Contemporary History Vol. 40, SAGE Pubs., Londres, 2005.

MILLMAN, BROCK, “A Counsel of Despair: British Strategies and War Aims, 1917-18”, Journal of Contemporary History Vol 36., SAGE Pubs., Londres, 2003.

MOORE, GREGORY (Ed.), “Fichte: Address to the German Nation”, Cambridge University Press, New York, 2008.

O’DONELL, PACHO, “Nacionalismo: Pecado o Virtud”, artículo publicado en La Nación, Buenos Aires, 12 de febrero de 2009.

PFAFF, WILLIAM, “La Ira de las Naciones: La civilización y las Furias del Nacionalismo”, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1994.

PURSEGLIE, PIERRE, “Mirroring Societies at War: Pictorial humour in the British and French Press During the First World War”, Journal of European Studies Vol. 31, SAGE Pubs., Londres, 2001.

RATTENBACH, BENJAMÍN, (Presidente de Comisión), “Informe de la Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades Políticas y Estratégico Militares en el Conflicto del Atlántico Sur”, Buenos Aires, diciembre de 1982.

RECORD, JEFFREY, “Japan’s Decision for War in 1941: some Enduring Lessons”, US Army War College Strategic Studies Institute, Carlisle, 2009.

REINERS, LUDWIG, “The Lamps Went Out in Europe”, Pantheon Books, New York, 1955.

REITER, DAN y STAM, ALLAN, "Democracies at War", Princeton University Press, New Jersey, 2003.

ROBERTSON, LINDA, "The Bryce Report: Comments", versión completa disponible en <http://net.lib.byu.edu/~rdh7/wwi/comment/bryce.html>.

ROSHWALD, AVIEL, "Ethnic Nationalism and the Fall of Empires. Central Europe, Russia and the Middle East, 1914-1923", Rutledge, Londres, 2001.

SILBEY, DAVID, "The British Working Class and Enthusiasm for War, 1914-1916", Frank Cass, New York, 2005.

SMITH, LEONARD; AUDOIN-ROUZEAU, STEPHANE y BECKER, ANNETTE, "France And the Great War, 1914-1918", Cambridge University Press, Cambridge, 2003.

SORMAN, GUY, "Salir del Socialismo", Atlántida, Buenos Aires, 1991.

STORER, COLIN, "The German of caricature, the real German, the fellow we were up against': German stereotypes in John Buchan's Greenmantle", Journal of European Studies, Vol. 39, SAGE Pubs., Londres, 2009.

STRACHAN, HEW, "European Armies and the Conduct of War", Rutledge, Londres, 2005.

SUTTIE, ANDREW, "Rewriting the First World War: Lloyd George, Politics and Strategy, 1914-1918", Palgrave Macmillan, New York, 2005.

TAYLOR, PHILIP, "Munitions of the Mind: a History of Propaganda from the Ancient World to the Present Day", Manchester University Press, New York, 2003.

THOUMIN, RICHARD, "La Gran Guerra: Primera Época, 1914", Compañía General Fabril Editora, Buenos Aires, 1964.

TOWER SARGENT, LYMAN, "Contemporary Political Ideologies", Wadsworth, Londres, 1993.

TOWNSHEND, CHARLES (Ed.), "The Oxford History Of Modern War", Oxford University Press, New York, 2000.

TUCHMAN, BARBARA, "The Guns of August", The Macmillian Company, New York, 1966.

VERHEY, JEFFREY, "The Spirit of 1914: Militarism, Myth and Mobilization in Germany", Cambridge University Press, Cambridge, 2004.

VYLETA, DANIEL, "Jewish Crimes and Misdemeanours: in Search of Jewish Criminality (Germany and Austria, 1890-1914)", *European History Quarterly* Vol. 35(2), Sage Pubs., Londres, 2005.

WINTER, JAY y PROST, ANTOINE, "The Great War in History: Debates and Controversies, 1914 to the Present", Cambridge University Press, Cambridge, 2005.